El Imperio del Sol
J. G. BALLARD



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

I

1

La víspera de Pearl Harbor

Las guerras llegaron temprano a Shanghai, alcanzándose unas a otras como las mareas que corrían Yangtsé arriba y devolvían a esta ciudad estridente todos los ataúdes lanzados a las aguas desde los muelles funerarios del Chinese Bund.

Jim había empezado a soñar con guerras. Por la noche las mismas películas mudas parecían parpadear en la pared del dormitorio de la Avenida Amherst y le transformaban la mente dormida en un cine de noticiarios vacíos. Durante el invierno de 1941 todo el mundo pasaba en Shanghai películas de guerra. Fragmentos de sueños seguían a Jim por la ciudad; en la entrada de hoteles y tiendas las imágenes de Tobruk y de Dunkerque, de Barbarossa y del saqueo de Nankín, le brotaban de la mente atiborrada.

Para desesperación de Jim, incluso el deán de la catedral de Shanghai había conseguido un antiguo proyector. Después del servicio matutino del domingo 7 de diciembre, víspera del ataque japonés a Pearl Harbor, retuvieron a los chicos del coro antes de que pudieran marcharse y los llevaron en fila a la cripta. Todavía con las sotanas puestas, se sentaron en una hilera de sillas de playa requisadas al Shanghai Yacht Club y miraron un *La marcha del tiempo* del año anterior.

Pensando en sus turbulentos sueños, y confundido por la falta de banda de sonido, Jim se tironeó el cuello plisado. El órgano resonaba como un dolor de cabeza en el techo de cemento y la pantalla temblaba con las imágenes familiares de batallas de tanques y peleas aéreas. Jim estaba ansioso por prepararse para la fiesta de disfraces de Navidad que daba esa tarde el doctor Lockwood, el vicepresidente de la Asociación de Residentes Británicos. Habría un paseo a través de las líneas japonesas a Hungjao, y luego equilibristas chinos, fuegos de artificio y aún más noticiarios; pero Jim tenía razones personales para querer ir a la fiesta del doctor Lockwood.

Fuera de la sacristía los chóferes chinos aguardaban discutiendo junto a los Packards y los Buicks. Aburrido por la película, que había visto una docena de veces, Jim escuchaba a Yang, el chófer de su padre, que fastidiaba al sacristán australiano. Ver los noticiarios se había convertido en una obligación patriótica para todo británico en tierras extrañas, como las loterías para la recolección de fondos en el Country Club. Los bailes y fiestas al aire libre, las incontables botellas de scotch consumidas en pro del esfuerzo de guerra (como a todos los niños, a Jim le intrigaba el alcohol, aunque vagamente lo desaprobaba), produjeron pronto dinero suficiente para comprar un Spitfire... Probablemente, especulaba Jim, uno de aquellos que habían sido derribados en el primer vuelo, con el piloto desvanecido por los vahos del Johnny Walker.

Habitualmente Jim devoraba los noticiarios, parte del esfuerzo de propaganda montado por la Embajada británica para contrarrestar las películas de guerra alemanas e italianas que se exhibían en los cines y en los clubes del Eje, en Shanghai. A veces los noticiarios Pathe ingleses daban a Jim la impresión de que, a pesar de la ininterrumpida serie de derrotas, el pueblo inglés disfrutaba profundamente de la guerra. Las películas de *La marcha del tiempo* eran más sombrías, de un modo que atraía a Jim. Sofocado en la ajustada sotana, vio caer a un Hurricane en llamas de un cielo de bombarderos Dornier al paisaje de un libro infantil, esas praderas inglesas que él no había conocido. El *Graf Spee* se hundía en el Río de la Plata, un río tan melancólico como el Yangtsé; y se elevaban nubes de humo de una destruida ciudad de Europa oriental, ese planeta negro del que Vera Frank, su ama de diecisiete años, había huido en un barco de refugiados, seis meses antes.

Jim se alegró cuando terminó el noticiario. Él y sus compañeros de coro caminaron vacilantes hacia sus chóferes. Su amigo más íntimo, Patrick Maxted, había partido de Shanghai con su madre hacia la seguridad de la fortaleza británica de Singapur, y Jim sentía que debía ver las películas por Patrick, e incluso por las mujeres de Rusia Blanca que vendían sus joyas en la escalinata de la catedral, y por los mendigos chinos que descansaban entre las tumbas.

La voz del comentarista le retumbaba todavía en la cabeza mientras regresaba en el Packard paterno por las atestadas calles de Shanghai. Yang, el chófer de charla atropellada, había trabajado como extra en un filme local protagonizado por la actriz Chiang Ching, la futura Madame Mao. A Yang le encantaba impresionar a su pasajero de once años con historias exageradas de trucos y efectos cinematográficos. Pero hoy Yang no hacía caso a Jim, lo desterraba al asiento trasero. Descargaba puñetazos a la poderosa bocina del Packard, se batía en duelo con los agresivos coolies de los rickshaws que se apeñuscaban, intentando expulsar a los coches extranjeros de la Calle del Pozo Burbujeante. Yang bajaba el cristal y azotaba con la fusta a los irreflexivos peatones, a las chicas de los bares que caminaban ociosamente con sus bolsos americanos, a las viejas criadas dobladas bajo los yugos de bambú de que pendían pollos descabezados.

Un camión abierto cargado de verdugos profesionales giró ante ellos, y se encaminó a los estrangulamientos públicos de la Ciudad Vieja. Aprovechando la oportunidad, un chico mendigo descalzo corrió junto al Packard. Golpeaba las puertas con los puños y tendía la palma a Jim, con el grito callejero de todo Shanghai: —¡No mamá! ¡No papá! ¡No whisky y soda!

Yang lo azotó y el chico cayó al suelo, se incorporó entre las ruedas delanteras de un Chrysler que se acercaba y corrió junto al coche.

—No mamá, no papá...

Jim odiaba la fusta, pero le gustaba la bocina del Packard. Por lo menos ahogaba el rugido de los cazas de ocho cañones, el gemido de las sirenas de alarma de Londres y Varsovia. Ya había tenido demasiado de la guerra europea. Jim miró la chillona fachada de la tienda de la Sincere Company, dominada por un inmenso retrato de Chiang Kai Shek exhortando al pueblo chino a sacrificios aún mayores en la lucha contra los japoneses. La suave luz de un tubo defectuoso de neón temblaba sobre la boca blanda del generalísimo, la misma fluctuación que Jim había visto en sueños. Todo Shanghai se convertía en un noticiario que rezumaba desde dentro de su cabeza.

¿El exceso de películas de guerra le había dañado el cerebro? Jim había tratado de hablar con su madre de los sueños, pero como todos los adultos de Shanghai, ese invierno ella estaba demasiado preocupada para escuchar. Quizá tenía sus propias pesadillas. De un modo misterioso, esas confusas imágenes de tanques y bombarderos en picado eran completamente silenciosas, como si la mente dormida intentara separar la guerra verdadera de los ilusorios conflictos inventados por Pathe y Movietone.

Jim no dudaba cuál era la real. La guerra real era todo lo que había visto por sí mismo desde la invasión japonesa de China en 1937, los viejos campos de batalla de Hungjao y Lunghua donde los huesos de los muertos insepultos se elevaban cada primavera hasta la superficie de los arrozales. La guerra real eran los miles de refugiados chinos que morían de cólera entre las sólidas estacadas de Pootung, y las cabezas ensangrentadas de los soldados comunistas clavados en picas a lo largo del Bund. En la guerra de verdad nadie sabía de qué lado estaba, y no había banderas, comentaristas ni vencedores. En guerra de verdad no había enemigos.

Por contraste, el próximo conflicto entre Inglaterra y Japón que todos en Shanghai esperaban que estallase en el verano de 1942, pertenecía al dominio de los rumores. La nave de aprovisionamiento destinada al invasor alemán en el Mar de la China visitaba ahora abiertamente Shanghai y fondeaba en el río donde recibía combustible de una docena de barcazas; muchas de ellas, observaba sardónicamente el padre de Jim, de compañías petroleras americanas. Casi todos los niños y mujeres americanos habían sido evacuados de

Shanghai. En la clase de la Cathedral School, Jim estaba rodeado de pupitres vacíos. La mayor parte de sus amigos habían partido con sus madres hacia la seguridad de Hong Kong y Singapur, mientras los padres cerraban las casas y se instalaban en hoteles a lo largo del Bund.

A comienzos de diciembre, cuando se interrumpieron las clases, Jim se unió a su padre en el terrado del edificio de oficinas de la Calle Szechuan y le ayudó a quemar los cajones de archivos que los empleados chinos subían en el ascensor. Un rastro de papeles carbonizados se elevaba a través del Bund y se unía al humo de las impacientes chimeneas de los últimos vapores que saldrían de Shanghai. Los pasajeros se apretujaban en las planchadas; eurasiáticos, chinos y europeos luchaban por subir a bordo con sus líos y maletas, dispuestos a afrontar el peligro de los submarinos alemanes que aguardaban en el estuario del Yangtsé. De los terrados de los edificios de oficinas del distrito financiero se alzaban las llamas, que los oficiales japoneses contemplaban a través de sus prismáticos desde las casamatas de hormigón de Pootung, del otro lado del río. Lo que más inquietaba a Jim no era la furia de los japoneses, sino su paciencia.

Apenas llegaron a la casa de la Avenida Amherst corrió escaleras arriba a cambiarse. A Jim le gustaban las chinelas persas, la camisa de seda bordada y los pantalones de pana azul con que parecía un extra de *El ladrón de Bagdad*; estaba ansioso por ir a la fiesta del doctor Lockwood. Soportaría equilibristas y noticiarios y luego acudiría a la cita secreta a que los rumores de guerra le habían impedido asistir durante tantos meses.

Como un aguinaldo inesperado, el domingo era el día libre de Vera, que iría a visitar a sus padres en el gueto de Hongkew. Esa muchacha aburrida, apenas más que una niña, seguía habitualmente a Jim a todas partes como un perro guardián. Una vez que Yang lo trajera de vuelta a la casa —sus padres se quedarían a cenar con los Lockwood— él podría vagar a su antojo por la casa vacía. Estarían allí los nueve criados chinos, que para la mente de Jim y de los demás niños ingleses eran tan ciegos y pasivos como los muebles. Terminaría de barnizar el aeromodelo de madera de balsa, y completaría otro capítulo del manual titulado «Cómo jugar al bridge» que estaba escribiendo en un cuaderno escolar. Después de años de ver a su madre jugando partidas de bridge y de tratar de extraer alguna lógica de expresiones como «un diamante», «paso», «tres sin triunfos», «doble», «redoble», había logrado que ella le enseñara las reglas e incluso había llegado a dominar las convenciones, un código dentro de un código que intrigaba permanentemente a Jim. Con la ayuda de un manual de Ely Culberston, estaba a punto de embarcarse en el capítulo más difícil, el de las apuestas psíquicas, y todo sin haber jugado aún la primera mano.

Sin embargo, si la tarea se le presentaba como demasiado agotadora, partiría a recorrer en bicicleta la Concesión Francesa, llevando el rifle de aire comprimido por si encontraba a la pandilla de franceses de doce años que merodeaban por la Avenida Foch. Cuando regresara a casa sería la hora de la serie radiofónica de Flash Gordon de la estación XMHA, a la que seguía un programa de discos al que él y sus amigos hacían peticiones telefónicas con sus últimos seudónimos «Batman», «Buck Rogers» y «Ace» (el de Jim). Le gustaba que el locutor los leyera aunque esto siempre confundía a Jim.

Mientras le arrojaba la sotana al ama y se vestía con el traje de fiesta, descubrió que todo eso estaba amenazado. Con la mente trastornada por los rumores de guerra, Vera había decidido no visitar a sus padres.

—Irás a la fiesta, James —informó Vera mientras le abotonaba la camisa de seda—. Y yo telefonearé a mis padres y hablaré con ellos.

—Pero Vera..., ellos quieren verte. Lo sé. Tienes que pensar en ellos, Vera... —Confundido, Jim vaciló. Su madre le había dicho que fuera amable con Vera, y que no la fastidiara, como había hecho con la gobernanta anterior, una taciturna rusa blanca que lo había aterrorizado, mientras convalecía de sarampión, cuando le había dicho que podía oír la voz de Dios en la Avenida Amherst, advirtiendo a los padres de Jim que cambiaran de conducta. Poco después

Jim había impresionado a sus compañeros de escuela anunciando que era ateo. En cambio, Vera Frank era una muchacha tranquila que nunca sonreía y que encontraba raros a Jim y a sus padres, tan raros como la misma Shanghai, esa ciudad hostil y violenta a un mundo de distancia de Cracovia. Vera había huido de la Europa de Hitler en uno de los últimos barcos y vivía ahora con miles de refugiados judíos en Hongkew, un siniestro barrio de casas de alquiler y tristes edificios de apartamentos, más allá de la zona portuaria de Shanghai. Para asombro de Jim, Herr Frank y la madre de Vera vivían en una sola habitación.

—Vera, ¿dónde viven tus padres? —Jim sabía la respuesta, pero había decidido arriesgar un ardid—. ¿Viven en una casa?

—En una habitación, James.

—¡Una habitación! —Para Jim esto era inconcebible, mucho más curioso que cualquier incidente de las historietas de Superman o Batman—. ¿Cómo es de grande la habitación? ¿Como mi dormitorio?

—Como tu cuarto de vestir. James, algunas personas son menos afortunadas que tú.

Fascinado, Jim cerró la puerta del cuarto de vestir y se puso los pantalones de pana. Miró la pequeña habitación. Era tan difícil comprender cómo podían sobrevivir dos personas en un espacio tan pequeño como llegar a dominar las convenciones del bridge. Tal vez había alguna llave sencilla para resolver el problema; ¿tendría entonces tema para otro libro?

Por fortuna, el orgullo impulsó a Vera a morder el anzuelo. Cuando ella partió a ver a sus padres, iniciando la larga caminata hasta la terminal del tranvía de la Avenida Joffre, Jim meditaba todavía en el misterio de esa extraordinaria habitación. Decidió comentar el asunto con sus padres, pero ellos estaban, como de costumbre, demasiado angustiados por las noticias de la guerra para advertir siquiera la presencia de Jim. Vestidos para la fiesta, estaban en el estudio del padre, escuchando los noticiarios de Inglaterra en onda corta. El padre estaba de rodillas junto a la radio vestido con traje de pirata, un parche de cuero sobre la frente y unas gafas de hipermétrope, como un bucanero erudito. Miraba el dial amarillo incrustado como un diente de oro en el rostro de caoba del aparato. Trazaba sobre el mapa de Rusia desplegado en la alfombra la nueva línea de defensa a que se había retirado el Ejército Rojo. La contemplaba con desánimo, tan perplejo ante la vastedad de Rusia como lo había estado por la diminuta habitación de los Frank.

—Hitler estará en Moscú para Navidad. Los alemanes continúan avanzando.

La madre estaba vestida de pierrot junto a la ventana, mirando el acerado cielo de diciembre. Una cometa fúnebre de larga cola ondulaba a lo largo de la calle; la cabeza asentía mientras dedicaba una sonrisa feroz a las casas de los europeos.

—Debe de estar nevando en Moscú. Quizá la temperatura los detenga...

—¿Una vez por siglo? Incluso eso podría ser pedir demasiado. Churchill tiene que conseguir que los americanos entren en la guerra.

—Papá, ¿quién es el general Invierno?

El padre alzó la vista mientras Jim esperaba en el vano de la puerta; el ama traía el rifle de aire comprimido como si fuera el asistente de ese voluntario de infantería de pana azul, listo para apoyar el esfuerzo de guerra ruso.

—El rifle de municiones no, Jamie. Hoy no. Lleva en cambio tu avión.

—¡No lo toques, ama! ¡Te mataré!

—Jamie!

El padre se apartó de la radio, dispuesto a darle un golpe. Jim permaneció tranquilamente junto a la madre, esperando a ver qué ocurría. Aunque le encantaba pasear en bicicleta por Shanghai, en casa Jim siempre estaba cerca de su madre, una mujer suave e inteligente cuyas finalidades principales en la vida eran, según Jim, asistir a fiestas y ayudarle en las lecciones de latín. Cuando ella salía, Jim pasaba muchas horas agradables en el dormitorio materno, mezclando todos los perfumes y hojeando ociosamente los álbumes de fotografías de antes que ella se casase, fotogramas de una película encantada en que ella desempeñaba el papel de hermana mayor de Jim.

Librodot

—¡Jamie! Nunca digas eso... No matarás al ama ni a nadie. El padre abrió los puños y Jim comprendió qué cansado estaba. A Jim le parecía con frecuencia que su padre trataba de mantenerse demasiado sereno, abrumado por las amenazas de los sindicatos comunistas a su empresa, por el trabajo en la Asociación de Residentes Británicos y por sus temores acerca de Jim y de la madre. Cuando escuchaba las noticias de la guerra parecía casi aturdido. Entre él y sus padres había brotado un intenso afecto que Jim nunca había observado antes. El padre podía enojarse y al mismo tiempo se interesaba vivamente por los más triviales pormenores de la vida de Jim, como si pensara que ayudar a su hijo a construir el modelo de un avión fuera más importante que la guerra. Por primera vez no prestaba atención a las tareas escolares de Jim. Le daba toda clase de informaciones curiosas, sobre la química de las tinturas modernas, sobre el plan de asistencia social para los obreros chinos de la hilandería, sobre la escuela y la universidad de Inglaterra a que asistiría Jim después de la guerra, donde, si Jim quería, podría estudiar medicina. Eran elementos de una adolescencia que, su padre parecía creer, no ocurriría jamás.

Sensatamente, Jim decidió no provocar a su padre, ni mencionar la misteriosa habitación del gueto de Hongkew, los problemas de las apuestas psíquicas y la ausencia de la banda de sonido en su cabeza. No volvería a amenazar al ama. Iban a una fiesta, y él trataría de alentar a su padre y de pensar alguna manera de detener a los alemanes ante las puertas de Moscú.

Recordando la nieve artificial de los estudios cinematográficos de Shanghai que Yang había descrito, Jim ocupó su sitio en el Packard. Le alegró ver que la Avenida Amherst estaba llena de coches de europeos que iban a sus fiestas de Navidad. En todos los suburbios de los occidentales la gente vestía ropas de disfraz, como si Shanghai se hubiese convertido en una ciudad de payasos.

2

Acróbatas y mendigos

Pierrot y pirata, los padres de Jim estaban en silencio mientras partían hacia Hungjao, un distrito rural a ocho kilómetros al oeste de Shanghai. Habitualmente la madre advertía a Yang que evitara al viejo mendigo en el final del camino de acceso. Pero mientras Yang hacía girar el pesado coche al pasar el portal, deteniéndose apenas antes de acelerar por la Avenida Amherst, Jim vio que la rueda delantera aplastaba el pie del anciano. Ese viejo mendigo había llegado dos meses antes, un lío de harapos vivientes cuyas únicas posesiones eran una deshilachada estera de papel y una lata vacía de Craven A que sacudía ante la gente que pasaba. Jamás se movía de la estera; defendía ferozmente su territorio fuera de las puertas del tai-pan. Ni siquiera Boy y Coolie Número Uno, el sirviente y el pinche de cocina principal, habían logrado desalojarlo.

Sin embargo, el puesto no había rendido gran beneficio al anciano. Ese invierno era duro en Shanghai, y después de una semana de frío el viejo estaba demasiado fatigado para alzar la cajita. Jim estaba preocupado por él, y la madre le dijo que Coolie le había llevado un bol de arroz. Después de una fuerte nevada, una noche a principios de diciembre, la nieve se acumuló en un grueso cobertor del que emergía el rostro del anciano, como un niño dormido bajo un edredón. Jim se dijo que no se movía porque estaba caliente debajo de la nieve.

Había muchos mendigos en Shanghai. Estaban junto a las puertas de las casas de la Avenida Amherst, sacudiendo las latitas de Craven A como fumadores arrepentidos. Muchos mostraban horribles heridas y deformidades, pero esa tarde nadie reparaba en ellos. Refugiados de los pueblos y ciudades alrededor de Shanghai afluían a la ciudad. Carros de madera y rickshaws se amontonaba en la Avenida Amherst, cada uno cargado con las posesiones completas de una familia campesina. Niños y adultos se encorvaban debajo de los fardos atados a las espaldas, empujando las ruedas con las manos. Los coolies de los rickshaws tiraban de las varas, cantando y escupiendo, las venas gruesas como dedos apretadas sobre los hinchados tobillos. Empleados subalternos empujaban bicicletas cargadas de colchones, cocinas de carbón y sacos de arroz. Un mendigo sin piernas, el tórax metido en un enorme zapato de cuero, se adelantaba por la calle entre la maraña de ruedas con una pesa de gimnasia de madera en cada mano. Escupió y golpeó el Packard cuando Yang intentó apartarlo del rumbo del coche, y luego se desvaneció entre las ruedas de los taxis triciclos y los rickshaws, confiado en su retiro de polvo y saliva.

Cuando llegaron al comienzo del Gran Camino del Oeste, hacia la Zona Internacional, una cola de coches esperaba a ambos lados del puesto de control. La policía de Shanghai había abandonado todo intento de controlar la muchedumbre. El oficial británico fumaba un cigarrillo en la torreta de su tanque, mientras contemplaba a los miles de chinos que pasaban deprisa. De vez en cuando, como para mantener las apariencias, el suboficial sij de turbante caqui se inclinaba hacia abajo y azotaba la espalda de algún chino con su vara de bambú.

Jim miró a los policías. Le fascinaban los brillantes correajes Sam Browne de esos hombres sudorosos y demasiado gruesos, los alarmantes genitales que exhibían libremente cuando orinaban, las pulidas pistoleras que contenían toda su virilidad. Jim quería usar algún día una pistolera, sentir un enorme revólver Webley apretado contra el muslo. En el guardarropa de su padre, entre las camisas, Jim había encontrado una pistola automática Browning, una obra de joyería que se parecía al interior de la cámara filmadora de sus padres que una vez había abierto accidentalmente, exponiendo metros y metros de película. Era difícil imaginar que esas balas en miniatura pudieran matar a nadie, y menos a los duros líderes obreros comunistas.

En cambio, las pistolas Máuser que usaban los suboficiales japoneses eran todavía más imponentes que los Webley. Las pistoleras de madera les colgaban hasta las rodillas, casi como fundas de rifle. Jim examinó al sargento japonés del puesto de control, un hombre

Librodot

pequeño pero vigoroso que empleaba los puños para apartar a los chinos. Estaba casi sumergido entre los campesinos que pugnaban empujando carros y rickshaws. Tim, sentado junto a Yang en el Packard, apretaba con fuerza el avión de madera de balsa mientras esperaba a que el sargento sacara el Máuser y disparara un tiro al aire. Pero los japoneses no malgastaban municiones. Dos soldados despejaron el terreno alrededor de una campesina cuyo carro se había volcado. Bayoneta en mano, el sargento dio un tajo a un saco de arroz, y lo desparramó alrededor de los pies de la mujer. Ella temblaba y emitía una llorosa melopea, entre las hileras de lustrosos Packards y Chryslers con pasajeros europeos en traje de disfraz.

¿Habría tratado de contrabandear un arma en el puesto de control? Había multitud de espías comunistas y del Kuomintang entre los chinos. Jim compadecía a la campesina, que probablemente sólo poseía ese saco de arroz, pero al mismo tiempo admiraba a los japoneses. Le gustaban la bravura y el estoicismo de estos hombres y su tristeza, que tocaba una cuerda extraña en Jim, quien nunca estaba triste. Los chinos, él los conocía bien, eran gente fría y con frecuencia cruel, pero a su modo superior se mantenían juntos, en tanto que cada japonés estaba solo. Todos éstos llevaban siempre fotos de familias idénticas, copias pequeñas y formales, como si el ejército japonés íntegro hubiese sido reclutado únicamente entre los clientes de los fotógrafos de plaza.

En sus recorridos en bicicleta por Shanghai —que sus padres ignoraban—Jim pasaba horas en los puestos japoneses de control, y de vez en cuando lograba ganarse la simpatía de algún soldado aburrido. Ninguno de ellos quería mostrarle nunca sus armas, como hacían los *tommies* británicos de las casamatas protegidas por bolsas de arena del Bund. Los *tommies* que descansaban en las hamacas, despreocupados de la vida portuaria de alrededor, permitían a Jim manipular el cerrojo de los rifles Lee-Enfield y limpiar los cañones con la baqueta. A Jim le gustaban los *tommies* y aquellas voces extrañas que hablaban una y otra vez de una misteriosa, inconcebible Inglaterra.

Pero si había guerra, ¿podrían derrotar a los japoneses? Jim lo dudaba, y sabía que también su padre lo dudaba. En 1937, al comienzo de la guerra con China, doscientos infantes de marina japoneses habían remontado el río y se habían hundido en las playas de fango negro debajo de la hilandería de su padre en Pootung. Claramente visibles desde la suite de sus padres en el Palace Hotel, los japoneses habían sido atacados por una división de tropas chinas mandadas por un sobrino de Madame Chiang. Durante cinco días combatieron desde unas trincheras que se llenaban de agua durante la marea alta; luego avanzaron con las bayonetas caladas y derrotaron a los chinos.

La cola de coches avanzaba a través del puesto de control, llevando grupos de europeos y americanos que llegarían tarde a sus fiestas de Navidad. Yang arrimó el Packard a la barrera, silbando de miedo. Ante ellos había un gran Mercedes luciendo gallardetes con la esvástica, repleto de jóvenes alemanes impacientes. Pero los japoneses registraron el coche con el mismo celo.

La madre le puso la mano en el hombro.

—Ahora no, querido. Podría asustar a los japoneses.

—Eso no los asustaría.

—Jamie, ahora no —repitió el padre, y agregó con inusitado humor—: Podrías incluso iniciar la guerra.

—¿De veras? —La idea intrigó a Jim. Bajó su avión. Un soldado japonés pasaba la bayoneta del rifle por encima del parabrisas, como si cortara una red invisible. Jim sabía que luego se asomaría por la ventanilla, exhalando un aliento fatigado en el interior del Packard, y ese olor amenazante de los soldados japoneses. Cuando eso ocurría, todo el mundo se quedaba quieto, como si a cualquier movimiento pudiera seguir una breve pausa y luego una violenta respuesta. El año anterior, cuando él tenía diez años, casi le había provocado un ataque cardíaco a Yang poniendo el Spitfire metálico en la cara de un cabo japonés mientras canturreaba «Ra-ta-ta-ta-ta...». Durante casi un minuto el cabo había mirado al padre de Jim

Librodot

inexpresivamente, asintiendo con lentitud. El padre tenía aspecto de hombre fuerte, pero Jim sabía que era sólo esa especie de fuerza que venía de jugar al tenis.

En esa ocasión, Jim sólo quería que el japonés viera su avión de madera de balsa; no que lo admirara sino que reconociera su existencia. Ahora era mayor, y le gustaba pensar en sí mismo como el copiloto del Packard. Siempre le habían interesado los aviones, y en especial los bombarderos japoneses que habían devastado los distritos de Nantao y Hongkew en 1937. Calles y calles de casas chinas habían sido reducidas a polvo, y en la Avenida Eduardo VII una sola bomba había matado a mil personas, más que ninguna otra bomba en la historia de las guerras.

En realidad, la principal atracción de las fiestas del doctor Lockwood era el campo de aterrizaje en desuso de Hungjao, a ocho millas al oeste de Shanghai. Aunque los japoneses controlaban el campo abierto alrededor de la ciudad, no dejaban de patrullar el perímetro de la Zona Internacional. Toleraban a los escasos americanos y europeos que residían en los distritos rurales y en la práctica sólo raramente se veía un soldado japonés.

Cuando llegaron a la aislada casa del doctor Lockwood, Jim sintió alivio al descubrir que la fiesta no sería un éxito. Sólo había una docena de coches en el camino de acceso, y los chóferes limpiaban afanosamente el polvo de los parabrisas, deseando regresar cuanto antes. La piscina estaba seca, y el jardinero chino sacaba tranquilamente una oropéndola muerta del extremo más profundo. Los niños más pequeños y sus amas miraban desde la terraza una *troupe* de acróbatas cantoneses que subían por unas cómicas escaleras y simulaban desaparecer en el cielo. Se convertían en pájaros, desplegaban alas de papel y bailaban entre los niños que chillaban; luego saltaban unos a los hombros de otros y se transformaban en un gran gallo rojo.

Jim lanzó el avión a través de las puertas de la galería. Mientras el mundo de los adultos giraba encima de él, se paseó un rato por la fiesta. Muchos invitados habían decidido vestir ropas corrientes, como si estuvieran demasiado preocupados por verdaderos papeles para disfrazarse. La reunión recordó a Jim las fiestas nocturnas de la Avenida Amherst, que duraban hasta la tarde siguiente, cuando las madres, intranquilas, con los vestidos de noche arrugados, vagaban junto a la piscina pretendiendo buscar a sus maridos.

La conversación decayó cuando el doctor Lockwood encendió la radio de onda corta. Feliz de ver a todos ocupados, Jim salió por una puerta lateral al jardín trasero de la casa. Vio una hilera de mujeres que se movían en el césped arrancando las malas hierbas. Eran veinte mujeres chinas, vestidas con túnicas y pantalones negros, sentadas en bancos de miniatura, hombro contra hombro; emitían un parloteo incontenible mientras sus cuchillos centelleaban sobre la hierba. Detrás de ellas el césped del doctor Lockwood parecía un shantung verde.

—Hola, Jamie. ¿Reflexionando otra vez? —El señor Maxted, el padre del mejor amigo de Jim, apareció en la galería. Una figura solitaria aunque amistosa, con un traje de piel de tiburón, que enfrentaba la realidad detrás del parachoques de un gran whisky con soda y miraba a lo largo de su cigarro hacia las escardadoras—. Si todos los chinos se pusieran en fila llegarían del polo Norte al polo Sur. ¿Lo has pensado, Jamie?

—¿Podrían escardar el mundo entero?

—Si quieres plantearlo así... He oído decir que te has retirado de los Cachorros Exploradores.

—Bueno... —Jim dudaba que tuviera sentido explicar al señor Maxted por qué había dejado los Exploradores, un acto de rebeldía que había llevado a cabo sólo como experimento. La sorprendente indiferencia de sus padres lo había decepcionado. Pensó decirle al señor Maxted que no sólo había dejado los Exploradores y se había hecho ateo, sino que también podía hacerse comunista. Los comunistas parecían tener una intrigante habilidad para inquietar a todo el mundo, talento que Jim respetaba sobremanera.

Sin embargo, sabía que el señor Maxted no se escandalizaría. Jim admiraba al señor Maxted, arquitecto convertido en empresario, que había diseñado el cine Metropole y numerosos clubes nocturnos de Shanghai. Jim intentaba frecuentemente imitar sus maneras desenfadadas, pero había descubierto que parecer tan relajado era una tarea agotadora.

Jim apenas tenía idea de su propio futuro —la vida en Shanghai transcurría íntegramente en un intenso presente—, pero imaginaba que crecería y sería como el señor Maxted. Eternamente acompañado por el mismo vaso de whisky con soda, o eso creía Jim, el señor Maxted era exactamente el inglés adaptado a Shanghai, algo que el padre de Jim, más serio, jamás había logrado. Jim siempre había disfrutado de los paseos con el señor Maxted; él y Patrick se instalaban en el asiento delantero del Studebaker y partían a viajes impredecibles a través de un mundo vespertino de clubes y casinos desiertos. El señor Maxted conducía personalmente el Studebaker, singular comportamiento que parecía excitante y aun de cierto mal tono. Patrick y él jugaban en las ruletas vacías con el dinero del señor Maxted, bajo la sonrisa tolerante de las chicas rusas blancas de los bares que remendaban sus medias de seda mientras el señor Maxted, en el despacho del propietario, cambiaba de lugar otras pilas de billetes de banco.

¿No tendría que retribuir al señor Maxted, llevándolo en la proyectada expedición secreta al campo de aterrizaje de Hungjao?

—No te pierdas la película, Jamie. Confío en que me mantengas al día con las últimas noticias sobre la aviación militar...

Jim vio vacilar al señor Maxted sobre las baldosas que bordeaban la piscina vacía, y aguardó con curiosidad a que se cayera. El señor Maxted siempre se caía accidentalmente en las piscinas, como sabían todos, pero ¿por qué sólo cuando estaban llenas de agua?

Librodot

3

El aeródromo abandonado

Imaginando la respuesta, Jim bajó de la terraza. Corrió por el césped hasta más allá de las escardadoras, lanzando el avión por encima de sus cabezas. Las mujeres no le hicieron caso; siguieron cortando la hierba con sus cuchillos, pero Jim siempre sentía un leve estremecimiento de horror cuando se acercaba demasiado. Podía imaginar lo que ocurriría si se desvanecía delante de ellas.

En el ángulo sudoeste del terreno estaba la antena de radio del doctor Lockwood. Los tensores habían desplazado una parte de la cerca de madera, y Jim pasó por la abertura a un campo inculto. En el centro, entre la caña de azúcar silvestre, había un túmulo sepulcral, y los ataúdes podridos sobresalían de la tierra suelta como los cajones de una cómoda.

Jim echó a andar a través del campo. Cuando pasó junto al túmulo se detuvo a mirar los ataúdes sin tapa. Los esqueletos amarillentos estaban envueltos en el lodo arrastrado por las lluvias, como si esos pobres campesinos hubiesen sido amortajados en lechos de seda. Una vez más asombró a Jim el contraste entre los cuerpos impersonales de los nuevos muertos, que veía todos los días en Shanghai, y esos esqueletos entibiados por el sol, cada uno un individuo. Le intrigaban las calaveras, de dientes torcidos y cuencas de mirada oblicua. En muchos sentidos, los esqueletos estaban más vivos que los campesinos que por breve tiempo habían arrendado esos huesos. Jim se tocó el mentón y las mejillas, tratando de imaginar su propio esqueleto al sol, descansando en la paz de ese campo, a la vista del aeródromo desierto.

Abandonando el montículo sepulcral y su familia de huesos, Jim atravesó el terreno hasta una hilera de álamos agostados. Subió por unos bastos escalones de madera a un arrozal seco. A la sombra del cerco yacía el coriáceo cadáver de un búfalo de agua. Pero no había nadie más en el paisaje desierto, como si todos los chinos de la cuenca del Yangtsé hubiesen abandonado el campo para refugiarse en Shanghai. Sosteniendo el modelo de madera de balsa por encima de la cabeza, Jim corrió por el arrozal hasta un edificio de hierro situado en un terreno más alto, a unos cien metros hacia el oeste. Los restos de un camino de cemento, cubiertos de ortigas y cañas de azúcar, pasaban junto a una ruinosa caseta y llegaban a un mar abierto de hierba salvaje.

Era el aeródromo de Hungjao, un sitio mágico para Jim, donde el aire llevaba excitaciones y sueños. Allí estaba el hangar de metal galvanizado; poco más quedaba de ese aeródromo militar desde donde los cazas chinos habían atacado a las columnas japonesas de infantería que avanzaban sobre Shanghai en 1937. Jim entró en las hierbas altas hasta la cintura. Como el agua del mar en Tsingtao, debajo de la superficie cálida había un mundo fresco movido por corrientes misteriosas. El vivo viento de diciembre agitaba la hierba, como si las hélices de unos aviones invisibles dibujaran torbellinos alrededor. Escuchando atentamente Jim casi podía oír el ruido de los motores.

Jim lanzó al aire el aeromodelo. Ya estaba aburrido de ese pequeño planeador. Allí donde estaba jugando, los pilotos chinos y japoneses, en traje de vuelo, se ajustaban las antiparras antes de despegar para el ataque. Jim vadeó las hierbas más altas, que le llegaban a los hombros. Miles de tallos se arremolinaban en torno de los pantalones de pana y la camisa de seda, como si intentaran identificar a ese aviador en miniatura.

Un simple zanjón era el límite sur del aeródromo. Entre las ortigas asomaba el fuselaje de un caza japonés monomotor, quizá derribado cuando trataba de aterrizar en la pista de hierba. Le habían quitado las alas, la hélice y la cola, pero la cabina estaba intacta, el metal herrumbrado del asiento y los mandos descoloridos por la lluvia. Por las cubiertas plegadas del radiador Jim podía ver los cilindros del motor que había impulsado a ese avión y a su piloto por el cielo. El metal, en un tiempo bruñido, era ahora oscuro y áspero como piedra pómez, como los cascos de los submarinos oxidados amarrados en la caleta del Tsingtao, debajo de las

fortificaciones alemanas. Pero a pesar de la herrumbre, ese caza japonés pertenecía todavía al cielo. Durante meses Jim había pensado en cómo podría convencer a su padre de que lo llevara a la Avenida Amherst. Por la noche podría tenerlo junto a la cama, iluminada por los noticiarios que se le encendían en la cabeza.

Jim apoyó su modelo de madera de balsa en la cubierta del motor, trepó sobre el parabrisas y se dejó caer en el asiento metálico. Sin el paracaídas que era el cojín del piloto, Jim estaba sentado sobre el suelo de la cabina, en una caverna de metal oxidado. Miró los botones de los instrumentos con ideogramas japoneses, los timones, la palanca del tren de aterrizaje. Debajo del panel de instrumentos podía ver las aberturas para las ametralladoras y el mecanismo sincronizador conectado con el eje de la hélice. Una atmósfera poderosa se cernía sobre la cabina, la única nostalgia que Jim había conocido nunca, la memoria intacta del piloto que había estado ante esos mandos. ¿Donde estaba ahora el piloto? Jim pretendió manipular los controles, como si esa acción simpática pudiera evocar el espíritu del aviador muerto mucho antes.

Había una cinta metálica con una columna de caracteres japoneses clavada al tablero, debajo de uno de los cuadrantes empañados; una lista de presiones del colector o de ángulos de inclinación. Jim la desprendió de los carcomidos bulones, se puso de pie y Ia guardó en el bolsillo de sus pantalones de pana. Trepó fuera de la cabina y pasó a la cubierta del motor. Los brazos y hombros se le estremecían por las confusas emociones que invariablemente ese avión en ruinas desencadenaba en él. Exaltado, lanzó al aire el aeromodelo.

Atrapado por el viento, el planeador se elevó velozmente sobre el perímetro del campo de aterrizaje. Resbaló sobre una antigua casamata de cemento y cayó más allá, en la hierba. Impresionado por este rápido vuelo, Jim saltó del avión y corrió hacia la casamata con los brazos extendidos como si ametrallara a los insectos alados.

—Ta-ta-ta-ta-ta... Vera-Vera-Vera...

Del otro lado del zanjón había un viejo campo de batalla de 1937. Allí, una vez más, los ejércitos chinos habían intentado en vano contener el avance japonés sobre Shanghai. La ruinosas trincheras se extendían en zigzagues; una derrumbada pared de tierra unía un grupo de túmulos en el cauce de un canal en desuso. Jim recordó que había visitado Hungjao con sus padres en 1937, pocos días después de la batalla. Grupos de europeos y americanos iban allí desde Shanghai y detenían sus coches en los caminos rurales cubiertos de cápsulas de balas. Las señoras con sus vestidos de seda y los hombres en traje gris paseaban entre los escombros de la guerra, ordenados para ellos por una escuadrilla de demolición. A Jim el campo de batalla le pareció sobre todo un basural peligroso; dispersas al borde del camino había cajas de municiones y granadas en serie; rifles apilados como cerillas y piezas de artillería todavía uncidas a cadáveres de caballos. Las correas de munición de las ametralladoras corrían por el césped como pieles descartadas de serpientes barrocas pero ponzoñosas. Alrededor estaban los cuerpos de los soldados chinos muertos. Cubrían las márgenes de los caminos y flotaban en los canales, apretujándose en torno de los pilares de los puentes. En las trincheras, entre los túmulos, cientos de soldados muertos permanecían sentados, con la cabeza apoyada sobre la tierra removida como si se hubieran dormido juntos, sumidos en un profundo sueño de guerra.

Jim llegó a la casamata, una construcción de cemento en cuyo húmedo interior la luz entraba débilmente por las troneras de los cañones. Trepó al techo y examinó las matas de ortigas en busca de su avión. Estaba a seis metros, enganchado en el herrumbrado alambre de espino de la vieja trinchera. El papel de las alas se había roto en varios sitios, pero la armazón de madera balsa parecía intacta.

Jim estaba a punto de descender cuando advirtió que una cara lo miraba desde la trinchera. Había un soldado japonés completamente armado en cuclillas junto al terraplén, con el rifle, las cananas y mapas a un lado, como listos para una inspección. No tenía más de dieciocho

años, y miraba a Jim con un rostro pasivo y redondo como la luna, sin mostrarse sorprendido por la aparición de ese muchacho europeo de pantalones de pana azul y camisa de seda.

Jim recorrió con los ojos la trinchera. En un madero estaban sentados otros dos soldados japoneses, con los rifles entre las rodillas. La trinchera estaba llena de hombres armados. A cincuenta metros un segundo pelotón descansaba debajo del parapeto de un bunker de tierra, fumando cigarrillos y leyendo la correspondencia. Más lejos había otros grupos de soldados, las cabezas apenas visibles entre las ortigas y las cañas de azúcar silvestres. Una compañía íntegra de infantería japonesa se encontraba en el antiguo campo de batalla, como si se hubiera reconstruido a partir de los muertos de una guerra anterior, fantasmas de antiguos camaradas salidos de sus tumbas y provistos de uniformes y raciones nuevas. Fumaban sus cigarrillos parpadeando a la luz poco familiar, los rostros vueltos hacia los rascacielos de Shanghai cuyas luces de neón brillaban a través de los arrozales desiertos.

Jim volvió la cabeza para mirar el fuselaje del caza, esperando ver al piloto muerto de pie en la cabina. Un sargento japonés se adelantaba con paso firme por las altas hierbas entre la casamata y el avión, dejando atrás una estela amarillenta. Concluyó el cigarrillo, aspirando hasta los pulmones todo el humo restante. Aunque el sargento lo ignoró, Jim sabía que había decidido qué hacer con ese chiquillo.

—¡Jamie! Todos te estamos esperando... ¡Hay una sorpresa para ti!

Su padre lo llamaba. Estaba en el centro del aeródromo, pero podía ver a los soldados japoneses en las trincheras. Tenía las gafas puestas, pero no el parche del ojo ni la chaqueta de pirata. Aunque sin aliento por la carrera desde la casa del doctor Lockwood, se obligaba a mantenerse inmóvil, en la actitud que menos pudiera inquietar a los japoneses. Los chinos, que gritaban y agitaban los brazos en los momentos de tensión, nunca lo habían comprendido.

De todos modos, a Jim le sorprendió que ese pequeño símbolo de deferencia pareciera satisfactorio al sargento. Sin mirar a Jim, arrojó lejos la colilla y saltó al zanjón. Desprendió el aeromodelo del alambre de espino y lo lanzó a las ortigas.

—Jamie, es la hora de los fuegos de artificio... —Su padre avanzaba silenciosamente por la hierba—. Tenemos que ir.

Jim descendió del techo de la casamata.

—Mi avión está ahí abajo. Supongo que puedo ir a buscarlo.

El padre miró al sargento japonés que caminaba junto al parapeto de la trinchera. Jim podía ver que a su padre le costaba hablar. Tenía el rostro tan exangüe y tenso como cuando los representantes de los trabajadores de la hilandería habían amenazado matarlo. Sin embargo, no dejaba de pensar en algo.

—Se lo dejaremos a los soldados. El que lo encuentra, se lo queda.

—¿Como las cometas?

—Así es.

—No estaba muy enojado.

—Parecen esperar a que ocurra algo...

—¿La próxima guerra?

—No lo creo.

De la mano, atravesaron el aeródromo. Nada se movió aparte de la incesante ondulación de la hierba, que ensayaba los futuros torbellinos de las hélices. Cuando llegaron al hangar el padre abrazó estrechamente a Jim como si quisiera hacerle daño, como si lo hubiera perdido para siempre. No estaba resentido con él, y parecía casi contento de haberse visto obligado a visitar el viejo aeródromo.

Pero Jim, en cambio, se sentía de algún modo culpable y enojado consigo mismo. Había perdido el modelo de madera de balsa y había atraído a su padre a un arriesgado encuentro con los japoneses. Los europeos solitarios que se cruzaban con los japoneses solían aparecer muertos a la vera del camino. Cuando llegaron a la casa del doctor Lockwood, los huéspedes ya se marchaban. Reuniendo deprisa a los niños y a las amas, trepaban a los coches y partían en convoy hacia la Zona Internacional. Con los pantalones del traje de Papá Noel y una barba

de algodón, el doctor Lockwood los despedía agitando la mano mientras el señor Maxted bebía un whisky junto a la piscina vacía y los equilibristas chinos trepaban a sus escaleras y se transformaban en aves imaginarias.

Lamentando todavía la pérdida del avión, Jim se instaló entre sus padres en el asiento posterior del Packard. ¿Temían acaso que hiciera una nueva travesura si se sentaba delante, junto a Yang? Había logrado echar a perder la fiesta del doctor Lockwood y hacer improbable una nueva visita al aeródromo de Hungjao. Pensó en el caza abatido en que había invertido tanta imaginación, y en el piloto muerto cuya presencia había sentido en la cabina herrumbrada.

A pesar de estos tropiezos, Jim se sintió contento cuando su madre le dijo que dejarían la casa de la Avenida Amherst por unos días para instalarse en la suite de la empresa en el Palace Hotel. Los exámenes de la Cathedral School empezaban el día siguiente, con geometría y las Escrituras. Como la catedral estaba a unos pocos cientos de metros del hotel, tenía mucho tiempo para el repaso la mañana siguiente. A Jim e atraían las Escrituras, especialmente ahora que era ateo, y siempre le divertía el saludo habitual del reverendo Matthews (“Aquí está el primer pagano, y el mayor de todos...»).

Jim esperó en el Packard mientras sus padres se cambiaban y el equipaje era guardado en el maletero. Cuando traspusieron el portal, miró la figura inanimada del viejo mendigo en su estera deshilachada. Podía ver la huella del Firestone del Packard en el pie izquierdo del hombre. Hojas y tiras de periódico le cubrían la cabeza; ya empezaba a ser parte de los informes desperdicios de donde había emergido.

Jim sentía compasión por el viejo mendigo, pero por alguna razón sólo podía pensar en el pie con la huella del neumático. Si hubiesen ido en el Studebaker del señor Maxted, las huellas habrían sido diferentes, el anciano hubiera sido marcado con el diseño de la Goodyear Company...

Procurando distraerse de estos pensamientos, Jim encendió la radio del coche. Siempre le agradaban los paseos nocturnos por el centro de Shanghai, esa ciudad eléctrica y extravagante, más excitante que ninguna otra del mundo. Cuando llegaron a la Calle del Pozo Burbujeante apretó la cara contra la ventanilla y miró las aceras en que se alineaban garitos y clubes nocturnos, repletos de chicas y gangsters y mendigos opulentos con guardaespaldas. A diez mil kilómetros de distancia, y del otro lado del meridiano horario, eran las primeras horas de la madrugada del domingo y los americanos de Honolulú dormían; pero Shanghai, adelantada un día en el tiempo como en todo lo demás, se preparaba para comenzar una nueva semana. Muchedumbres de espectadores se abrían paso hacia los estadios de jai alai, bloqueando el tránsito en la Calle del Pozo Burbujeante. Un furgón blindado de la policía, con dos ametralladoras Thompson montadas en una torreta de acero encima del conductor, giró delante del Packard y despejó la acera. Un grupo de jóvenes chinas con vestidos cubiertos de lentejuelas tropezó con el ataúd de un niño, adornado con flores de papel. Con los brazos enlazados pasaron con dificultad ante la parrilla del Packard y se deslizaron junto a la ventanilla de Jim, golpeando el parabrisas con las manitas y gritando obscenidades. Cientos de muchachas eurasiáticas, con abrigos de pieles largos hasta el tobillo, aguardaban en las hileras de rickshaws detenidos ante el Park Hotel, silbando entre dientes a los residentes que emergían de la puerta giratoria, mientras sus chulos discutían con las parejas checas y polacas, vestidas con ropas decorosas y remendadas, que intentaban vender sus últimas joyas. Cerca, ante los escaparates de la gran tienda Sun Sun en la Calle Nankín, un grupo de jóvenes judíos europeos peleaba entre la multitud con una pandilla de alemanes algo mayores que exhibían la esvástica en los brazales del Graf Zeppelin Club. Perseguidos por las sirenas policiales, corrieron a refugiarse en el cine Cathay, el más grande del mundo, ante cuyas puertas se agolpaba una multitud de mecanógrafas y empleadas chinas, de carteristas y mendigos, para ver a la gente de la función nocturna. Al descender de los coches, las mujeres se recogían las largas faldas entre una guardia de honor de cincuenta jorobados en ropas

Librodot

medievales. Tres meses antes, cuando Jim fue con sus padres al estreno de *El jorobado de Nôtre Dame*, la administración del cine había contratado a doscientos jorobados de todos los callejones de Shanghai. Como siempre, el espectáculo fuera del cine superaba al de la pantalla; Jim estaba contento de ver las calles de la ciudad, lejos de los noticiarios y la incesante evocación de la guerra.

Después de la cena, en su dormitorio del décimo piso del Palace Hotel, Jim trataba de no dormir. Escuchó el zumbido de un hidroavión japonés que amaraba en el río, en la base de la aviación naval de Nantao. Pensó en el caza destrozado del aeródromo de Hungjao, y en el aviador japonés cuyo puesto había ocupado esa tarde. Quizá el espíritu del piloto muerto había entrado en él, y los japoneses participarían en la guerra del lado de los ingleses. Jim soñó con la guerra inminente, con un noticiario donde él estaba vestido con traje de aviador en la cubierta de un portaaviones silencioso, listo para acompañar a esos hombres solitarios de la nación insular del Mar de la China, transportado con ellos a través del Pacífico por el espíritu del viento divino.

Librodot

4

El ataque al Petrel

Una pradera de flores de papel flotaba en la marea; se amontonaban en torno de los pilares manchados de petróleo del muelle y los adornaban con gorgueras de vivos colores. Pocos minutos antes del alba Jim miraba por la ventana de su dormitorio del Palace Hotel. Vestía el uniforme de la escuela y se disponía a dedicar una hora al repaso antes del desayuno. Pero, como siempre, le era difícil apartar la vista de la zona portuaria de Shanghai. El olor de las cabezas de pescado y el queso de soja fritos en aceite de cacahuete ya se elevaba de las sartenes de las vendedoras, delante del hotel. Juncos manchados de tung con ojos pintados en la proa bogaban más allá de las barcazas del opio fondeadas en la costa del Pootung. Había miles de sampanes y barcas amarrados a lo largo del Bund, una ciudad de cabañas flotantes todavía oculta en la penumbra. Pero entre las chimeneas de las fábricas de Pootung las primeras luces del día empezaban a difundirse a través del río, recortando el perfil rectangular del USS *Wake* y el HMS *Petrel*. Las dos cañoneras, la americana y la inglesa, estaban ancladas en mitad de la corriente, frente a las casas de banca y a los hoteles del Bund. Jim vio una lancha a motor que llevaba a dos oficiales británicos de regreso al *Petrel* después de las fiestas en tierra. Jim había conocido al capitán del *Petrel*, el capitán Polkinhorn, en el Shanghai Country Club, y sabía cuáles eran todis los barcos de guerra del río. Aun a esa pálida luz advirtió que el monitor italiano Emilio Carlotta, provocativamente amarrado junto a los dos jardines públicos del Bund, frente al Consulado británico, había levado anclas durante la noche. Ahora ocupaba su lugar una cañonera japonesa, un buque chato y castigado por la guerra, con los cañones sucios y austeros dibujos de camuflaje en la chimenea y la obra muerta. En las troneras del ancla, a ambos lados de la proa, rezumaba la herrumbre. Los postigos de acero estaban todavía cerrados sobre las ventanas del puente, y el blindaje de los cañones de proa y popa estaba protegido con sacos de arena. Mientras miraba esa nave poderosa, Jim se preguntó si habría sido dañada mientras patrullaba los recodos del Yangtsé. En el puente se movían marinos y oficiales, y una linterna de señales envió un centelleante mensaje a través del río.

Tres kilómetros río arriba, más allá de la base de aviación naval de Nantao, había una barrera de cargueros que los chinos habían echado a pique en 1937, intentando bloquear el río. El sol brillaba a través de los agujeros de los mástiles y chimeneas de metal, y la marea bañaba las cubiertas e inundaba los camarotes. Cuando regresaba en la lancha de la empresa, después de visitar la hilandería de su padre, Jim siempre deseaba subir a bordo de los buques de carga y explorar las cabinas ahogadas, un mundo de viajes olvidados en cavernas de herrumbre.

Miró la cañonera japonesa amarrada junto a los jardines. La linterna de señales brillaba insistentemente en el puente. ¿Acaso esa fatigada plataforma para cañones estaba a punto de hundirse sobre sus propias anclas? Aunque Jim sentía profundo respeto por los japoneses, los ingleses de Shanghai siempre menospreciaban sus barcos. El crucero *Idzumo*, amarrado un kilómetro aguas abajo ante el Consulado japonés, en Hongkew, parecía mucho más imponente que el *Wake* y el *Petrel*. En realdad, el *Idzumo*, nave insignia de la flota japonesa de la China, había sido construido en Inglaterra para servir en la Royal Navy antes de que lo vendieran a los japoneses durante la guerra ruso-japonesa de 1905.

La luz avanzó por el río y tocó las flores de papel que cubrían el lomo del agua como guirnaldas olvidadas por los admiradores de aquellos marinos. Todas las noches, en Shanghai, los chinos demasiado pobres para pagar el entierro de sus parientes lanzaban los cuerpos desde los muelles funerarios de Nantao, adornando los ataúdes con flores de papel. Arrastradas por la marea, retornaban con la siguiente a la zona portuaria de Shanghai junto con todos los demás desechos abandonados por la ciudad. Las praderas de flores de papel derivaban en la corriente y se agrupaban en minúsculos jardines flotantes alrededor de los

ancianos, las jóvenes madres y los niños pequeños cuyos cuerpos hinchados parecían alimentados durante la noche por el paciente Yangtsé.

A Jim le disgustaba esa regata de cadáveres. A la luz del sol que se elevaba en el cielo, los pétalos de papel parecían los rollos de vísceras esparcidas alrededor de las víctimas de bombas terroristas en la Calle Nankín. Volvió los ojos hacia la cañonera japonesa. Habían bajado una lancha que se dirigía a través del río hacia el USS *Wake*. Una docena de infantes de marina japoneses sentados frente a frente, con los rifles verticales como remos. Dos oficiales de pie a proa, en su uniforme formal completo, uno de ellos con un megáfono en las manos enguantadas.

Asombrado de que hicieran una visita ceremonial tan temprano, Jim trepó al antepecho de la ventana y se apretó contra el cristal. Otros dos botes, cada uno con cincuenta infantes de marina, venían desde el *Idzumo*. Las tres embarcaciones se encontraron en el centro del río y detuvieron sus motores. Flotaban entre las flores de papel y los cajones abandonados. Un junco a motor pasó junto a ellos; las jaulas de bambú de la cubierta estaban llenas de perros que ladraban, en camino al mercado de carne de Hongkew. Un coolie desnudo timoneaba, bebiendo una botella de cerveza. No hizo intento alguno de alterar el rumbo cuando las olas que levantaba bañaron la lancha de la cañonera. Pasando por alto el remojón, el oficial japonés llamó al *Wake* por el megáfono.

Riendo para sus adentros, Jim tamborileó con las palmas sobre el cristal. No había ningún oficial americano a bordo, como sabía todo el mundo en Shanghai. Todos debían de estar roncando en sus habitaciones del Park Hotel. Un soñoliento marinero chino con una chaqueta y pantalones cortos emergió del castillo de proa. Movió la cabeza mientras la embarcación japonesa se acercaba, y se puso a pulir la regala de bronce mientras los infantes de marina subían por la planchada y se movían rápidamente hacia la cubierta. Con las bayonetas caladas en los rifles, recorrieron el buque de extremo a extremo, buscando a algún miembro americano de la tripulación. Seguida por uno de los dos botes, la lancha a motor se acercó al HMS *Petrel*. Hubo un conciso diálogo con el joven oficial inglés del puente, que despidió a los japoneses con el mismo desinterés que Jim había visto en sus padres mientras se negaban a comprar cabezas de Java y elefantes tallados a los vendedores de las piraguas que rodeaban el barco en el puerto de Singapur.

¿Acaso los japoneses trataban de vender algo a los ingleses y americanos? Jim sabía que perdían el tiempo. De pie contra la ventana, con los brazos abiertos, intentó recordar las señales de semáforo que había aprendido de tan mala gana en los Exploradores. El oficial japonés de la lancha hacía señales con una linterna a la cañonera amarrada junto a los jardines. Mientras la luz se tambaleaba sobre el agua, Jim advirtió que cientos de chinos pasaban a la carrera por delante del Consulado británico. Nubes de humo y vapor brotaban de la chimenea de la cañonera, como si la nave estuviera a punto de estallar. El cilindro del cañón delantero estalló en un relámpago que abrasó el puente y la cubierta. A seiscientos metros de distancia la granada explotó contra la obra muerta del *Petrel*. La onda de presión del cañonazo sacudió los hoteles del Bund y el pesado cristal de la ventana golpeó a Jim en la nariz. Cuando la cañonera disparó una segunda granada desde la torre trasera, Jim saltó a la cama y se echó a llorar; luego se dominó y se agazapó detrás de la cabecera de caoba.

Desde el muelle, junto al Consulado japonés, el crucero *Idzumo* también abrió fuego. Los cañones relampaguearon a través del humo que surgía de las tres chimeneas y se enroscaba sobre el agua como una negra boa de plumas. El *Petrel* ya estaba oculto por una cortina de vapor; unos fuegos violentos se reflejaban debajo del agua. Dos aviones japoneses de caza pasaron a lo largo del Bund, a tan baja altura que Jim pudo ver a los pilotos en las cabinas. Una multitud de chinos se dispersaba a lo largo de las vías del tranvía, parte hacia el muelle, parte a refugiarse en las escaleras de los hoteles.

—Jamie! ¿Qué haces? —Todavía en pijama, el padre irrumpió descalzo en el dormitorio. Miró con incertidumbre los muebles, como si no pudiera reconocer esa habitación de su

Librodot

propia suite—. Jamie, ¡apártate de la ventana! Vístete y haz lo que tu madre te diga. Nos vamos en tres minutos.

No parecía advertir que Jim llevaba el uniforme de la escuela. Mientras ambos se protegían los ojos de los cañonazos lanzados a bocajarro, hubo una inmensa explosión en el centro del río. Como cohetes en una exhibición de fuegos de artificio, trozos ardientes del *Petrel* se elevaron en el aire y salpicaron el agua. Jim se sintió atontado por el ruido y el humo. La gente corría en los pasillos del hotel, una anciana inglesa gritaba ante el pozo del ascensor. Jim se sentó en la cama y miró la plataforma ardiente que se hundía en el río. Cada pocos segundos emitía un firme destello luminoso. Los marinos británicos del *Petrel* estaban combatiendo. Habían dispuesto uno de los cañones y devolvían el fuego del *Idzumo*. Pero Jim los miraba sombríamente. Comprendía que probablemente él mismo había comenzado la guerra con aquellas confusas señales de semáforo desde la ventana, que los oficiales japoneses de la lancha a motor habían comprendido mal. Ahora sabía que hubiera tenido que quedarse en los Exploradores. ¿Quizá el reverendo Matthews lo castigaría con el bastón delante de toda la escuela por espía?

—¡Jamie! ¡Échate al suelo! —La madre estaba de rodillas en la puerta. En una pausa, entre las salvas de granadas, lo arrancó de la vibrante ventana y lo sostuvo junto a la alfombra.

—¿Iré a la escuela? —preguntó Jim—. Hoy es el examen de Escrituras.

—No, Jamie. Hoy no habrá clases en la escuela. Veremos si Yang puede llevarnos a casa.

Jim estaba impresionado por la serenidad de su madre. Decidió no decirle que él había iniciado la guerra. Apenas se vistieron, salieron del hotel. Gran cantidad de huéspedes europeos y americanos rodeaban los ascensores. Negándose a descender por las escaleras, golpeaban las rejas metálicas y gritaban por el hueco. Llevaban maletas y tenían puestos sombreros y abrigos, como si hubieran resuelto partir en el próximo vapor a Hong Kong. La madre de Jim se unió a ellos, pero el padre la tomó del brazo y la condujo hacia la escalera.

Con las rodillas doloridas por el esfuerzo, Jim llegó a la entrada antes que ellos. Había pasajeros de los pisos inferiores, personal chino de cocina y empleados rusos blancos agazapados detrás de los sillones de cuero y de los tiestos con palmeras, pero el padre de Jim pasó de largo hasta la puerta giratoria.

El cañoneo había terminado. Grupos de chinos corrían por el Bund entre los tranvías y los coches detenidos: viejas amas cojeando con sus pantalones negros, coolies que tiraban de rickshaws vacíos, mendigos y marinos de los sampanes, camareros uniformados de los hoteles. Un manto de humo gris, tan grande como una ciudad oculta entre la niebla, atravesaba el río. De ella emergían los mástiles del *Idzumo* y el *Wake*. Nubes de hollín incandescentes brotaban todavía de la chimenea de la cañonera japonesa, junto a los jardines públicos.

El *Petrel* se hundía en su puesto. Del centro y la popa brotaba vapor; Jim vio una cola de marineros que aguardaba en la proa el momento de bajar a la lancha del buque. Un tanque japones avanzó por el Bund, arrancando chispas de los rieles tranvía con sus orugas. Giró sacudiéndose en torno de un tranvía abandonado y aplastó un rickshaw contra un poste de telégrafo. Una rueda alabeada desprendida del rickshaw dio unas volteretas por la calzada, al paso del oficial japonés que conducía las tropas de asalto, esgrimiendo la espada como para impulsar la rueda. Dos cazas rugieron a lo largo del puerto, arrancando los toldos de bambú de los sampanes y revelando a cientos de chinos agazapados. Un batallón de infantes de marina japoneses avanzó por el Bund; parecía un ejército de opereta entre los árboles ornamentales de los jardines públicos. Un pelotón con la bayoneta calada corrió escaleras arriba del Consulado británico, encabezado por un oficial con una pistola Máuser.

—Allí está el coche... ¡Tenemos que correr! —Aferrando con cada mano a Jim y a su madre, el padre los arrastró hacia la calle. Inmediatamente un coolie que corría derribó a Jim. Permaneció atontado entre los pies que pasaban, esperando que el chino de pecho descubierto volviese para disculparse. Luego se incorporó, se sacudió el polvo de la gorra y la chaqueta y siguió a sus padres hasta el coche detenido ante el Shanghai Club. Un grupo de chinas

exhaustas, sentadas en la escalinata, revisaban los bolsos de mano, sofocadas por el vaho del petróleo que escapaba del casco escorado del *Petrel* y flotaba sobre el río.

Cuando el coche avanzó por el Bund, el tanque japonés había llegado ya al Palace Hotel, entre el personal que huía, los recaderos chinos con uniformes americanos galoneados, los camareros de túnicas blancas, y los huéspedes europeos con sombreros y maletas. Dos motociclistas japoneses, acompañados por un soldado armado en el sidecar camuflado, se adelantaron al tanque. De pie sobre los pedales intentaban abrirse paso entre los rickshaws y taxis triciclos, carros de caballos y bandas de coolies que se tambaleaban bajo el peso de los yugos cargados de fardos de algodón que llevaban al hombro.

El tránsito ya bloqueaba el Bund. Una vez más, el estrépito y la confusión de Shanghai habían devorado a los invasores. ¿Quizá la guerra había terminado? Por la ventanilla trasera del Packard, también paralizado, Jim vio a un suboficial japonés que gritaba a los atolondrados chinos que lo rodeaban. A sus pjes yacía un coolie muerto, con la cabeza ensangrentada. El tanque estaba atrapado entre el torrente de vehículos ante un Lincoln Zephyr blanco. Dos jóvenes mujeres chinas con abrigos de piel, bailarinas del club nocturno que había en el terrado del edificio Socony, luchaban con el volante y ocultaban la risa con manitas enjoyadas.

—¡Esperad aquí! —El padre de Jim abrió la portezuela y bajó a la calle—. Jamie, cuida a tu madre!

Los infantes de marina japoneses que habían capturado el USS *Wake* hacían fuego con ametralladoras. Desde el puente, los fusileros disparaban contra los marinos británicos que nadaban desde el *Petrel* hacia la costa. La lancha del buque, cargada de heridos, se hundía en las aguas someras que cubrían los bancos de lodo junto a los muelles de la Concesión Francesa. Los marinos, con los brazos cubiertos de sangre, se hundían hasta los muslos en el fango negro. Un suboficial herido cayó al agua y derivó hacia los oscuros muelles del Bund. Sosteniéndose mutuamente, los marinos yacían inermes sobre el lodo, rodeados por la marea creciente. Ya las primeras flores fúnebres los habían encontrado y empezaban a juntarse alrededor de los hombros.

Jim miró a su padre, que se abría paso entre los coolies de los sampanes apiñados en el muelle. Un grupo de ingleses había llegado corriendo desde el Shanghai Club; se quitaban abrigos y chaquetas. En chaleco y mangas de camisa saltaron al rango, sacudiendo los brazos mientras se hundían hasta los muslos. Los marinos japoneses del USS *Wake* continuaban disparando contra la lancha, pero dos británicos fueron en busca de un marino herido. Lo alzaron por debajo de los brazos y arrastraron hasta el banco de lodo. El padre de Jim fue hasta más lejos, las gafas salpicadas de agua, apartando el fango negro con las manos. La marea le había llegado hasta el pecho cuando aferró al suboficial herido que flotaba entre los pilares. Lo llevó hasta las aguas bajas sosteniéndolo de una mano y se arrodilló agotado junto a él sobre el barro aceitoso. Otros iban hasta la lancha escorada. Recogieron a los últimos heridos y se lanzaron juntos al agua. Empezaron a nadar hacia la costa, y un segundo grupo de rescate les ayudó a subir a tierra.

La nube de petróleo ardiente del *Petrel* atravesó el Bund y envolvió en humo el tránsito detenido y a los japoneses que avanzaban. Mientras Jim subía el cristal de su ventanilla, el Packard fue impulsado hacia adelante, y luego violentamente sacudido de lado. Unas astillas de cristal se desprendieron del parabrisas y llovieron sobre los asientos. Jim cayó al suelo bajo el asiento de atrás y la jamba de la puerta golpeó la cabeza de su madre.

—Jamie, sal del coche... Jamie!

Aturdida, ella abrió la puerta y bajó a la calle, recogiendo el bolso del asiento que se bamboleaba. Detrás, el tanque japonés empujaba al Lincoln Zephyr abandonado por las bailarinas. La oruga de metal aplastó el guardabarros trasero contra las ruedas y luego lanzó el pesado coche contra la parte posterior del Packard.

—Levántate, Jamie... Vamos a casa...

Con una mano ante la cara lastimada, la madre tironeaba de la puerta trasera torcida. El tanque se detuvo antes de volver a empujar el Lincoln. Los infantes de marina japoneses se movían entre los coches y los rickshaws, amenazando a la muchedumbre con sus bayonetas. Jim trepó al asiento delantero y abrió la puerta del conductor. Saltó a la calle y se metió debajo de las varas de un rickshaw cargado de sacos de arroz. El tanque avanzó, echando humo por los respiraderos. Jim vio a su madre retenida entre la confusión de chinos y europeos a quienes los infantes de marina obligaban a cruzar el Bund. Un segundo tanque seguía al primero, y luego una columna de camiones camuflados repletos de soldados japoneses.

Del USS *Wake* partió una descarga final de fusilería. El último marino inglés herido fue llevado al lodo debajo del Bund. El petróleo del escorado *Petrel* se alargaba en una capa a través del río, calmando las aguas de la batalla. Los civiles británicos que habían colaborado en el rescate de los marinos estaban junto a los heridos de camisas grasientas. El padre de Jim arrastraba al suboficial por el banco de lodo. Exhausto, abrió las manos y cayó en el agua que corría por la costa grasienta desde el desagüe debajo del muelle.

Los soldados japoneses del Bund alejaban a la muchedumbre del puerto, obligando a los chinos y a los europeos a bajar de los coches y rickshaws. La madre de Jim había desaparecido detrás de una columna de camiones militares. Un marino británico herido, un joven de pelo rubio no mayor de dieciocho años, subió los escalones del embarcadero, con las manos abiertas como ensangrentadas paletas de ping-pong.

Jim se ajustó la gorra escolar y pasó como una flecha ante él y los coolies de los sampanes. Bajó corriendo los escalones y saltó del embarcadero a la superficie esponjosa del banco de lodo. Hundido hasta las rodillas, vadeó por el barro hasta su padre.

—Los hemos sacado... Buen chico, Jamie. —El padre estaba en mitad de la pequeña corriente, junto al cuerpo del suboficial. Había perdido las gafas y un zapato, y tenía los pantalones negros de petróleo, pero aún llevaba la corbata en el cuello blanco. En una mano sostenía un guante de seda amarillo, como —recordó Jim— los que llevaba su madre en las recepciones de la Embajada británica. Al mirar el guante, Jim comprendió que era la piel completa de una mano del suboficial, arrancada de la carne por el fuego del cuarto de máquinas.

—Se hunde... —El padre arrojó el guante al agua, como la mano de un mendigo fastidioso. Una explosión ronca y ahogada resono en el casco volcado del *Petrel*. Un violento chorro de vapor brotó de las cubiertas abulonadas, y la cañonera se deslizó bajo las olas. Una nube de humo frenético giraba sobre el río, como si estuviera buscando la nave desaparecida.

El padre de Jim se dejó caer en el lodo. Jim se puso junto a él en cuclillas. El ruido de los motores de los tanques en el Bund, las órdenes vociferadas por los suboficiales japoneses y el zumbido de los aviones parecían alejarse. Llegaban ahora hasta ellos los primeros restos del *Petrel*: chalecos salvavidas, tablones, un toldo de lona con sus cuerdas, como una inmensa medusa desalojada del fondo por el barco hundido.

Un destello luminoso corrió por los muelles como una andanada silenciosa. Jim se tendió junto a su padre. Había cientos de soldados japoneses formados encima de ellos, en el Bund. La bayonetas se alzaban contra el sol como una cerca de espadas.

5

Escapada del hospital

—Mitsubishi... Zero-Sen..., ah... Najakima..., ah...

Jim estaba en su cama en la sala de niños desierta y escuchaba al joven soldado japonés que recitaba los nombres de los aviones que volaban sobre el hospital. El cielo de Shanghai estaba lleno de aviones. Aunque el soldado sólo sabía los nombres de dos tipos de avión, le era difícil seguir el paso de la incesante actividad aérea.

Durante tres días Jim había descansado tranquilamente en la sala del piso superior del hospital de Ste. Marie, de la Concesión Francesa, turbado solamente cuando el joven soldado fumaba furtivamente o intentaba reconocer los aviones. Solo en la sala, Jim pensaba en sus padres y esperaba que pronto vinieran a visitarlo. Oía los hidroaviones que despegaban de la base de la aviación naval de Nantao.

—Ah..., ah... —El soldado sacudió la cabeza y se alejó buscando una colilla en el suelo inmaculado. Jim oyó que las hermanas misioneras francesas discutían con la policía militar japonesa que ocupaba esa ala del hospital, en el pasillo del piso bajo. A pesar del duro colchón, los muros blanqueados con los desagradables iconos encima de cada cama —el Niño Jesús crucificado rodeado de discípulos chinos— y el amenazante olor químico (algo, pensaba él, que tenía alguna relación con los sentimientos religiosos intensos), Jim no llegaba a creer realmente que la guerra hubiese comenzado al fin. Un muro de rareza separaba todas las cosas, las caras que lo miraban eran raras.

Podía recordar la fiesta del doctor Lockwood en Hungjao, y también a los equilibristas chinos que se convertían en aves. Pero el bombardeo del *Petrel*, el tanque que había aplastado el Packard, los enormes cañones del *Idzumo*, pertenecían al reino de la fantasía. Casi esperaba que Yang irrumpiera en la sala y le dijera que todo era parte de una epopeya representada en los estudios cinematográficos de Shanghai.

Lo que era real, sin ninguna duda, era la costa fangosa a que su padre había ayudado a arrastrar a los marinos heridos, donde habían pasado seis horas junto al suboficial muerto. Era como si los japoneses se hubieran sorprendido tanto por la rapidez de su propia acometida, que tardaron un tiempo en comprender el sentido de aquella victoria. Pocas horas después del ataque a Pearl Harbor, los ejércitos japoneses que rodeaban Shanghai se apoderaron de la Zona Internacional. Los marinos que habían capturado el USS *Wake* y ocupado el Bund lo celebraron desfilando ante los hoteles y las casas de banca.

Mientras tanto, los sobrevivientes heridos del *Petrel* y los civiles británicos que habían colaborado en el rescate permanecieron en el fango junto al desagüe. Un grupo armado de la policía militar descendió del embarcadero. Se llevaron al capitán Polkinhorn, herido en la cabeza, y al primer oficial; pero los demás quedaron allí bajo el sol. Un oficial japonés en uniforme de combate, sosteniendo la vaina de la espada en una mano enguantada, pasó entre los hombres heridos y agotados, examinando los rostros uno por uno. Miró a Jim, con su gorra y su chaqueta de la escuela, evidentemente sorprendido por la elaborada insignia de la Cathedral School, y pensó que Jim debía de ser un cadete de la Royal Navy desusadamente joven. Una hora más tarde llevaron al capitán Polkinhorn en una lancha a motor al sitio del hundimiento del *Petrel*. Antes de abandonar el barco, el capitán había conseguido destruir los códigos, y durante días los japoneses enviaron nadadores submarinos al buque hundido en el infructuoso intento de recuperar las cajas de códigos. Poco después de las diez de la mañana los japoneses reabrieron el Bund, y miles de temerosos chinos y europeos neutrales pudieron entrar en los muelles. Miraron a los tripulantes heridos del *Petrel* y permanecieron en silencio mientras el Sol Naciente era ceremoniosamente izado en el mástil del USS *Wake*. Temblando junto a su padre en el frío sol de diciembre, Jim contempló los ojos inexpresivos de los chinos amontonados en el muelle. Eran testigos de la completa humillación de las potencias aliadas por el imperio del Japón, una lección práctica para todas las personas que se resistían a

Librodot

ingresar en la Esfera de Coprosperidad. Afortunadamente, algunas horas más tarde, un grupo de funcionarios de la Embajada alemana y de la francesa de Vichy se abrió paso entre la muchedumbre. Protestaron volublemente por el tratamiento acordado a los heridos ingleses. Movidos por uno de aquellos bruscos cambios de ánimo, comunes en ellos, los japoneses cedieron y llevaron a los prisioneros al hospital de Ste. Marie.

Una vez allí, la única idea de Jim fue salir del hospital y regresar a la Avenida Amherst, al lado de su madre. El médico francés que le puso mercurocromo en las rodillas y las religiosas que lo bañaron comprendieron inmediatamente que Jim era un estudiante británico, y trataron de que se marchara. Pero los japoneses habían ocupado un ala entera del hospital, expulsando a los pacientes chinos y montando guardia en cada una de las plantas. En la sala de niños del piso alto apostaron a un joven soldado, que pasaba el tiempo pidiendo cigarrillos a las monjas y repitiendo los nombres de los aviones que se aproximaban.

Una monja china dijo a Jim que su padre estaba con los demás civiles en un piso inferior, recuperándose de los efectos de la tensión y el frío, pero que podría marcharse en pocos días. Mientras tanto, por algún motivo, el alto mando japones había empezado a poner por las nubes la bravura del capitáan Polkinhorn y de sus hombres. El segundo día, el comandante del *Idzumo* envió una delegación de oficiales uniformados al hospital a rendir homenaje a los marinos heridos en la mejor tradición del bushido, inclinándose ante ellos. El *Shanghai Times*, escrito en inglés y de propiedad británica, aunque hacía tiempo demostraba su simpatía por los japoneses, publicó en primera plana una foto del *Petrel* y un artículo donde alababa el valor de la tripulación. El titular principal se refería al ataque japonés a Pearl Harbor y el bombardeo del aeropuerto Clark en Manila. Dibujos a lápiz proporcionados por una agencia de noticias neutral mostraban escenas apocalípticas de barcos de guerra americanos que se iban a pique entre nubes de humo.

Ahora que los japoneses habían ganado la guerra, pensaba Jim, ¿la vida volvería a la normalidad en Shanghai? Cuando el joven soldado le mostró el periódico, Jim estudió cuidadosamente las fotos de cazabombarderos despegando de portaaviones japoneses, escenas que creía haber soñado en el Palace Hotel, la víspera de la guerra.

Echado en la cama vecina, el soldado señalaba los aviones atacantes, tratando de impresionar a Jim con esa aplastante hazaña bélica.

—Ah..., ah...

—Nakajima —dijo Jim—. Nakajima Hayabusa.

—¿Nakajima? —El soldado suspiró profundamente, como si el tema de la aviación militar estuviera mucho más allá del alcance de ese niño inglés. En realidad, Jim podía reconocer casi todos los aviones japoneses. Los noticiarios británicos de la guerra chino-japonesa se burlaban abiertamente de los aviones japoneses y de sus pilotos, pero el padre de Jim y el señor Maxted siempre hablaban de ellos con respeto.

Jim se preguntaba cómo podría ver a su padre cuando el cabo de guardia rugió una orden desde la escalera. Ese cabo pequeño y desagradable, que tenía sin duda el rango más importante en el ejército japonés, aterrorizaba al joven soldado. Arrojó a lo lejos su colilla, recogió el rifle y salió disparado de Ia sala, mostrando a Jim un dedo levantado en señal de advertencia.

Contento de estar solo, Jim saltó inmediatamente de la cama. Por Ia ventana podía ver un grupo de huérfanos chinos convalecientes en el balcón del ala opuesta. Con sus pijamas europeos —donados, como el de Jim, por la beneficencia francesa local— pasaban el día entero con la vista fija en él. Una escalera de incendio unía las dos alas, aunque estaba bloqueada por montones de sacos de arena apilados contra las ventanas en 1937, para protegerlas de las granadas mal dirigidas disparadas del otro lado del río.

Descalzo, Jim cruzó la sala hasta la puerta posterior. Había una angosta pasarela entre los sacos de arena; la arena suelta estaba cubierta de centenares de colillas arrojadas por los aburridos médicos franceses. Caminando con cuidado entre vidrios rotos, Jim pasó a la

escalera de incendio. Los escalones conducían al ala opuesta, unida por un puentecillo herrumbrado a la sala situada debajo de la de Jim.

Jim descendió rápidamente los escalones y atravesó el puente. En ese piso, en alguna parte, estaban su padre y los supervivientes del *Petrel*. Las ventanas que daban al pasillo exterior habían sido pintadas con alquitrán. Contemplado por los asombrados huérfanos, Jim dobló el pasillo en la esquina del edificio. La puerta posterior de la sala estaba cerrada, pero mientras movía el picaporte los niños chinos se agacharon en el balcón. Un soldado japonés gritaba desde el techo hacia el espacio entre ambas salas. Soldados con bayonetas caladas corrieron por el patio del hospital, y una motocicleta con un soldado armado en el sidecar se interpuso en la salida. Jim oyó botas y culatazos en los escalones de piedra, y la protesta de una monja francesa.

Jim se agazapó entre los sacos de arena, fuera de la puerta cerrada. Los soldados se movían por la pasarela de la sala de niños; caía arena por la rejilla enmohecida. Sonó un claxon en la Avenida Foch, y Jim se convenció de que todas las fuerzas de ocupación de Shanghai lo estaban buscando.

Se oyó el ruido de un cerrojo, y se abrió la puerta sobre la sala en penumbra. En el breve intervalo de luz solar, Jim vio una sala parecida a una caverna con hombres vendados, algunos echados en el suelo entre las camas, mientras los soldados japoneses, con rifles y angarillas de lona, apartaban a las monjas. Mientras los rostros pálidos de los jóvenes marinos británicos se volvían hacia el sol, el hedor de la enfermedad y las heridas emergió de la oscura sala y envolvió a Jim.

El cabo japonés miró a Jim agazapado y en pijama, entre las colillas. Cerró violentamente la puerta, y Jim lo oyó gritar mientras golpeaba con el puño a uno de los soldados japoneses.

Una hora más tarde, todos se habían marchado, dejando solo a Jim en la sala de niños. Mientras sonaban las bocinas en la Avenida Foch, Jim vio que un camión militar entraba marcha atrás en el hospital. La tripulación del *Petrel* y los ocho civiles ingleses que habían ayudado a rescatarlos fueron transportados escaleras abajo y cargados en el camión. Los heridos en angarillas estaban debajo de las piernas de otros que apenas eran capaces de sentarse.

Jim no vio a su padre, pero la monja francesa le dijo que había caminado hasta el camión que los llevaría a la prisión militar de Hongkew.

—Esta mañana huyó uno de los marinos ingleses. Ha sido muy malo para nosotros. —La religiosa miró a Jim con la misma mirada desaprobadora del cabo japonés. Estaba enojada con él de esa manera nueva que había observado en los últimos días; no por algo que él hubiera hecho, sino porque no era capaz de modificar su propia situación.

—¿Vives en la Avenida Amherst? Tienes que regresar a tu casa. —La hermana llamó a una monja china, que depositó en la cama las ropas lavadas de Jim. Él podía ver que estaban ansiosas por librarse de él—. Tu madre se ocupará de ti.

Jim se vistió, se anudó la corbata y se ajustó cuidadosamente la gorra escolar. Quería darle las gracias a la hermana francesa, pero ella se había marchado ya a ver a sus huérfanos.

Librodot

6

El joven del cuchillo

Las guerras siempre renovaban el vigor de Shanghai, aceleraban el pulso de las calles congestionadas. Incluso los cadáveres de las alcantarillas parecían más vivos. Nubes de campesinas cubrían las aceras de la Avenida Foch; ante el Cercle Sportif Français los vendedores apretujaban sus carros unos contra otros; un desfile de triciclos y rickshaws, de a diez en fondo, comprimía a los coches que avanzaban precedidos por una continua barahúnda de bocinas. En las esquinas, jóvenes gangsters chinos con brillantes trajes americanos pasaban las apuestas del jai alai. Delante del Regency Hotel, las prostitutas con abrigos de piel aguardaban en los triciclos junto a sus guardaespaldas, como esposas elegantes esperando que las lleven a pasear. Toda la ciudad había salido a las calles, como si la población estuviera celebrando la ocupación de la Zona Internacional, capturada a los europeos y a los americanos por otra potencia asiática.

Sin embargo, cuando Jim llegó a la esquina de la Avenida Pétain y la Avenida Haig, un sargento de la policía británica y dos suboficiales sij de la fuerza policial de Shanghai continuaban dirigiendo el tráfico desde el puente que se proyectaba sobre la muchedumbre, bajo la vigilancia de un solo soldado japonés situado detrás de ellos. Soldados de infantería japoneses recorrían las calles como turistas en los camiones camuflados. Un grupo de oficiales se ponía los guantes frente aI Radium Institute. Había carteles nuevos de Wang Ching Wei, el jefe quisling del régimen títere, pegados sobre las vallas de Coca-Cola y de Caltex. Una columna de soldados chinos pasó junto a Jim en la Avenida Pétain, cantando consignas en el aire estrepitoso. Se detuvieron, marcando torpemente el paso bajo la fachada barroca del casino Del Monte, y luego continuaron la marcha junto al estadio Greyhound: un ejército de coolies en uniforme anaranjado claro y zapatillas de estilo americano.

Ante la estación de tranvías de la Avenida Haig cientos de pasajeros guardaban silencio mientras contemplaban una decapitación pública. Los cuerpos de un hombre y una mujer vestidos con ropas acolchadas de campesino, quizá ladrones o espías del Kuomintang, yacían junto al andén. Los suboficiales chinos se limpiaron las botas mientras la sangre corría por el surco de los rieles. Se acercaba un tranvía repleto de pasajeros; la campanilla obligó a que los ejecutores se apartaran. El tranvía pasó estruendosamente; el trole silbaba y arrancaba chispas al cable eléctrico; las ruedas delanteras, rojas y húmedas, parecían pintadas para el desfile anual de los sindicatos.

En una ocasión normal, Jim se hubiera detenido a observar a la multitud. Cuando regresaba de la escuela, Yang solía llevarlo por la Ciudad Vieja. Los estrangulamientos públicos se llevaban a cabo en estadios en miniatura, con suelo de madera fregada y varias hileras circulares de bancos alrededor de los postes de ejecución, y siempre atraían a un público pensativo. A los chinos les gustaba el espectáculo de la muerte, había decidido Jim, como una manera de recordar la precariedad de su existencia. Por la misma razón preferían ser crueles; para no caer en la vanidosa presunción de que el mundo fuera del otro modo.

Jim miró a los coolies y las campesinas que contemplabas los cuerpos sin cabeza. Ya la presión de los pasajeros del tranvía los hacía a un lado, escondiendo esa pequeña muerte. Jim se volvió y tropezó con un brasero de carbón en el que un vendedor callejero freía trozos machacados de serpiente. Gotas de aceite cayeron en el cubo de madera donde nadaba una serpiente, que se revolvió para evitar las salpicaduras. El vendedor trató de golpear la cabeza de Jim con el cucharón caliente, pero él se deslizó entre los rickshaws detenidos. Corrió a lo largo de los rieles del tranvía, manchados de sangre, hasta la entrada de la estación.

Se abrió paso entre los pasajeros que aguardaban y encontró un sitio apretado en un banco de cemento, entre un grupo de campesinas que llevaban gallinas en cestos de mimbre. Los cuerpos de las mujeres apestaban a sudor y cansancio, pero Jim estaba demasiado agotado para moverse. Había recorrido más de tres kilómetros por las aceras atestadas. Sabía que lo

seguía un joven chino, probablemente el conductor de un taxi triciclo o el emisario de alguno de las decenas de miles de gangsters de Shanghai. Un joven alto, con un rostro muerto, sin huesos, pelo negro aceitoso y chaqueta de piel, que había reparado en Jim cerca del estadio Greyhound. Los secuestros eran frecuentes en Shanghai; antes de que sus padres aprendieran a confiar en Yang, insistían en que Jim fuera siempre a la escuela con el ama. Jim calculaba que el joven estaba interesado en su chaqueta, sus zapatos, su reloj de aviador y la pluma estilográfica americana que llevaba prendida al bolsillo delantero.

El joven atravesó la muchedumbre y se acercó a Jim, con sus manos amarillas como garras.

—¿Chico americano?

—Inglés. Estoy esperando a mi chófer.

—Chico... inglés. Ven conmigo.

—No. Está allí.

El joven extendió la mano, jurando en chino, y aferró la muñeca de Jim. Los dedos palparon la pulsera metálica, tratando de abrir el cierre. Las campesinas no prestaron atención, con las gallinas dormidas en los cestos. Jim golpeó la mano del chino, que le apretó el antebrazo. La mano oculta bajo la chaqueta de cuero había sacado un cuchillo; estaba a punto de cortar la mano de Jim en la muñeca.

Jim liberó el brazo con una torsión. Antes de que el joven pudiera apresarlo de nuevo, arrojó al suelo el cesto de mimbre que la mujer de la derecha tenía en las rodillas. El chino retrocedió, tratando de apartar con los talones la gallina que chillaba. Las mujeres se pusieron de pie y empezaron a increpar al chino. Él no las hizo caso y guardó su cuchillo. Siguió a Jim, que corría entre las colas de pasajeros del tranvía, tratando de mostrar la muñeca magullada.

A cien metros de la estación, Jim llegó a la Avenida Joffre. Descansó ante la entrada cerrada del cine Nankín, donde durante todo el año anterior se había exhibido una versión pirata china de *Lo que el viento se llevó*. Los rostros parcialmente desmantelados de Clark Gable y Vivien Leigh, sostenidos por armazón, dominaban una réplica de tamaño casi natural del incendio de Atlanta. Carpinteros chinos aserraban los paneles de humo pintado que colocarían muy altos en el cielo de Shanghai, confundiéndose casi con los incendios que aún se elevaban de las calles de la Ciudad Vieja, donde los irregulares del Kuomintang habían resistido la invasión de los japoneses.

El joven del cuchillo estaba todavía detrás de él, trotando y esquivando a la gente con sus zapatillas baratas. En el centro de la Avenida Joffre estaba el puesto de control policial; el emplazamiento, protegido con sacos de arena, demarcaba el límite oeste de la Concesión Francesa. Jim no ignoraba que ni la policía de Vichy ni los soldados japoneses harían nada para ayudarle. Miraban un bombardero monomotor que volaba a baja altura sobre el hipódromo.

Cuando la sombra del bombardero atravesó velozmente la avenida, Jim sintió que el joven chino le arrebataba la gorra y lo aferraba por los hombros. Jim se desprendió y corrió por la calle populosa hasta el puesto de control, entre los triciclos, gritando: —¡Nakajima! ¡Nakajima!

Un auxiliar chino con uniforme de Vichy intentó golpearlo con el garrote, pero un centinela japonés se detuvo a a Jim. Había advertido los caracteres japoneses de la cinta metálica que Jim había arrancado del caza abatido del aeródromo de Hungjao y que ahora sostenía en alto. Con un pasajero impulso de tolerancia, empujó levemente a Jim con la culata del rifle y continuó patrullando.

—¡Nakajima...!

Jim se unió a la multitud de peatones que atravesaban el puesto de control. Como suponía, su perseguidor se desvaneció entre los mendigos y coolies de rickshaws que se movían morosamente del lado francés de la cerca de alambre. Jim observó, y no por primera vez, que los japoneses, oficialmente sus enemigos, eran su única protección en Shanghai.

Frotándose el brazo dolorido, y furioso consigo mismo por la pérdida de la gorra, Jim llegó por fin a la Avenida Amherst. Se cubrió con la manga de la camisa las manchas moradas de la

Librodot

muñeca. Su madre se preocupaba constantemente por el peligro y la violencia de las calles de Shanghai, y nada sabía de sus largas correrías en bicicleta por la ciudad.

La Avenida Amherst estaba en silencio. El tumulto de mendigos y refugiados se había desvanecido, junto con el anciano de la lata de Craven A. Jim corrió por el camino de acceso, esperando ver a su madre sentada en el sofá del dormitorio y hablando de la Navidad. Jim pensaba ya que nunca más hablarían de la guerra.

Había un largo rollo cubierto de caracteres japoneses clavado en la puerta del frente; sellos y números de registros marcaban la tela blanca. Jim tocó la campanilla, esperando que el Boy Número Dos abriera la puerta. Estaba agotado, tan gastado como sus propios zapatos, y advirtió entonces que el cuchillo del ladrón le había cortado la manga de la chaqueta desde el codo a la muñeca.

—¡Deprisa, Boy...! —empezó a decir—: Te mataré... —pero se contuvo.

La casa estaba en silencio. No se oían las discusiones de las amas sobre la cuba de lavar en las habitaciones de los criados, ni el clip clip del jardinero podando el césped alrededor de los macizos de flores. Alguien había apagado el motor de la piscina, aunque su padre siempre dejaba el filtro funcionando todo el invierno. Al mirar las ventanas del dormitorio, advirtió que habían cerrado la tapa del acondicionador de aire.

Jim oyó resonar la campanilla en la casa vacía. Demasiado cansado para destrabar el botón, se sentó sobre los pulidos escalones y se sopló las rodillas magulladas. Era difícil imaginar que sus padres, Vera, los nueve criados, el chófer y el jardinero pudieran haber salido todos a la vez.

Hubo una sorda explosión cerca del portal, la tos del escape de un motor pesado. Un vehículo japonés semioruga recorría la Avenida Amherst, con la dotación de pie entre las antenas. Se movían por el centro de la calle, y empujaron a la acera un coche Mercedes de los alemanes.

Jim saltó a esconderse detrás de un pilar. Un alto muro revestido de baldosas de terracota rodeaba la casa; en la parte superior había vidrios rotos incrustados. Aferrando las junturas de las baldosas con las puntas de los dedos, trepó al muro debajo de la ventana enrejada del lavadero. Después de subir al antepecho de la ventana, trepó de rodillas al muro entre los vidrios rotos. Durante el año pasado había escalado el muro una veintena de veces, sin ser visto por el jardinero ni por el vigilante nocturno, quitando siempre unas cuantas puntas filosas. Se agachó sobre el borde y saltó a las oscuras ramas del cedro que había detrás de la casilla del jardinero.

Estaba ahora en el jardín cerrado y silencioso, que para Jim era su hogar aún más que la casa misma. Aquí había jugado a solas con su imaginación. Había sido un piloto derribado en lo alto de la pérgola de las rosas, un francotirador encaramado en uno de los álamos que rodeaban la pista de tenis, un soldado de infantería que avanzaba a la carrera por el césped con su rifle de aire comprimido, se lanzaba a tierra entre las flores, y se incorporaba para asaltar el bastión rocoso del mástil de la bandera. Desde la sombra de la casilla del jardinero, Jim alzó la vista a Ias ventanas de la galería. Un avión que volaba por encima le advirtió que no debía echar a correr bruscamente por el césped. Aunque nadie lo había tocado, el jardín parecía más oscuro y más salvaje. El césped sin cortar empezaba a ondularse y los rododendros eran más oscuros. Olvidada por el jardinero, la bicicleta había quedado en los escalones de la terraza. Jim fue hacia la piscina. El agua estaba cubierta de hojas e insectos muertos, y el nivel había descendido casi un metro, dejando a los lados una cortina de suciedad. En las baldosas blancas había colillas aplastadas y un paquete de cigarrillos chinos flotaba debajo del trampolín.

Jim siguió el sendero que iba a los cuartos de los criados, en la parte trasera de la casa. Había una estufa de carbón en el patio; la puerta de la cocina estaba cerrada. Jim trató de oír algún ruido en el interior. Junto a los escalones de la cocina estaba el tanque de desperdicios. Una tolva subía por la pared de la cocina y la atravesaba junto al fregadero. Dos años antes, Jim había aterrorizado a su madre al aparecer por allí mientras ella hablaba del menú de la cena con uno de los pinches.

Esta vez no había peligro de que encendieran el motor. Jim levantó la cubierta de metal, pasó entre las hojas afiladas como navajas y subió por la tolva grasienta. La tapa metálica se abrió y reveló la cocina familiar con sus azulejos blancos.

—¡Vera! ¡Ya estoy en casa! ¡Boy!

Jim se dejó caer al suelo. Nunca había visto antes la casa tan oscura. Atravesó la charca que rodeaba la nevera y entró en la sala desierta. Mientras subía las escaleras hacia el dormitorio de su madre el aire parecía enrarecido y olía a un sudor extraño.

Las ropas de su madre estaban diseminadas alrededor de la cama deshecha y había maletas abiertas en el suelo. Alguien había volcado los cepillos y los frascos de perfume del tocador, y el pulido parquet estaba cubierto de talco. En el polvo blanco había docenas de huellas de pies, los pies desnudos de su madre girando entre claras imágenes de unas pesadas botas, como los dibujos de complicados pasos de baile en los manuales de tango y fox-trot de sus padres.

Jim se sentó en la cama, ante la estrellada imagen de sí mismo que irradiaba desde el centro del espejo. Alguien había lanzado un objeto pesado contra el gran espejo, y astillas de él mismo parecían volar por la habitación y esparcirse por la casa vacía.

Se durmió a los pies de la cama de su madre, sosegado por el perfume del camisón de seda, bajo la imagen enjoyada de la explosión de un niño.

7

La piscina vacía

El tiempo se había detenido en la Avenida Amherst, y estaba tan inmóvil como el muro de polvo que colgaba a través de las habitaciones y envolvía momentáneamente a Jim cuando andaba por la casa vacía. Fragancias casi olvidadas, el leve olor de las alfombras, le recordaban la época anterior a la guerra. Durante tres días había esperado el retorno de sus padres. Cada mañana trepaba al techo inclinado sobre la ventana del dormitorio y miraba por encima de las calles residenciales a los barrios del oeste de Shanghai. Vio columnas de tanques japoneses que entraban en la ciudad desde el campo, e intentó reparar su chaqueta, impaciente por ver a sus padres apenas regresaran con Yang en el Packard.

Grandes enjambres de aviones volaban por el cielo, y Jim pasaba las horas tratando de reconocerlos. Abajo estaba el jardín imperturbable, algo más oscuro cada día ahora que el jardinero no cortaba la hierba ni podaba el seto. Jim jugaba allí por las tardes; arrastrándose entre las rocas, pretendía ser uno de los marinos japoneses que habían atacado al *Wake*. Pero los juegos en el jardín habían perdido su magia, y Jim pasaba la mayor parte del tiempo en el sofá del dormitorio de su madre. La presencia de la madre estaba suspendida en el aire, como su perfume, y mantenía a raya la figura deforme del espejo roto. Jim recordaba las largas horas que había pasado con ella mientras hacía sus tareas de latín, y las cosas que ella contaba de cuando era niña en Inglaterra, un país mucho más extraño que China adonde iría a estudiar cuando la guerra terminara.

En el talco del suelo podía ver las huellas de los pies de su madre. Había volado de un lado a otro, llevada por un compañero de baile demasiado impulsivo, quizá algún oficial japonés a quien ella intentaba enseñar el tango. Jim trató de dar unos pasos siguiendo las huellas; parecían mucho más violentas que los dibujos del manual y sólo consiguió caer y cortarse una mano con el espejo roto.

Mientras chupaba la herida, recordó que su madre le había enseñado a jugar al mah-jong, y las fichas de colores misteriosos que se movían dentro y fuera de la caja de caoba. Jim pensó en escribir un libro acerca del mah-jong, pero había olvidado la mayor parte de las reglas. Llevó a la alfombra del salón una cantidad de cañas de bambú del invernadero, y empezó a construir una cometa capaz de transportar a un hombre, según los principios científicos que su padre le había enseñado. Pero las patrullas japonesas de la Avenida Amherst verían volar la cometa sobre el jardín. Abandonando la tarea, Jim recorrió la casa vacía y vio cómo descendía el nivel del agua en la piscina.

Los alimentos de la nevera habían empezado a despedir un olor horrible, pero las alacenas de la cocina estaban llenas de frutas en lata, fiambres y bizcochos de cóctel, cosas deliciosas que Jim adoraba. Comía en la mesa del comedor, sentado en su sitio habitual. Por las noches, cuando ya parecía improbable que sus padres regresaran ese día, dormía en la habitación del piso alto, con un aeromodelo en la cama, lo que Vera siempre le había prohibido. Entonces los sueños de la guerra venían a visitarlo, y todos los barcos de guerra de la marina japonesa remontaban el Yangtsé; los cañones disparaban y hundían el *Petrel*, y él y su padre salvaban a los marinos heridos. La cuarta mañana, cuando bajó a desayunar, Jim advirtió que había olvidado cerrar un grifo de la cocina y toda el agua de depósito se había perdido. En las alacenas había una amplia reserva de sifones, pero Jim había aceptado ya que su madre y su padre no volverían a casa. Jim miró el jardín demasiado crecido por las ventanas de la galería. No era que la guerra cambiara todo —en realidad, Jim se nutría con los cambios—, sino que lo dejaba todo igual pero de un modo extraño e inquietante. Incluso la casa parecía sombría, como si se alejara de él mediante una serie de pequeños actos inamistosos.

Tratando de no perder el ánimo, Jim decidió visitar los hogares de sus amigos más íntimos, Patrick Maxted y los mellizos Raymond. Después de lavarse con soda de sifón salió al jardín en busca de su bicicleta. La piscina se había vaciado durante la noche, Jim nunca la había

visto así, y miró con interés el suelo inclinado. Ahora ese mundo antes misterioso de ondulantes líneas azules, visto a través de una cascada de burbujas, estaba expuesto a la luz de la mañana. Las baldosas estaban resbaladizas por las hojas y la suciedad, y la escalerilla cromada de la parte más profunda, que antes se desvanecía en un abismo líquido, terminaba bruscamente junto a un par de sucias sandalias de goma.

Abandonando la bicicleta, Jim saltó al extremo menos profundo. Resbaló en la superficie húmeda, y su rodilla lastimada dejó un rastro sangriento sobre las baldosas. Una mosca se instaló allí en seguida. Mirándose los pies, Jim descendió por el suelo inclinado. Junto al desagüe de bronce había un pequeño museo de los veranos anteriores: unas gafas de sol de su madre, un broche para el pelo de Vera, una copa y media corona inglesa que su padre le había arrojado. Jim había visto muchas veces la moneda de plata brillando como una ostra, pero nunca había sido capaz de llegar hasta ella.

La guardó en el bolsillo y examinó las paredes húmedas. Había algo siniestro en una piscina vacía, y trató de imaginar qué uso podría tener cuando estaba sin agua. Le recordó los bunkers de cemento de Tsingtao, y las huellas de las manos ensangrentadas de los enloquecidos artilleros alemanes en los muros. Quizá estaba por cometerse algún crimen en todas las piscinas de Shanghai, quizá sus muros estaban embaldosados para que fuera fácil limpiar la sangre.

Jim salió del jardín y entró con la bicicleta por la puerta de la galería. Entonces hizo algo que siempre había anhelado hacer: montó en la bicicleta y recorrió las formales habitaciones vacías. Imaginando con regocijo cómo habría escandalizado esto a Vera y a los criados, giró con maestría en el estudio de su padre, intrigado por los dibujos que las ruedas trazaban en la gruesa alfombra. Chocó contra el escritorio, y derribó una lámpara de mesa mientras se dirigía a la puerta del salón. Erguido sobre los pedales zigzagueó entre mesas y sillones, perdió el equilibrio y cayó en un sofá; volvió a montar sin tocar el suelo, se llevó por delante las puertas del comedor, las empujó e inició una alocada carrera alrededor de la larga mesa lustrada. Entró en la cocina, atravesó una y otra vez la charca junto a la nevera, derribó las sartenes de los estantes y se lanzó en un frenesí de velocidad hacia el espejo del lavadero de la planta baja. Cuando la rueda delantera se detuvo contra el cristal manchado, Jim le gritó a su excitado reflejo. La guerra le había hecho por lo menos un pequeño regalo inesperado. Feliz, Jim salió y cerró la puerta del frente, alisó el rollo japonés y partió a casa de los mellizos Raymond en la cercana Calle Columbia. Sentía que todas las calles de Shanghai eran habitaciones de una enorme casa. Aceleró junto a un pelotón de soldados títeres chinos que marchaban por la Calle Columbia y se alejó ostentosamente cuando el suboficial lanzó una andanada de gritos. Luego corrió por las aceras suburbanas esquivando por la derecha y por la izquierda los postes del teléfono y pisando las latas de Craven A abandonadas por los mendigos desaparecidos.

Estaba sin aliento cuando llegó a casa de los Raymond, en el extremo alemán de la Calle Columbia. Pasó en rueda libre junto a los Opel y los Mercedes —curiosos coches sombríos que demasiado a las claras le decían cómo era Europa— y se detuvo ante la puerta del frente.

Había un rollo japonés clavado a los paneles de roble. Se abrió la puerta y aparecieron dos amas, arrastrando escaleras abajo la mesa de tocador de la señora Raymond.

Jim conocía bien a las dos mujeres, y esperó que le respondieran en su media lengua inglesa. Pero hicieron caso omiso de él mientras se debatían con el mueble. Los pies deformados como puños apretados resbalaban en los escalones.

—Soy Jamie, señora Raymond...

Jim trató de pasar entre las criadas, pero una de ellas extendió el brazo y le dio un bofetón.

Sorprendido por el golpe, Jim retornó a la bicicleta. Jamás lo habían golpeado con tanta violencia, ni en los combates de boxeo de la escuela ni en las peleas con la pandilla de la Avenida Foch. Se sentía como si le hubieran arrancado la carne de la cara. Parpadeó, conteniendo el llanto. Las amas eran fuertes; sus brazos estaban fortalecidos por una vida

Librodot

entera de lavar ropa. Las miró, atareadas con la mesa de tocador, y supo que le devolvían algo que él o los Raymond les habían hecho.

Jim esperó hasta que llegaron al escalón inferior. Cuando una se volvió hacia él, evidentemente con la intención de pegarle de nuevo, montó en la bicicleta y se alejó.

Cerca de la casa de los Raymond dos chicos alemanes de su misma edad jugaban con una pelota mientras la madre abría el Opel de la familia. En otra ocasión le habrían gritado algo en alemán, o le habrían arrojado piedras hasta que la madre de ellos los detuviera. Pero hoy los tres guardaron silencio. Jim pasó, procurando no mostrar su cara enrojecida. La madre apoyó la mano en los hombros de sus hijos, mirando a Jim como si estuviera preocupada por algo que había de ocurrirle pronto.

Todavía desconcertado por la furia que había visto en el rostro del ama, Jim partió hacia la casa de apartamentos de los Maxted en la Concesión Francesa. Sentía toda la cabeza hinchada y tenía un diente flojo en la mandíbula inferior. Quería ver a su madre y a su padre y quería que la guerra terminara pronto, esa misma tarde si era posible.

Pálido, y de pronto muy fatigado, Jim llegó al punto de control en la alambrada de la Avenida Foch. Las calles estaban menos congestionadas, pero varios cientos de chinos y europeos hacían cola ante los guardias japoneses. Permitieron el paso de un Buick de propiedad suiza y de un camión de gasolina de los franceses de Vichy. Normalmente los peatones europeos habrían estado en el principio de la cola, pero ahora se encontraban entre los coolies de los rickshaws y los campesinos que llevaban carritos de mano. Jim apenas lograba conservar su sitio, con la bicicleta aferrada, mientras un coolie descalzo, con los tobillos atacados por alguna enfermedad, pugnaba por adelantarse bajo un yugo de bambú cargado de haces de leña. La multitud lo apretujaba, transpirando fatiga y fetidez, aceite barato y vino de arroz, los olores de una Shanghai nueva para Jim. Un Chrysler abierto con dos jóvenes alemanes en el asiento delantero pasó velozmente con la bocina aullando; el guardabarros trasero rozó la mano de Jim.

Después de pasar el control, Jim enderezó la rueda delantera y pedaleó hasta la casa de apartamentos de los Maxted en la Avenida Joffre. El formal jardín de estilo francés estaba tan inmaculado como siempre, una memoria consoladora de la vieja Shanghai. Mientras subía en el ascensor hasta el séptimo piso, Jim recurrió a sus lágrimas para limpiarse las manos y la cara, esperando a medias que la señora Maxted hubiese regresado de Singapur.

La puerta del apartamento estaba abierta. Jim entró y reconoció el abrigo de cuero del señor Maxted en el suelo. El mismo tornado que había estallado en el dormitorio de su madre, en la Avenida Amherst, había revuelto cada habitación del apartamento de los Maxted. Había cajones llenos de ropa tirados sobre las camas, armarios saqueados, pilas de zapatos, maletas por todas partes, como si una docena de familias Maxted no hubiesen podido decidir qué incluir en el equipaje con cinco minutos de aviso previo.

—Patrick... —Jim vaciló antes de entrar sin llamar en la habitación de Patrick. El colchón había sido arrojado al suelo, y las cortinas flameaban en las ventanas abiertas. Pero los modelos de aviones de Patrick, más cuidadosamente construidos que los de Jim, aún colgaban del techo.

Jim puso el colchón en la cama y se echó. Miró los aviones: giraban en el aire frío que recorría el apartamento desierto. Patrick y él habían pasado horas inventando imaginarias batallas aéreas en el cielo de ese dormitorio sobre la Avenida Joffre. Jim miró los Spitfires y los Hurricanes que pasaban sobre su cabeza. El movimiento lo tranquilizó y le alivió el dolor del mentón, y sintió la tentación de quedarse allí y de dormir tranquilamente en el dormitorio de su amigo desaparecido, hasta que la guerra terminara.

Pero Jim comprendía que era hora de buscar a sus padres. Si no los encontraba, cualquier otro británico serviría para el caso.

Frente al edificio de apartamentos de los Maxted, al otro lado de la Avenida Joffre, estaban las casas de la Shell, casi todas ocupadas por el personal británico. Jim y Patrick solían jugar

con los niños, y eran miembros honorarios de la pandilla Shell. Apenas se acercó en su bicicleta, Jim pudo ver que los residentes británicos se habían marchado. Había centinelas japoneses en la entrada, protegidos por una cerca cuadrada de alambre. Un grupo de coolies chinos, bajo la supervisión de un suboficial japonés, cargaba muebles en un camión del ejército.

A pocos metros de la alambrada, un hombre anciano con una chaqueta deshilachada miraba a los japoneses, debajo de un sicómoro. Aunque tenía la ropa muy gastada, aún llevaba una camisa blanca con el cuello y los puños almidonados.

—¡Señor Guerevitch! ¡Estoy aquí, señor Guerevitch!

El viejo ruso blanco era el guarda de la Shell Company, y vivía con su anciana madre en un pequeño bungalow junto al portón. Ahora había un oficial japonés en la habitación del frente; se limpiaba las uñas mientras fumaba un cigarrillo. A Jim siempre le había gustado el señor Guerevitch, aunque éste no mostraba mucho interés por Jim. Una especie de artista aficionado, en momentos de buen talante había dibujado en el álbum de autógrafos del niño elaborados barcos de vela. Su cocina, apenas una alacena gris, estaba siempre llena de cuellos blancos almidonados con pecheras en miniatura, y Jim lamentaba que el señor Guerevitch no pudiera tener una camisa de verdad. ¿No querría ir a vivir con él en la Avenida Amherst?

Jim refrenó este pensamiento mientras el señor Guerevitch lo saludaba desde la otra acera agitando el periódico. Quizá a su madre le agradase el viejo ruso blanco, pero no a Vera; la gente de Europa oriental y los rusos blancos eran todavía más esnobs que los ingleses.

—Hola, señor Guerevitch. Estoy buscando a mis padres.

—¿Cómo podrían estar aquí? —El hombre señaló la cara hinchada de Jim y movió la cabeza—. El mundo entero está en guerra y tú sigues en tu bicicleta... —Mientras el suboficial japonés insultaba a uno de los coolies, el señor Guerevitch llevó a Jim detrás del sicómoro. Abrió el periódico y reveló un extravagante dibujo de dos inmensos buques de guerra que se hundían bajo una granizada de bombas japonesas. Por las fotos añadidas al dibujo Jim reconoció al *Repulse* y al *Prince of Wales*, las fortalezas insumergibles que según afirmaban siempre los noticiarios británicos de guerra eran capaces de derrotar, cada una por sí sola, a toda la flota japonesa.

—No es un buen ejemplo —reflexionó el señor Guerevitch—. La línea Maginot del imperio británico. Es natural que tengas la cara roja.

—Me caí de la bicicleta, señor Guerevitch —explicó patrióticamente Jim, aunque le disgustaba verse obligado a mentir para defender a la Royal Navy—. He estado muy ocupado buscando a mis padres. No es fácil, ¿sabe?.

—Comprendo. —El señor Guerevitch miró pasar una columna de camiones. En la parte posterior había guardias japoneses con bayonetas caladas. En el interior, las cabezas de unos apoyadas en los hombros de otros, había grupos de niños y británicos amontonados sobre maletas baratas y sacos de dormir color caqui. Jim supuso que eran las familias de los soldados ingleses capturados.

—¡Monta en tu bicicleta, muchacho! —El señor Guerevitch empujó el hombro de Jim—. ¡Sigúelos!

—Pero señor Guerevitch... —La pobreza del equipaje desconcertaba a Jim tanto como las extrañas esposas de los soldados ingleses—. No puedo ir con ellos... Son prisioneros.

—¡Ve! ¡Deprisa! ¡No puedes vivir en la calle!

Cuando Jim se afirmó sobre el manillar, el señor Guerevitch le dio solemnemente una palmada en la cabeza y cruzó nuevamente la calle. Reinició su vigilancia detrás del periódico, mirando las casas saqueadas por los japoneses como si pensara transmitir a la Shell Company los detalles de ese mundo perdido.

—Vendré a verlo de nuevo, señor Guerevitch. —Jim sintió pena por el viejo guarda, pero mientras iba de vuelta a la Avenida Amherst, su mayor preocupación eran los dos acorazados. Los noticiarios británicos estaban llenos de mentiras. Jim había visto cómo la flota japonesa hundía el *Petrel,* y era evidente que podía hundir cualquier cosa. La mitad de la flota

Librodot

americana del Pacífico estaba en el fondo del mar, en Pearl Harbor. Quizá el señor Guerevitch tenía razón, y él hubiera debido seguir a los camiones. Quizá su madre y su padre ya habían llegado a la prisión adonde los habían enviado.

Jim decidió entonces, de mala gana, entregarse a los japoneses. Los soldados que custodiaban el puesto de control de la Avenida Foch le hicieron señas de que se alejara cuando intentó hablar con ellos, pero él se mantuvo alerta, buscando con la mirada a alguien que tuviese autoridad.

Por algún motivo, ese día parecía haber escasez de cabos japoneses en Shanghai. Aunque estaba cansado, Jim tomó el camino más largo, por las calles Columbia y Great Western, pero no había allí un solo japonés. Sin embargo, cuando llegó a la entrada de su casa en la Avenida Amherst, vio que un gran coche Chrysler se detenía ante la puerta del frente. Dos oficiales japoneses bajaron del coche y examinaron la casa mientras se alisaban los uniformes.

Jim estaba a punto de pedalear hacia ellos para explicar que vivía en la casa y que estaba dispuesto a rendirse. Entonces un soldado japonés armado salió de detrás del pilar de piedra del portal. Aferró la rueda delantera de la bicicleta con la mano izquierda, con los dedos apretando el neumático entre los radios, y con un grito destemplado empujó a Jim, que cayó de espaldas en el suelo polvoriento.

8

Tiempo de picnic

No pudiendo rendirse, Jim regresó con la bicicleta rota al apartamento de los Maxted en la Concesión Francesa. Durante los dos meses siguientes vivió solo en las casas y apartamentos abandonados del barrio oeste de la Zona Internacional. Esas casas pertenecían en su mayor parte a ingleses y americanos, o a residentes holandeses, belgas y franceses libres: todos ellos habían sido internados por los japoneses en los días que siguieron al ataque a Pearl Harbor.

La casa de apartamentos de los Maxted era propiedad de unos chinos ricos que habían huido a Hong Kong en las semanas previas al estallido de la guerra. Casi todos los apartamentos estaban desocupados desde hacía meses. Aunque la familia de encargados chinos vivía todavía en las dos habitaciones del subsuelo junto al pozo del ascensor, habían sido totalmente intimidados por el destacamento de policía militar japonesa que había capturado al señor Maxted. Mientras el césped crecía y el jardín se deterioraba, pasaban las horas cocinando frugales comidas en la cocinilla de carbón que habían instalado junto a las estatuas de cemento, en la base de la fuente ornamental. El olor del queso de soja y los fideos aderezados con especies flotaba entre las ninfas semidesnudas.

Durante las primeras semanas Jim pudo entrar y salir libremente. Llevaba la bicicleta hasta el ascensor, subía al séptimo piso y entraba en el apartamento de los Maxted por una ventana de tela metálica, que había quedado abierta en el balcón de los criados. La puerta del frente estaba equipada con una mirilla y con un complejo sistema de cierres eléctricos; el señor Maxted, miembro prominente de la Sociedad de Amigos de China, pro Chiang, una organización de hombres de negocios locales, había sido víctima de una tentativa de asesinato. Apenas Jim cerró esa puerta, no pudo volver a abrirla; pero nunca llamó nadie, aparte de una anciana iraquí que vivía en el ático. Cuando tocó el timbre, Jim vio sus muecas por la mirilla; partes de aquel viejo rostro transmitían un misterioso mensaje. Luego permaneció diez minutos reflexionando en el censor detenido, inmaculadamente vestida y enjoyada en la casa de apartamentos abandonada.

Jim se alegraba de que lo dejaran en paz. Cuando el sol japonés lo derribó de la bicicleta, Jim consiguió a duras penas regresar a casa de los Maxted y durmió en la cama de Patrick el resto del día. Despertó a la mañana siguiente entre el estrépito de los tranvías de la Avenida Foch, las bocinas de los convoyes japoneses que entraban en la ciudad y el bramido incesante de mil cornetas que componían la sinfonía de Shanghai.

La magulladura de la mejilla había empezado a mejorar, dejándole la cara más delgada de lo que recordaba, y una forma más dura y envejecida en la boca. Se miró en el espejo del cuarto de baño de Patrick, con la camisa sucia y la chaqueta cubierta de polvo, y se preguntó si sus padres todavía podrían reconocerlo. Limpió sus ropas con una toalla húmeda; como el señor Guerevitch, muchos de los chinos que pasaban lo miraban de un modo raro. Jim comprendió, sin embargo, que había ciertas ventajas en la pobreza: nadie se molestaría en cortarle las manos.

La alacena de los Maxted estaba llena de cajas de gin y whisky, una caverna de Aladino de botellas rojas y doradas, pero casi no había otra cosa, excepto unos pocos frascos de aceitunas y una lata de bizcochos de cóctel. Jim tomó un modesto desayuno en la mesa del comedor, y luego emprendió la reparación de su bicicleta. La necesitaba para moverse por Shanghai, buscar a sus padres y rendirse a los japoneses.

Sentado en el suelo del comedor, Jim trató de enderezar la horquilla torcida. Las manos le temblaban inconteniblemente sobre el metal polvoriento. Jim sabía que el día anterior se había asustado de veras. Se estaba abriendo a su alrededor un espacio peculiar, que lo separaba del mundo seguro que había conocido antes de la guerra. Durante unos pocos días, había logrado soportar el hundimiento del *Petrel* y la desaparición de sus padres, pero ahora estaba nervioso y sentía frío todo el tiempo, a pesar de la temperatura suave de diciembre.

Librodot

Dejaba caer y rompía la loza de los Maxted como nunca había hecho antes, y le era difícil concentrarse en cualquier cosa.

No obstante, Jim logró reparar su bicicleta. Destornilló la rueda delantera y enderezó la horquilla apretándola contra los barrotes del balcón. Probó la bicicleta en la sala y luego bajó en ascensor.

Mientras pedaleaba por la Avenida Foch vio inmediatamente que Shanghai había cambiado. Había puestos de guardia, protegidos con bolsas de arena, a la vista unos de otros, en las avenidas principales. Aunque abundaban los rickshaws, los triciclos, y los camiones de la milicia títere, la muchedumbre estaba silenciosa. Los chinos que se apretujaban en las aceras de las tiendas, en la Calle Nankín, tenían la cabeza baja y evitaban a los soldados japoneses que se movían tranquilamente entre el tránsito.

Pedaleando animosamente, Jim siguió a un tranvía repleto que avanzaba por la Avenida Eduardo VII. Chinos malhumorados colgaban de los costados; un joven de pelo rapado con un traje mandarín negro escupió a Jim, y luego saltó y desapareció entre la multitud, temeroso de que incluso una acción tan trivial despertara alguna represalia. En todas partes había cadáveres de chinos, las manos atadas a la espalda, en mitad de la calle, arrojados detrás de los puestos de guardia, con las cabezas medio cortadas apoyadas en los hombros de los demás. Los miles de jóvenes gangsters con trajes americanos habían desaparecido; pero en el puesto del centinela de la Calle del Pozo Burbujeante Jim vio cómo dos soldados golpeaban con palos a un joven de traje azul de seda. Cuando los golpes le cayeron sobre la cabeza, el joven se arrodilló en un charco de sangre que goteaba de sus solapas.

Todos los garitos y fumaderos de opio de las callejuelas situados detrás del hipódromo estaban cerrados, y rejas de metal clausuraban las puertas de los bancos y casas de empeño. Incluso la guardia de honor de jorobados del cine Cathay había dejado su puesto. Esta ausencia perturbó a Jim. Sin mendigos, la ciudad parecía aún más pobre. Era el ritmo de la nueva Shanghai: el interminable gemido de las bocinas japonesas. El recorrido le parecía más difícil que en sus paseos anteriores por la ciudad, y ya estaba fatigado. Tenía las manos más frías que el manillar. Tratando de no desanimarse, decidió visitar todos los sitios de Shanghai donde sus padres eran conocidos, comenzando por el despacho de su padre. El personal superior chino siempre había recibido a Jim con entusiasmo y de buena gana le ayudarían.

Pero los japoneses habían cerrado la Calle Szechuan. Había alambradas en ambos extremos, y cientos de civiles japoneses entraban en los bancos y edificios comerciales y salían con cajas de archivos y máquinas de escribir en las manos.

Jim fue hasta el Bund, dominado ahora por el bulto gris del crucero *Idzumo*. Estaba anclado a cuatrocientos metros del muelle, con las viejas chimeneas recién pintadas y toldos de lona sobre las torres de los cañones. A corta distancia, río arriba, estaba el USS *Wake*, que ahora enarbolaba el Sol Naciente y mostraba vividos caracteres japoneses en la proa. Frente al Shanghai Club se desarrollaba una elaborada ceremonia. Veintenas de civiles japoneses de edad en ropas talares, italianos y alemanes con extravagantes uniformes fascistas, miraban un desfile de marinos y oficiales japoneses. Dos tanques, varias piezas de artillería y un cordón de infantes de marina rodeaban la zona provisional del desfile sobre los rieles de la terminal de tranvías. Debajo de sus botas estaba el círculo de rieles de acero, el diagrama de su victoria sobre la cañonera inglesa y la americana.

Apoyando el mentón en el manillar, Jim miró a los soldados que custodiaban la entrada al Palace Hotel con las bayonetas caladas. Ninguno de ellos hablaba inglés, ni tenía la menor idea de que ese chico europeo con su bicicleta torcida era súbdito de un país enemigo. Si se acercaba a ellos a la vista de los apiñados espectadores chinos, lo derribarían al suelo.

Jim abandonó el intento de rendirse. Se alejó pedaleando del Bund e inició el largo viaje de retorno al apartamento de los Maxted. Al llegar al puesto de control de la Avenida Joffre estaba demasiado cansado para continuar en la bicicleta, y la llevó a pie entre las mendigas campesinas y los coolies dormidos de los rickshaws. Después de subir al apartamento, se sentó ante la mesa del comedor a comer aceitunas y bizcochos, con un poco de agua de sifón.

Librodot

Se durmió en la cama de su amigo, bajo los aviones que giraban sin cesar suspendidos del techo como peces que buscaran un modo de salir del cielo.

Durante los días siguientes Jim intentó nuevamente rendirse a los japoneses. Como sus compañeros de escuela, Jim había despreciado siempre a quienes se rendían —aceptaba sin dudar la rígida ética de los *Chum Annuals*—; pero rendirse al enemigo era más difícil de lo que parecía. Jim estaba ahora cansado la mayor parte del tiempo, mientras pedaleaba por las inseguras calles de Shanghai. Era demasiado peligroso acercarse a los soldados japoneses que custodiaban el Country Club y el atrio de la catedral. En la Calle del Pozo Burbujeante persiguió un Plymouth que pertenecía a un conductor suizo y a su esposa, pero ellos le gritaron que se alejara y arrojaron una moneda a la calle, como si fuera un pequeño mendigo chino. Jim fue a buscar al señor Guerevitch, pero el viejo guarda ruso ya no vigilaba las casas de la Shell; quizá también él estaba tratando de rendirse. Jim pensó en la madre alemana que lo había visto alejarse de la casa de los Raymond. Ella se había mostrado preocupada por él; pero cuando llegó a la Calle Columbia descubrió que los portones del sector alemán estaban cerrados. Los alemanes se aislaban, tan recelosos de los japoneses como todos los demás. Dos coches de personal militar japonés que giraron en la Calle Nankín estuvieron a punto de tirar de su bicicleta a Jim. Detuvieron un camión lleno de alemanes del Graf Zeppelin Club que iban a Hongkew, a golpear a los judíos. Los suboficiales japoneses ordenaron a los alemanes que descendieran. Se llevaron los palos y las pistolas, rompieron los brazales con la esvástica, y los mandaron a su casa.

Una semana después de la llegada de Jim al apartamento de los Maxted, alguien cortó el agua y la electricidad. Jim bajó su bicicleta por la escalera y encontró a la anciana iraquí discutiendo con el encargado chino. Los dos se volvieron hacia Jim y le gritaron que se marchara de allí, aunque sabían desde el principio de la semana que estaba en la casa.

Jim se alegró de marcharse. Había concluido los bizcochos de cóctel, y su única comida del día anterior había sido una bolsita de mohosas nueces del Brasil que había comido en la cocina. Estaba cansado pero curiosamente excitado; casi se había sentido ebrio cuando las últimas gotas de agua salieron de los grifos del cuarto de baño, la misma sensación que le daba ir a una fiesta antes de la guerra. Recordó a sus padres pero las caras de los dos ya empezaban a borrársele de la memoria. Pensaba todo el tiempo en comida, y sabía que en los suburbios del oeste de Shanghai había muchas casas desocupadas con reservas ilimitadas de agua gaseosa y de bizcochos de cóctel, suficientes para durar hasta el fin de la guerra.

Jim montó en su bicicleta, abandonó la Concesión Francesa y pedaleó por la Calle Columbia. Tranquilas avenidas residenciales corrían entre los árboles, y las casas vacías estaban rodeadas de jardines descuidados. La lluvia se había llevado la tinta de los rollos japoneses, y las manchas rojizas corrían por los paneles de roble, como si todos los americanos y europeos hubiesen sido asesinados ante sus puertas.

Las fuerzas japonesas estaban demasiado atareadas con la ocupación de Shanghai para preocuparse por esas casas abandonadas. Jim eligió un pasaje curvo y sin salida, escondido de la calle principal, donde detrás de un muro alto había una casa hecha en parte de troncos. Entre las dos lámparas de bronce, sacadas de algún tren, colgaba un rollo desteñido. Jim escuchó el silencio en el interior de la casa, y ocultó la bicicleta entre las plantas, junto a los escalones. A la tercera tentativa logró escalar el muro del garaje Tudor hasta el techo de dos aguas. Se dejó caer en el denso follaje del jardín, que se adhería a la casa como un sueño oscuro que se niega a desvanecerse. Llevando una teja suelta del techado del garaje, Jim rodeó la casa entre las altas hierbas, hasta el patio lateral. Aguardó a que un avión pasara por encima, y rompió entonces el cristal de la ventana correspondiente al acondicionador de aire. Entró en la casa y cerró los postigos para ocultar el cristal roto. Recorrió rápidamente las habitaciones en sombras, una serie de cuadros de un museo olvidado. La casa estaba llena de fotos de una hermosa mujer que posaba como una estrella de cine. Ignoró el retrato enmarcado sobre el piano de cola, y el enorme globo terráqueo junto a la biblioteca. En otro

Librodot

tiempo, Jim se hubiera detenido a jugar con el globo —durante años le había pedido uno a su padre— pero ahora tenía demasiada hambre para perder un instante. La casa había pertenecido a un dentista belga. En el estudio, debajo de los certificados enmarcados, había unos muebles metálicos de color blanco que contenían docenas de dentaduras. En la oscuridad hacían muecas a Jim como bocas devoradoras.

Jim pasó por el comedor a la cocina. Evitó la charca de agua debajo de la nevera y examinó con ojos expertos los estantes e la alacena. Descubrió con disgusto que el dentista y su hermosa acompañante eran aficionados a la comida china —que sus padres rara vez probaban— y los armarios parecían un almacén chino, con frutas secas y largas tiras de tripas desecadas.

Pero había una lata, una sola, de leche condensada, de una deliciosa dulzura que Jim ya había olvidado. La bebió sentado al escritorio del estudio del dentista, mientras las dentaduras le sonreían, y luego durmió en un dormitorio del piso alto, entre las sábanas de seda perfumadas por el cuerpo de la mujer que parecía una actriz de cine.

Librodot

9

El fin de la amabilidad

Siempre buscando comida, Jim dejó la casa del dentista a la mañana siguiente. Encontró otro hogar temporal en una mansión vecina, de una viuda americana que sus padres conocían y que había partido a San Francisco. Luego Jim se marchó otra vez; pasaba pocos días en cada casa, separado de la ciudad fea y distante por los muros altos y la hierba cada vez más crecida.

Los japoneses habían confiscado todas las cámaras y aparatos de radio, pero en cuanto al resto las casas estaban intactas. Muchas eran infinitamente más lujosas que la suya —aunque rico, el padre de Jim había sido siempre austero— y estaban equipadas con cines privados y salones de baile. Abandonados por sus propietarios, los Buick y los Cadillac se apoyaban pesadamente sobre neumáticos desinflados.

Sin embargo, no había reservas en las cocinas y Jim sólo encontraba las escasas sobras del copetín de esa fiesta de cincuenta años que había sido Shanghai. A veces, después de descubrir una caja de bombones intacta en una mesa de tocador, Jim se acordaba de sus padres y los imaginaba bailando junto al gramófono un domingo, antes de comer, o evocaba el dormitorio de la Avenida Amherst, ahora ocupado por oficiales japoneses. Jugaba al billar en las oscuras salas de juego, o daba las cartas para el bridge y jugaba cada mano con tanta honestidad como podía. Se acostaba en camas de olor extraño y leía *Life* o *Esquire*, y en la casa de un médico americano devoró íntegramente *A través del espejo*, un mundo reconfortante y menos extraño que el suyo propio.

Pero los armarios de juguetes de las habitaciones infantiles hacían que se sintiera cada vez más vacío. Hojeaba álbumes de fotografías, imágenes de un mundo perdido de gimkhanas y fiestas de disfraz. Esperando todavía ver a sus padres, miraba por las ventanas de los dormitorios mientras el agua descendía en las piscinas del suburbio del oeste, cubriendo las paredes blancas con un velo de suciedad. Aunque estaba demasiado cansado para pensar en el futuro, Jim sabía que esas pequeñas reservas de comida se agotarían pronto, y que los japoneses empezarían a interesarse por esas casas vacías: familias de civiles japoneses se estaban instalando ya en las antiguas propiedades aliadas de la Avenida Amherst.

Jim apenas se reconocía cuando se veía las mejillas cenicientas y el pelo largo, ese rostro extraño en un espejo extraño. Contemplaba la desaliñada imagen que aparecía ante él en todos los espejos de la Calle Columbia, un chiquillo que parecía tener la mitad del peso de antes y el doble de años. Casi todo el tiempo se sentía enfermo y con frecuencia se quedaba en cama el día entero. Habían cortado el suministro de agua a la Calle Columbia, y el agua que goteaba de los depósitos instalados en los techos tenía un desagradable sabor metálico. En una oportunidad, mientras descansaba en el dormitorio de un ático del Gran Camino del Oeste, un grupo de civiles japoneses recorrió durante una hora las habitaciones del piso bajo, pero Jim se sentía demasiado febril para llamarlos.

Una tarde escaló el muro de una casa detrás del American Country Club. Saltó a un gran jardín demasiado crecido y corrió hacia la galería antes de advertir que un grupo de soldados japoneses se disponía a comer junto a la piscina vacía. Había tres hombres sentados en el trampolín; alimentaban un pequeño fuego con ramitas. Otro soldado registraba los desechos de gafas de sol y gorros de baño en el fondo de la piscina.

Los japoneses observaron la vacilación de Jim entre las altas hierbas; revolvían una olla de arroz hervido en la que flotaban unos pocos trozos de pescado. No intentaron tomar lo rifles, pero Jim sabía que era mejor no tratar de huir. Continuó avanzando hasta el borde de la piscina y se sentó en las baldosas cubiertas de hojas. Los soldados empezaron a comer, hablando en voz baja. Eran hombres robustos de cabeza afeitada, y llevaban mejor equipo y correaje que los centinelas japoneses de Shanghai: soldados de combate veteranos. Jim los miró comer, los ojos fijos en cada fragmento que les entraba en las bocas. Cuando el mayor

Librodot

de los cuatro terminó, un soldado de unos cuarenta años, de manos cuidadosas y lentas, raspó un poco de arroz quemado y escamas de pescado del costado de la olla, le indicó a Jim que se acercara y le tendió el jarro. Mientras fumaban cigarrillos, los japoneses sonreían y miraban cómo Jim devoraba el arroz grasiento. Era su primera comida caliente desde que saliera del hospital, y el calor y el sabor le dolieron en las encías. Tenía lágrimas en los ojos. El soldado japonés que se había apiadado de él advirtió que el chico se estaba muriendo de hambre, se echó a reír, y sacó el tapón de goma de la cantimplora metálica. Jim bebió el líquido transparente, con sabor a cloro, muy distinto del agua estancada de los grifos de la Calle Columbia. Se atragantó, contuvo el vómito, y sonrió a los japoneses. Pronto todos ellos se echaron a reír, dejándose caer de espaldas en las hierbas altas junto a la piscina seca.

Durante la semana siguiente Jim siguió a los japoneses mientras patrullaban las calles desiertas. Cada mañana los soldados salían del puesto de guardia del Gran Camino del Oeste y Jim corría desde los escalones de la casa donde había pasado la noche y se unía a ellos. Los soldados rara vez entraban en las casas extranjeras, y sólo se preocupaban por mantener alejados a los mendigos o ladrones chinos que podrían dejarse tentar por esa zona residencial. A veces trepaban a las paredes y exploraban los jardines, cuyos árboles y arbustos ornamentales les parecían quizá más interesantes que las casas lujosamente equipadas. Jim cumplía encargos para ellos, buscando los gorros de baño que coleccionaban, cortando madera y encendiendo el fuego. Los miraba en silencio durante la comida del mediodía. Casi siempre dejaban un poco de arroz y de pescado para Jim, y en una oportunidad el soldado de primera clase le dio un trozo de caramelo que partió de una barra que llevaba en el bolsillo; pero aparte de esto ninguno de ellos demostró el menor interés por Jim. ¿Sabían que era un vagabundo? Tal vez le habían mirado los zapatos, deteriorados pero bien hechos, la tela de lana de la chaqueta de la escuela, y suponían que vivía con alguna familia europea rica e irresponsable que ya no se ocupaba de alimentar a sus hijos.

Durante esa semana, Jim dependió de la patrulla japonesa. Militares y civiles japoneses ocupaban cada vez más casas en la Calle Columbia. En ocasiones, cuando se acercaba a una casa, unos guardias chinos lo ahuyentaban.

Una mañana los soldados japoneses no aparecieron. Jim aguardó pacientemente en el jardín de la casa, detrás del American Country Club. Tratando de entretener el hambre, empezó a cortar ramas de los arbustos, preparándose para encender el fuego junto a la piscina. Miraba los aviones que volaban a la fresca luz de febrero, contando los tres bombones de licor que tenía en la chaqueta, guardados para una emergencia que ahora sabía próxima.

Las puertas de la galería se abrieron. Jim se puso en pie cuando los soldados japoneses aparecieron en el patio. Le hacían señas, y Jim tuvo la confusa idea de que traían consigo a sus padres, y por eso entraban formalmente a través de la casa, en lugar de trepar por la pared.

Corrió hacia ellos, que le gritaban de modo curiosamente brusco. Cuando llegó al patio, vio que eran miembros de una nueva patrulla. El cabo abofeteó a Jim, lo apartó de los macizos de flores, le obligó a quitar las ramas amontonadas junto a la piscina. Gritando unas palabras en alemán, arrojó a Jim afuera y cerró el portal de hierro forjado.

Jim recuperó la bicicleta de su escondite entre las plantas. Las casas se erguían al sol a su alrededor, mundos sellados en los que había retornado por un momento a la infancia. Cuando inició el largo viaje al Bund pensó en los soldados japoneses que le habían dado la comida de su propia olla, pero sabía que la amabilidad que sus padres y maestros siempre le habían exigido no contaba para nada.

10

El carguero varado

La fría luz del sol temblaba en el río; convertía la superficie en trozos de cristal y los distantes bancos y hoteles en tartas de cumpleaños. A Jim, sentado en la pasarela del muelle funerario bajo los desiertos astilleros de Nantao, las chimeneas y mástiles del *Idzumo* le parecían labrados en caramelo. Ahuecó las manos imitando un par de binoculares y estudió a los marinos de ropas blancas, ocupados como piojos, que se movían por el puente y las cubiertas. Las torretas de los cañones le recordaban la decoración de las tartas de Navidad cuyo sabor, como de fruta demasiado madura, siempre había odiado.

De todos modos, a Jim le hubiera gustado comerse el crucero. Imaginó que mordisqueaba los mástiles, chupaba la crema de las chimeneas, hundía los dientes en la proa de mazapán y devoraba toda la parte delantera del casco. Y después devoraría el Palace Hotel, el edificio Shell, toda Shanghai...

De las chimeneas del *Idzumo* brotaba vapor; se aquietaba y flotaba sobre el agua como un velo delicado. El crucero había levado anclas y giraba en la marea, para navegar aguas abajo. Después de ayudar a que el gobierno japonés dominara Shanghai, estaba a punto de partir a otro teatro de guerra. Como celebrando la partida, una regata de cadáveres evolucionaba en la marea. Cuerpos de veintenas de chinos, cada uno en una balsa de flores de papel, rodeaban al *Idzumo*, dispuestos a escoltar al crucero hasta la boca del Yangtsé.

Jim se mantenía atento a las patrullas navales japonesas. Del otro lado del río, en la costa de Pootung, estaban los techos galvanizados y las modernas chimeneas de la hilandería de su padre. Jim recordaba vagamente las visitas a la hilandería, embarazosas situaciones en que los administradores chinos lo hacían desfilar ante la mirada inexpresiva de miles de obreras chinas. Pero la hilandería estaba silenciosa, y lo que preocupaba ahora a Jim era la barrera de barcos de carga hundidos. El más próximo, un barco de navegación costera de una sola chimenea, estaba en el canal de aguas profundas apenas a unos cientos de metros del extremo del muelle funerario. El puente enmohecido, como un pan moreno desmigajado, continuaba siendo un misterio para Jim. La guerra, que había cambiado tan radicalmente todo el mundo de Jim, había abandonado esa náufraga ruina; pero él estaba decidido a llegar al barco. Reunirse con sus padres, entregarse a los japoneses, incluso buscar comida, nada significaban ahora que el barco estaba a su alcance.

Durante dos días Jim erró por la zona portuaria de Shanghai. Después de ser descubierto por la patrulla japonesa, se encaminó al Bund. La única esperanza que tenía de volver a ver a sus padres era encontrar a alguno de sus amigos suizos o suecos. Aunque había neutrales europeos en las calles de Shanghai, Jim no vio una sola cara inglesa o americana. ¿Habían enviado a todos a los campos de prisioneros del Japón?

Luego, mientras pedaleaba por la Calle Nankín, un camión militar pasó junto a él. Llevaba un grupo de hombres rubios con uniformes británicos, custodiados por guardias.

—¡Deprisa, muchacho! ¡A ver si te mueves!

—¡Más rápido, muchacho! ¡No te esperaremos!

Jim se agachó sobre el manillar, haciendo girar los pedales como un torbellino. Lo alentaban y aplaudían mientras los guardias japoneses fruncían el ceño ante ese absurdo juego ingles. Jim gritó al camión que se alejaba, y finalmente hubo risas y pulgares alzados cuando la rueda delantera de Jim se atascó en el riel del tranvía y él cayó entre los pies de los conductores de triciclos.

Poco después perdió la bicicleta. Estaba tratando nuevamente de enderezar la horquilla delantera cuando un tendero chino y su coolie se acercaron. El tendero sostuvo la bicicleta, pero Jim sabía que no trataba de ayudarlo. Miró los ojos decididos de los dos chinos, sintiéndose muy cansado y pensando que ya le habían pegado bastante.

Librodot

Jim los miró mientras se llevaban la bicicleta entre la multitud y desaparecían en una de las centenares de callejuelas. Una hora más tarde llegó a la Calle Szechuan a pie, pero todo el sector financiero de Shanghai estaba clausurado y custodiado por cientos de soldados japoneses con coches blindados.

Entonces Jim fue al Bund a mirar el *Idzumo*. Vagó toda la tarde por los muelles; pasó junto a los bancos de lodo adonde habían llegado los marinos heridos del *Petrel* y donde había visto por última vez a su padre, y a los embarcaderos de los sampanes y el mercado de pescadores, con sus pálidos pescados expuestos entre las vías del tranvía, hasta el sector de la Concesión Francesa donde el Bund administraba los muelles funerarios y los astilleros de Nantao. Nadie molestó allí a Jim. Esa zona de arroyos y basurales estaba cubierta de los restos de las barcazas del opio, cadáveres de perros y ataúdes que habían vuelto a la costa, a las playas de barro negro. Por la tarde miró los hidroaviones japoneses amarrados a las boyas. Esperaba que los pilotos aparecieran en el embarcadero, con las antiparras puestas. Pero nadie, aparte de Jim, parecía interesado en los hidroaviones que se mecían sobre los largos flotadores, con las hélices irritadas por el viento.

Por la noche Jim durmió en el asiento trasero de uno de lo viejos taxis amontonados por docenas en la costa lodosa. Las bocinas de los blindados japoneses gemían en el Bund, y le reflectores de las lanchas patrulleras recorrían el río, pero Jim se durmió rápidamente al aire fresco. Su cuerpo delgado parecía flotar en la noche, suspendido sobre las aguas oscuras mientras se aferraba a los débiles olores humanos que surgían de los asientos del taxi.

* * *

Era la marea alta, y los hidroaviones habían empezado a girar alrededor de las boyas. El río ya no empujaba la barrera de barcos hundidos. Durante unos instantes, la superficie se congeló en un espejo aceitoso, del que emergían las naves herrumbradas como de su propio reflejo. Más allá de los muelles funerarios los sampanes se agitaban, soltándose de los bancos de lodo que el agua empezaba a cubrir.

Jim, en cuclillas en la pasarela, miraba el agua que azotaba la rejilla metálica entre sus pies. Sacó del bolsillo de la chaqueta los dos últimos bombones de licor. Estudió las crípticas leyendas, parecidas a signos del zodíaco, y comparó cuidadosamente el peso de cada uno. Guardó el más grande y se llevó el otro a la boca. El áspero licor alcohólico le quemaba la garganta, pero chupó el oscuro chocolate dulce. El agua de color castaño rodeaba el muelle; recordó que su padre le había dicho que la luz solar mataba las bacterias. A cincuenta metros el cadáver de una muchacha china flotaba entre los sampanes; los tobillos giraban alrededor de la cabeza como si no supiera adonde ir esa mañana. Cautelosamente, Jim pasó un poco de agua de una mano a otra, y luego bebió rápidamente para que los gérmenes no tuvieran tiempo de infectarlo.

El bombón de licor y el ritmo voraz de las olas lo marearon un poco y se apoyó contra un sampán semihundido que golpeteaba contra el muelle. Miró el barco herrumbrado, puso el pie sin pensar en el sampán, y se alejó entre la corriente parecida a jalea.

La podrida embarcación hacía agua y Jim tenía los zapatos y los pantalones empapados. Arrancó un trozo de la borda y remó con él hacia el carguero. Cuando llegó, el sampán ya estaba hundiéndose. Se aferró a la borda de estribor, debajo del puente, y trepó a la cubierta, mientras el casco seguía viajando a la deriva hasta el próximo barco de la barrera.

Jim lo vio alejarse, y luego caminó por la cubierta metálica, con agua hasta los tobillos. La corriente empezaba a cambiar de dirección, y la superficie tersa y continua del agua entraba por la puerta abierta de una cabina debajo del puente y salía por la otra banda. Jim entró en la cabina, una caverna herrumbrada que parecía aún más antigua que los fuertes alemanes de Tsingtao. Estaba de pie en la superficie del agua, que había venido desde todos los arroyos, canales y arrozales de China para sostener sobre el lomo a ese chiquillo. Si daba un paso hasta las olas de babor podría caminar hasta el *Idzumo*...

Librodot

Torres de humo temblaban sobre las chimeneas del crucero listo para partir. ¿Estarían a bordo sus padres? Pensando que quizá se encontrara solo en Shanghai, en ese barco que siempre había soñado visitar, Jim miró desde el puente hacia la costa. La marea aumentaba, y los cadáveres adornados de flores seguían hacia el mar abierto, adonde apuntaban los talones. El carguero se inclinó en la corriente, y el casco herrumbrado crujió y cantó. Las planchas se movían unas contra otras y unos cabos se deslizaban por la cubierta de proa, drizas de velas invisibles que aún deseaban impulsar a ese viejo casco hacia la seguridad de algún mar cálido, a un mundo de distancia de Shanghai.

Feliz, Jim sintió que el puente se estremecía debajo de sus pies. Mientras reía para sí mismo en la borda, advirtió que alguien lo miraba desde el astillero de más allá del muelle funerario. Un hombre con chaqueta y gorra de marino americano estaba en la caseta de mando de uno de los tres transportes de carbón aún sin terminar. Con timidez, pero de capitán a capitán, Jim lo saludó agitando la mano. El hombre no le hizo caso y siguió fumando un cigarrillo que escondía en la mano. No sólo miraba a Jim, sino también a un joven marinero que se alejaba del primer buque de la barrera en un bote de metal.

Ansioso de recibir a su primer pasajero y tripulante, Jim abandonó el puente y descendió a cubierta. El marino se acercó remando con movimientos cortos y fuertes, tratando de no agitar el agua. Después de unas pocas remadas, miró a Jim por encima del hombro, examinando los ojos de buey como si sospechara que la herrumbrada embarcación estaba infestada de chicos. El bote soportaba apenas el peso del marino. Se acercó y Jim vio entre las botas del hombre una barreta, unos alicates y una sierra para metal. En el otro banco había anillos de bronce arrancados de los ojos de buey de los barcos hundidos.

—Hola, muchacho, ¿quieres un viaje a la costa? ¿Con quién estás?

—Con nadie. —A pesar de todas las esperanzas de seguridad que ofrecía ese joven americano, Jim no tenía prisa por abandonar el barco—. Estoy esperando a mis padres. Se han retrasado.

—¿Retrasado? Bueno, tal vez vengan más tarde. Parecería que necesitas ayuda.

Se incorporó como para subir a bordo, pero cuando Jim le tomó la mano, el marino tiró de él, golpeándole las rodillas contra los anillos de bronce. Sostuvo a Jim, y tocó las solapas y la insignia de la chaqueta. El pelo rubio suelto enmarcaba una cara franca, pero el americano espiaba el río de manera furtiva, como si esperara que un hombre rana japonés con todo su equipo aflorara a la superficie al lado del bote.

—Oye, ¿por qué nos persigues? ¿Quién te ha traído aquí?

—He venido solo. —Jim se enderezó la chaqueta—. Ahora, éste es mi barco.

—Un chiquillo loco inglés... Has estado en el muelle dos días. ¿Quién eres?

—Jamie... —Jim trató de pensar en algo que impresionara al americano; ya había comprendido que se quedaría con ese joven marino—. Estoy construyendo una cometa capaz de transportar a una persona... y he escrito un libro sobre bridge.

—Espera a que Basie te escuche.

Cuando se alejaron del barco, el americano impulsó los remos. Con unos pocos movimientos vigorosos llevó el bote hasta los bancos de lodo. Entraron en una cala estrecha entre los muelles funerarios, donde una corriente negra y aceitosa serpenteaba a través del astillero. El americano miró sombríamente un ataúd vacío que había expulsado a su ocupante. Escupió en él, para que la suerte lo protegiera, y lo apartó con un remo. Diestramente guió el bote por detrás del casco blanco de un yate sin mástiles abarlodado a un pontón sujeto a la costa. Escondidos por la curva de cisne de la popa del yate, amarraron el bote a una plataforma de madera. El americano enroscó en el brazo los anillos de bronce, recogió las herramientas e indicó a Jim que saliera del bote.

Atravesaron el astillero entre pilas de planchas de acero, líos de cadenas y cables oxidados, y fueron hacia los tres mugrientos cascos de los transportes de carbón. Jim caminaba imitando el andar agresivo del americano. Por fin había encontrado a alguien que lo ayudaría a encontrar a sus padres, ¿Quizá el americano y su compañero de la caseta del timón también

Librodot

habían intentado rendirse? Los tres juntos serían demasiados para que pasaran inadvertidos a los japoneses.

Bajo la hélice del transporte más grande había un antiguo camión Chevrolet. Entraron en la embarcación por una plancha que faltaba. El americano izó a Jim a una plataforma de bambú colocada sobre la quilla. Treparon por una escalera a la cubierta, caminaron hasta la caseta del timón y por una escotilla angosta subieron a una cabina de metal detrás del puente.

Débil de hambre, Jim se tambaleó junto al marco de la puerta. Había en el aire un olor familiar, que le recordaba el dormitorio de su madre en la Avenida Amherst, el olor del polvo facial, la colonia, los cigarrillos Craven A; y por un momento estuvo seguro de que ella saldría de ese oscuro recinto como un ángel navideño y le diría que la guerra había terminado.

Librodot

11

Frank y Basie

Una cocina de carbón ardía suavemente en mitad de la cabina; sus dulces vapores se elevaban hacia una lumbrera abierta. El suelo estaba cubierto de trapos engrasados y piezas de motores, ojos de buey de bronce y barandas de escaleras. A cada lado de la cocina había una silla de cubierta con la leyenda «Imperial Airways» estampada en la lona desteñida, y un catre cubierto con un acolchado chino.

El americano arrojó las herramientas al montón de piezas de motor. La cabeza y los hombros anchos del hombre casi llenaron la cabina. Se dejó caer con inquietud en la silla de lona, miró la olla sobre la cocina, y luego a Jim, sombríamente.

—Ya empieza a atacarme los nervios, Basie. No sé si tiene hambre o si está loco.

—Ven, muchacho. Parece que necesitaras descansar.

Un hombre pequeño, mayor, apareció debajo del acolchado e hizo un gesto a Jim con el cigarrillo que sostenía en la mano blanca. Tenía un rostro blando e impreciso del que la copiosa experiencia de toda una vida había sido sabiamente borrada, y unas manos suaves y entalcadas que frotaban el cuerpo bajo el acolchado. Miró con atención las ropas manchadas de barro de Jim, el tic que le estremecía la boca, las mejillas hundidas, las piernas inseguras.

Sacudió el talco de la cama y contó los trozos de bronce recuperados.

—Eso es todo, Frank? No basta para llevar al mercado. Esos vendedores de Hongkew piden diez dólares por el saco de arroz.

—¡Basie! —El joven marino dejó caer una pesada bota en el montón de objetos metálicos, más exasperado consigo mismo que con el hombre mayor—. ¡Este chico ha estado en el muelle durante dos días! ¿Quieres que vengan los japoneses?

—Frank, los japoneses no nos buscan. En el arroyo abunda el cólera; por eso hemos venido aquí.

—Prácticamente estás poniendo un anuncio. Quizá queseas vengan a buscarnos. ¿Es así, Basie? —Frank mojó un trapo en líquido para limpiar metales, y frotó vigorosamente la suciedad que cubría la montura del ojo de buey—. Si tanto te agrada el trabajo duro, trata de ir allá... y con ese chico mirando todo el tiempo.

—Tengo que cuidar mis pulmones, Frank, tú lo sabes, —Basie aspiró un poco de humo del Craven A, para calmar esos delicados órganos—. Además, el chico ni siquiera te vio. Tenía otras cosas en la cabeza, cosas de muchacho que tú has olvidado, Frank, pero yo todavía puedo recordar. —Hizo lugar a Jim en la cama—. Acércate, hijo. ¿Cómo te llamaban antes de que empezara la guerra?

—Jamie...

Frank arrojó el trapo.

—Con esta chatarra no podremos comprar un sampán que nos lleve a Chungking. Para eso necesitaríamos el *Queen Mary* entero. —Echó a Jim una oscura mirada—. Y no tenemos bastante arroz para ti, muchacho. ¿Quién eres? ¿Jamie...?

—Jim... —explicó Basie. Cuando Jim se sentó a su lado, extendió una mano cubierta de talco y apretó suavemente el pulgar sobre el tic de hambre que movía la comisura izquierda de la boca de Jim. Jim permaneció inmóvil mientras Basie le descubría las encías y le miraba inquisitivamente los dientes.

—Una colección de dientes muy bien cuidados. Alguien pagaría muchos billetes por una boca como ésa. Te sorprenderá saber, Frank, cómo descuidan algunas personas los dientes de sus hijos. —Basie dio unas palmadas en el hombro de Jim, tocando la lana azul de su chaqueta. Raspó el barro de la insignia escolar—. Parece una escuela muy buena, Jim. ¿Es la Cathedral School?

Frank miraba con furia el montón de ojos de buey. Parecía temeroso de Jim, como si ese chiquillo pudiera quitarle a Basie.

Librodot

—¿Cathedral School? ¿Qué es él, una especie de cura?

—Frank, la Cathedral School —Basie miraba a Jim con interés creciente— es una escuela para los taipan. Tú tienes que conocer gente importante, Jim.

—Bueno... —Jim tenía dudas acerca de esto. Sólo podía pensar en el arroz que se cocía sobre la cocina de carbón, pero logró recordar una fiesta al aire libre de la Embajada británica—. Una vez me presentaron a Madame Sun Yat Sen.

—¿A Madame Sun? ¿Te presentaron?

—Yo tenía sólo tres años y medio. —Jim no se movió mientras las manos blancas de Basie le exploraban los bolsillos. El reloj se le deslizó de la muñeca y se desvaneció entre el olor de colonia y polvo facial debajo del acolchado. Sin embargo, la manera cortés de Basie, como las de los criados que antes lo vestían y desvestían, le inspiraba una curiosa confianza. El marino le palpaba todos los huesos del cuerpo, como si buscara algo precioso. Por la lumbrera abierta, Jim vio un hidroavión a punto de despegar de la base aérea naval. Una lancha patrullera japonesa había cerrado el canal, y las corrientes se abrían en enormes remolinos en torno de la barrera de barcos hundidos. Jim se volvió hacia la olla y su embriagadora fragancia a aceite caliente. Se le ocurrió de pronto que quizá esos dos marinos americanos se lo querían comer.

Pero Basie había quitado la tapa de la olla. Un oloroso vaho subía de un suculento guiso de arroz y pescado. Basie sacó un par de platos de estaño y de cucharas de un bolso de cuero que había debajo de la cama. Fumando aún el Craven A, sirvió una porción para Jim y otra para él mismo con la destreza de un camarero del Palace Hotel. Mientras Jim devoraba el pescado caliente, Basie lo miraba con la misma aprobación irónica que había mostrado el soldado japonés.

Basie se dedicó al guiso.

—Comeremos más tarde, Frank.

Frank frotaba un ojo de buey, con los ojos fijos en la olla.

—Siempre como después que tú, Basie.

—Tengo que pensar por los dos, Frank. Y además, tenemos que cuidar a nuestro joven amigo. —Limpió un grano de arroz del mentón de Jim—. Dime, Jim, ¿has conocido a otros chinos importantes? ¿Chiang Kai Shek, tal vez?

—No..., pero su nombre no es realmente chino, ¿sabe? —La comida caliente disolvía el cerebro de Jim. Había recordado una frase de su madre que él siempre intentaba citar cuando conversaba con adultos—. Es la corrupción de Shanghai Czech, el chico de Shanghai.

—¿La corrupción de...? —Basie se incorporó. Había terminado de comer y empezaba a empolvarse las manos—. ¿Te interesan las palabras, Jim?

—Algo. Y también el bridge. He escrito un libro sobre él.

Basie parecía dubitativo.

—Las palabras son más importantes, Jim. Pon a un lado una palabra nueva cada día. No sabes cuándo te será útil.

Jim terminó el guiso y se apoyó satisfecho contra la pared de metal. No podía recordar ninguna de sus comidas anteriores a la guerra, pero sí todas desde entonces. Le molestaba pensar en toda la comida que había rechazado en su vida, en las elaboradas estratagemas que inventaban Vera y su madre para convencerlo de que terminara el budín. Observó que Frank miraba unos granos de arroz que había dejado en la cuchara y la lamió rápidamente. Miró la olla, contento de ver que había suficiente para Frank. Ahora estaba seguro de que estos dos marinos y comerciantes no se lo comerían, pero el temor no carecía de fundamento: en el Country Club se había hablado de marinos británicos, torpedeados en el Atlántico, que habían caído en el canibalismo.

Basie se sirvió un poquito más de arroz. No lo probó; jugaba con el plato bajo la mirada ardiente de Frank. Jim podía ver que a Basie le complacía dominar al joven marino y que Io utilizaba a él, a Jim, para fastidiarlo. Era posible que la educación de Jim hubiese estado dirigida a evitar que conociera a personas como Basie, pero la guerra lo había cambiado todo.

Librodot

—¿Y qué ha sido de tu padre, Jim? —preguntó Basie—. ¿Por qué no estás en casa con tu madre? ¿Están en Shanghai?

—Sí.» —Jim vaciló. La experiencia de los dos meses últimos le indicaba que no confiara en nadie, salvo quizá en los japoneses—. Están en Shanghai... pero a bordo del *Idzumo*.

—¿El *Idzumo?* —Frank saltó de su silla de cubierta. Tomó de la mochila un plato de estaño y se sirvió vigorosamente de la olla. Entre dos bocados, agitaba la cuchara—. ¿Quién eres? ¡Basie...!

—En el *Idzumo* no, Jim. —Con sus blancas manos, Basie eligió un trozo de carbón de un saco que había debajo de la cama—. El *Idzumo* se dirige a Foochow y a la bahía de Manila. Jim se burla de ti, Frank.

—Me parece que están en el *Idzumo*. —Jim decidió alentar las pequeñas dudas que aún subsistían en los ojos de Basie—. Mi padre viaja a Manila con frecuencia.

—Pero no en un crucero japonés, Jim.

—¡Basie...!

—Frank... —Basie imitó el tono del marino—. Algún día tendrás confianza en mí. Supongo que los padres de Jim fueron capturados con todos los demás ingleses, y que ahora Jim los está buscando. ¿Jim...?

Jim asintió mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta el último bombón de licor. Le quitó el papel plateado y mordió la botella de chocolate en miniatura. Luego recordó que Vera le había inculcado la necesidad de ser cortés, y ofreció a Basie la mitad del bombón.

—¿Curacao? Bueno, Jim, las cosas están mejorando desde que has llegado. Todas esas palabras nuevas, y ahora este chocolate tan fino. Nos llega un soplo de la elegancia del Palace Hotel. —Mientras Basie chupaba la botella de chocolate mostrando unos dientes puntiagudos, parecía una rata de cara blanca sorbiendo el cerebro de un ratón—. De modo, Jim, que estabas viviendo solo en tu casa. En la Concesión Francesa.

—En la Avenida Amherst.

—Frank... Antes de marcharnos de Shanghai tendríamos que pasar por allí. Seguro que hay muchas casas vacías, ¿verdad, Jim?

Jim cerró los ojos. Estaba muy cansado pero despierto; pensaba en el arroz que acababa de comer, y saboreaba de nuevo cada grano. Basie hablaba; la voz astuta describía círculos en el aire lleno de humo y olor a colonia y a Craven A. Recordó a su madre fumando en la sala de la Avenida Amherst. Ahora que había encontrado a esos dos marinos americanos volvería a verla. Se quedaría con Basie y con Frank: juntos podían ir hasta la barrera de cargueros hundidos, y tarde o temprano las lanchas patrulleras japonesas los descubrirían.

Un aliento cálido que olía a pescado le pesaba en la cara. Jim despertó alarmado. El enorme cuerpo de Frank se inclinaba sobre él, con los brazos pesados apoyados en los muslos, y hurgando en los bolsillos de la chaqueta. Jim lo empujó, y Frank volvió tranquilamente a la silla de cubierta y continuó puliendo los ojos de buey.

Estaban solos en la cabina. Jim oyó a Basie abajo, en la pasarela de bambú. La puerta del camión se cerró, y el venerable motor empezó a latir, y luego se detuvo bruscamente. La sirena del *Idzumo* resonó a lo lejos. Con una mirada significativa a Jim, Frank continuó frotando el bronce manchado.

—¿Sabes, muchacho? Tienes el don de poner nervioso al prójimo. ¿Cómo no te han capturado los japoneses? Debes de correr muy rápido.

—Traté de rendirme —explicó Jim—. Pero no es fácil. Tú y Basie, ¿no queréis rendiros?

—Como ir al infierno... Aunque de Basie no estoy seguro. Yo estoy intentando que compre un sampán para ir río arriba hasta Chungking. Pero Basie cambia de idea todo el tiempo. Quiere quedarse en Shanghai ahora que los japoneses están aquí. Cree que podemos ganar un montón de dinero cuando lleguemos a los campamentos.

—¿Vendes muchos ojos de buey, Frank?

Frank miró a Jim, sin saber a qué atenerse con ese chiquillo.

Librodot

—No hemos vendido ninguno, muchacho. Todo es cosa de Basie; lo necesita como una droga. Siempre quiere que haya gente trabajando para él. Afuera, en alguna parte, tiene un saco de dientes de oro que vende en Hongkew. —Sonriendo con aire de enterado, Frank tocó la mejilla de Jim con los alicates—. Es una suerte que no tengas ningún diente de oro; de lo contrario... —Torció bruscamente la muñeca.

Jim se incorporó, recordando cómo Basie le había examinado las encías. El ruido del motor del camión vibraba en la cabina metálica. Jim sentía cierta inquietud entre estos dos marinos comerciantes que de algún modo habían escapado de la red japonesa de Shanghai, y comprendía que quizá debería temerles tanto como a cualquier otra persona en la ciudad. Pensó en el saco secreto de Basie, con los dientes de oro. Los arroyos y canales de Nantao estaban llenos de cadáveres, y las bocas de esos cadáveres estaban llenas de dientes. Todo chino que se respetara procuraba tener al menos un diente de oro, y ahora que la guerra había comenzado, los familiares tal vez no se preocupaban por quitárselo antes del funeral. Jim pensó en los dos marinos americanos que de noche recorrían la costa fangosa con sus alicates; en Frank remando en el bote por los arroyos negros; en Basie en la proa con una linterna, acercándose a los cadáveres que flotaban y descubriendo las encías...

Librodot

12

Música de baile

Esa horrible imagen dominó los tres días que Jim había de pasar con los marinos americanos. Por la noche, mientras Basie y Frank dormían juntos debajo del acolchado, Jim permanecía despierto sobre la pila de sacos de arroz junto a la cocina de carbón. Las brasas, reflejadas en los ojos de buey y las barandas de bronce, brillaban como dientes de oro. Cuando despertaba por la mañana, Jim se tocaba el mentón, para asegurarse de que Frank no le había quitado un molar por pura maldad.

Durante el día, Jim se quedaba en el muelle funerario, vigilando mientras Frank remaba hasta los barcos hundidos. Cuando empezaba a temblar, Jim regresaba a la cabina y se cubría con el acolchado, mientras Basie, sentado en la silla de cubierta de Imperial Airways, hacía juguetes de alambre con viejos limpiapipas. Basie había sido camarero de la Cathay-America Line, y entretenía a Jim con el mismo parloteo y los mismos juegos de salón con que había divertido a los hijos pequeños de los pasajeros. Trataba también de que Jim comiese a mediodía y por la noche, mientras lo interrogaba sin cesar acerca de sus padres. En gran medida, Basie se había modelado a sí mismo a partir de las pasajeras que había atendido, que se empolvaban eternamente al calor mientras encendían sus Craven A.

Todas las tardes salían juntos en el camión y recorrían los mercados chinos de Hongkew. Basie regateaba por un saco de arroz y algunos trozos de pescado que pagaba con los paquetes de cigarrillos franceses que guardaba debajo de la cama. A veces pedía a Frank que trajese a Jim hasta el tenderete del vendedor, y el comerciante chino inspeccionaba someramente a Jim antes de menear la cabeza.

Jim comprendió que Basie pretendía venderlo a los comerciantes. Demasiado cansado para oponerse, iba en el camión como una de las gallinas que las chinas llevaban consigo en los asientos del tranvía. Jim se sentía mal casi todo el tiempo, pero el valor potencial que tenía para Basie le aseguraba por Io menos sus comidas de pescado cocido. Y los comerciantes chinos terminarían por comprender que podían ganar algunos yens si lo denunciaban a los japoneses.

Entretanto, evitaba las pesadas manos de Frank, buscaba en su mente las palabras poco usuales que a Basie le gustaba oír, y deleitaba al camarero con historias sobre las lujosas mansiones de la Avenida Amherst. Jim inventaba vidas de un boato completamente imaginario, y sostenía que eran las vidas de sus padres. Basie mostraba una infalible fascinación por esos relatos de la vida aristocrática de Shanghai.

—Cuéntame acerca de esas fiestas en las piscinas —pidió Basie mientras esperaban a que Frank pusiera en marcha el motor antes de una última visita al mercado de Hongkew—. Me imagino que debía de haber mucha... diversión.

—Por supuesto que había diversión, Basie. —Jim recordó las horas que había pasado solo tratando de recuperar la media corona que refulgía en el fondo de la piscina como los dientes de oro de Basie—. Había bombones de licor, un piano blanco, whisky con soda. Y equilibristas.

—¿Equilibristas, Jim?

—Sí, o acróbatas...

—Estás cansado, Jim. —Mientras iban en el camión Basie rodeaba con el brazo los hombros de Jim—. Has estado pensando demasiado, y todas esas palabras nuevas...

—Ya he gastado todas mis palabras nuevas, Basie. ¿Terminará pronto la guerra?

—No te preocupes, Jim. Doy a los japoneses, a lo sumo, tres meses.

—¿Tan poco, Basie?

—Quizá un poquito más. Lleva mucho tiempo preparar una guerra, la gente tiene que proteger esa gran inversión. Como Frank y yo con el camión.

Librodot

A Jim jamás se le había ocurrido que alguien pudiera desear que la guerra continuara, y meditó sobre esa misteriosa lógica mientras viajaban hasta Hongkew. Avanzaban sacudiéndose sobre el camino de tierra que pasaba detrás de la zona portuaria, a través de una desolada zona de baldíos, basurales y túmulos sepulcrales. Junto a los canales vivían unos mendigos en chozas construidas con cajas de embalaje y neumáticos de camión. Una mujer, arrodillada junto a las aguas fétidas, limpiaba una bacinilla de madera. Mirando desde la seguridad del camión, Jim sintió pena por esa gente tan pobre, aunque sólo unos pocos días antes su situación había sido aún más desesperada. Había ocurrido una extraña duplicación de la realidad, como si todo lo que le ocurría desde la guerra sucediera dentro de un espejo. Era ese yo del espejo el que se sentía hambriento y débil, el que pensaba todo el tiempo en comida. Ya no sentía compasión por ese otro yo. Jim suponía que así también conseguían sobrevivir los chinos. Sin embargo, un día los chinos podrían regresar saliendo del espejo.

Cuando cruzaron el arroyo de Nantao, en la Concesión Francesa, vieron la primera patrulla japonesa; custodiaba el punto de control en el extremo norte del puente de acero. Pero Basie y Frank no parecían temer a los soldados armados; los americanos, había observado Jim, no se dejaban intimidar fácilmente. Frank incluso tocó la bocina a un soldado japonés que caminaba por la calle. Jim se agachó debajo del tablero, esperando los disparos, pero el soldado los dejó pasar con cara malhumorada, suponiendo quizá que Frank y Basie eran obreros rusos blancos.

Durante la hora siguiente recorrieron los mercados de Hongkew, entre centenares de perros que ladraban en jaulas de bambú, no sólo perros vagabundos sino también dachshunds, red setters y airedales, abandonados por sus propietarios aliados en las hambrientas calles de Shanghai. A veces se detenían para que Basie descendiera y hablara en su fluido cantonés portuario con algún tendero chino. Pero ningún ojo de buey ni ningún diente de oro cambiaba de mano.

—Frank, ¿qué quiere comprar Basie?

—Más bien parece que le interesa vender.

—¿Por qué no me puede vender Basie?

—Nadie te quiere. —Frank arrojó al aire la media corona que había robado del bolsillo de Jim, y la recogió en la mano pesada.

—No vales nada. ¿Qué crees que vales?

—No valgo nada, Frank.

—Eres pura piel y huesos. Pronto estarás enfermo todo el tiempo.

—Si me compraran, ¿qué harían conmigo? No me pueden comer, soy pura piel y huesos.

Pero Frank omitió la respuesta. Basie subió al camión, moviendo la cabeza. Salieron de Hongkew y cruzaron el arroyo Soochow hacia la Zona Internacional. Iban por las calles principales, se perdían entre el tránsito de la Avenida Foch, seguían a los lentos tranvías estruendosos a través de la marea de triciclos y rickshaws rueda contra rueda.

Jim intentó guiarlos hacia los suburbios residenciales del oeste de Shanghai, hablándoles de las magníficas casas llenas de mesas de billar, whisky y bombones de licor. Pero se imaginó que Basie y Frank estaban matando el tiempo antes del oscurecer. Poco después de las seis la luz se retiró de las fachadas de las casas de apartamentos de la Concesión Francesa. Los dos marinos subieron el cristal de las ventanillas. Frank salió de la Calle del Pozo Burbujeante y se dirigió a los barrios chinos sin iluminación del norte de Shanghai.

—No vas por el buen camino, Frank —trató de decir Jim. Pero Basie le apretó contra la boca el dorso de su mano empolvada.

—Calla, Jim. El silencio es buen amigo de los chicos.

Jim apoyó la cabeza vacilante contra el hombro de Basie. Se habían metido en un laberinto de calles estrechas. Cientos de caras chinas se apretaban contra las ventanillas mientras ellos avanzaban entre los rickshaws y los carros tirados por búfalos. Jim tenía hambre otra vez y sentía en la cabeza el rebote de las ruedas sobre los rieles en desuso. Deseaba que regresaran a Nantao, a la cocina de carbón con la olla de arroz.

Librodot

Una hora más tarde, Jim despertó para descubrir que habían llegado a los suburbios del oeste de Shanghai. El último sol tocaba los terrados de la Calle Columbia. Mientras pasaban entre los Opel y los Buick del señor alemán, Basie señaló las casas desocupadas.

Jim se enderezó y se sopló las manos para calentarlas. Habían terminado un inútil circuito de la ciudad, pero comprendió que su charla sobre la gran vida había tentado a esos hombres de caminos tortuosos. Como el cicerone de un grupo de crédulos turistas, comentó las casas donde había acampado durante los últimos dos meses.

—Allí hay whisky y gin, Basie. En aquella, un piano blanco, Whisky y gin... No: sólo whisky.

—No te preocupes por el alcohol. Frank y yo no pensamos abrir un bar. ¿Estabas en el coro, Jim? Te pondremos encima del piano blanco y cantarás *Yankee Doddle Dandy*.

—En aquélla hay un cine —continuó Jim—. Y esa casa esta llena de dientes.

—¿Dientes, Jim?

—Era de un dentista. Quizá haya dientes de oro, Basie.

Giraron en la Avenida Amherst y se adelantaron entre la mansiones desiertas. Las luces de la calle estaban todavía desconectadas y las casas de jardines descuidados parecían aún más sombrías que por la noche, varadas allí como los barcos o la barrera. Pero Basie las miraba con evidente respeto, como si sus años como camarero de la Cathay-America Line le hubiesen enseñado el verdadero valor de esos cascos embarrancados. Era obvio que estaba contento de tener a Jim como socio.

—Has demostrado buen sentido, Jim, al nacer aquí. Admiro a los chicos capaces de apreciar una buena casa. Cualquiera puede elegir a sus propios padres, pero tener la sensatez de ver más allá...

—Basie... —Frank interrumpió esa divagación. Se habían detenido bajo los árboles, a doscientos metros de la entrada de la casa de Jim.

—Está bien, Frank. —Basie abrió la portezuela y bajó a la calle. No había patrullas japonesas, y los guardias chinos se habían retirado a pasar la noche. Basie señaló un callejón angosto que corría hasta una de las casas entre cercos descuidados de ligustro.

—Jim, es hora de estirar las piernas. Ve a pasear por allí y mira si no hay alguien tocando ese piano blanco.

Jim escuchó el ruido bajo pero acentuado del motor en marcha. Frank estaba descuidadamente apoyado contra el respaldo, pero con el pie enorme en el acelerador. El rostro pálido de Basie colgaba debajo de los árboles como una farola. Jim comprendió que pensaban dejarlo allí. Como no habían conseguido venderlo a los mercaderes chinos, lo abandonarían en las avenidas de la noche de Shanghai.

—Basie, yo... —Frank le había puesto una mano en el hombro, listo para arrojarlo a la calle—. ¿No podríamos ir a mi casa? Es más lujosa.

—¿Lujosa? —Basie saboreó la palabra en el aire gris. Miró las casas que lo rodeaban, los tejados Tudor, las modernas fachadas blancas, las réplicas de castillos, las mansiones de techos verdes.

Subió al camión y sostuvo la portezuela sin cerrarla.

—Esta bien, Frank, iremos a ver la casa de Jim.

Avanzaron entre los árboles, y entraron en el camino de acceso, que nadie custodiaba. Cuando se aproximaron a la casa silenciosa, Jim pudo ver que Basie estaba decepcionado. Abrió la puerta, listo para agarrar a Jim y arrojarlo sobre sus propios escalones.

Jim se aferró al tablero, y en ese momento dos figuras aparecieron en el porche. Llevaban túnicas blancas, con manga anchas que les colgaban de los brazos. Jim pensó que su madre había vuelto y despedía a una invitada.

—¡Basie! ¡Son japoneses!

Jim oyó gritar a Frank, y vio que las dos figuras eran soldados japoneses, con kimonos militares. Los soldados los habían visto, y gritaban hacia el interior. Un sargento uniformado

Librodot

emergió de la luz de petróleo que inundaba la sala. Se detuvo en el primer escalón, con la pistolera del Máuser contra el muslo abultado. Frank intentaba poner marcha atrás cuando los soldados en kimono saltaron a los estribos y golpearon las ventanillas con los puños. Otros dos soldados bajaron los escalones a la carrera, con garrotes de bambú.

Cuando el motor se detuvo, Jim se sintió arrancado del camión y lanzado al suelo. Japoneses en kimono corrían desde la casa, como un grupo de mujeres enfurecidas saliendo de un cuarto de baño. Jim se sentó en la grava, entre las botas pulidas del sargento japonés, que raspaba la pierna furiosa contra la pistolera. Los soldados habían atrapado a Frank dentro de la cabina del camión. Pataleaba mientras le golpeaban la cara ensangrentada y el pecho con los garrotes de bambú. Dos soldados, al pie de la escalera, descargaban puñetazos sobre Basie, arrodillado en el camino de acceso.

Jim se alegró de ver a los japoneses. Por la puerta abierta alcanzaba a oír, junto con los pesados golpes y los gritos de Frank, el sonido gangoso de una orquesta de baile japones en el gramófono que su madre llevaba a los picnics.

Librodot

13

El cine al aire libre

Jim estaba cómodamente instalado en la primera fila del cine al aire libre; el sol de primavera le calentaba los brazos. Miraba sonriendo la pantalla en blanco a seis metros de distancia. Durante la última hora la sombra borrosa del Park Hotel se había desplazado por la lona blanca. Después de un largo viaje sobre los barrios pobres de Chapei, la sombra del anuncio de neón sobre el hotel había llegado por fin a la pantalla. Las letras enormes, dos veces más altas que el joven soldado japonés que se movía ante la pantalla de izquierda a derecha a paso vivo, se incorporaban a la silueta del delgado centinela y su rifle en una espectacular película solar.

Encantado con la exhibición, Jim rió detrás de sus rodillas sucias, con los pies en alto sobre el banco de tablas. Este diorama de las tardes, montado con la colaboración del sol y del Park Hotel, había sido el principal entretenimiento de Jim durante las tres semanas pasadas en el cine al aire libre. Allí, por las noches, antes del comienzo de la guerra, se proyectaban dibujos animados y series de aventuras producidas por la industria cinematográfica de Shanghai para las obreras de las hilanderías y los trabajadores portuarios. Jim pensó muchas veces que Yang, el chófer de la familia, podía haber aparecido en esa misma pantalla. Jim había recorrido el sitio de arriba abajo; en un despacho que nadie usaba, encima de la cabina de proyección, había encontrado unos polvorientos rollos de películas. ¿Quizá el cabo japonés del cuerpo de señales que estaba ahora intentando desmantelar el proyector pasaría alguna de las películas de Yang?

La risa de Jim atrajo una mirada sombría del soldado de la pantalla. Era evidente que desconfiaba de Jim, que lo evitaba. Protegiéndose los ojos con la mano, el soldado examinó los bancos de madera, donde unos pocos detenidos tomaban el sol de la tarde. Tres filas detrás de Jim estaba el canoso marido de la misionera que agonizaba sobre una estera en el dormitorio de cemento que había debajo de las butacas. No se había movido de ese antiguo depósito desde el día en que había llegado al centro, pero el señor Partridge la atendía pacientemente; le llevaba agua del grifo de la letrina y le daba de comer la diluida sopa de arroz que dos eurasianas preparaban una vez por día en el patio, detrás de las taquillas.

Jim estaba preocupado por ese viejo inglés de piel muerta y cabellos deshilachados. Por momentos parecía incapaz de reconocer a la señora Partridge. Jim le ayudó a tender una cortina alrededor de la enferma, que no hablaba nunca y olía mal. Usaron el abrigo británico del señor Partridge y un amarillento vestido de noche de mujer, suspendidos de un trozo de cable eléctrico que Jim había arrancado del muro. Cuando no tenía nada que hacer, Jim iba a la habitación de las mujeres y ahuyentaba a los niños eurasiáticos que habían entrado.

Había unas treinta personas en el centro de detención al que había sido enviado Jim, después de una semana en la prisión central de Shanghai. En comparación con el húmedo pabellón que había compartido con un centenar de prisioneros ingleses y eurasiáticos, el cine al aire libre le parecía tan placentero como las playas de moda de Tsingtao. Jim no había vuelto a ver a Basie desde que lo capturaran los japoneses, y le alegraba estar libre del camarero. Ninguno de los prisioneros de la prisión central, casi todos trabajadores contratados y marinos mercantes de la flota costera de China, había oído hablar de los padres de Jim, pero el traslado a este centro de detención era un paso hacia ellos.

Poco después de su captura, Jim había caído enfermo de una fiebre dolorosa, y había vomitado sangre. Jim suponía que lo habían enviado al centro de detención para que se recobrara. Aparte de varias parejas inglesas de edad había un viejo holandés con su hija adulta, y una belga tranquila cuyo marido dormía al lado de Jim en el dormitorio de los hombres. Los demás detenidos eran mujeres: eurasiáticas abandonadas en Shanghai por maridos británicos alistados en el ejército.

Librodot

No era muy divertido estar con ellas; todas eran viejas o estaban enfermas de malaria y disentería, y pocos de sus hijos hablaban inglés. De modo que Jim pasaba el tiempo en el cine al aire libre, vagando entre los asientos de madera. A pesar de sus dolores de cabeza, intentó sin éxito hacerse amigo de los soldados japoneses. Y cada tarde veía la película de sombras del horizonte de Shanghai.

Jim miraba cómo las letras de la enseña de neón del Park Hotel se borroneaban y desaparecían. Aunque tenía hambre todo el tiempo, Jim era feliz en el centro de detención. Después de los meses que había pasado errando por las calles de Shanghai, al fin había logrado entregarse a las fuerzas japonesas. Jim había pensado mucho sobre el asunto de la rendición, que exigía valor, y aun cierta astucia. ¿Cómo lograban rendirse ejércitos enteros?

No ignoraba que los japoneses lo habían capturado solamente porque estaba con Basie y con Frank. Le aterrorizaba recordar a los soldados en kimono que habían atacado a Frank con sus garrotes, pero al menos pronto volvería a ver a sus padres. En el centro de detención, las idas y venidas de prisioneros eran continuas. Dos ingleses habían muerto el día anterior, una mujer vendada que a Jim no le habían permitido ver, y un anciano con malaria que era inspector de policía retirado.

Jim se preguntaba cómo podría descubrir a cuál de los doce campamentos de los alrededores de Shanghai habían sido enviados sus padres. Se volvió y trató de hablar con el señor Partridge, pero el viejo misionero tenía sus propios problemas. Jim se acercó a las dos eurasiáticas sentadas pocos bancos más atrás. Pero ellas, como siempre, menearon la cabeza, y le dijeron con brusquedad que se marchara.

—Chico sucio...

—Repulsivo...

—¡Vete!

Invariablemente le gritaban y trataban de apartar de él a sus niños. A veces parodiaban los delirios febriles de Jim. Jim le sonrió y volvió a su sitio. Se sentía agotado, como le ocurría con frecuencia, y pensó ir al dormitorio y descansar durante una hora en la estera. Pero por la tarde servían arroz cocido y el día anterior había tenido fiebre, y había perdido su ración. Le sorprendía que esas gentes viejas y enfermas pudieran levantarse a la hora de la comida. Estaba seguro de que las eurasiáticas que guardaban los sacos de arroz en la taquilla no le daban la ración justa. Desconfiaba de todas ellas y de sus extraños hijos, que casi parecían ingleses pero sólo hablablan chino.

Jim estaba resuelto a tener su parte de arroz. Sabía que estaba más delgado que antes de la guerra, y que quizá sus padres no pudieran reconocerlo. Durante las comidas, cuando se miraba en los espejos rotos de las taquillas, apenas reconocía esa cara larga de ojos hundidos y frente huesuda. Jim evitaba Ios espejos; las eurasiáticas lo miraban todo desde detrás de las polveras.

Decidido a pensar en algo útil, Jim se acomodó en el banco de madera. Un hidroavión Kawanishi volaba sobre el río. El zumbido de los motores lo consolaba, recordándole viejos sueños. Cuando estaba hambriento o extrañaba a sus padres, soñaba con aviones. Durante una de sus fiebres, había llegado a ver unos bombarderos americanos en el cielo, sobre el centro de detención.

Un silbato chilló en el patio junto a las taquillas. El sargento japonés pasaba otra vez revista al centro. Jim había notado que no parecía capaz de recordar los nombres de los prisioneros por más de media hora. Tomó la mano del señor Partridge y juntos siguieron a las dos eurasiáticas. Un camión militar se había detenido fuera de la entrada del cine, cuyas altas paredes de ladrillo ocultaban el espectáculo a los chinos de las casas vecinas. Entre los toques de silbato del sargento, Jim oyó el llanto de un niño inglés.

Había llegado un nuevo grupo de prisioneros. Invariablemente esto significaba que otros se marcharían. Jim estaba seguro de que lo sacarían de allí dentro de unos pocos minutos, probablemente para llevarlo a uno de los nuevos campos de prisioneros de Hungjao o Lunghua. En el dormitorio, él, y los ancianos que todavía podían estar de pie, esperaban junto

Librodot

a sus esteras, con los jarros de la comida en la mano. Jim oyó cómo sacaban del camión a los recién llegados. Había, qué fastidio, varios niños pequeños que llorarían continuamente y distraerían a los japoneses de la grave tarea de decidir adonde tenían que enviar a Jim.

Seguido por los dos soldados armados, el sargento japonés apareció en la puerta. Los tres hombres llevaban mascarillas de algodón —la joven belga dormida en el suelo despedía mal olor—, pero los ojos del sargento inspeccionaron a cada persona y contaron la cantidad exacta de jarros para la comida. La ración diaria de arroz y patatas dulces era asignada al jarro, y no a la persona que lo tenía. Muchas veces, cuando el señor Partridge estaba cansado, después de alimentar a su mujer, Jim iba a buscar la ración del viejo. Una vez se descubrió comiendo sin pensar esa sopa aguada. Se sintió incómodo, y se miró las manos culpables. Frecuentemente, le parecía que ciertas partes de la mente y el cuerpo se le separaban unas de otras.

Ocultando el tic de la mejilla, Jim sonrió al sargento japonés, tratando de parecer fuerte y sano. Sólo la gente más sana salía del centro de detención. Como de costumbre, el sargento parecía deprimido por la mirada alegre de Jim. Se hizo a un lado cuando los recién llegados llegaron al dormitorio. Dos ordenanzas chinos de la prisión traían en una camilla a una inglesa inconsciente con un vestido de algodón manchado. Tenía el pelo húmedo sobre la boca, y sus dos hijos, de la edad de Jim, aferraban los bordes de la camilla. Un trío de mujeres de edad entró cojeando, desconcertadas por el olor y la luz gris. Detrás vino un soldado alto con unas botas informes y los pantalones cortos del ejército inglés. Llevaba el pecho desnudo, y las delgadas costillas eran como una jaula donde Jim casi alcanzaba a ver un corazón que revoloteaba.

—Muy bien, muchacho... —Dedicó a Jim un rictus a modo de sonrisa y le acarició la cabeza. Rápidamente se puso contra la pared, con el rostro cadavérico sobre el cemento húmedo. Un segundo par de ordenanzas depositó una camilla en el suelo junto a él. De la cuna de paja trenzada alzaron a un hombre pequeño, de mediana edad, con una chaqueta de marino manchada de sangre. Pegadas a las heridas de la cara, la frente y las manos hinchadas tenía unas vendas japonesas de papel de arroz.

Jim miró esa triste figura y llevó sus antebrazos a la boca para apartar el hedor. Varias eurasiáticas partían del centro de detención junto con sus hijos. Mientras miraba a los hombres enfermos y agonizantes del dormitorio, y a los ordenanzas y a los soldados japoneses con sus mascarillas de algodón, Jim empezó a comprender por vez primera la verdadera finalidad del centro.

El señor Partridge y los ancianos estaban de pie junto a sus esteras, moviendo y haciendo sonar los jarros ante los guardias para la comida de la tarde. El marino herido llamó a Jim con sus manos vendadas, golpeando el jarro vacío como el mendigo moribundo de la Avenida Amherst. Incluso el escuálido soldado había encontrado la tapa de un jarro. Con el rostro apretado vuelto hacia la pared, golpeaba la tapa contra el suelo de piedra.

Jim empezó a hacer sonar su jarro ante los japoneses que miraban desde detrás de las mascarillas blancas. Sin embargo, en ese momento, cuando ya pensaba que nunca encontraría a sus padres, sintió que aún había alguna esperanza. Se arrodilló y tomó el jarro del marino herido, advirtiendo una leve fragancia de colonia, y seguro ya de que podrían salir del centro de detención y abrirse paso hacia la seguridad de los campos de prisioneros.

—¡Basie! —exclamó. ¡Todo marcha bien!

Librodot

14

Aviones americanos

—La guerra terminará pronto, Basie. He visto aviones americanos, bombarderos Curtis y Boeing...

—¿Boeings...? Jim, estás...

—No hables, Basie. Ahora yo trabajo para ti, como Frank.

Jim estaba en cuclillas junto al marino americano, tratando de recordar a las amas de su primera infancia. Nunca había atendido antes a nadie, excepto un conejo de angora que había muerto al cabo de unos pocos días. Inclinó el jarro e intentó verter un poco de agua en la boca de Basie; luego metió los dedos en el líquido oscuro para que Basie los chupara.

Durante tres semanas Jim se había dedicado al camarero; le traía la ración de arroz cocido y de patatas dulces, buscaba agua del grifo del pasillo. Pasaba horas al lado de Basie, abanicaba al marino que yacía en su estera debajo de una ventana alta. Pronto la corriente de aire fresco lo revivió, y empezó a quitarse una por una las vendas de papel que flameaban en su cara y sus muñecas. Ayudado por Jim, apartó la estera del soldado inglés que moría contra la pared. Una semana más tarde tenía fuerzas suficientes para vigilar las idas y venidas de los guardias japoneses y de las eurasiáticas que cocinaban para los prisioneros.

Mientras limpiaba el jarro de Basie, Jim se preguntaba si el marino lo habría reconocido en verdad. ¿Sabría que Jim había logrado engañarlo? Quizá denunciara a Jim a los demás prisioneros, pero no podrían hacer gran cosa. Con alivio, porque por fin disponía de un aliado en su lucha contra las eurasiáticas, Jim apoyó la cabeza en las rodillas.

Sintió que Basie lo despertaba con los jarros.

—Hora de comer, Jim. Ponte en la fila. —Mientras Jim se incorporaba, esperando no haber hablado en sueños, Basie le limpió un poco la mejilla sucia. Los ojos perspicaces del camarero advertían cada detalle del estado lamentable de Jim—. Tendrías que ayudar a la señora Blackburn, Jim, congraciarte con ella. Una mujer siempre necesita ayuda con el fuego.

De algún modo, durante sus visitas a la letrina, Basie había descubierto el nombre de la eurasiática. Jim salió corriendo con los dos jarros. Los viejos se movieron en las esteras; los demás prisioneros lo siguieron. El señor Partridge tomó el jarro de manos del soldado inglés que yacía en un charco de orina junto al muro.

En el patio, detrás de las taquillas, se elevaba una humareda. La eurasiática echaba aire sobre los ladrillos de polvo de carbón de la cocina, pero las ollas de arroz y de patatas dulces habían dejado de hervir. Un soldado japonés miraba sombríamente el caldo tibio, y sacudía la cabeza. Los prisioneros hambrientos caminaron pesadamente entre los bancos, se sentaron, y miraron el humo sobre la pantalla desierta.

Jim, con sus jarros, giraba alrededor de la señora Blackburn sonriéndole como mejor podía. A ella no le gustaba Jim, pero le permitió que cortara la leña de la cesta. Jim metió los trozos en el hornillo y sopló con fuerza hasta que se encendieron. Abanicó el fuego y los ladrillos de carbón volvieron a llamear. Una media hora más tarde, con la aprobación del soldado japonés, Jim fue recompensado con una adecuada primera ración.

Basie estaba satisfecho pero no muy impresionado. Después de comer, se apoyó sobre los codos. Miró a los demás prisioneros, algunos demasiado agotados para comer, y arrancó la última venda de papel de las heridas que tenía sobre los ojos. Jim no sabía qué había pasado en la prisión central de Shanghai —y no se atrevió a preguntar por Frank—, pero Basie era de nuevo el camarero de la Cathay-America Line, listo para reorganizar a su alrededor el desorden de un mundo. Inspeccionó otra vez a Jim, mirándole las ropas harapientas, la figura de espantapájaros, los ojos amarillentos y hundidos. Sin comentarios, dio a Jim un trozo de piel de patata.

—Oh, gracias, Basie.

—Te cuido, Jim.

Librodot

Jim devoró la peladura de patata.

—Me estás cuidando, Basie.

—¿Has ayudado a la señora Blackburn?

—Le gusto ahora. He ayudado mucho a la señora Blackburn

—Muy bien. Si encuentras la forma de ayudar a la gente podrás vivir de los intereses.

—Como este pedazo de patata... Basie, cuando estabas en la central de Shanghai, ¿no oíste a nadie hablar de mi madre y mi padre?

—Creo que oí algo, Jim. —Basie se cubrió la boca con las manos, con aire de conspiración—. Buenas noticias; están en uno de los campos de prisioneros, y esperan verte. Yo averiguaré en cuál.

—Gracias, Basie.

Desde ese momento, Jim ayudó regularmente a la señora Blackburn. Todas las mañanas se levantaba al alba para limpiar las cenizas de la cocina, cortar leña y preparar los ladrillos de polvo de carbón. Mucho antes de que el agua de las ollas empezara a hervir, Jim ya tenía elegidas las patatas dulces para Basie y para él, separando las que estaban más sanas y con menos hongos. Se ocupaba de que la señora Blackburn les sirviera el arroz más espeso, en el que, por consejo de Basie, él trataba de poner la menor cantidad posible de agua. Después de la comida, mientras los demás prisioneros lavaban los jarros en el grifo de la letrina, Basie enviaba a Jim a que llenase los jarros con el agua tibia de la olla de las patatas. Basie insistía en que ambos no bebieran otra cosa que ese líquido gris y feculento.

Aunque, como todo el mundo, Basie prefería que no se le acercara demasiado, era evidente que aprobaba los esfuerzos de Jim. Al final de la segunda semana en el centro de detención, Basie permitió que Jim acercara su estera a la de él. Acostado a los pies de Basie, Jim podía interceptar a la señora Blackburn cuando se dirigía a las taquillas.

—Muéstrate siempre dispuesto, Jim. —Basie estaba tendido boca arriba mientras Jim lo abanicaba—. Pase lo que pase, tienes que estar constantemente en movimiento. Tu padre estaba de acuerdo conmigo.

—Seguramente lo estará. Después de la guerra, podrás jugar con él al tenis. Juega muy bien.

—Pues, lo que quería decir, Jim, es que estoy tratando de mantener tu educación al día. Tu padre lo apreciará.

—Creo que te dará una recompensa, Basie. —Jim suponía que la idea de una recompensa estimularía a Basie—. Una vez le dio cinco dólares a un conductor de taxi que me llevó a casa desde Hongkew.

—¿De veras, Jim? —En ocasiones, Basie no estaba seguro de que Jim no se burlara de él—. Dime, ¿has visto algún avión hoy?

—Una Nakajima Shoki y un Zero-Sen.

—¿Y aviones americanos?

—No he vuelto a verlos. No desde que llegaste, Basie. Los vi tres días seguidos y luego desaparecieron.

—Eso me parecía. Tenía que ser un vuelo de reconocimiento muy especial.

—¿Para ver cómo estamos todos nosotros? ¿Y de dónde venían, Basie? ¿De la isla de Wake?

—Un largo camino, Jim. No sé cómo pudieron volver. —Basie tomó el abanico de manos de Jim. Un viejo australiano había venido a hablar de la guerra con Basie—. Ve a ayudar a la señora Blackburn. Y no dejes de saludar con una inclinación al sargento Uchida.

—Siempre lo hago, Basie.

Jim no se alejó mucho, esperando sorprender las últimas noticias, pero los dos hombres le hicieron señas para que se marchara. Basie estaba sorprendentemente bien informado acerca del curso de la guerra, la caída de Hong Kong, Manila y las Indias Holandesas Orientales, la rendición de Singapur, el ininterrumpido avance japonés a través del Pacífico. La única buena noticia eran los vuelos de los aviones americanos que Jim había visto sobre Shanghai, pero por alguna razón Basie jamás los mencionaba. Torcía la boca y hablaba con los viejos ingleses de los detenidos en la prisión central de Shanghai y les decía quiénes habían muerto

Librodot

y quiénes habían sido entregados a la Cruz Roja suiza. Basie incluso vendía información por comida. El señor Partridge le dio una patata a cambio de noticias de su cuñado de Nankín. Inspirado por esto, Jim intentó hablarle a la señora Blackburn de la aviación americana, pero ella lo envió otra vez a que atendiese el fuego.

Ahora que se sentía más fuerte, Jim comprendía qué importante era estar obsesionado por la comida. Compartidas igualmente entre los prisioneros, las raciones diarias no eran suficientes para mantenerlos con vida. Muchos de los prisioneros habían muerto, y cualquiera que se sacrificaba por los demás moría pronto. La única forma de salir del centro de detención era mantenerse vivo. Mientras hiciera recados para Basie, trabajara duro para la señora Blackburn y saludara con una inclinación al sargento Uchida, todo marcharía bien.

Sin embargo, algunas astucias de Basie inquietaban a Jim. La mañana que murió la señora Partridge, Basie supo algunas noticias alentadoras acerca del cuñado de Nankín, y poco después vendió a la señora Blackburn los cepillos de la anciana inglesa. Cada vez que alguien moría, Basie se acercaba con noticias y consuelo, aunque la muerte era para el antiguo camarero un término elástico, abierto a toda clase de interpretaciones. Jim recibió las raciones del soldado Blake durante dos días cuando él ya estaba inmóvil en el suelo, la piel estirada sobre las costillas como el papel de arroz de un farolillo. Jim sabía que el soldado había muerto de la misma fiebre que él también había tenido junto con muchos otros prisioneros. Pero Jim empezaba ya a mirar con cierta expectativa a los misioneros ancianos, aguardando a que la fiebre los reclutara. Una vez que él y Basie aceptaron participar en este plan de raciones suplementarias, toda culpabilidad se disipó.

Jim observó cuan diferente era Basie de su padre en este sentido. Cuando Jim hacía algo malo en su casa, las consecuencias parecían impregnar todo durante días. Con Basie, se desvanecían instantáneamente. Por primera vez en su vida, Jim se sentía libre de hacer lo que deseaba. Toda clase de ideas erráticas le pasaban por la mente, alimentadas por el hambre y por la excitación de despojar a los viejos prisioneros. Mientras descansaba entre dos tareas ante la pantalla muda, pensaba en los aviones americanos que había visto entre las nubes, sobre Shanghai. Casi podía llamarlos y verlos, una flotilla plateada en el lugar más alejado del cielo. Jim los veía con mayor facilidad si tenía hambre y esperaba que el soldado Blake, quien seguramente siempre había tenido hambre, también los hubiera visto.

15

En camino hacia los campamentos

El día de la muerte de la inglesa llegó al centro de detención un nuevo contingente de prisioneros. Jim estaba cerca de la puerta del dormitorio de las mujeres, mientras la señora Blackburn y la hija del anciano holandés trataban de consolar a los dos hijos. La madre estaba sobre el piso de piedra con su vestido empapado, como el cadáver de una ahogada extraída del río. Los hermanos se volvían continuamente hacia ella, como si esperaran que les diera una última recomendación. Jim sintió tristeza por los chicos, Paul y David, aunque apenas los conocía. Parecían mucho menores que él, pero ambos eran mayores.

Jim tenía la vista clavada en el jarro y las zapatillas de tenis de la madre. Muchos prisioneros aliados estaban mucho mejor calzados que los soldados japoneses, y Jim había observado que los cadáveres que sacaban del centro de detención tenían los pies descalzos. Pero cuando se deslizó en el dormitorio, un silbato agudo sonó en el patio, y alguien ladró unas órdenes. El sargento Uchida estaba a punto de alcanzar el grado extremo de furia que necesitaba incluso para dar las más sencillas instrucciones. Con mascarillas en los rostros, los soldados japoneses sacaron de los dormitorios a todos los que aún podían caminar. Un camión se había detenido fuera del cine, y los prisioneros aguardaban, vacilantes, en la calle.

Todos los planes que había hecho acerca de las zapatillas de tenis de la mujer muerta se desvanecieron en la mente de Jim. Al fin partiría hacia los campos de prisioneros de las afueras de Shanghai. Empujando a los dos chicos, Jim se zambulló entre los guardias y corrió escaleras arriba. Se puso en fila con sus compañeros de prisión: el señor Partridge, con la maleta de su mujer, como si llevara a un largo viaje los recuerdos que conservaba de ella, Paul y David, la holandesa y su padre, y varios ancianos misioneros. Basie estaba detrás de ellos, con las mejillas pálidas escondidas en el cuello de la chaqueta de marino, tan disimulado que era casi invisible. Se había borrado del pequeño mundo del centro de detención, que había maculado durante unas pocas semanas, para emerger nuevamente del caparazón, como un parásito marino, cuando llegara al terreno más fértil de los campos de prisioneros.

Aparecieron los recién llegados, dos mujeres anamitas y un grupo de ingleses y belgas de mayor edad, los más viejos y enfermos traídos en camillas por los ordenanzas chinos. Jim contó los ojos amarillentos y supo que pronto habría jarros de más.

Con la mascarilla de algodón sobre la cara, el sargento Uchida empezó a elegir a los prisioneros que serían trasladados a los campos. Movió la cabeza ante el señor Partridge y pateó su maleta con exasperación. Aprobó a la holandesa y a su padre, a Paul y David, y a dos parejas misioneras ancianas.

Jim se lamió los dedos y se limpió el hollín de la cara. El sargento indicó a Basie que se dirigiera al camión. Sin mirar a Jim, el camarero pasó entre los guardias, rodeando con los brazos los hombros de los dos chicos.

El sargento Uchida apretó los dedos contra la sucia frente de Jim. Con sus permanentes sonrisas e inclinaciones y su disposición a aceptar encargos, Jim había sido un perpetuo fastidio para el sargento, quien evidentemente estaba encantado de librarse de él. Luego observó a los recién llegados, que miraban con indiferencia la cocina fría y la espuma del arroz cocido en el borde de la olla.

El sargento puso las dos manos alrededor del cuello de Jim. Con un grito sofocado por la mascarilla de algodón, lo empujó con violencia hacia la cocina. Cuando Jim, que había caído de rodillas, empezaba a incorporarse, el sargento le dio un puntapié a los sacos de carbón, desparramando ladrillos por el suelo de piedra.

Jim sacó la ceniza del hornillo. Los nuevos fueron de un lado a otro entre los bancos y se sentaron frente a la pantalla, como si esperaran a que comenzara la película. Basie y la pareja

Librodot

holandesa, Paul y David, y los viejos misioneros, estaban en la calle detrás del camión abierto del ejército, contemplados a distancia por una multitud de coolies y campesinas.

—¡Basie! —llamó Jim—. ¡Seguiré trabajando para ti! —Pero ya no le interesaba al camarero. Se había hecho amigo de Paul y David, incluyéndolos en su círculo. Ambos ayudaron a Basie mientras trepaba con las rodillas lastimadas a la parte trasera del camión.

—Basie... —Jim continuó limpiando enérgicamente. Miró la pantalla del cine, a la que llegaban las primeras sombras de los hoteles de Shanghai. Un soldado japonés con mascarilla contó y entregó los jarros. Mientras los prisioneros heridos eran transportados en camillas, Jim comprendió que la mayoría de los reclusos del centro de detención estaban allí por ser demasiado viejos o porque se esperaba que murieran de disentería, tifoidea o la fiebre que él y el soldado Blake habían padecido a causa del agua sucia. Jim estaba seguro de que muchos prisioneros morirían pronto, y de que si él se quedaba en el centro de detención moriría con ellos. Las anamitas ya habían recibido sus jarros. Señalaban la cocina y los sacos de carbón. Cuando se ocuparan de cocer el arroz y las patatas dulces, no darían a Jim su ración justa. Vería de nuevo la aviación americana, y luego moriría.

—¿Basie? —Jim arrojó al suelo la pequeña pala. Los últimos prisioneros que partían se habían instalado en el camión. Un soldado japonés ayudaba a la holandesa a bajar al suelo de madera. Basie estaba entre los dos chicos ingleses y hacía un juguete con un trozo de alambre que tenía entre las manos. El camión arrancó, avanzó unos metros y se detuvo. El conductor gritó desde la ventanilla. Agitaba un mapa de tela y golpeaba la portezuela metálica con el puño. Los soldados de la calle gritaron en respuesta; tenían prisa por cerrar las puertas del centro y poner los pies en alto en el despacho de guardia. Entonces se detuvo el motor y en seguida se alzó un clamor de voces iracundas: los soldados y el conductor discutían acerca del destino del camión.

—Woosung. —El sargento Uchida se bajó la mascarilla de algodón. Tenía la cara roja y unas gotitas de saliva le mojaron los labios, como pus extraído de una herida. Enfurecido con el conductor, salió del portal abierto. El conductor había descendido de la cabina, ajeno a la tempestad que amenazaba engullirlo. Sacudió el mapa y lo desplegó sobre el guardabarros del camión, encogiéndose de hombros mientras indicaba la maraña de las calles próximas.

Jim siguió al sargento Uchida al portal. Era evidente que ni el sargento ni el conductor japonés tenían la menor idea de la ubicación de Woosung, un distrito agrícola situado en la desembocadura del Yangtsé, más allá de los suburbios del norte de Shanghai. El conductor indicó el Bund y Nantao y trepó a la cabina. Se mantuvo impasible mientras el sargento Uchida pasaba entre los aburridos guardias y lo insultaba a gritos. De pie entre los guardias, Jim esperó a que el sargento Uchida llegara al climax de su discurso: en ese momento estaría obligado a tomar una decisión. El sargento escrutó el horizonte de edificios de alquiler y barrios pobres y luego señaló al azar una calle empedrada y con rieles de tranvía. No muy convencido, el conductor carraspeó. Puso el motor en marcha distraídamente y lanzó a la calle un escupitajo que cayó a los pies de Jim.

—¡Derecho! —gritó Jim—. Woosung... ¡Por allá! —Indicó la calle de los herrumbrados rieles.

El sargento Uchida golpeó a Jim en las orejas. Un nuevo bofetón le hizo sangrar los labios. En ese momento una nube de humo traspuso el portal. Las anamitas habían encendido la leña empapada por la lluvia, y el humo cubría el cine al aire libre, flotando sobre los bancos como si la pantalla estuviera en llamas.

Feliz de verse libre de Jim, el sargento Uchida lo alzó con sus fuertes manos. Lo pasó por encima de la puerta posterior del camión, gritando al guardia japonés que custodiaba a los prisioneros. El soldado empujó a Jim por encima de las rodillas de la holandesa y de su padre. Mientras el camión se alejaba del centro de detención, con las ruedas sobre los rieles, Jim se acercó torpemente a la cabina camuflada del conductor. Se apoyó contra el techo inclinado sin hacer caso del torrente de juramentos que le echó el conductor. Alzó la boca

ensangrentada al viento y dejó que los malos olores de Shanghai le llenaran los pulmones, feliz de estar otra vez en camino hacia sus padres.

Librodot

16

La ración de agua

¿Se habían perdido? Durante una hora, mientras rodaban a través de los suburbios industriales del norte de Shanghai, Jim estuvo aferrado a la barra de madera detrás de la cabina del conductor, con una docena de brújulas girando en su cabeza. Sonrió para sus adentros, olvidando su enfermedad y las desesperadas semanas del cine al aire libre. Le dolían las rodillas por el constante bamboleo, y por momentos tenía que sostenerse del cinturón de cuero del soldado japonés que estaba a su lado. Pero finalmente iba hacia el campo abierto, y el ansiado mundo de los campos de prisioneros.

Dejaban atrás las infinitas calles de Chapei, una zona de casas de vecindad e hilanderías abandonadas, barracones policiales y barrios pobres instalados en las costas de los canales negros. Pasaron por debajo de las cintas transportadoras de una acería, decoradas con dragones de festival, sueños de fuego invocados por los silenciosos hornillos. Había casas de empeño cerradas junto a las fábricas de radios y cigarrillos inactivas, y pelotones del ejército títere chino patrullaban la cervecería Del Monte y el depósito de camiones Dodge. Jim no había estado nunca en Chapei. Antes de la guerra, allí hubieran matado en cosa de minutos a un chico inglés por sus zapatos. Ahora, custodiado por los japoneses, era un sitio seguro: Jim rió tanto por esto que la holandesa extendió una mano para calmarlo.

Pero a Jim le encantaba el aire fétido, el olor del fertilizante humano en las cloacas abiertas que señalaba la cercanía del campo. Ni siquiera la hostilidad del conductor le preocupaba. Cada vez que se detenían en un puesto militar, el conductor sacaba la cabeza de la cabina y mostraba a Jim un dedo, como si ese chiquillo de once años fuera el responsable de la absurda expedición.

Mirando el ángulo del sol, como había hecho durante horas en el centro de detención, Jim se aseguró de que avanzaban hacia el norte. Pasaron ante las ruinas de la fábrica de cerámica de Chapei, con hornos parecidos a las fortalezas alemanas de Tsingtao. Junto al portal estaba la insignia, una tetera china de tres pisos de altura construida enteramente con ladrillos verdes. Durante la guerra chino-japonesa de 1937 había sido perforada por disparos de artillería, y parecía ahora un globo terráqueo pinchado. Miles de ladrillos verdes habían emigrado a través del campo circundante hasta los pueblos situados junto al canal, para incorporarse a casas y cabañas: una visión de una mágica China rural.

Esas extrañas dislocaciones atraían a Jim. Por primera vez era capaz de gozar de la guerra. Miró con alegría las casas de vecindad y los tranvías incendiados, los miles de puertas abiertas a las nubes, la ciudad desierta invadida por el cielo. Sólo le decepcionaba que los demás prisioneros no compartieran su excitación. Sombríamente sentados en los bancos, se miraban los pies. Una de las misioneras estaba tendida en el suelo, atendida por otro prisionero, un inglés de pelo rubio con una mejilla lastimada que le sostenía la muñeca con una mano mientras le apretaba la cintura con la otra. Los dos chicos ingleses, todavía apenas conscientes de la muerte de la madre, estaban entre Basie y la pareja de holandeses.

Jim esperaba que Basie alzara la vista, pero el camarero apenas si demostraba reconocer a Jim. Estaba pendiente de dos chicos; se había desplazado con habilidad al vacío que había en sus vidas. Con una página de un periódico chino hizo una serie de animales de papel, sonriendo cuando los chicos emitieron una risa débil. Como un prestidigitador depravado, les deslizó las manos en los bolsillos de los pantalones y cardigans escolares, buscando algo útil.

Jim lo miraba sin resentimiento. Basie y él habían colaborado en el centro de detención para mantenerse vivos; pero Basie, con todo derecho, había prescindido de Jim desde el instante mismo en que pudo partir al campo de prisioneros.

El camión abrió profundos surcos sobre los cantos rodados, frenó atravesándose en el camino y se detuvo junto al bordillo de hierba. Habían salido de los suburbios del norte de Shanghai y estaban entrando en una zona de campos y arrozales incultos. Detrás de una hilera de túmulos

Librodot

sepulcrales, a doscieentos metros, un canal corría hacia un pueblo desierto. El conductor japonés bajó de la cabina y se inclinó sobre las ruedas delanteras del vehículo. Empezó a hablar con el motor humeante, incluyendo de vez en cuando a Jim en sus murmullos. Sólo tenía veinte años, pero evidentemente había sufrido una vida entera de exasperación. Jim mantuvo la cabeza baja, pero el conductor trepó al estribo, señaló a Jim con el dedo y pronunció una larga tirada que sonó como una declaración de guerra.

El conductor volvió a la cabina, gruñendo sobre su mapa, y Basie comentó: —Sumemos esto como se quiera, todavía estamos perdidos. —Se apartaba ya de los chicos, atento a cualquier ventaja que pudiera sacar de la situación—. Jim, ¿sabes adónde nos están llevando?

—A Woosung. He estado allí, en el Country Club, Basie.

Basie jugó con sus animales de papel.

—Vamos al Country Club —dijo a los chicos—. Siempre que Jim consiga encontrarlo.

—Tenemos que llegar al rio, Basie. Después, es al este o al oeste.

—Una gran ayuda, Jim. Al este o al oeste...

El inglés de pelo rubio que estaba junto a la misionera se puso de pie. Un poco dolorido, se acomodó en el banco. Las largas piernas pecosas le emergían de los pantalones cortos caqui y terminaban en un par de sandalias atadas con cintas. De casi treinta años, no tenía equipaje ni posesiones, pero sí las maneras seguras de los oficiales de la Royal Navy, que eran la sensación de las fiestas de Shanghai y encantaban a las madres de los amigos de Jim. Ignoraba al guardia japonés y hablaba a través de él como si se tratara de un criado del comedor a quien pronto se enviaría a la cocina. Jim suponía que era uno de esos aburridos ingleses que se negaban a comprender que habían sido derrotados.

El hombre de pelo rubio se tocó la lastimadura de la mejilla y se volvió a Jim, cuya deplorable figura evaluó sin comentarios.

—Los japoneses han capturado tanto territorio que se han quedado sin mapas —dijo amablemente—. Jim, ¿significa esto que están perdidos?

Jim reflexionó.

—En realidad, no. Simplemente no han capturado ningún mapa.

—Muy bien, no hay que confundir el mapa con el territorio. Nos llevarás a Woosung.

—¿No podemos volver al centro de detención, doctor Ransome? —preguntó uno de los misioneros—. Estamos muy fatigados.

El médico miró los arrozales abandonados y luego a la anciana postrada a sus pies.

—Quizá fuera lo mejor. Esta pobre alma no podrá soportar mucho más.

El camión volvió a avanzar, a paso no muy animoso, por el camino desierto. Jim retornó a su puesto junto a la cabina del conductor y buscó a lo lejos cualquier cosa que pudiera parecerse remotamente a Woosung. Las palabras del doctor lo angustiaban. Incluso si se habían perdido, ¿cómo podía querer que todos regresaran al centro de detención?

Jim sabía que la furia del sargento Uchida hacía poco probable que el conductor se atreviera a regresar. Pero vigilaba de cerca al doctor Ransome, tratanto de adivinar si sabría bastante japonés como para poder desmoralizar al conductor. Había una gran magulladura en la frente y la mejilla izquierda del doctor Ransome, como si hubiera sido golpeado recientemente con la culata de un rifle. Parecía ver con dificultad, en especial cuando miraba a Jim de reojo, de un modo extraño. Jim decidió que el médico había entrado en la guerra después que él y Basie. Probablemente procedía de alguna de las misiones del interior del país y no tenía idea de lo que ocurría en el centro de detención.

¿Pero estaban perdidos, o en buen camino? La dirección de las sombras de los postes de telégrafo apenas había cambiado. A Jim siempre le habían interesado las sombras, desde que su padre le enseñara a calcular la altura del mayor de los edificios midiendo con pasos la sombra en el suelo. Aún iban hacia el noroeste, y pronto encontrarían la línea férrea Shanghai-Woosung. Del radiador del camión surgió un chorro sibilante de vapor. Las gotitas de agua refrescaron la cara de Jim, pero el puño del conductor golpeó la puerta como una

Librodot

advertencia, y Jim comprendió que intentaba decidir cuándo se detendría y regresaría a Shanghai.

Resignado al viaje perdido y al retorno al centro de detención, Jim estudió el rifle de cerrojo del guardia y la marca del crisantemo imperial. La holandesa le tironeó la chaqueta manchada de hollín.

—Allí, James. ¿No es...?

En la costa de un canal en desuso había un avión incendiado. Hierbas y ortigas crecían a través de las alas, casi invadiendo la cabina; pero las insignias eran todavía legibles.

—Es un Nakajima —dijo a la señora Hug, complacido por aquel reconocimiento de aviones—. Sólo tiene dos ametralladoras.

—¿Sólo dos? Pero eso es demasiado...

La holandesa parecía impresionada; pero Jim no miraba ahora el aparato. En el lado opuesto del arrozal, oculto por las ortigas, asomaba el terraplén de una línea férrea. En un apeadero de cemento había un grupo de soldados japoneses cocinando su comida en un fuego de leña. Del otro lado de las vías había un coche camuflado. Estaba cargado de rollos de cable que ese escuadrón de comunicaciones tendía nuevamente entre los postes telegráficos.

—Señora Hug... ¡El ferrocarril a Woosung!

Mientras el vapor bañaba la cabina del conductor, el camión se había detenido. Empezaba ya a retroceder; el conductor se resignaba finalmente al sargento Uchida. El guardia japonés, al lado de Jim, encendía un cigarrillo para el regreso. Jim tironeó del cinturón del soldado y señaló el otro extremo del arrozal. El soldado miró el brazo extendido y luego arrojó a Jim al suelo. Gritó al conductor, que abrió el mapa sobre el asiento, junto a él. Con el motor humeando, el camión giró con esfuerzo y tomó el camino de tierra hacia la pequeña estación.

El doctor Ransome sostuvo a los chicos ingleses, que se habían desprendido de Basie, cayendo sobre la misionera, y ayudó a Jim a levantarse del suelo.

—Buen trabajo, Jim. Nos darán agua. Tendrás sed.

—Algo. Bebí un poco en el centro de detención.

—No fue mala idea. ¿Cuánto tiempo has estado allí?

Jim lo había olvidado.

—Mucho tiempo.

—Ya veo. —El doctor Ransome limpió el polvo de la chaqueta de Jim—. Eso era un cine, ¿verdad?

—Pero no dan películas.

—Comprendo.

Jim se sentó, frotándose las rodillas y sonriéndole a la señora Hug. Los prisioneros se bamboleaban sobre los bancos enfrentados como títeres de tamaño natural que hubiesen perdido el relleno. Lejos de reanimarlos, el viaje desde Shanghai los había agotado y enervado. Pero Jim sonreía al avión herrumbrado a orillas del canal. Ahora no había peligro de que regresaran al centro de detención. El soldado japonés había arrojado su cigarrillo y sostenía militarmente el rifle. Un cabo de comunicaciones se puso de pie de un salto en el apeadero y atravesó las vías.

—No creo que volvamos a Shanghai, señora Hug.

—No, James... Parece que tienes muy buena vista. Cuando crezcas serás piloto.

—Probablemente. Ya he estado en un avión, señora Hug. En el aeródromo de Hungjao.

—¿Y volaba?

—Bueno, un poco. —Muchas veces, las confidencias que hacía a los adultos iban más lejos de lo que Jim deseaba. Sabía que el doctor Ransome estaba mirándolo. El médico se había sentado al lado del padre de la señora Hug, tratando de aliviar la penosa respiración del anciano. Pero tenía la mirada clavada en Jim, le examinaba las piernas como palillos, las ropas andrajosas, la cara pequeña y excitada. Cuando llegaron a la línea férrea dedicó a Jim una sonrisa de aliento, que Jim decidió no devolver. Sabía que, por alguna razón, el doctor Ransome no lo aprobaba. Pero el doctor Ransome no había estado en el centro de detención.

Librodot

Se detuvieron junto a las vías. El conductor saludó al cabo y lo siguió al apeadero. Allí desplegó el mapa, sobre la caja del teléfono de campaña. Los prisioneros estaban sentados a la cálida luz del sol, mientras el cabo señalaba los inundados arrozales. Un resplandor polvoriento se alzaba sobre la tierra sin labrar, un velo blanco que ocultaba los distantes rascacielos de Shanghai. Un convoy de camiones japoneses se movía por el camino; el breve estallido de ruido se fundió con el zumbido distante de un avión de carga.

Jim cambió de sitio y se sentó junto a la señora Hug, que sostenía contra su pecho a su anciano padre. Dos de las misioneras estaban echadas en el suelo, mientras los demás prisioneros dormitaban y padecían. Basie había perdido interés en los chicos ingleses y miraba a Jim por encima del cuello de la chaqueta manchada de sangre.

Millares de moscas se amontonaban alrededor del camión, atraídas por la transpiración y por la orina que corría sobre las tablas de madera. Jim esperaba que el conductor regresara con el mapa; pero se había sentado sobre un rollo de cable, a charlar con los soldados que preparaban la comida del mediodía. Las voces y el chisporroteo del fuego se oían del otro lado de las vías, magnificados por el domo de luz que los envolvía.

Jim se movió inquieto mientras el sol le escocía la piel. Podía ver los menores detalles de todo lo que le rodeaba, las escamas de herrumbre de los rieles, los dientes aserrados de las ortigas junto al camión, el suelo blanco con los surcos de los neumáticos gastados. Jim contó las cerdas azules que bordeaban los labios del soldado japonés, y las mucosidades de la nariz, que el aburrido centinela aspiraba y resoplaba alternativamente. Jim vio la mancha húmeda que se extendía por el suelo desde las nalgas de una de las misioneras y las llamas que palpaban la olla en el andén del apeadero, reflejadas en los cañones pulidos de los rifles apilados.

Sólo una vez, anteriormente, había visto Jim el mundo tan vívidamente. ¿Volverían los aviones americanos? Con una exagerada mirada de reojo, destinada a fastidiar al doctor Ransome, examinó el cielo. Quería verlo todo, cada canto rodado de las calles de Chapei, los jardines descuidados de la Avenida Amherst, a su madre y a su padre, la luz plateada de los aviones americanos.

Sin pensarlo, Jim se puso de pie y lanzó un grito. El soldado japonés lo empujó contra el banco. Los soldados del andén se llenaban la boca de arroz y pescado entre el desorden del equipo de comunicaciones. El cabo gritó hacia el camión, y el guardia pisó a las misioneras echadas y saltó fuera. Apoyó el rifle en la vía y luego avanzó moviendo la bayoneta entre los rastrojos secos de la caña de azúcar silvestre. Apenas juntó bastante broza como para avivar el fuego, se reunió con los demás.

Durante una hora el humo se elevó al sol. Jim se apartaba las moscas de la cara, deseando explorar el apeadero y el avión caído junto al canal. Cada vez que alguien se movía, los japoneses gritaban y señalaban amenazantes con los cigarrillos. Los prisioneros no habían traído raciones de agua, pero en el coche había dos bidones con que los soldados llenaron las cantimploras.

El padre de la señora Hug tuvo que echarse en el suelo y el doctor Ransome protestó a los japoneses. Se irguió vacilante junto a la puerta trasera, sin hacer caso de los insultos y señalando a los pasajeros exhaustos a sus pies. La herida de la mejilla se le había inflamado por el sol y las moscas, y casi tenía el ojo cerrado. De pie, estoico, recordó a Jim los mendigos que exhibían sus heridas en las calles de Shanghai. El cabo japonés no se inmutó, pero después de girar lentamente alrededor del camión permitió que los prisioneros descendieran. Con la ayuda de sus maridos, Basie y el doctor Ransome, las ancianas bajaron y se echaron a la sombra entre las ruedas traseras.

Jim, en cuclillas sobre la tierra blanca, seguía el diseño de los neumáticos con una ramita. ¿Cuántas veces tenía que girar un neumático para gastarse hasta la tela? El problema, uno de los miles que preocupaban perpetuamente a Jim, era en realidad bastante fácil. Jim alisó el polvo blanco y puso a prueba su aritmética. Aplaudió cuando vio que el primer decimal era un cero, y observó que estaba solo al sol entre el camión y el terraplén.

Atendidos por el fatigado doctor Ransome, los prisioneros se apretujaban a la escasa sombra del camión. Basie estaba hundido en su abrigo de marino; él y los ancianos parecían tan muertos como los maniquíes desechados que Jim había visto muchas veces en la callejuela detrás de la tienda de la Sincere Company.

Necesitaban agua, o uno de ellos moriría y todos tendrían que regresar a Shanghai. Jim miró a los japoneses en el andén. La comida había terminado, y dos soldados desenrollaban un carrete de cable telefónico. Jim pateó una piedra que tenía en frente y se encaminó a las vías. Pasó por encima de ellas y sin detenerse trepó al andén de cemento.

Los japoneses, saboreando todavía su comida, estaban reunidos alrededor de las brasas. Miraron a Jim que se inclinaba y se cuadraba en sus ropas harapientas. Ninguno de ellos Ie ordenó que se marchara, pero Jim sabía que no era ésa la ocasión de mostrar su alegre sonrisa. Comprendía además que el doctor Ransome no podía acercarse a los japoneses a la hora de la comida sin que lo derribaran o aun lo mataran.

Jim aguardó mientras el conductor hablaba con el cabo de comunicaciones. Señalando repetidas veces a Jim, pronunció lo que parecía una larga conferencia acerca de las enormes molestias que ese chico había causado al ejército japonés. El cabo se echó a reír, de excelente humor después del pescado. Sacó de la mochila una botella de Coca-Cola y la llenó a medias con agua de la cantimplora. La sostuvo en alto e indicó a Jim que se acercara.

Jim tomó la botella, se inclinó profundamente y retrocedió tres pasos. Disimulando sus sonrisas, los japoneses lo miraron en silencio. Basie y el doctor Ransome se asomaron desde la sombra del camión, con los ojos fijos en el líquido de la botella, que brillaba al sol. Evidentemente, esperaban que Jim les llevara el agua y compartiera esa ración inesperada.

Con gran cuidado, Jim limpió la botella en la manga de la chaqueta. La alzó hasta los labios, bebió lentamente, tratando de no ahogarse, se interrumpió, y apuró las últimas gotas.

Los japoneses estallaron en risas, bromeando entre ellos con gran diversión. Jim rió con ellos, sabiendo perfectamente que sólo él, entre los prisioneros británicos, apreciaba la broma. Basie intentó una sonrisa fatigada, pero el doctor Ransome parecía sorprendido. El cabo tomó la botella de Coca-Cola de manos de Jim y la llenó hasta el cuello. Riendo todavía entr dientes, los soldados se pusieron de pie y volvieron a su tarea con los cables telefónicos.

Seguido por el conductor y por los guardias armados, Jim llevó la botella a través de las vías. Se la entregó al doctor Ransome, que lo miró sin decir una palabra. Bebió un sorbo y pasó a los demás el líquido tibio. El conductor llenó nuevamente la botella con el agua de la cantimplora. Una de las misioneras, mareada, vomitó el agua en el suelo, a los pies de Jim.

Jim ocupó su sitio detrás de la cabina del conductor. Sabía que había hecho bien bebiendo en primer lugar. Los demás, incluyendo a Basie y al doctor Ransome, también tenían sed, pero sólo él había estado dispuesto a arriesgarlo todo por unas pocas gotas de agua. Los japoneses podían haberlo derribado o romperle las piernas contra las vías, como habían hecho con los soldados chinos en la estación de Siccawei. Jim se sentía ya aparte de los otros, que se habían conducido tan pasivamente como los campesinos chinos. Jim se sentía más próximo a los japoneses, que se habían apoderado de Shanghai y que habían hundido la flota americana en Pearl Harbor. Oyó el ruido de un avión de transporte, escondido en la bruma blanca y polvorienta, y volvió a pensar en la cubierta de los portaaviones del Pacífico, en esos hombres pequeños con abombados trajes de aviador, de pie junto a sus aviones sin protección, listos para apostar todo a muy poco más que a su propia voluntad.

17

Un paisaje de aeródromos

Mientras el conductor llenaba de agua el radiador del camión, el doctor Ransome instaló a la señora Hug en el banco, junto a los chicos ingleses. A Jim le parecía que las dos misioneras del suelo apenas estaban vivas, con los labios blancos y ojos de ratones envenenados. Una nube de moscas revoloteaba sobre sus caras, entrando y saliendo de sus narices. Después de izar las mujeres al camión, el doctor Ransome, demasiado fatigado para atenderlas, apoyó los brazos sobre las macizas rodillas. Los maridos de las misioneras, juntos, las miraban con resignación, como si echarse en el suelo fuera una pequeña excentricidad que sus esposas compartían.

Jim estaba apoyado en el techo de la cabina. Consciente del espacio que separaba a Jim de los demás prisioneros, el doctor Ransome se adelantó y se sentó en el banco a su lado. La polvorienta luz solar y el largo viaje desde Shanghai le habían desteñido el pigmento de las pecas. A pesar de sus fuertes piernas y tronco, estaba mucho más consumido de lo que Jim había pensado. La sangre le brotaba de la magulladura inflamada en la cara, y el primer pus se le formaba alrededor del ojo.

Se inclinó y cedió el paso al soldado japonés que se situó junto a Jim.

—Bueno, todos nos sentimos mejor gracias al agua. Has sido muy valiente, Jim. ¿De dónde vienes?

—¡De Shanghai!

—¿Estás orgulloso de eso?

—Por supuesto... —Jim se burló de la pregunta, moviendo la cabeza como si el doctor Ransome fuera un curandero provinciano—. Shanghai es la ciudad más grande del mundo. Mi padre dice que es aún más grande que Londres.

—Esperemos que pueda seguir siendo grande... Puede haber uno o dos inviernos de hambruna ¿Dónde están tus padres, Jim?

—Se marcharon. —Jim reflexionó sobre su respuesta, pensando que tal vez convendría inventar alguna mentira para el doctor Ransome. El joven médico tenía un aire de seguridad del que Jim desconfiaba, la misma actitud de la gente recién llegada de Inglaterra... Jim se preguntaba cómo explicarían los noticiarios británicos la rendición de Singapur. No le costaba imaginar al doctor Ransome disputando con los guardias japoneses, creando problemas a todos. Sin embargo, a pesar de su exhibición de espíritu público, el doctor Ransome había bebido más agua de la que le correspondía. Jim había advertido también que los viejos agonizantes no le interesaban tanto al doctor Ransome como él pretendía—. Están en el campo de Woosung —dijo—. Están vivos, ¿sabe?

—Me alegro mucho. ¿En Woosung? Entonces los verás muy pronto.

—Muy pronto... —Jim miró los silenciosos arrozales. La idea de ver a su madre le hizo sonreír, algo que no había hecho durante largo tiempo y que le tironeaba de los músculos de la cara. Su madre no tendría idea de todas las aventuras que había tenido durante los cuatro últimos meses. Incluso si le contaba todo, sería como una de esas tardes secretas de antes de la guerra, cuando él vagaba por toda Shanghai en bicicleta y volvía con historias espeluznantes que jamás podía contar—. Sí, los veré pronto. Quiero que conozcan a Basie.

El rostro demacrado de Basie emergía del cuello de su gabán. Miraba con inquietud a los japoneses, del otro lado de las vías, como si desconfiara de lo que podían deparar a los prisioneros esos campos desnudos.

—Ya conoceré a tu familia, Jim. —Y dijo al doctor Ransome, sin el menor entusiasmo—: He vigilado un poco al chico.

—Sí, me has vigilado. Basie trató de venderme en Shanghai.

—¿De veras? No parece tan mala idea.

—A los mercaderes de Hongkew. Pero yo no valía nada. Y también me ha cuidado.

Librodot

—Ha hecho un buen trabajo. —El doctor Ransome dio unas palmadas en el hombro de Jim. Pasó una mano por la cintura de Jim y le palpó el hígado dilatado; luego le alzó el labio superior y le miró los dientes.

—Está bien, Jim. Sólo quería ver qué has estado comiendo Todos tendremos que dedicarnos a criar hortalizas cuando estemos en Woosung. Quizá los japoneses nos vendan una cabra.

—¿Una cabra? —Jim nunca había visto una cabra, bestia exótica de gran independencia y voluntad, dotes que él admiraba.

—¿Te interesan los animales, Jim?

—Sí... No mucho. Lo que verdaderamente me interesa es la aviación.

—¿La aviación? ¿Los aviones, quieres decir?

—No exactamente. —De modo casual, Jim agregó—: He estado en la cabina de un caza japonés.

—¿Admiras a los pilotos japoneses?

—Son muy valientes...

—¿Y eso es importante?

—No viene mal cuando se quiere ganar una guerra. —Jim escuchó el zumbido de un avión lejano. Sospechaba de Ransome, de sus largas piernas y de sus maneras británicas y de su interés por los dientes. ¿Quizá él y Basie eran miembros de un mismo equipo de ladrones de cadáveres? Jim pensó en la cabra que el doctor Ransome deseaba comprar a los japoneses. Todo lo que Jim había leído sobre las cabras confirmaba que eran criaturas esquivas y difíciles, y eso sugería que en el doctor Ransome había cierto carácter poco práctico. Pocos europeos tenían dientes de oro; y durante largo tiempo los únicos muertos que vería probablemente el doctor Ransome serían europeos.

* * *

Jim decidió no prestar atención al doctor Ransome. Se mantuvo junto al guardia japonés, calentándose las manos en el techo camuflado de la cabina del conductor. Mientras avanzaban hacia el camino, los soldados se movían a lo largo de la vía férrea, desenrollando el cable telefónico. ¿Se disponían a remontar una cometa con un hombre? El soldado más lejano desaparecía en una bruma de polvo blanco, y la figura borrosa parecía elevarse del suelo. Jim sonrió imaginando que el soldado subía de pronto al cielo por encima de las cabezas de la gente. Con la ayuda de su padre, Jim había remontado docenas de cometas en el jardín de la Avenida Amherst. A Jim le fascinaban los dragones que flotaban en el aire durante las bodas y funerales chinos, y las cometas de combate que subían desde los muelles de Pootung, lanzadas unas contra otras con cuerdas filosas como navajas, cubiertas de cristal pulverizado. Pero lo mejor de todo eran las cometas con un hombre a bordo que su padre había visto en el norte de China, con una docena de cuerdas sostenidas por centenares de personas. Un día Jim volaría en una cometa, apoyado en el hombro del viento...

El aire se precipitó en los ojos acuosos de Jim cuando el camión aceleró por el camino despejado. Más confiado ahora, el conductor estaba ansioso por entregar a sus prisioneros en Woosung y volver a Shanghai antes del anochecer. Jim se aferraba al techo de la cabina, mientras los prisioneros se acurrucaban en los bancos. Los dos misioneros estaban sentados en el suelo, y el doctor Ransome ayudaba a la señora Hug a tenderse debajo del banco.

Pero a Jim ya no le interesaban. Entraban en ese momento en una zona de campos de aterrizaje militares. Esas antiguas bases chinas que custodiaban el estuario del Yangtsé habían sido ocupadas por el ejército japonés y por las fuerzas aéreas de la marina. Pasaron junto a una base de cazas, dañada por los bombardeos, donde los soldados japoneses soldaban un techo nuevo sobre la estructura de acero de un hangar. Había sobre la hierba una hilera de cazas Zero, y un piloto con traje de vuelo completo caminaba entre las alas. Sin pensarlo, Jim agitó su mano, pero el piloto desapareció en medio de las hélices.

Librodot

Tres kilómetros más allá, después de pasar por un pueblo abandonado con su pagoda incendiada, tuvieron que dar paso a un convoy de camiones que llevaban alas y fuselajes de bombarderos bimotores. Un escuadrón de esas máquinas enfrentaba al sol de la tarde, mientras se alistaba para atacar los ejércitos chinos en el oeste. Toda esa actividad excitaba a Jim. Cuando se detuvieron en el puesto militar de la carretera de Soochow estaba impaciente por continuar. Se encontraba al lado de Basie; hizo sonar los talones cuando el sargento del kempetai examinó la lista de prisioneros, y el doctor Ransome protestó por el estado de las mujeres.

Poco después, salieron de la carretera y tomaron por un camino secundario que corría junto a un canal industrial. En la cubierta de una barcaza había unos tanques sujetos con cuerdas, y las dotaciones dormían sobre las cubiertas de lona. Normalmente, la imaginación de Jim se hubiera engolosinado con esos vehículos de guerra, pero en ese momento sólo le interesaban los aviones. Hubiese querido volar con los pilotos japoneses mientras atacaban Pearl Harbor y destruían la flota del Pacífico de los Estados Unidos, o en los aviones torpederos que habían hundido el Repulse y el Prince of Wales. Quizá, cuando la guerra terminara, se uniría a la fuerza aérea japonesa y llevaría el Sol Naciente bordado en los hombros, como los pilotos americanos que combatían con los Flying Tigers, con la enseña de la China nacionalista en las chaquetas de cuero.

Aunque se le doblaban las piernas, Jim seguía de pie detrás de la cabina del conductor mientras se dirigían velozmente hacia las puertas del campo de internación de Woosung. En la mente de Jim los aviones japoneses de la llanura del Yangtsé eran una señal de que pronto volvería a ver a sus padres. Un caza monomotor pasó por encima de ellos, trepando al cielo del final de la tarde, elevado por la luz dorada que brillaba bajo las alas. Jim alzó los brazos y dejó que el sol iluminara la pintura del camuflaje que había teñido sus manos y sus muñecas, imaginando que también él era un avión. Detrás de él, la holandesa había caído al suelo del camión. Estaba a los pies de su padre anciano; el doctor Ransome y el soldado japonés intentaban ponerla de nuevo en el asiento.

Atravesaron un puente de madera sobre un brazo de un lago artificial, y pasaron junto a la cáscara quemada del Country Club: lo único que no se había quemado eran los falsos maderos Tudor de cemento pintado. En las aguas bajas yacía el casco de un yate de paseo, la cubierta invadida por las cañas que avanzaban a lo largo de la playa hasta los restos del hotel. Al frente, un camión militar entraba por las puertas de un establo abandonado, donde había ardido hacía poco un fuego más violento. Aburridos soldados japoneses haraganeaban fuera del despacho de guardia, mirando a una cuadrilla de trabajadores chinos que tendían alambres sobre una hilera de postes de pino. Detrás de la guardia asomaban el almacén del contratista de la construcción, rodeado de pilas de tablas y maderos, y un tinglado de bambú donde una segunda cuadrilla de coolies dormitaba en hamacas junto a un brasero de carbón.

El camión se detuvo; el conductor y los prisioneros miraron juntos ese sitio desolado. Estaban arreglando el viejo establo, pero pasarían meses antes de que pudiese albergar algún prisionero. Jim, entre Basie y el doctor Ransome, estaba furioso consigo mismo por haber pensado que encontraría a sus padres en el primer campo que visitaran.

El conductor japonés y el sargento a cargo de la construcción se pusieron a discutir. Era evidente que el sargento había decidido ya que ese camión y ese contingente de prisioneros aliados no existía. Ignoraba las protestas del conductor y sacudía el cigarrillo mientras caminaba de un lado a otro por la galería de madera. Por último señaló un terreno cubierto de ortigas, que aparentemente consideraba una tierra de nadie entre el campo y el mundo exterior.

El doctor Ransome contemplaba las hectáreas carcomidas por el fuego, un laberinto por donde alguna vez habían arreado ganado.

—Esto no puede ser el campo. Excepto si quieren que lo construyamos nosotros.

Las orejas pálidas de Basie emergieron del cuello del gabán. Apenas tenía fuerzas para sentarse, pero aun así no dejaba escapar ninguna oportunidad.

Librodot

—¿Woosung? Tal vez sea bueno, doctor..., que seamos los primeros aquí...

El doctor Ransome empezó a levantar a la señora Hug, pero el soldado japonés alzó la culata del rifle y le indicó que volviera al asiento. El sargento estaba entre las ortigas, mirando a los prisioneros agotados. Las dos ancianas yacían en charcos de orina a los pies de sus maridos. Los hermanos ingleses se apretaban contra Basie y la señora Hug se apoyaba en las rodillas de su padre.

Deliberadamente, Jim pensó en su madre y en las horas felices que había pasado practicando el bridge en el dormitorio de ella. Cuando las lágrimas le entraron en la nariz, las aspiró hasta sentirlas en la garganta reseca. ¿Acaso podía aprender a llorar el doctor Ransome? Miró el extremo ardiente del cigarrillo del sargento, y el reconfortante fulgor del brasero en el ocaso. La cuadrilla que trabajaba en la alambrada regresaba al tinglado de bambú.

—Estás hartando a todo el mundo, Jim —le advirtió el doctor Ransome—. Quédate quieto o le pediré a Basie que te venda a los japoneses.

—No me querrían. —Jim se apartó del doctor Ransome. Se arrodilló en el banco junto a la cabina del conductor. Meciéndose de atrás hacia adelante miró cómo el sargento conducía a los dos japoneses a la guardia, donde cenaban los soldados. Había botellas de cerveza y de vino de arroz en la mesa de madera iluminada por una lámpara de petróleo. Un coolie chino, en cuclillas junto al brasero, abanicó las brasas hasta que aparecieron unas llamas blancas y el olor de la grasa ardiente flotó en el aire.

De alguna manera Jim tenía que atraer la mirada de los soldados de la guardia. Sabía que en vez de preocuparse por estos prisioneros inesperados, los japoneses los dejarían allí la noche entera. Por la mañana estarían todos demasiado enfermos para continuar hasta el próximo campo y tendrían que regresar al centro de detención de Shanghai.

El aire de la noche se aquietaba sobre los establos incendiados. Los coolies chinos terminaron de comer: bebían vino de arroz y jugaban a los naipes en el tinglado. Los japoneses bebían cerveza en el despacho de guardia. Cientos de estrellas asomaron sobre el Yangtsé, y junto con ellas las luces de navegación de los aviones militares. A tres kilómetros al norte, más allá de la hilera de túmulos sepulcrales, Jim vio las luces de un carguero japonés que se dirigía a alta mar; la blanca obra muerta bogaba como un castillo a través de los campos fantasmales.

Un mal olor surgió de una de las misioneras. El marido estaba al lado, sentado en el suelo, apoyado contra las piernas del doctor Ransome. Jim trepó al techo de la cabina. Desde allí vio el buque en la noche y las estrellas que giraban allá arriba. Desde el verano anterior, Jim conocía las principales constelaciones.

—Basie... —Jim se sintió mareado; el cielo de la noche caía sobre él. Perdió el equilibrio y rodó sobre el techo de la cabina; logró sostenerse y vio que el conductor y el soldado japonés se acercaban desde la guardia. Traían en las manos estacas de madera, y Jim supuso que lo castigarían por haber subido al techo de la cabina. Rápidamente se deslizó al suelo y se echó junto a la holandesa.

El conductor abrió la puerta trasera, que cayó ruidosamente. Luego el hombre golpeó con la estaca las cadenas, gritó a los prisioneros, y les indicó que bajaran. Ayudados por el doctor Ransome, la señora Hug y los ancianos descendieron entre las ortigas. Acompañados por Basie y por los chicos ingleses, siguieron al soldado hacia el depósito de maderas. Las dos misioneras estaban en el sucio suelo del camión. Aún vivían, pero el conductor, blandiendo la estaca, ordenó al doctor Ransome que se alejara de ellas.

Jim se puso de pie y saltó a tierra. Estaba a punto de correr tras el doctor Ransome cuando el conductor lo aferró por el hombro y señaló al sargento, en la galería de la guardia.

Cautelosamente, Jim se acercó al sargento, que arrojó un saco al suelo, a los pies de Jim. Jim se arrodilló en los profundos surcos abiertos por los neumáticos del camión y dedicó al sargento su sonrisa más sincera. Dentro del saco había nueve patatas dulces.

Durante la hora siguiente Jim se movió afanosamente por el campo. Mientras los prisioneros descansaban en el depósito de maderas, volvió a encender el brasero de carbón. Bajo los ojos

Librodot

aburridos de los coolies chinos avivó las brasas, que luego alimentó con virutas de madera. El doctor Ransome y los chicos ingleses le llevaron un cubo de agua del tonel que había detrás de la guardia. Aunque la señora Hug bebió del cubo, Jim decidió esperar a que se enfriara el agua de las patatas, El doctor Ransome intentó ayudarlo con la gran olla de hierro, pero Jim lo hizo a un lado. Las eurasiáticas del centro de detención le habían enseñado que las patatas se cocían más rápidamente con poca agua y la tapa bien ajustada.

Más tarde, antes de llevar las patatas cocidas al depósito, Jim apartó la más grande. Se sentó junto al doctor Ransome sobre los tablones de pino, mientras los dos misioneros descansaban echados sobre el serrín, incapaces de comer. Jim lamentó que les hubiera dado algo, aun las patatas más pequeñas. Al mismo tiempo, era necesario que los ancianos sobrevivieran, si iban a continuar hasta el próximo campo. La holandesa parecía encontrarse bien, aunque le había dado su patata dulce a los chicos ingleses. Pero Basie examinaba el depósito de maderas, haciendo ya mentalmente un inventario de negocios posibles; y si se quedaban en Woosung, Jim nunca encontraría a sus padres.

—Toma, Jim. —El doctor Ransome ofreció su patata a Jim. Había mordido un bocado, pero la mayor parte de la dulce pulpa estaba intacta—. Está buena, te gustará.

—Oh, gracias. —Jim devoró rápidamente la segunda patata. El gesto del doctor Ransome le sorprendía. Los japoneses eran amables con los niños, y los dos marinos americanos lo habían tratado amistosamente, a su modo; pero Jim sabía que los ingleses no se interesaban de veras por los niños.

Llevó la olla de agua caliente al depósito, para él y para Basie, y ofreció el líquido a los demás. Se arrodilló junto a los viejos misioneros. Esperaba que la insignia de la Cathedral School despertara en ellos una chispa religiosa y los reviviera.

—No tienen muy buen aspecto —confió al doctor Ransome—. Pero probablemente comerán sus patatas por la mañana.

—Así es. Descansa, Jim, te agotarás si te preocupas por todos. Mañana continuaremos el viaje.

—Sí... Quizá sea muy largo. —La segunda patata había reconfortado a Jim; por primera vez lamentó la herida infectada de la cara del doctor Ransome. Para devolver el favor, dijo—: Si alguna vez va a los muelles funerarios de Nantao, no beba el agua del río.

Jim se echó sobre el suave serrín con su tranquilizadora fragancia de pino. Por las puertas abiertas del depósito de madera miró las luces de navegación de los aviones japoneses que atravesaban la noche. Después de unos minutos, Jim se vio obligado a admitir que no podía reconocer ninguna constelación. Como todo lo demás desde la guerra, también el cielo estaba cambiando. A pesar del movimiento, los aviones japones eran los únicos puntos fijos, un segundo zodíaco sobre la tierra quebrantada.

Librodot

18

Vagabundos

—Derecha..., derecha..., no..., ¡quiero decir izquierda!

Jim, asomado a la ventanilla del pasajero de la cabina, gritaba al conductor mientras el camión se esforzaba en la calzada de madera del puente de pontones. Los pontoneros japoneses habían construido esa obra temporal sobre el Soochow durante las semanas siguientes al ataque de Pearl Harbor, pero el puente ya se estaba partiendo bajo el tránsito pesado. Cuando el camión avanzaba hacia el primer pontón, los maderos mojados empezaron a separarse sobre las cuerdas gastadas.

Encargado de vigilar la operación por el conductor japonés, Jim miraba el neumático delantero, que hundía los maderos en el agua. Siempre le había gustado ver el agua alzándose por encima de una rejilla o subiendo por los escalones de un muelle. La corriente de color castaño lavó el polvo del neumático y reveló el nombre del fabricante; como correspondía a la búsqueda de Jim, una compañía inglesa, Dunlop. El camión si inclinó de lado, apoyándose sobre los débiles amortiguadores. En alguna parte, atrás, un cuerpo rodó en el suelo del camión, pero Jim estaba fascinado por el agua que cubría la punta del eje y pasaba a través de la rueda como los chorros de una fuente secreta.

—Izquierda..., ¡izquierda! —gritaba Jim, pero el soldado o guardia ya estaba aullando, alarmado. Con un suspiro de fatiga el conductor japonés tiró del freno de mano, ordenó a Jim que descendiera y bajó a los tablones cubiertos de agua.

Jim se deslizó por la ventanilla posterior a la caja del camión. Pasó por encima de las piernas extendidas del doctor Ransome y se arrodilló en el banco, muy interesado en la creciente discusión entre el conductor y el guardia.

Doscientos metros río abajo la unidad de pontoneros reconstruía Ia parte central del viejo puente ferroviario. Jim se sintió feliz al ver cómo trabajaban. Durante gran parte de la mañana había estado mareado, y la corriente regular entre los pontones lo tranquilizaba. Se tomó el pulso, pensando que tal vez había contraído el beriberi o la malaria o cualquiera de las enfermedades de que había oído hablar al doctor Ransome con la señora Hug. Jim sentía curiosidad por probar algunas enfermedades nuevas, pero luego recordó el centro de detención y los aviones americanos que había visto sobre Shanghai. La noche anterior, mientras acampaban en un criadero de cerdos atendido por la gendarmería japonesa, Jim sospechaba que hasta el doctor Ransome había visto los aviones.

Era evidente que el doctor Ransome no se encontraba muy bien. Desde que partieran de Woosung, la herida de la cara se había extendido a la nariz y al mentón. Ahora estaba echado en el suelo del camión, con las piernas pecosas amenazadoramente pálidas al sol brillante. Dormía, pero parecía pensar intensamente en algo con la mitad de la cabeza. Había hablado con Jim por última vez antes de la comida de la noche; en esa ocasión, se había asegurado de que Jim recibiera la ración completa de los prisioneros de manos de la guardia japonesa. Haciendo un verdadero esfuerzo, había pedido a Jim que se desnudara y le había lavado la ropa en el bebedero de agua de los cerdos, con un trozo de jabón perfumado, proporcionado por la señora Hug.

Basie estaba sentado en el suelo; los dos chicos ingleses dormían con las cabezas apoyadas en sus piernas. El camarero, aunque aún consciente, parecía hundido en sí mismo, con una cara blanda y pulposa, como fruta pasada. Tenía náuseas con frecuencia y el suelo del camión estaba cubierto de orina y de vómitos. Basie protestaba y le pedía a Jim que limpiase.

La señora Hug y su padre también yacían en el suelo; hablaban rara vez entre sí, atentos a cada sacudida del camión. Afortunadamente, las dos parejas misioneras se habían quedado en Woosung, reemplazadas por un inglés de edad mediana y su formal esposa, del Consulado británico de Nankín. Estaban junto al guardia japonés en la parte posterior del camión, con los rostros vaciados de toda expresión por alguna tragedia que los había alcanzado. Entre ellos

Librodot

había una maleta de mimbre llena de ropas, que el conductor y el guardia habían registrado durante la noche, quedándose con los zapatos y chinelas. La pareja contemplaba en silencio el paisaje de arrozales y canales, y Jim suponía que habían dejado de interesarse en la guerra.

Dos veces por día, cuando los japoneses se detenían para preparar la comida a la vera del camino, el guardia ordenaba a Jim que pasara entre los prisioneros un jarro de agua. Durante el resto del tiempo no se metían con Jim, que podía concentrarse en la tarea de guiar ese anticuado camión hacia el campo de prisioneros que retenía a sus padres.

Ahora hacía días que estaban en camino, yendo de un lado a otro por el campo a quince kilómetros del noroeste de Shanghai. Jim había perdido la cuenta de los días, pero al menos avanzaban, y por fortuna los japoneses no parecían de ningún modo desalentados porque los prisioneros se sintiesen cada vez peor.

El primer día, después de partir de Woosung, un viaje de tres horas por campo abierto los había llevado al antiguo seminario de San Francisco Javier en el camino de Soochow, uno de los primeros campos de prisioneros establecidos por los japoneses en las semanas que siguieron a Pearl Harbor. El seminario estaba repleto de personal militar. Durante toda la tarde esperaron detrás de una hilera de autobuses requisados a la compañía de tránsito de Shanghai, que transportaban varios cientos de civiles belgas y holandeses. Jim miró ansiosamente a través del doble cerco de alambre tejido. Grupos de soldados ingleses vagaban alrededor de los barracones, o estaban sentados en bancos traídos de la capilla del seminario, como fieles en una catedral al aire libre. Pero no había mujeres,

niños, ni hombres que no pertenecieran al ejército. Los guardias japoneses estaban atareados pasando infinitas revistas, y no tenían tiempo para los recién llegados que esperaban a ser admitidos. Jim se puso de pie en el asiento, agitando los brazos por encima del cerco de alambre para que todos pudieran verlo desde el campo.

Sin embargo, los centenares de aburridos soldados no mostraban interés por esos civiles y sus autobuses de Shanghai. Jim sintió alivio cuando les ordenaron que se retiraran. Tomaron el camino de Soochow y el conductor permitió a Jim que se sentara en la cabina. De alguna manera ese inquieto chico inglés, que tanto lo había fastidiado, ofrecía cierta pequeña seguridad. Jim no podía leer el mapa, con caracteres japoneses, ni entendía una palabra de los largos monólogos dirigidos al parabrisas manchado de insectos. Pero estaba arrodillado en el asiento, los dientes le rechinaban y se asomaba a la ventanilla cada vez que pasaba un avión. Toda la fuerza aérea japonesa parecía volar al ataque de los ejércitos chinos del oeste.

La llanura que atravesaba el camino de Shanghai a Soochow había sido un campo de batalla, y los kilómetros de trincheras desmoronadas y de casamatas cubiertas de herrumbre recordaron a Jim las ilustraciones de Ypres y del Somme en las enciclopedias, un inmenso museo de guerra que nadie había visitado durante años. Los restos de los combates y el vuelo de cazas y bombarderos reanimaron a Jim. Quería elevarse como una cometa de guerra sobre el laberinto de parapetos y aterrizar sobre uno de los grandes fuertes construidos con miles de sacos de arena entre los túmulos sepulcrales. Decepcionaba a Jim que ningún otro prisionero se interesara por la guerra. Eso habría ayudado a levantarles el espíritu, tarea que Jim encontraba cada vez más difícil.

Por muchos motivos, le placía imaginar, era el verdadero líder de esa *troupe* ambulante de prisioneros. A veces, cuando llevaba la pesada jarra de agua o encendía la cocina por la noche reconocía que era poco más que el Coolie Número Dos. Pero sin Jim, que reunía leña para el fuego y cocía las patata dulces, incluso Basie y el doctor Ransome habrían seguido el camino de las misioneras. Jim observó que después de salir del cuartel de la gendarmería en el criadero de cerdos todos se habían permitido caer enfermos. Durante la noche los japoneses habían golpeado a un ladrón chino, y la voz del hombre aulló a través de los arrozales inundados, conmoviendo su oscura superficie. Al día siguiente todo el mundo estaba en el suelo del camión, Basie con los pulmones enfermos y el doctor Ransome incapaz de ver a causa del ojo infectado.

Librodot

Jim se sentía febril, pero miraba los aviones japoneses. El ruido de los motores le aclaraba la mente. Cada vez que se desanimaba o sentía compasión por sí mismo, pensaba en los aviones plateados que había visto en el centro de detención.

El camión avanzaba por el puente improvisado, empujado por un grupo de pontoneros japoneses. Incapaz de mantenerse firme, Jim se deslizó del banco. El doctor Ransome estiró un brazo débil para sostenerlo.

—Ánimo, Jim. Quédate delante con el conductor. Asegúrate de que continúe la marcha...

Docenas de moscas irritaban la cara del doctor Ransome, cebándose en el gusano blanco del ojo. Junto a él estaba echado Basie, con Paul y David, la señora Hug y su padre. Sólo la pareja inglesa del cesto de mimbre lleno de zapatos permanecía sentada junto al soldado en la parte posterior.

Jim se estiró la chaqueta cuando un cabo japonés trepó al camión. Enojado, con las botas húmedas, gritó órdenes a los soldados que empujaban el camión a través del puente. Cuando llegaron a la orilla opuesta, los hombres regresaron por la ribera a trabajar en el puente ferroviario. El cabo empezó gritarle al conductor, evidentemente disgustado por el estado de los prisioneros. Sacó la pistola Máuser y señaló un zanjón antitanque en la orilla que habían dejado atrás.

Jim se tranquilizó cuando el cabo regresó al puente. Aunque estaban enfermos, no querían descansar en el zanjón. Ya era un esfuerzo sentarse en el banco; Jim sentía la tentación de echarse al suelo junto al doctor Ransome, y mirar directamente al cielo. El paisaje de arrozales, canales y pueblos abandonados pasaba velozmente, emergiendo de un resplandor blanco: los huesos molidos de todos los muertos de China. El polvo cubría la cabina y la cubierta del motor, camuflando el camión para el reino en que estaba a punto de penetrar. ¿Cuánto tiempo habían estado en camino? Las hileras de túmulos sepulcrales trataban de engañar los ojos de Jim, se movían como olas hacia el vehículo bamboleante: un mar de muertos. Los ataúdes abiertos estaban vacíos, listos para capturar a los pilotos americanos que pronto caerían del aire. Había miles de ataúdes, suficientes para el doctor Ransome y Basie, para su madre, su padre y Vera, para el Coolie Número Dos y para él...

El camión se detuvo, la cabina golpeó la cabeza de Jim. Había un grupo de cabanas con techos de papel alquitranado junto al camino, detrás de una cerca de alambre de espino que las separaba del terraplén de un canal. Ociosamente, Jim miró ese pequeño campo de internación construido en el terreno de una fábrica de cerámica. Dos barcazas metálicas se habían apartado de la orilla, y en el patio, junto a los hornos, había unos vagones de tren en miniatura cargados todavía de baldosas. La cerca de alambre de espino incorporaba al campo dos depósitos de ladrillos. Había hombres y mujeres tomando el sol en las escaleras de las cabañas de madera, y entre las ventanas se movía la ropa tendida, un alegre semáforo de primavera.

Jim apoyó la barbilla en el panel lateral del camión. El doctor Ransome intentaba incorporarse en el suelo. El guardia saltó a tierra y fue hacia la entrada, donde había un autobús de la Universidad de Shanghai rodeado de soldados japoneses. Los pasajeros miraban a través de las ventanillas cubiertas de polvo. Había dos monjas con tocas negras, varios chicos de la edad de Jim y una veintena de hombres y mujeres, todos ingleses. Ya se había reunido junto al cerco una muchedumbre de prisioneros. Con las manos en los bolsillos de los harapientos pantalones cortos, contemplaban en silencio al sargento japonés que subía al autobús a examinar a los prisioneros.

El doctor Ransome estaba arrodillado en la parte posterior del camión, escondiendo con la mano la herida de la cara. Jim miró a una inglesa que llevaba un vestido de algodón deshilachado, las manos aferradas al alambre de espino. Observó a Jim con la misma expresión que él había visto en el rostro de la madre alemana de la Calle Columbia.

El autobús entró en el campo por los portones abiertos. El sargento japonés esperaba con la pistola en la mano gesticulando para que los prisioneros se apartaran. Miraban con rostros sombríos a los recién llegados: más bocas que alimentar, y las raciones ya eran escasas. Jim

se puso de pie cuando el camión avanzó hasta la puerta. El doctor Ransome cayó al suelo, y la pareja inglesa del cesto de mimbre lo ayudó a sentarse en el banco.

Jim sonrió a la mujer que caminaba junto a la alambrada. Cuando ella lo saludó agitando una mano, él se preguntó si no sería una amiga de su madre. El campo estaba lleno de familias, y en alguna parte, entre las parejas que paseaban, podían estar sus padres. Miró los rostros británicos, los grupos de chicos que reían detrás de los centinelas japoneses. Durante un instante se sorprendió lamentando que la búsqueda de sus padres hubiera concluido. Mientras los buscaba, estaba preparado para sentirse hambriento y enfermo; pero ahora que la búsqueda había terminado se sentía entristecido por el recuerdo de todo lo que había vivido, y de lo mucho que haba cambiado. Ahora estaba más cerca de los ruinosos campos de batalla, de ese camión infestado por las moscas, de las nueve patatas dulces que había en un saco debajo del asiento del conductor, e incluso, en cierto sentido, del centro de detención, y estaría siempre más cerca de todo esto que de su casa de Ia Avenida Amherst. Recordó sus días de fiebre, y los aviones que había visto en el cielo, rescatándolo de su propia muerte.

El camión se detuvo ante las puertas. El sargento japonés espió por encima de la portezuela trasera a los prisioneros echados en el suelo. Empujó con la pistola Máuser al doctor Ransome, pero el médico herido se dejó caer al suelo, donde quedó de rodillas ante el sargento, conteniendo la respiración. La muchedumbre de prisioneros había empezado a dispersarse. Con las manos en los bolsillos, los hombres retornaron a las cabañas y se quedaron junto a las mujeres en las escaleras.

Las moscas cubrían el camión y se posaban en los charcos que cubrían el suelo. Revoloteaban en torno de la boca de Jim, buscándole las encías llagadas. Durante diez minutos los soldados japoneses discutieron entre ellos mientras el conductor esperaba con el doctor Ransome. Dos prisioneros ingleses de edad se acercaron a las puertas y participaron en la discusión.

—¿Del campo de Woosung?

—No, no, no...

—¿Quién los ha enviado? ¿En semejantes condiciones?

Evitando al doctor Ransome, se acercaron al camión y observaron a los prisioneros a través de la nube de moscas. Cuando Jim juntó los talones y silbó, lo miraron sin expresión. Los centinelas japoneses abrieron las puertas de alambre de espino, pero los prisioneros británicos las cerraron inmediatamente, y empezaron a gritar al sargento japonés. Cuando el doctor Ransome se adelantó para discutir con ellos, los ingleses lo despidieron.

—Vayase, hombre...

—No podemos aceptarlo, doctor. Aquí hay niños.

El doctor Ransome trepó al camión y se sentó en el suelo, al lado de Jim. El esfuerzo de ponerse de pie lo había agotado, y se echó atrás con la mano sobre la herida mientras las moscas luchaban entre sus dedos.

La señora Hug y la pareja inglesa del cesto de mimbre habían aguardado en silencio. Cuando los soldados japoneses volvieron a entrar en el campamento y cerraron las puertas, la señora Hug dijo: —No nos aceptan. Los jefes británicos del campo...

Jim miró a los prisioneros. Grupos de chicos jugaban al fútbol en el patio de ladrillo de la fábrica de cerámica. ¿Estarían sus padres escondidos detrás de los hornos? Tal vez, como los jefes británicos del campo, querían que Jim se marchara, asustados de las moscas y las enfermedades que traía de Shanghai.

Jim ayudó a Basie y al doctor Ransome a beber, y luego se sentó en el banco de enfrente. Volvió la espalda al campo, a los prisioneros ingleses y a sus niños. Todas sus esperanzas estaban en el paisaje que los rodeaba, en sus guerras pasadas y futuras. Por primera vez sintió una peculiar levedad en la cabeza, no porque sus padres lo hubieran rechazado, sino porque esperaba que lo hicieran, y ya no le importaba.

Librodot

19

La pista

Una hora antes del anochecer entraron en una zona de campo de batalla abandonados a quince kilómetros al sur de Shanghai. La luz de la tarde se elevaba en el aire, como si devolviera al sol una pequeña parte de la fuerza que había echado sobre la llanura indiferente. Ese terreno de trincheras y fortificaciones parecía haber brotado completamente armado de la cabeza de Jim. En el cruce de los caminos de Shanghai y Hangchow había un tanque que parecía un cobertizo rodante; los reflectores del sol brillaban a través de las escotillas abiertas. Las trincheras husmeaban entre los túmulos sepulcrales como un laberinto perdido dentro de sí mismo.

Más allá del cruce un puente de madera atravesaba un canal. Los pilares blancos, de los que la lluvia había lamido todo rastro de resina, eran blandos como piedra pómez. El conductor plegó el mapa de lona y se abanicó con él, nada dispuesto a arriesgar sus ruedas en los maderos deteriorados. La señora Hug y la pareja inglesa estaban sentados en la parte posterior; sus sombras se alargaban sobre el lecho blanco de los arrozales resecos. Jim apartó las moscas de la cara del doctor Ransome y le dio unas palmadas en la cabeza. Imaginó ser una sombra, un tapiz negro extendido sobre el paisaje fatigado. Hacia el sur, a un kilómetro, podía ver los timones de una escuadra aérea, flechas óseas sobre la creciente oscuridad. Jim estudió los aviones, reconociendo los fuselajes robustos y los motores radiales. Eran Brewster Buffalo, un modelo de cazas americanos incomparablemente superiores a los japoneses.

¿Era allí, entre las tumbas, donde la aviación americana aguardaba antes de despegar en su mente? Sin embargo, el conductor japonés también había visto los aviones. Arrojó el cigarrillo y gritó al guardia, que había descendido del camión para comprobar los podridos maderos del puente.

—¡Lunghua..., Lunghua!

El conductor encendió el motor y giró al este en el cruce, dirigiéndose a ese distante aeródromo.

—Vamos al aeródromo de Lunghua, doctor Ransome —dijo Jim entre sus rodillas. El médico estaba en el suelo entre Basie y el padre de la holandesa, mirando a Jim con su único ojo—. Hay aviones Brewster Buffalo; los americanos deben de haber ganado la guerra.

Jim dejó que el aire tibio le corriera por la cara. Se aproximaron al aeródromo militar, el mayor campo de aterrizaje de hierba que había visto Jim cerca de Shanghai. Había tres hangares metálicos, y unos talleres de madera construidos en el viejo parque de automóviles de la pagoda de Lunghua. En la pista, junto a los hangares, había docenas de aviones, cazas rápidos de un tipo que Jim nunca había visto. Los tres Brewster Buffalo, con las insignias americanas recubiertas de pintura, estaban al borde del campo. Un equipo de pontoneros, manejando una grúa poderosa, elevaba un cañón antiaéreo a los terrados superiores de la pagoda de piedra.

El conductor se detuvo en un puesto de control fortificado. Mientras los centinelas rondaban en el ocaso, el cabo habló por el teléfono de campaña. Les indicaron que tomaran el camino de cintura. La surcada superficie había sido reforzada con esteras de paja, aplastadas por un convoy de vehículos cargados de piedras. Un camión se adelantó con un cargamento de tejas arrancadas de los edificios de la Ciudad Vieja.

Parejas de guardias armados patrullaban el camino de cintura, con bayonetas que cortaban el aire oscuro. En un lado de la pista había dos monomotores de transporte. Seguido por su equipo de tierra, un piloto japonés en traje de vuelo hablaba con dos oficiales uniformados. El piloto señaló el camión que pasaba ruidosamente y Jim pensó que tal vez él, Basie y el doctor Ransome serían enviados en avión desde Shanghai, y que pronto se reuniría con sus padres en Hong Kong o en Japón.

Librodot

Jim esperaba que el camión se detuviera junto a los aviones, pero el conductor se dirigió al sur del aeródromo. La hierba suave se perdía en un terreno irregular, invadido por la caña de azúcar silvestre. Atravesaron el cauce seco de una acequia de riego y siguieron al camión cargado de tejas a un estrecho valle escondido entre muros de ortigas. Nubes de ceniciento polvo blanco se elevaron en el aire del atardecer cuando los vehículos militares volcaron en el suelo su carga de escombros y piedras. El valle estaba custodiado por soldados armados y por la policía de la fuerza aérea, con rifles en la mano y uniformes blanqueados por el polvo.

Vigilados por centinelas japoneses, un centenar de soldados chinos, vestidos con túnicas harapientas, transportaban piedras y cascajos preparando una futura pista de cemento armado. A pesar de la luz escasa y de las privaciones de los últimos meses, Jim advirtió qué flacos estaban esos prisioneros chinos. Muchos tenían los rostros demacrados de los moribundos. Desnudos entre las ortigas pisoteadas, llevaban en cada mano una sola teja, como el fragmento de una escudilla de mendigo. Otros trepaban a la suave colina hasta el borde del aeródromo con cestos de mimbre cubiertos de piedras aferrados contra el pecho.

El camión se detuvo en el patio. Con un ruido de cadenas, la puerta trasera cayó. De acuerdo con las indicaciones del soldado japonés, la señora Hug y la pareja inglesa bajaron al suelo. El doctor Ransome estaba arrodillado junto al banco, apenas capaz de gobernar el cuerpo torpe.

—Bueno, Jim..., que todo el mundo vaya a su sitio. Ayuda a la señora Hug. Basie, chicos...

Se incorporó vacilando, pero logró poner de pie a Basie. La cara del camarero estaba ya cubierta de una capa de talco, esa delicada piel de mujer que Jim había visto por vez primera cerca de los muelles funerario de Nantao. Apoyándose en hombro de Jim, se arrastró sobre el suelo húmedo del camión.

Bajaron y se reunieron en la polvareda blanca. La señora Hug se sentó con su padre en un montón de guijarros, sosteniendo de la mano a los chicos. Los soldados chinos llenaban los cestos y escupían en las piedras. Mientras trepaban por la tierra suelta hasta la pista, las figuras color de tiza parecían iluminar el aire de la noche.

Los centinelas japoneses los miraban inmóviles. A unos quince metros, en el declive sur del valle, había dos sargentos sentados en sillas de bambú, junto a un pozo recién excavado entre las ortigas. Las botas de los hombres y el suelo a sus pies estaban cubiertos de cal.

Jim recogió una teja gris. Parecía que a los guardias japoneses les importaba poco si trabajaban o no en la pista, pero Basie ya tenía un canto rodado en la mano. Jim siguió a un soldado chino desnudo hacia la pista. Trepó a la colina y caminó entre los surcos del terreno. El chino dejó caer el contenido de los cestos y regresó. Jim llevó la teja a la trinchera llena de piedras y de ladrillos rotos que corría a través del campo y se internaba en la noche. Basie pasó y dejó caer la piedra a los pies de Jim. Vacilaba en medio del polvo, tratando de limpiarse las manos.

El doctor Ransome apareció más atrás con la señora Hug y la pareja inglesa. Discutía con un soldado japonés que señalaba la pista. El soldado sostenía el rifle con una mano; recogió una teja y se la entregó al doctor Ransome.

Jim esperaba sobre las piedras. Miró el ocaso a lo largo de la blanca superficie de la pista. Recordó la hierba ondulada en Hungjao y trató de imaginar el torbellino de los Brewster Buffalo. Se volvió hacia el avión de transporte junto al camino de cintura. El piloto japonés y los oficiales uniformados caminaban por la hierba hacia la pista. Se detuvieron en el límite embarrado, riendo mientras inspeccionaban la obra. Los cinturones y las pulidas insignias brillaban como las joyas de las europeas que visitaban los campos de batalla cerca de Hugjao antes de la guerra.

Jim avanzó entre la hierba, dejando atrás la polvareda y las hileras de soldados chinos. Por última vez quería ver ese avión y meterse bajo el techo oscuro de las alas. Sabía que los soldados chinos estaban obligados a trabajar hasta la muerte, que esos hombres hambrientos estaban tendiendo con sus propios huesos una alfombra para los bombarderos japoneses. Después irían al pozo, allí donde los sargentos de botas cubiertas de cal esperaban con las

Librodot

pistolas Máuser. Y después de descargar las piedras, Basie y el doctor Ransome y él irían también al pozo.

La última luz se desvaneció de los fuselajes de los aviones, pero Jim podía oler los motores en el aire nocturno. Aspiró el olor del aceite y el líquido refrigerante. Ya había empezado a olvidar las voces que lo rodeaban, los cuerpos blancos de los soldados chinos y la pista de huesos. Olvidó al joven piloto japonés en traje de aviador que señalaba a Jim y gritaba algo a los sargentos del pozo. Jim esperaba que sus padres estuvieran a salvo y muertos. Quitándose el polvo de la chaqueta, corrió hacia la seguridad de los aviones, ansioso de refugiarse bajo las alas.

Librodot

II

20

El campo de prisioneros de Lunghua

Las voces resbalaban a lo largo de los alambres susurrantes como notas pulsadas en las cuerdas de un arpa. A quince metros de la cerca, Jim estaba hundido entre las altas hierbas junto a la trampa de faisanes. De hora en hora escuchaba a los guardias japoneses que discutían mientras patrullaban el campo de prisioneros. Ahora que los ataques aéreos americanos se habían convertido en un episodio cotidiano, los soldados japoneses ya no llevaban los rifles al hombro. Sostenían con ambas manos estas armas de largos cañones, y estaban tan nerviosos que si veían a Jim fuera del perímetro del campo dispararían en seguida contra él.

Jim los miró a través de la red de la trampa de faisanes. El día anterior habían matado a un coolie chino que trataba de deslizarse en el campo. Reconoció en uno de los guardias al soldado Kimura, un hijo de granjeros, de grandes huesos, que había crecido casi tanto como Jim en los años pasados en el campo de prisioneros. La fuerte espalda del soldado le había reventado la túnica desvaída, y sólo las correas de municiones le sostenían la desgarrada indumentaria.

Antes de que la guerra se volviera al fin contra los japoneses, el soldado Kimura solía invitar a Jim al bungalow que ocupaba con otros tres guardias y le permitía usar la armadura de kendo. Jim recordó el elaborado ceremonial de los soldados japoneses cuando lo revestían con la armadura de cuero y metal, y el olor del cuerpo de Kimura en el yelmo y las horneras. Recordó el estallido de violencia cuando el soldado Kimura lo atacó con la espada que empuñaba con ambas manos, el remolino de golpes que había caído sobre su yelmo ante de que pudiera devolverlos. A Jim le había resonado la cabeza durante días. Basie le había gritado hasta despertar a todo el dormitorio de hombres del Bloque E, y el doctor Ransome había llamado a Jim al hospital para examinarle los oídos.

Recordando esos brazos poderosos y la excitación en los ojos de Kimura, Jim permanecía pegado al suelo entre las altas hierbas detrás de la trampa. Por una vez, se alegró de que en la trampa no hubiera caído ninguna ave. Los dos japoneses se detuvieron junto al cerco de alambre y examinaron el grupo de edificios abandonados en el noroeste del campo de Lunghua. Junto a ellos, justamente dentro del perímetro, se encontraba el casco deteriorado del salón de reunión con el balcón curvo de la galería superior abierto al cielo. El campo ocupaba las instalaciones de una escuela de maestros, bombardeada y ocupada durante los combates de 1937 en torno al aeródromo de Lunghua. Los edificios en ruinas situados más cerca del aeródromo habían sido exluidos del campo de prisioneros, y era precisamente allí, en los grandes cuadrados de hierba de los derruidos salones, donde Jim instalaba las trampas. Esa mañana, después de la revista, se había deslizado a través de la cerca hasta el macizo de ortigas que rodeaba una vieja fortificación al borde del aeródromo. Dejó los zapatos en los escalones de la fortificación, vadeó un canal poco profundo, y se arrastró entre las altas hierbas hasta los edificios en ruinas.

La primera trampa estaba a muy pocos metros de la cerca, una distancia que a Jim le había parecido enorme la primera vez que cruzó la cerca de alambre. Había mirado el mundo seguro del campo; más atrás, los barracones y la torre de agua, el edificio de la guardia, los bloques de dormitorios, casi temiendo alejarse de ellos para siempre. El doctor Ransome solía decir que Jim era un «espíritu libre», mientras vagaba por el campo de prisioneros en persecución de alguna nueva ocurrencia. Pero allí, en las hierbas altas, entre las ruinas, sentía la carga de una gravedad que no le era familiar.

Aprovechando al máximo esa inercia, Jim siguió inmóvil detrás de Ia trampa. Un avión despegaba del aeródromo de Lunghua, claramente recortado contra las fachadas amarillas de

las casas de apartamentos de la Concesión Francesa; pero Jim no le prestó atención. El soldado que acompañaba a Kimura gritó a los niños que jugaban en la galería del salón de reuniones. Kimura retornaba al cerco de alambre. Examinaba la superficie del canal y las matas de caña de azúcar silvestre. Las escasas raciones del año pasado —los guardias japoneses estaban casi tan mal alimentados como sus prisioneros ingleses y americanos— habían eliminado la última grasa adolescente de los brazos de Kimura. Después de un reciente ataque de tuberculosis, el rostro vigoroso había quedado hinchado como el de un coolie. El doctor Ransome había advertido reiteradamente a Jim que no usara la armadura de kendo del soldado Kimura. Una pelea entre los dos no sería tan despareja, aunque Jim sólo tenía catorce años. Si no hubiera sido por el rifle, le habría gustado desafiar a Kimura...

Como si hubiese advertido la amenaza oculta entre la hierba, el soldado Kimura llamó a su compañero. Apoyó el rifle contra el poste de pino, pasó entre los alambres, y se detuvo junto a las ortigas. Del canal subieron moscas que se le posaron en los labios, pero Kimura no las tuvo en cuenta y miró la franja de agua que lo separaba de Jim y de las trampas para faisanes.

¿Podía ver las huellas de Jim en el barro blando? Jim se alejo reptando de la trampa, pero la hierba aplastada conservaba nítidamente el contorno de su cuerpo. Kimura echaba atrás las mangas deshilachadas, listo para combatir contra su presa. Jim vio cómo se acercaba a zancadas a través de las ortigas. Jom estaba seguro de que podía correr más rápido que Kimura. Pero no que las balas del rifle del otro soldado. ¿Cómo podía explicar a Kimura que las trampas habían sido idea de Basie? Era Basie quien había insistido en el elaborado camuflaje de hojas y ramas, y quien obligaba a Jim a trasponer la cerca de alambre dos veces por día, aunque jamás habían visto un ave. Era importante mantener buenas relaciones con Basie, que disponía de pequeñas pero seguras fuentes de alimento. Podía decir a Kimura que Basie tenía información acerca de la radio secreta del campo, pero entonces no habría más raciones extras.

Lo que más preocupaba a Jim era la idea de que si Kimura lo golpeaba, él pelearía. Pocos chicos de su edad se atrevían a tocarlo, y en el último año, desde que las raciones habían empezado a fallar, pocos hombres. Sin embargo, moriría si peleaba contra Kimura.

Jim trató de calmarse y esperar un mejor momento para ponerse de pie y rendirse. Se inclinaría ante Kimura, no demostraría ninguna emoción y confiaría en que los cientos de horas que había pasado merodeando por la guardia —aunque hubiera sido por instigación de Basie— contaran a favor de él. En una época había dado lecciones de inglés a Kimura; pero aunque era evidente que estaban perdiendo la guerra, los japoneses no estaban interesados en aprender inglés.

Jim aguardó a que Kimura trepara por la ribera. El soldado estaba en el centro del canal, con un brillante objeto negro en la mano. En los arroyos, lagunas y pozos abandonados del campo de Lunghua había todo un parque de armas herrumbradas y de munición inestable, olvidado durante las hostilidades de 1937. Jim espió a través de la hierba el cilindro aguzado, suponiendo que las mareas habían descubierto en el canal una vieja granada de artillería o de mortero.

Kimura gritó al segundo soldado, que aguardaba junto al cerco. Apartó las moscas de la cara y habló con el objeto, como si le susurrara algo a un bebé. Lo alzó por encima de la cabeza, como los soldados japoneses cuando iban a arrojar una granada. Jim esperó la explosión, y de pronto comprendió que el soldado Kimura sostenía en vilo una gran tortuga de agua dulce. La cabeza de la criatura emergía del caparazón, y Kimura se echó a reír excitado. El rostro hinchado tenía un aire infantil, lo que recordó a Jim que el soldado Kimura había sido una vez un niño, como él mismo, antes de la guerra.

Después de cruzar el patio de revista, los soldados japoneses desaparecieron detrás de las líneas de ropa tendida entre los barracones. Jim emergió de la húmeda caverna de la fortificación. Con las zapatillas de cuero que le había dado el doctor Ransome, Jim trepó el alambrado de espino. Llevaba en la mano la tortuga de Kimura. La vieja criatura contenía por

Librodot

lo menos medio kilo de carne, y era casi seguro que Basie conocería una receta especial para preparar carne de tortuga. Jim podía imaginar ya a Basie tentando al animal con una oruga viva, esperando con una navaja en la mano para cortarle la cabeza... Frente a Jim estaba el campo de Lunghua, su hogar y su universo de los últimos tres años. Los deteriorados barracones, los bloques de dormitorios de cemento, el gastado patio de revista y el edificio de la guardia con la inclinada torre de agua estaban juntos bajo el sol de junio, punto de reunión para todas las moscas y mosquitos de la cuenca del Yangtsé. Pero apenas estuvo dentro del cerco, Jim sintió que el aire se asentaba alrededor. Corrió por el sendero ceniciento, la camisa desgarrada volándole sobre los hombros huesudos como la ropa tendida entre los barracones.

En sus incesantes andanzas alrededor del campo, Jim había aprendido a reconocer cada hierba y cada piedra. Clavado a un poste de bambú junto al sendero había un cartel blanqueado por el sol con las palabras «Regent Street» pintarrajeadas. Jim no le prestó atención, como tampoco a los demás que decían «Piccadilly», «Knightsbridge» y «Petticoat Lane», y que designaban los campos principales en el interior del campo de prisioneros. Estas reliquias de un Londres imaginario —que muchos de los prisioneros británicos nacidos en Shanghai jamás habían visto— intrigaban a Jim y en cierto modo lo molestaban. Con su constante charla sobre el Londres de la preguerra, las familias inglesas del campo buscaban una cierta exclusividad. Jim recordó un verso de uno de los poemas que el doctor Ransome le había hecho aprender de memoria: «una tierra extranjera que para siempre es Inglaterra». ¿Pero esto era Inglaterra o Lunghua? Designar los senderos manchados por las cloacas entre los inmundos barracones con vagos recuerdos de Londres permitía a demasiados prisioneros británicos olvidar la realidad del campo, otra excusa para no moverse cuando tenían que ayudar al doctor Ransome a limpiar las fosas sépticas. Mayor crédito merecían, al parecer de Jim los americanos, los holandeses y los belgas, que no perdían tiempo con la nostalgia. Los años de Lunghua no habían ayudado a que a Jim le gustaran los ingleses.

Y sin embargo, los carteles de las calles de Londres fascinaban a Jim, eran parte de la magia de los nombres que había descubierto en el campo. ¿Qué podían ser, concebiblemente, Lords, el Serpentine, el Trocadero? Había tan pocos libros o revistas que un solo nombre poco familiar contenía todo el misterio de un mensaje de las estrellas. Según Basie, que jamás se equivocaba, los cazas americanos con radiadores en la panza que atacaban Lunghua se llamaban «Mustang», el nombre de un tipo de caballito salvaje. Jim saboreaba el nombre: saber que esos aviones eran Mustang le importaba más que la confirmación de que Basie había escuchado la radio secreta del campo. Jim estaba hambriento de nombres.

Incapaz de controlar los zapatos de golf, tropezó en el sendero. Por esos días, se mareaba con frecuencia. El doctor Ransome le había aconsejado que no corriera, pero los ataques aéreos americanos y la inminente perspectiva del fin de la guerra volvían a Jim demasiado impaciente para contentarse con caminar. Tratando de proteger a la tortuga, se rasguñó la rodilla izquierda. Atravesó cojeando el sendero ceniciento y se sentó en los escalones de la abandonada estación purificadora de agua. En un tiempo los prisioneros hervían allí el agua sucia recogida en las lagunas del campo. Todavía quedaba una pequeña provisión de carbón en el depósito, pero el grupo de trabajo de seis ingleses que se encargaba de alimentar el fuego había perdido el entusiasmo. Aunque el doctor Ransome protestó, ellos preferían padecer de disentería y no hacer el esfuerzo de hervir el agua.

Mientras Jim se ocupaba de su rodilla, los ingleses reunidos fuera del barracón próximo miraban el cielo como si esperaran que la guerra terminara dentro de los diez minutos siguientes. Jim reconoció al señor Mulvaney, contable de la Shanghai Power Company, que se había bañado muchas veces en la piscina de la Avenida Amhersst. A su lado estaba el reverendo Pearce, un misionero metodista cuya mujer, que hablaba japonés, colaboraba abiertamente con los guardias a quienes informaba de las actividades cotidianas de los prisioneros. Nadie criticaba por esto a la señora Pearce, y en realidad la mayor parte de los prisioneros de Lunghua hubieran estado dispuestos a colaborar. Jim lo desaprobaba vagamente, pero aceptaba que era sensato colaborar o hacer cualquier otra cosa y seguir con

Librodot

vida. Después de tres años en el campo la noción de patriotismo no tenía ningún sentido. Los prisioneros más valientes —y la colaboración era peligrosa— eran los que compraban el favor de los japoneses y de este modo ayudaban a sus compañeros con pequeñas provisiones de vendas y alimentos. Además, no había en Lunghua muchas actividades ilícitas que se pudieran denunciar. Nadie en Lunghua soñaba con huir, y todo el mundo delataba con justa razón a cualquier tonto que quisiera atravesar el cerco de alambre, pues temían las posibles represalias.

Los encargados del agua se limpiaban los zuecos contra los escalones y miraban el sol, moviéndose sólo para quitarse los piojos entre las costillas. Aunque demacrados, el proceso de morirse de hambre se había detenido cuando la piel se les pegó al esqueleto. Jim envidiaba al señor Mulvaney y al revendo Pearce: él todavía estaba creciendo. La aritmética que le había enseñado el doctor Ransome aseguraba con demasiada claridad que la provisión de alimentos de que disponía el campo disminuía mucho más rápidamente que el ritmo a que morían los prisioneros.

En mitad del patio de revista un grupo de chicos de doce años jugaba a las canicas sobre la tierra caliente. Al ver la tortuga, corrieron hacia Jim. Todos tenían libélulas atadas a un hilo de algodón. Las llamas azules revoloteaban por encima de sus cabezas.

—Jim, ¿podemos tocarla?

—¿Qué es?

—¿Te la ha dado el soldado Kimura?

Jim sonrió benignamente.

—Es una bomba. —Alzó la tortuga y permitió con generosidad que todos la miraran. A pesar de la diferencia de edad, varios chicos habían sido sus amigos íntimos durante los primeros días en Lunghua, cuando había necesitado a todos los amigos que pudiera encontrar. Pero había crecido más y tenía otros amigos: el doctor Ransome, Basie, los marinos americanos del Bloque E, que guardaban viejos ejemplares de preguerra de *Readers Digest* y de *Popular Mechanics*, que Jim devoraba. De vez en cuando, como si recuperara su infancia perdida, Jim retornaba al mundo de los juegos infantiles, los trompos, las canicas, la rayuela.

—¿Está muerta? ¡Se mueve!

—¡Está sangrando!

Una mancha de sangre de la rodilla de Jim daba a la cabeza de la tortuga cierto aire de pirata.

—¡La has matado, Jim!

El mayor de los chicos, Richard Pearce, extendió la mano para tocar la tortuga, pero Jim la metió debajo del brazo. Le disgustaba Richard Pearce, y le temía un poco, pues era casi tan grande como él. Y lo envidiaba por las raciones japonesas extra que le daba su madre. Además de la comida, los Pearce tenían una pequeña biblioteca de libros confiscados que guardaban celosamente.

—Es un pacto de sangre —explicó Jim grandiosamente. Las tortugas pertenecían por derecho al mar, al río abierto visible a dos kilómetros al oeste del campo, un caudaloso afluente del Yangtsé por el que una vez había soñado navegar con sus padres hacia la seguridad de un mundo sin guerra.

—¡Cuidado! —Jim apartó a Richard—. ¡La he adiestrado para atacar!

Los chicos retrocedieron. Había momentos en que el humor de Jim los inquietaba. Aunque trataba de evitarlo, sentía resentimiento por las ropas de ellos, que las madres habían remendado, pero muy superiores a sus propios harapos. Y aún más porque tenían madres y padres. Durante el último año Jim había comprendido gradualmente que ya no podía recordar cómo eran sus padres. Las figuras veladas aún se le aparecían en sueños, pero había olvidado sus rostros.

Librodot

21

El cubículo

—¡Joven Jim...!

Un hombre casi desnudo, con zuecos y unos andrajosos pantalones cortos, gritó desde los escalones del Bloque G. Sostenía en sus manos las varas de un carro de madera con ruedas de hierro. Aunque el carro no estaba cargado, las varas casi arrancaban de sus articulaciones los brazos del hombre. Hablaba con las inglesas de desvaídos vestidos de algodón, sentadas en los escalones de cemento; gesticulaba, y parecía que los omoplatos estuviesen a punto de desprenderse de la espalda y que iban a volar por encima del alambre de espino.

—¡Estoy aquí, señor Maxted! —Jim apartó con un empujón a Richard Pearce y corrió por el sendero hasta el bloque de dormitorios. Al ver el carro vacío, pensó que se había perdido la comida. El miedo a quedarse sin comer aun un solo día era tan fuerte que hubiera sido capaz de atacar al señor Maxted.

—Ven, Jim. Sin ti no tendrá el mismo sabor. —El señor Maxted miró los zapatos de golf de Jim, ese calzado con clavos que tenía vida propia y propulsaba a la figura de espantapájaro de Jim en una incesante ronda por el campo. Dijo a las mujeres—: Nuestro Jim se pasa todo el tiempo en hoyo número 19.

—Puede estar seguro, señor Maxted. Siempre estoy dispuesto... —Jim tuvo que detenerse ante la entrada del Bloque G. Respiró profundamente hasta que la cabeza dejó de darle vueltas y echó otra vez a correr. Con la tortuga en la mano, subió a la carrera los escalones hasta el salón de la entrada, y se deslizó entre dos ancianas extraviadas como fantasmas en mitad una conversación que habían olvidado. A ambos lados del pasillo había una serie de habitaciones pequeñas, con cuatro literas de madera cada una. Después del primer invierno en el campo, habían muerto muchos niños de los barracones, y las famihas con hijos habían sido trasladadas a la residencia de la antigua escuela. Aunque no había calefacción, las habitaciones con paredes de cemento se mantenían por encima del cero.

Jim compartía su habitación con una joven pareja británica, el señor y la señora Vincent, y con su hijo de seis años. Había vivido a centímetros de los Vincent durante dos años y medio, pero sus existencias no podían ser más distantes. El día de la llegada de Jim, la señora Vincent había tendido una vieja colcha de cama alrededor de lo que era su cuarta parte nominal. Ni ella ni el marido —corredor de bolsa del Shanghai Stock Exchange— habían dejado de lamentar por un segundo la presencia de Jim, y a lo largo de los años habían fortificado el sector colgando también un viejo chal, una enagua y la tapa de una caja de cartón, de modo que el cubículo de Jim parecía una de las chabolas en miniatura que de algún modo crecían espontáneamente alrededor de los mendigos de Shanghai.

No contentos con emparedar a Jim en ese pequeño mundo, los Vincent habían intentado invadirlo una y otra vez, desplazando los clavos y la cuerda de donde colgaba la colcha. Jim se había defendido, primero torciendo los clavos (hasta que una noche, para horror de los Vincent, toda la estructura se derrumbó mientras se desnudaban) y luego marcando las medidas en la pared con lápiz y regla. Los Vincent contraatacaron superponiendo su propio sistema de medidas. Jim aceptaba todo esto. Por alguna razón le gustaba la señora Vincent, una rubia hermosa pero estropeada que siempre tenía los nervios en tensión y jamás había intentado ocuparse de él. Jim sabía que si se moría de hambre en el cubículo, ella encontraría alguna razón cortés para omitir toda ayuda. Durante el primer año de Lunghua nadie se ocupaba de los chicos solos, excepto si estaban dispuestos a servir como criados. Sólo Jim se había negado siempre, y nunca hacía nada por el señor Vincent.

La señora Vincent estaba sentada en el colchón de paja cuando Jim irrumpió en la habitación, con las manos pálidas plegadas como un olvidado par de guantes. Ella miraba la pared blanqueada sobre la litera de su hijo como si viera una película invisible en una pantalla. Jim

Librodot

temía que la señora Vincent pasara demasiado tiempo viendo esas películas. Mientras la espiaba por las aberturas del cubículo trató de imaginar qué veía: quizá una película hogareña de ella misma antes de casarse en uno de esos parques ingleses iluminados por el sol que parecían cubrir todo el país. Jim suponía que esos parques eran ahora los aeródromos de emergencia de la batalla de Inglaterra. Como había observado en Shanghai, los alemanes no tenían predilección especial por el césped soleado. ¿Habrían perdido por eso la batalla de Inglaterra? Muchas ideas de Jim eran tan desesperadamente confusas que ni siquiera el doctor Ransome tenía ánimo para desenredarlas.

—Llegas tarde, Jim —dijo la señora Vincent con desaprobación, la vista clavada en los pies de Jim. Como todos los demás, era incapaz de afrontar la alarmante presencia de los zapatos de golf. Jim sentía que le conferían una autoridad especial—. Todo el Bloque G te está esperando.

—Estaba con Basie, escuchando las últimas noticias de la guerra. Señora Vincent, ¿qué es el hoyo número 19?

—No deberías trabajar para Basie. Las cosas que te obligan a hacer esos americanos... Ya te he dicho que nosotros estamos en primer término.

—El Bloque G está en primer término, señora Vincent —Jim lo decía con toda seriedad. Se metió debajo de la cortina del cubículo. Recobró el aliento y se tendió en la litera con la tortuga dentro de la camisa. El animal prefería la soledad, y Jim se quedó mirando sus zapatos nuevos. De punteras y hebillas relucientes, eran un fragmento intacto del mundo de preguerra que podía contemplar durante horas, como la señora Vincent miraba sus películas. Riendo para sí mismo, Jim se acostó mientras la cálida luz del sol brillaba a través del muro colgante del cubículo, destacando las curiosas manchas de la vieja colcha. Al mirarlas, Jim veía escenas de buques de guerra y combates aéreos, el hundimiento del *Petrel* y hasta el jardín de la Avenida Amherst.

—¡Jim, es la hora de la cocina! —dijo alguien desde las escaIeras, debajo de la ventana. Pero Jim no se movió de la litera. La cocina era una larga tarea, y no tenía sentido llegar demasiado temprano. Los japoneses habían celebrado a su modo el día de la victoria, reduciendo a la mitad las ya escasas raciones. Con frecuencia, los recién llegados recibían menos que los prisioneros más antiguos, cuando los cocineros advertían cuántos prisioneros habían muerto o estaban demasiado enfermos para recoger las raciones.

Además, Jim no tenía obligación de ayudar con el carro de la comida, ni tampoco al señor Maxted. Pero como Jim había observado, quienes estaban dispuestos a ayudar a sus compañeros de prisión tendían a hacerlo; y esto de ningún modo impedía que los demasiado perezosos se quejaran incesantemente. Los ingleses tenían una especial habilidad para quejarse, algo que los holandeses y los americanos no hacían jamás. Muy pronto, reflexionó Jim con cierto sombrío placer, estarían demasiado enfermos incluso para quejarse.

Jim se miró los zapatos, imitando conscientemente la sonrisa infantil del soldado Kimura. La litera llenaba el cubículo, pero para Jim no había sitio mejor que ese universo en miniatura. Había sujetado a las paredes varias páginas de una vieja revista *Life* que le había dado Basie: fotos de pilotos de la batalla de Inglaterra sentados en sillones junto a los Spitfires, un bombardero Heinkel abatido, la catedral de St. Paul flotando como un acorazado sobre un mar de fuego. Junto a ellas había un anuncio en colores y a toda página de un coche Packard, tan hermoso para Jim como los cazas Mustang que ametrallaban el aeródromo de Lunghua. Los americanos ¿producían un nuevo modelo de Mustang cada año o cada mes? Quizá habría una incursión aérea esa tarde y él podría estudiar las últimas modificaciones en el diseño de los Mustang y de las Superfortalezas. Jim esperaba con ansia los ataques aéreos.

Junto al Packard había un pequeño fragmento que Jim había recortado de una foto más grande: una multitud reunida en 1940 ante las puertas del Palacio de Buckingham. La imagen borrosa de un hombre y una mujer tomados del brazo le recordaba a sus padres. Esa pareja inglesa desconocida, tal vez muerta durante un ataque aéreo, casi se había convertido para Jim en una réplica de sus padres. Jim sabía que eran personas desconocidas, pero mantenía

Librodot

viva la ficción para conservar así el recuerdo perdido de sus padres. El mundo antes de la guerra, su infancia en la Avenida Amherst, sus clases en la Cathedral School, pertenecían a esa película invisible que la señora Vincent miraba desde su litera.

Jim dejó que la tortuga se moviera en el colchón de paja. Si la llevaba consigo por el campo, el soldado Kimura o algún otro guardia podrían pensar que había salido del cerco. Ahora que la guerra concluía, los guardias japoneses estaban convencidos de que los prisioneros ingleses y americanos trataban constantemente de escapar, aunque en realidad nunca lo pensaban. En 1943 unos pocos ingleses se habían fugado, confiando en la ayuda de sus amigos neutrales de Shanghai, pero el ejército de confidentes los había descubierto muy pronto. Varios grupos de americanos habían partido en el verano de 1944 hacia Chungking, la capital de la China nacionalista, mil quinientos kilómetros al oeste. Todos habían sido delatados por campesinos chinos aterrorizados ante las posibles represalias, entregados a los japoneses y ejecutados. A partir de ese momento, las fugas habían cesado por completo. En junio de 1945 los alrededores de Lunghua eran tan hostiles, estaban tan habitados por bandidos, campesinos muertos de hambre y desertores de los ejércitos títeres, que el sitio más seguro era eI campo de prisioneros con sus guardias japoneses.

Jim acarició con el dedo la vieja cabeza, de la tortuga. Parecía una pena cocinarla: Jim envidiaba a la tortuga su fuerte caparazón, una fortaleza privada contra el mundo, como la que él había intentado construir. Jim sacó de debajo de la cama una caja de madera que el doctor Ransome le había ayudado a clavar. Allí tenía sus posesiones: una insignia japonesa que le había dado el soldado Kimura; tres trompos de competición con arcos de acero; un juego de ajedrez; el *Kennedy's Latin Primer*, préstamo a plazo indefinido del doctor Ransome; su chaqueta de la Cathedral School, una memoria cuidadosamente plegada de su yo más joven, y el par de zuecos que había usado durante los últimos tres años.

Jim puso la tortuga en la caja y la cubrió con la chaqueta. Cuando alzó una punta del muro colgante del cubículo, la señora Vincent estaba espiándolo. Trataba a Jim como a su Coolie Número Dos; y él tenía plena consciencia de que lo toleraba por razones que él apenas entendía. Como todos los hombres y los chicos mayores del Bloque G, se sentía atraído por la señora Vincent; pero para Jim el atractivo principal era diferente. Las largas horas que ella pasaba mirando la ropa lavada y el desapego que mostraba incluso por su propio hijo —daba de comer a su niño enfermo de disentería o le cambiaba la ropa sin mirarlo durante minutos enteros— sugerían a Jim que ella permanecía eternamente por encima del campo de prisioneros, más allá de ese mundo de guardias y hambre y ataques aéreos americanos con el que Jim estaba apasionadamente comprometido. Quería tocarla, no tanto por lujuria adolescente como por simple curiosidad.

—Si quiere usted dormir, señora Vincent, puede usar mi litera.

Cuando Jim intentó ponerle una mano en el hombro, ella la apartó. A veces la señora Vincent era capaz de enfocar con notable precisión los ojos distraídos.

—El señor Maxted todavía está esperando, Jim. Tal vez sería hora de que volvieras a los barracones...

—A los barracones no, señora Vincent. —Jim pretendió gemir. A los barracones no, se repitió resueltamente mientras salía de la habitación. Eran fríos; y si la guerra duraba hasta después del invierno de 1945 mucha más gente moriría en aquel helado ámbito. Sin embargo, por la señora Vincent, quizá volviese a los barracones...

Librodot

22

La universidad de la vida

El ruido de las ruedas de hierro se oía en todo el campo de prisioneros. En las ventanas de los barracones, en las escaleras de los bloques, los prisioneros se ponían en movimiento por unos minutos a causa del recuerdo de la comida.

Jim salió del salón del Bloque G y encontró al señor Maxted sosteniendo todavía las varas de madera del carro de la comida. Veinte minutos antes había hecho el esfuerzo de aferrar las varas, y con eso había agotado su capacidad de decisión. El antiguo arquitecto y empresario, que representaba tantas cosas de lo que más admiraba Jim en Shanghai, había sido tristemente afectado por los años de Lunghua. Al llegar al campo, Jim se había alegrado de encontrarlo, pero ahora comprendía cuánto había cambiado el señor Maxted. Sus ojos buscaban afanosamente las colillas de cigarrillos que arrojaban los guardias japoneses, pero sólo Jim era bastante rápido para encontrarlas. Esto indignaba a Jim, aunque apoyaba al señor Maxted por la nostalgia del sueño infantil de ser como él algún día.

El Studebaker y las prostitutas de los casinos habían preparado mal al señor Maxted para la vida en el campo de prisioneros. Cuando Jim tomó las varas de madera se preguntó cuánto tiempo habría aguardado el arquitecto en el sendero manchado por las cloacas. Quizá el día entero, observado hasta que se caía por el mismo grupo de prisioneros británicos que se pasaban las horas sentados en los escalones y nunca intentaban ayudarlo. Medio desnudos, con ropas andrajosas, miraban el patio de revistas, sin interesarse ni siquiera por el caza japonés que volaba encima de ellos. Varios matrimonios sostenían sus jarros en alto y empezaban a formar una cola, en respuesta refleja a la llegada de Jim.

—Por fin...

—... ese chico...

—Se está convirtiendo en un salvaje...

Estos murmullos provocaron la sonrisa amistosa del señor Maxted.

—Te has ganado la bolilla negra del Country Club, Jim. No hagas caso.

—No hago caso. —El señor Maxted trastabilló y Jim lo sostuvo—. ¿Está bien, señor Maxted?

Jim llamó con un gesto a los hombres sentados en los escalones, pero ninguno se movió. El señor Maxted se plantó con pie firme.

—Vamos, Jim. Algunos trabajan y otros miran, y eso es todo.

El año anterior el equipo había tenido un tercer miembro, el señor Carey, el propietario de la agencia Buick de la Calle Nankín. Pero tres meses atrás había muerto de malaria, y los japoneses habían reducido la ración de comida a tal punto que sólo se necesitaban dos personas para empujar el carro.

Propulsado por sus zapatos nuevos, Jim corrió por el sendero de ceniza. Las ruedas de hierro arrancaban chispas a las piedras. El señor Maxted, jadeando para no quedarse atrás, lo tomó por el hombro.

—Más despacio, Jim. Llegarás antes de que termine la guerra.

—¿Cuándo terminará la guerra, señor Maxted?

—¿Va a terminar, Jim? Otro año, 1946. Dime tú, que escuchas la radio de Basie.

—No he escuchado la radio, señor Maxted —respondió verazmente Jim. Basie era demasiado prudente para admitir un inglés en el círculo secreto de oyentes—. Sé que los japoneses se han rendido en Okinawa. Espero que la guerra acabe pronto.

—No demasiado pronto, Jim. Quizá nuestros problemas empiecen entonces. ¿Todavía enseñas inglés al soldado Kimura?

—No le interesa aprender inglés —tuvo que reconocer Jim—. Creo que para el soldado Kimura la guerra ha terminado realmente.

—Y para ti, Jim, ¿terminará realmente la guerra? Verás de nuevo a tus padres.

Librodot

—Bueno... —Jim prefería no hablar de sus padres, ni siquiera con el señor Maxted. Los dos mantenían desde hacía tiempo una buena relación, aunque el señor Maxted no hacía gran cosa para ayudar a Jim y rara vez mencionaba a su hijo Patrick o sus visitas a los clubes y bares de Shanghai. El señor Maxted no era ya la elegante figura que se caía en las piscinas. Lo que preocupaba a Jim era que su madre y su padre también podían haber cambiado. Poco después de su llegada a Lunghua había oído que sus padres estaban internados en un campo cerca de Soochow, pero los japoneses se habían negado a considerar la idea de un traslado.

Atravesaron el patio de revista y se acercaron a las cocinas, detrás de la guardia. Unos veinte carros y sus encargados aguardaban junto a la ventanilla. Los hombres se empujaban como un grupo de coolies con sus rickshaws. Como había pensado, el señor Maxted y él ocuparían un lugar en mitad de la cola. Los rezagados se apresuraban sendero arriba, mirados por centenares de demacrados prisioneros. Un día de la semana anterior no había habido comida, como represalia por una incursión de Superfortalezas que había devastado Tokio, y los prisioneros se habían quedado mirando hacia las cocinas hasta el anochecer. El silencio había conmovido a Jim, haciéndole recordar los mendigos de la Avenida Amherst. Sin pensar, se había quitado los zapatos y los había escondido entre las tumbas, en el cementerio del hospital.

Jim y el señor Maxted ocuparon sus lugares en la cola. Junto a la guardia, un grupo de prisioneros ingleses y belgas estaba reforzando el cerco. Dos prisioneros desenrollaban un carrete de alambre de espino, que los demás cortaban y clavaban a los postes. Varios soldados japoneses trabajaban hombro a hombro con sus prisioneros; los estropeados uniformes apenas se distinguían del desteñido caqui de los ingleses.

El objeto de esa actividad era un grupo de treinta chinos acampados en las cercanías. Campesinos y aldeanos famélicos, soldados de los ejércitos títeres, niños abandonados, miraban desde el camino el portal de alambre que se alzaba contra ellos. EI primero de esos seres había aparecido tres meses antes. Por la noche, algunos de los más desesperados trepaban por la cerca, sólo para caer en manos de las patrullas de los prisioneros. Los que sobrevivían hasta el alba en la guardia eran conducidos al río por los japoneses y apaleados hasta la muerte en la costa.

Mientras avanzaban hacia la ventanilla, Jim miró a los chinos. Aunque era verano, los campesinos llevaban ropas acolchadas de invierno. Por supuesto, nunca habían admitido a ninguno de ellos, y ni siquiera les habían dado de comer. Sin embargo se acercaban, atraídos por ese único sitio en todo el desolado país donde había comida. Se quedaban hasta que morían, y esto angustiaba a Jim. El señor Maxted tenía razón cuando afirmaba que con el fin de la guerra comenzarían los verdaderos problemas de los prisioneros.

Jim estaba preocupado por el doctor Ransome, por la señora Vincent, por el resto de los compañeros de prisión. ¿Cómo sobrevivirían si los japoneses no los cuidaban? Le preocupaba especialmente el señor Maxted, cuyo fatigado repertorio de chistes sobre el Country Club nada significaba en el mundo real. Pero por lo menos el señor Maxted intentaba que el campo de prisioneros estuviera en movimiento, pues todos dependían de él.

Durante 1943, mientras la guerra favorecía aún al Japón, los prisioneros trabajaban juntos. La comisión de esparcimiento de la que el señor Maxted había sido presidente, había organizado un programa nocturno de conferencias y conciertos. Había sido el año más feliz en la vida de Jim. Todas las noches, cansado del estrecho cubículo y del exasperado distanciamiento de la señora Vincent, Jim asistía a conferencias sobre una infinita variedad de temas: la construcción de las pirámides, la historia del *record* mundial de velocidad en tierra, la vida de un comisionado de distrito en Uganda (el conferenciante, un oficial retirado del ejército de la India, afirmaba haber bautizado por su nombre un lago del tamaño de Gales, lo que asombró a Jim), las armas de infantería de la primera guerra mundial, la administración de la compañía de tranvías de Shanghai, y una veintena más.

Jim absorbía apasionadamente estas conferencias sentado en la primera fila de la sala de reuniones; muchas las había oído dos o tres veces. Ayudó a copiar los papeles de los

Librodot

personajes para la producción de *Macbeth* y *Twelfth Night*, a cargo de los Actores de Lunghua; cambió los escenarios en *The Pirates of Penzance* y en *Trial by Jury*. Durante la mayor parte de 1944 hubo en el campo una escuela atendida por los misioneros, que Jim encontraba tediosa en comparación con las conferencias nocturnas. Pero obedeció a Basie y al doctor Ransome. Ambos estaban de acuerdo en que no debía faltar a una sola clase, aunque sólo fuera, sospechaba Jim, para no fatigarlos con su incesante energía.

Pero en el invierno de 1944 todo eso terminó. Después de los ataques de los cazas americanos al aeródromo de Lunghua, y de los primeros bombardeos de los muelles de Shanghai, los japoneses impusieron el toque de queda. La provisión de corriente eléctrica se cortó definitivamente, y los prisioneros se retiraron a sus literas. Las raciones ya escasas se redujeron a una sola comida por día. Los submarinos americanos bloquearon el estuario del Yangtsé, y los enormes ejércitos japoneses de China empezaron a replegarse hacia la costa, apenas capaces de alimentarse.

La perspectiva de la derrota y el inminente asalto a las islas japonesas ponían a Jim cada vez más nervioso. Comía toda migaja de comida que lograba encontrar, enterado de la cantidad creciente de muertes por malaria y beriberi. Jim admiraba los Mustang y las Superfortalezas, pero a veces deseaba que los americanos retornaran a Hawai y se contentaran con sacar del agua sus acorazados en Pearl Harbor. De ese modo, el campo de Lunghua volvería a ser el lugar feliz que había conocido en 1943.

Cuando Jim y el señor Maxted retornaron con la comida al Bloque G, los prisioneros ya aguardaban con sus jarros y platos. De pie en los escalones, los hombres de pecho desnudo con hombros nudosos y costillas como jaulas de aves, y las pálidas esposas de vestidos harapientos, miraban inexpresivamente como si les trajeran un cadáver. Encabezaban la fila la señora Pearce y su hijo, seguidos por las parejas de misioneros que pasaban el día entero buscando comida.

Cientos de moscas revoloteaban sobre el vapor que se elevaba de los cubos de metal con patatas dulces y trigo partido. Mientras manipulaba los cucharones de madera, Jim hizo una mueca de dolor, no por el esfuerzo de tirar del carro, sino por el calor de la patata robada que había metido debajo de su camisa. Si continuaba doblado nadie podría ver la patata, de modo que hizo una pantomima de muecas y gemidos.

—Oh, oh, dios mío...

ba los Mustang y las Superfortalezas, pero a veces deseaba o los americanos retornaran a Hawai y se contentaran con car del agua sus acorazados en Pearl Harbor. De ese el campo de Lunghua volvería a ser el lugar feliz que conocido en 1943.

Cuando Jim y el señor Maxted retornaron con la comida al Bloque G, los prisioneros ya aguardaban con sus jarros y nU tos. De pie en los escalones, los hombres de pecho desnudo con hombros nudosos y costillas como jaulas de aves, y ja pálidas esposas de vestidos harapientos, miraban inexpresiva-mente como si les trajeran un cadáver. Encabezaban la fila Ja señora Pearce y su hijo, seguidos por las parejas de misioneros que pasaban el día entero buscando comida.

Cientos de moscas revoloteaban sobre el vapor que se elevaba de los cubos de metal con patatas dulces y trigo partido. Mientras manipulaba los cucharones de madera, Jim hizo una mueca de dolor, no por el esfuerzo de tirar del carro, sino por el calor de la patata robada que había metido debajo de su camisa. Si continuaba doblado nadie podría ver la patata, de modo que hizo una pantomima de muecas y gemidos.

—Oh, oh, dios mío...

—Digno de los Actores de Lunghua, Jim. -El señor Maxted había visto que Jim sacaba una patata del cubo cuando salían de las cocinas, pero no había protestado. Agachándose, Jim abandonó el carro a los misioneros. Corrió escaleras arriba y pasó junto a los Vincent, que estaban con sus jarros en la mano; jamás se les ocurría, y tampoco a Jim, que podían traer consigo el jarro de Jim. Se zambulló en el cubículo a través de la cortina y dejó caer la patata

Librodot

humeante debajo del colchón, esperando que la paja húmeda absorbiera el calor. Tomó el jarro y se lanzó como una flecha hacia la entrada para ocupar su sitio a la cabeza de la fila. El señor Maxted había servido ya al reverendo y a la señora Pearce, pero Jim hizo a un lado al hijo de ésta. Alzó el jarro y recibió una ración de trigo cocido y una segunda patata dulce que había señalado al señor Maxted un momento después de salir de la cocina.

Jim retornó a la litera y se relajó por primera vez. Corrió la cortina y se acostó, con el cálido plato como un trozo del sol sobre el pecho. Se sentía soñoliento, y al mismo tiempo mareado de hambre. Se animó con la idea de que hubiera un ataque aéreo americano a la hora de la siesta. ¿Quién deseaba él que ganara? Era una pregunta importante.

Jim tomó entre las manos la patata caliente. Estaba casi demasiado hambriento para gozar de la cáscara gris, pero miró Ia foto del hombre y la mujer del Palacio de Buckingham y deseó que también sus padres, dondequiera que se encontraran, tuvieran una patata extra.

Cuando los Vincent regresaron con las raciones, Jim se incorporó y plegó la cortina para poder examinar los platos. Le gustaba ver comer a la señora Vincent. Sin dejar de mirarla, Jim estudió el trigo partido. Los granos, blancos, hinchados, llenos de almidón, apenas se distinguían de los gorgojos que infestaban esos desechos barridos del depósito. En los primeros años del campo todo el mundo ponía aparte los gorgojos, o los arrojaba por la ventana más próxima, pero ahora Jim los cultivaba cuidadosamente. Con frecuencia había más de cien gorgojos formados en tres filas en el borde del plato de Jim, aunque desde hacía poco, hasta el número de gorgojos estaba en declinación. «Come los gorgojos», le había dicho el doctor Ransome, y Jim lo hacía, aunque todo el mundo los apartaba. Pero en los gorgojos había proteínas, cosa que aparentemente deprimía al señor Maxted cuando Jim se lo recordaba.

Después de contar ochenta y siete gorgojos —con todo, esta cantidad, calculó Jim, disminuía menos rápidamente que las raciones—, mezcló con el trigo ese alimento animal criado en el norte de China, y devoró las seis cucharadas. Respiró y esperó a que la señora Vincent mordiera su patata dulce.

—¿Es necesario que hagas eso, Jim? —preguntó el señor Vincent. El antiguo corredor de bolsa y jockey amateur, no más alto que Jim, estaba en su litera junto al hijo enfermo. De pelo negro y cara amarilla, como un limón exprimido, le recordaba a Basie, sólo que el señor Vincent jamás había logrado entenderse con Lunghua—. Extrañarás este campo de prisioneros cuando la guerra termine. Me pregunto cómo harás para ir a la escuela en Inglaterra.

—Es posible que me parezca raro —admitió Jim, concluyendo el último gorgojo. Era muy susceptible acerca de sus ropas en jirones y de sus decididos esfuerzos para mantenerse con vida. Limpió el plato con el dedo, y recordó una de las frases favoritas de Basie—. De todos modos, señor Vincent, el mejor maestro es la universidad de la vida.

La señora Vincent bajó la cuchara.

—Jim, ¿no podríamos terminar de comer? Ya conocemos tus puntos de vista sobre la universidad de la vida.

—Muy bien. Pero hemos de comer los gorgojos, señora Vincent.

—Lo sé, Jim. Te lo ha dicho el doctor Ransome.

—Dice que necesitamos las proteínas.

—El doctor Ransome tiene razón. Tenemos que comer los gorgojos.

Con la esperanza de alegrar la conversación, Jim preguntó:

—¿Cree en las vitaminas, señora Vincent?

La señora Vincent miró su plato. Habló con verdadera desesperación.

—Chico extraño...

El reproche no llegó a molestar a Jim. Todo, en esa mujer distante de pelo rubio cada vez más ralo, intrigaba a Jim, que sin embargo desconfiaba de ella en muchos sentidos. Seis meses antes, cuando el doctor Ransome creyó que Jim estaba enfermo de neumonía, ella no había hecho nada por atenderlo, y el doctor Ransome había tenido que venir todos los días a

Librodot

bañarlo. Sin embargo, la noche anterior había ayudado a Jim con sus tareas de latín, explicándole con precisión la diferencia entre gerundios y gerundivos.

Jim esperó a que comenzara a comer la patata dulce. Después de comprobar que su propia patata era la más grande de las cuatro que había en la habitación, y de resolver que no guardaría nada para la tortuga escondida debajo de la litera, rompió la piel y devoró la pulpa caliente en un segundo. Cuando desapareció el último trozo, se echó hacia atrás y bajó la cortina. Sólo ahora —los Vincent, a un metro de distancia, podrían haber estado en otro planeta— meditó en las tareas que tenía por delante ese día. Primero, estaba la segunda patata que sacaría a escondidas de la habitación. Luego, las tareas de latín para el doctor Ransome, varios recados para Basie y el soldado Kimura, y luego la incursión aérea de la tarde; en conjunto, un programa completo hasta el toque de queda. Después del toque recorrería los pasillos del Bloque G con su ajedrez, dispuesto a aceptar a todo posible contendiente. Con el *Kennedy Primer* en la mano, Jim salió del cubículo. La segunda patata le abultaba en el bolsillo del pantalón, pero desde hacía varios meses la presencia de la señora Vincent le provocaba inesperadas erecciones, y confiaba en la confusión para escapar.

Con la cuchara a mitad de camino de la boca, el señor Vincent observó el bulto con una expresión de profundo desaliento. La mujer miró a Jim con la franqueza de siempre. Jim se escurrió de lado y salió de la habitación. Feliz otra vez de verse libre de los Vincent, Jim se deslizó por el pasillo hasta la puerta que había debajo de la salida de incendio y saltó por encima de los chicos que jugaban en los escalones. Cuando el aire tibio le sacudió los jirones de la camisa, echó a correr hacia el mundo familiar y reconfortante del campamento.

Librodot

23

El ataque aéreo

Camino del hospital, Jim se detuvo a trabajar un rato en el ruinoso salón de reuniones. Desde la galería superior no sólo podía vigilar las trampas de faisanes del otro lado de la cerca, sino también mantenerse al día acerca de toda nueva actividad en el aeródromo de Lunghua. La escalera de la galería estaba obstruida en parte por trozos de albañilería caídos del techo, pero Jim se deslizó por una estrecha hendedura que el paso de los niños del campo había alisado. Subió por la escalera y se instaló en el escalón de cemento que había sido la primera grada de la galería.

Con el manual de latín en sus rodillas, Jim comió lentamente su segunda patata. Abajo, el arco del proscenio había sido reducido por los bombardeos a un montón de escombros y vigas de acero, pero ese espectáculo parecía por muchos motivos una imagen proyectada en una pantalla de cine. Hacia el norte, en la zona izquierda del panorama, estaban las casas de apartamentos de la Concesión Francesa, y las fachadas se reflejaban en los arrozales inundados. A la derecha de Jim, el río Whangpoo emergía del distrito de Nantao y describía un inmenso arco a través de las tierras abandonadas.

Frente a Jim estaba el aeródromo de Lunghua. La pista de cemento trazaba una diagonal sobre la hierba hasta el pie de la pagoda. Jim podía ver los cañones de la artillería antiaérea montados en los viejos terrados y los poderosos reflectores para el aterrizaje y las antenas emplazados en el techo de tejas. Debajo de la pagoda estaban los hangares y los talleres, defendidos por sacos de arena. En la pista de cemento no había más que unos viejos aviones de reconocimiento y bombarderos convertidos, todo lo que quedaba de los escuadrones antes invencibles que habían despegado de Lunghua.

Alrededor de la pista, en las altas hierbas que llegaban hasta el camino de cintura, estaban las ruinas de lo que a Jim le parecía toda la fuerza aérea japonesa. Veintenas de aviones manchados de herrumbre, con el tren de aterrizaje achatado, entre los árboles o en los macizos de ortigas adonde lo habían desviado los tripulantes heridos, después de un aterrizaje forzoso. Durante meses, aviones japoneses mutilados habían caído del cielo al cementerio del aeródromo de Lunghua, como si una titánica batalla aérea se desarrollara muy lejos, por encima de las nubes.

Entre esas ruinas se movían ya los mercaderes chinos de chatarra. Con la infatigable habilidad de los chinos para convertir un conjunto de desechos en otro, arrancaban la piel metálica de las alas y recuperaban los neumáticos y los tanques de combustible. Pocos días más tarde se venderían en Shanghai como paneles para techos, cisternas y sandalias con suela de goma. Jim nunca logró saber si esto se hacía con permiso de los japoneses. Cada pocas horas, un grupo de soldados salía en un camión y dispersaba a parte de los chinos. Jim los veía correr a través de los arrozales inundados del oeste del aeródromo mientras los japoneses sacaban de los carros los neumáticos y las planchas de metal. Pero los chinos retornaban siempre, ignorados por los servidores de los cañones antiaéreos emplazados en nidos de sacos de arena a lo largo del camino de cintura.

Jim se chupó los dedos, extrayendo de las uñas roídas el último grumo de patata dulce. El alimento tibio le calmaba el eterno dolor de dientes. Miró trabajar a los chinos, con la tentación de deslizarse por la cerca y unirse a ellos. Había tantas marcas nuevas de aviones japoneses. Apenas a cuatrocientos metros de las trampas para faisanes estaba el casco abatido de un Hayate, uno de los poderosos cazas de gran altura enviados a combatir contra las Superfortalezas que lanzaban bombas incendiarias sobre Tokio. Rara vez se patrullaban las hierbas altas entre el campo y el extremo sur del aeródromo. La mirada experimentada de Jim recorrió las quebradas y depresiones de las matas de ortiga y de caña de azúcar silvestre, siguiendo el curso de un canal abandonado.

Librodot

Un segundo grupo de coolies chinos trabajaba en el centro del aeródromo, reparando la pista de cemento. Llevaban cestos de piedras desde los camiones situados junto a los cráteres de las bombas. Una aplanadora, gobernada por un soldado japonés, se movía de un lado a otro.

El agudo silbato de las válvulas conmovió a Jim. Esa cuadrilla de coolies le recordó que él también había trabajado en la pista. Durante los últimos tres años, cada vez que veía despegar los aviones japoneses de Lunghua, Jim sentía un desconcertante orgullo cuando las ruedas abandonaban la superficie de cemento. Él y Basie y el doctor Ransome, junto con aquellos prisioneros chinos forzados a trabajar hasta la muerte, habían contribuido a construir la pista que llevaba a los Zeros y los Hayate al combate aéreo contra los americanos. Jim no ignoraba que su admiración por la fuerza aérea japonesa procedía de la idea, todavía atemorizante, de que casi había dado la vida ayudando a construir la pista, como los soldados chinos sepultados en ese pozo de cal que ya nadie podría encontrar bajo la ondulante caña de azúcar. Si hubiera muerto, sus huesos y los de Basie y los del doctor Ransome habrían sostenido a los pilotos japoneses que despegaban desde Lunghu para lanzarse contra las naves americanas de patrulla alrededor de Okinawa y de Iwo Jima. Si los japoneses triunfaban, esa pequeña parte de su mente que se había incorporado para siempre a la pista quedaría en paz. Pero si eran derrotados, de nada habrían servido todos esos temores.

Jim recordó a los pilotos del anochecer que le habían ordenado abandonar la cuadrilla de trabajo. Cada vez que Jim veía a los japoneses cerca de sus aviones evocaba a los tres jóvenes pilotos que inspeccionaban la pista junto con el personal de tierra. Si no hubiera sido por ese chico inglés que se acercaba a los aviones, los japoneses ni siquiera habrían advertido a la cuadrilla.

Los aviadores fascinaban a Jim mucho más que el soldado Kimura y su armadura de kendo. Todos los días, cuando visitaba la galería del salón de reuniones o ayudaba al doctor Ransome en el huerto del hospital, miraba a los pilotos de amplios trajes mientras concluían el control exterior antes de trepar a la cabina. Jim admiraba sobre todo a los pilotos kamikaze. En los últimos meses, más de una docena de unidades especiales de ataque habían llegado al aeródromo de Lunghua, base de las misiones suicidas contra los portaaviones americanos en el Mar de la China. Ni el soldado Kimura ni los demás guardias prestaban la menor atención a los pilotos suicidas, y Basie y los marinos americanos del Bloque E los llamaban *hashi-crashies* o los chiflados.

Pero Jim se identificaba con esos pilotos kamikaze, y siempre se conmovía ante la despojada ceremonia que se celebraba a un lado de la pista. La mañana anterior, mientras trabajaba en el huerto del hospital, había dejado el cubo de residuos para correr hasta la cerca de alambre y verlos partir. Los tres pilotos, de blancas tocas, eran apenas mayores que Jim, con narices poco huesudas y mejillas infantiles. De pie junto a sus aviones a la caliente luz del sol, se apartaban nerviosamente las moscas de los labios, los rostros endurecidos mientras el jefe de la escuadrilla saludaba. Ni siquiera cuando vitoreaban al emperador, gritando ásperamente al auditorio de moscas, los servidores de las baterías antiaéreas reparaban en ellos; y el soldado Kimura, que atravesaba el sembrado de tomates y lo llamaba desde la cerca, parecía asombrado por el interés de Jim.

Jim abrió el manual de latín y empezó la tarea que había estipulado el doctor Ransome: todos los tiempos del verbo *amo* en voz pasiva. A Jim le encantaba el latín; en muchos sentidos, su estricta formalidad y las familias de verbos y nombres se parecían a la química, la materia favorita de su padre. Los japoneses habían cerrado la escuela del campo, una astuta represalia contra los padres, que se pasaban encerrados todo el día con sus descendientes; pero el doctor Ransome continuaba imponiendo a Jim una amplia gama de tareas. Poemas para aprender de memoria, ecuaciones simultáneas, ciencias (en las que gracias a su padre Jim sorprendía a menudo al doctor Ransome) y francés, que odiaba. Parecía una cantidad considerable de trabajo, reflexionaba Jim, si se tenía en cuenta que la guerra estaba a punto de terminar. Pero quizá ésa era la forma del doctor Ransome de obligarlo a estar quieto una hora diaria. Y además, en cierto sentido, las tareas escolares ayudaban al doctor Ransome a mantener la

Librodot

ilusión de que incluso en el campo de Lunghua subsistían los valores de una Inglaterra desaparecida. Por descamisado que estuviera, Jim estaba decidido a ayudar al doctor Ransome de todas las maneras posibles.

Amatus sum, amatus es, amatus est... Mientras recitaba el tiempo perfecto, Jim observó que los ladrones de materiales huían a la carrera de un avión abatido. La cuadrilla de coolies se dispersaba, después de arrojar al suelo los cestos de piedras. El soldado japonés descendió de la aplanadora y corrió con el pecho desnudo hacia uno de los emplazamientos antiaéreos, cuyos cañones barrían el cielo. Destellos de luz brotaban ya de la pagoda de Lunghua, como si los japoneses hubiesen lanzado al aire una traca anunciando una celebración religiosa. El ruido de esa ametralladora solitaria atravesó el aeródromo y fue rápidamente ahogado por el quejido de una sirena antiaérea. El timbre de la guardia del campo de Lunghua se unió a la llamada, un áspero campanilleo que atravesó la cabeza de Jim.

Excitado por la perspectiva de la incursión, Jim escrutó el cielo a través del techo abierto del salón de reuniones. En el campo los prisioneros corrían por los senderos cenicientos. Los hombres y las mujeres que dormitaban como pacientes de hospicio en los escalones entraron en montón por las puertas; las madres se asomaban a las ventanas bajas y alzaban a los niños y los llevaban a algún sitio seguro. En un minuto el campo quedó desierto, dejando a Jim solo para dirigir el ataque aéreo desde la galería del salón de reuniones.

Jim escuchó atentamente, sospechando ya una falsa alarma. Los ataques aéreos llegaban cada día más temprano, a medida que los americanos adelantaban sus bases en el Pacífico y en el interior de la China. Los japoneses estaban ahora tan nerviosos que saltaban ante una nube en el cielo. Un avión de transporte bimotor volaba sobre los arrozales; sus tripulantes ignoraban el pánico que había abajo.

Jim retornó al manual de latín. En ese momento una sombra inmensa atravesó el salón de reuniones y corrió por el suelo hacia el cerco. Un tornado de ruido llenó el aire, de donde emergió un caza monomotor de fuselaje plateado y con la insignia de barras y estrellas de la fuerza aérea americana. A sólo diez metros sobre la cabeza de Jim, las alas del Mustang eran más grandes que el centro de reunión. El fuselaje estaba manchado de herrumbre y de petróleo, pero el motor poderoso tenía la marcha suave del Packard paterno. El Mustang atravesó la cerca del campo y pasó disparado a lo largo de la pista, a la altura de la cabeza de un hombre. Una turbulenta estela de polvo y hojas hervía en el suelo.

Los cañones antiaéreos se volvieron hacia el campo. En los terrados escalonados de la pagoda de Lunghua centellearon las luces, como en el gran árbol de Navidad de la Sincere Company de Shanghai. Impertérrito, el Mustang voló en línea recta hacia la pagoda, y el estruendo de otro Mustang que atravesaba los arrozales al oeste ahogó el ruido de los motores. Un tercer avión venía detrás de él, a tan baja altura que Jim alcanzo a ver la cabina, los pilotos dentro, y las insignias ennegrecidas por los vapores del escape. Otros dos Mustang pasaron por encima; el torbellino de las hélices arrancó las planchas de hierro corrugado del barracón junto al Bloque G. A un kilómetro al este, entre el campo de Lunghua y el río, una segunda escuadrilla de cazas americanos venía desde el mar, tan cerca de sus propias sombras sobre los desiertos arrozales que parecían esconderse detrás de la hilera de túmulos sepulcrales. Se elevaron cuando llegaron al aeródromo, y luego volvieron a descender para ametrallar los aviones japoneses junto a los hangares.

Sobre el campo de prisioneros estallaban las granadas antiaéreas; las sombras palpitaban como los latidos de un corazón sobre la tierra blanca. Una granada estalló con un relámpago abrasador sobre el salón de reuniones, atontando el aire. Luego una catarata de polvo cayó del techo de cemento y le cubrió a Jim los hombros. Agitando en el aire el manual de latín, Jim contó las docenas de granadas. ¿No comprendían los pilotos de los Mustang que Basie y muchos marinos mercantes americanos estaban prisioneros en el campo de Lunghua? Cada vez que atacaban el aeródromo, los cazas se mantenían escondidos detrás de los bloques de dormitorios; esto atraía el fuego japonés hacia el campo y había causado la muerte de varios prisioneros.

Librodot

Pero Jim estaba contento de que los Mustang se acercaran tanto. Sus ojos se alimentaban con cada bulón de los fuselajes, con las troneras de las ametralladoras en las alas, con los enormes radiadores ventrales que, Jim estaba seguro, sólo habían sido colocados allí por motivos de estilo. Jim admiraba los Zero y los Hayate de los japoneses; pero los cazas Mustang eran los Cadillac del combate aéreo. Le faltaba el aliento y no podía gritar a los pilotos, pero agitó el manual de latín cuando se elevaron bajo el dosel de granadas antiaéreas.

Las primeras oleadas de aviones atacantes habían pasado sobre el aeródromo. Claramente visibles contra las casas de apartamentos de la Concesión Francesa, volaban hacia Shanghai, para atacar los muelles y la base aeronaval de Nantao. Pero las baterías antiaéreas de la pista seguían disparando. Una telaraña de trazadoras cosía el cielo; las hebras de fósforo se cruzaban y entrecruzaban. En el centro estaba la gran pagoda de Lunghua, elevándose sobre el humo de los hangares incendiados, sosteniendo con los cañones un techo permanente de fuego amtiaéreo.

Jim no había visto nunca un ataque aéreo de esa escala. Una segunda ola de Mustang atravesó los arrozales entre el río y el campo de prisioneros, seguida por un escuadrón de cazabombarderos bimotores. A trescientos metros al oeste del campo, uno de los Mustang inclinó el ala de estribor hacia el suelo. Fuera de control, se deslizó de lado en el aire y tocó con la punta del ala el terraplén de un canal abandonado. El avión giró como una rueda sobre los arrozales y se destrozó en el aire. Estalló en una cortina de petróleo ardiente, y del otro lado Jim alcanzó a ver la figura llameante del piloto americano, todavía atado al asiento. Cabalgando los restos incandescentes de su avión pasó a través de los árboles, más allá de la cerca, un fragmento del sol cuya luz continuaba fulgurando sobre los campos circundantes.

Un segundo Mustang herido se separó de los demás. Arrastrando una pluma de humo aceitoso, se elevó sobre las explosiones de las granadas y trepó al cielo. El piloto trataba de huir del aeródromo, pero cuando el Mustang empezó a perder altura, lo puso de espaldas y se dejó caer. El paracaídas se abrió y bajó rápidamente. El avión se enderezó, trazó con la pluma negra un arco ondulante sobre los campos desiertos, y luego se precipitó al río.

El piloto estaba suspendido, aislado en el cielo silencioso. Los otros aviones se precipitaban hacia Shanghai, los fuselajes plateados se perdían entre las ventanas soleadas de la Concesión Francesa. Ya no se oía el martilleo de los motores ni el fuego antiaéreo. Otro paracaidista descendía entre los canales al oeste del aeródromo. El olor de gasolina quemada y de líquido refrigerante llenaba el aire perturbado. En toda la extensión del campo los minúsculos tornados de hojas e insectos muertos se calmaron y luego volvieron a girar en los senderos, buscando los torbellinos de los Mustang desaparecidos.

Los dos paracaídas descendían sobre los túmulos sepulcrales. Ya un grupo de soldados japoneses corría en un camión con el radiador humeante por el camino de cintura a matar a los pilotos. Jim sacudió el polvo de su manual de latín y esperó los disparos de rifle. El halo luminoso que había brotado del Mustang ardiente aún persistía sobre arroyos y arrozales. Durante unos minutos, el sol se había acercado a la tierra, como para abrasar la muerte en los campos.

Jim se sintió afligido por esos pilotos americanos que habían muerto presos en sus arneses, a la vista de un cabo japonés con una pistola Máuser y de un solo chico inglés escondido en la galería de un edificio en ruinas. Sin embargo, el fin del piloto le recordó a Jim su propio fin, sobre el que había pensado de un modo secreto desde que llegara a Lunghua. Aceptaba los ataques aéreos, el estruendo de los Mustang sobre el campo, el olor del petróleo y la cordita, las muertes de los pilotos, e incluso la probabilidad de su propia muerte. A pesar de todo, sabía que él no valía nada. Apretó el manual de latín, temblando con un ansia secreta que la guerra había de satisfacer ávidamente.

24

El hospital

—¡Jim! ¿Estás ahí arriba? ¿Te han herido?

El doctor Ransome estaba entre los escombros, en el suelo del salón de reuniones, gritando hacia la galería. Exhausto por el esfuerzo de correr desde el Bloque D, los pulmones le restallaban contra el pecho. Los años de Lunghua hacían que pareciera más alto, pero poco más que una red de tendones le mantenía unidos los grandes huesos. El único ojo bueno, sobre la barba color herrumbre, había visto la parte superior de la cabeza de Jim, blanca de polvo como si hubiera encanecido por el ataque aéreo.

—Jim, te necesito en el hospital. El sargento Nagata dice que puedes quedarte conmigo para la revista.

Jim despertó de su fantaseo. Increíblemente, el halo desprendido del cuerpo ardiente del piloto americano aún se cernería un tiempo sobre los campos vacíos, pero decidió no mencionar esta ilusión óptica al doctor Ransome. La sirena de fin de ataque gemía en la pagoda, señal que repitió el timbre de la guardia. Jim se abrió paso con dificultad escaleras abajo.

—Aquí estoy, doctor Ransome. Creo que casi me han matado. ¿Ha muerto alguien?

—Esperemos que no. —El doctor Ransome se apoyó contra la balaustrada y con su sombrero de paja de coolie se quitó el polvo de la barba. Aunque conmovido por el ataque aéreo, miraba a Jim con aire fatigado pero paciente. Después de los ataques, cuando los guardias japoneses empezaban a abusar de los prisioneros, solía mostrarse vivo de genio con Jim, como si él fuera el responsable. Pasó la mano por el pelo de Jim, quitándole el polvo de cemento, y le examinó el cráneo para ver si había huellas de sangre—. Jim, habíamos acordado que no subirías allí durante los ataques. Los japoneses ya tienen bastante trabajo; podrían pensar que intentas hacer señales a los pilotos americanos.

—Lo intenté, pero no me vieron. Los Mustang vuelan tan rápido... —Jim quería al doctor Ransome, y deseaba tranquilizarlo—. He hecho mis tareas de latín, doctor.

Sorprendido, Jim advirtió que al doctor Ransome no le interesaba que hubiera aprendido los verbos de memoria. Caminaba hacia el hospital, un grupo de cabañas de bambú que los prisioneros habían construido junto al cementerio, estimando con realismo los recursos sanitarios del campo. La revista ya había comenzado, y los senderos estaban desiertos. Los guardias japoneses irrumpían en los barracones y destrozaban con las culatas de los rifles los últimos cristales enteros de las ventanas. El señor Sakura, comandante del campo, había insistido en esa precaución para proteger de las explosiones a los prisioneros. Pero era en realidad una represalia por el ataque aéreo, como todos descubrirían penosamente esa noche cuando miles de mosquitos anofeles se elevaran, a la hora de la cena, de las charcas estancadas que rodeaban el campo.

En los escalones del Bloque E, uno de los dormitorios de hombres solos, el sargento Nagata vociferaba en la cara del jefe del bloque, el señor Ralston, el organista del cine Metropole de Shanghai. Detrás del sargento había tres guardias con las bayonetas caladas, como si esperaran que un pelotón de infantes de marina americanos surgiera del edificio. Los centenares de prisioneros harapientos esperaban pacientemente. A medida que la guerra avanzaba en su último año, los japoneses se tornaban más inquietos y peligrosos.

—Doctor Ransome, ¿qué ocurrirá si los americanos ocupan Woosung? —Ese puerto, en la desembocadura del Yangtsé, dominaba el acceso por el río a Shanghai. Todo el mundo hablaba de Woosung en el campo.

—Probablemente los americanos desembarcarán en Woosung, Jim. Siempre he pensado que tendrías que estar en el cuartel general de MacArthur. —El doctor Ransome se detuvo para cobrar el aliento. Metió aire a la fuerza en el pecho huesudo, contemplando un reflejo de sí

Librodot

mismo en las punteras metálicas de los zapatos de Jim—. Trata de no pensarlo... Tienes tantas otras cosas volando en la cabeza... Quizá los americanos no desembarquen allí.

—Si lo hacen, los japoneses pelearán.

—Sí, Jim, pelearán. Como has sostenido lealmente, los japoneses son los soldados más valientes del mundo.

—Bueno... —Lo que se decía del valor desconcertaba a Jim. La guerra no tenía nada que ver con el valor. Dos años antes, cuando era más joven, le había parecido importante determinar quiénes eran los soldados más valientes, una parte de su esfuerzo para digerir el trastorno que había entrado en su vida. Entonces, los japoneses estaban en el primer lugar, los chinos en el último, y los ingleses oscilando entre los dos. Pero Jim pensaba ahora en los aviones americanos que habían barrido el cielo. Por bravos que fueran, nada podían hacer los japoneses para detener esas máquinas hermosas y desenvueltas.

—Los japoneses son valientes —concedió Jim—. Pero ahora el valor no tiene importancia.

—No estoy seguro. ¿Eres valiente, Jim?

—No..., por supuesto que no. Pero podría serlo —dijo Jim.

—Yo creo que lo eres.

Aunque casual, el comentario del doctor Ransome tenía un filo desagradable. Sin duda estaba enojado con Jim, como si le echara la culpa del ataque de los Mustang. ¿Era porque él había aprendido a gozar de la guerra? Jim lo pensó mientras llegaban al hospital. En el suelo, junto a los gastados escalones de bambú, estaba el cono intacto de una granada antiaérea. La recogió, curioso, para ver si aún estaba caliente, pero el doctor Ransome la tomó y la arrojó por encima de la cerca de alambre.

Jim se detuvo sobre los escalones podridos, flexionando los zapatos contra las cañas de bambú. Había sentido la tentación de quitarle la granada al doctor Ransome. Era ahora casi tan alto como el médico, y en muchos sentidos más fuerte. Durante los tres años últimos, a medida que Jim crecía, el gran cuerpo del doctor Ransome se había encogido y desgastado. Jim apenas recordaba cómo era antes: un hombre robusto de pelo rojo, dos veces más grande que los soldados japoneses Pero durante los dos primeros años en el campo el doctor Ransome había dado a Jim una parte excesiva de su propia comida.

Entraron en el hospital, y Jim se dirigió a su puesto en el dispensario con el doctor Bowen, especialista en nariz, garganta y oídos del Hospital General de Shanghai, y las cuatro misioneras viudas que constituían el equipo de enfermeras. Mientras aguardaban a que el sargento Nagata pasara revista, Jim miró las salas vecinas, donde los treinta pacientes descansaban en literas. Después de cada ataque aéreo había algunas muertes, por la conmoción o el agotamiento. Recordar que la guerra casi había terminado parecía alentar a algunas personas a dar el último suspiro. Sin embargo, para los que aún tenían interés en seguir con vida, una muerte era una buena noticia. Para Jim significaba un cinturón viejo o unos tirantes, una pluma estilográfica, y una vez, milagrosamente, un reloj de pulsera que había usado durante tres días antes de entregárselo a Basie junto con todo lo demás. Los japoneses habían confiscado los relojes; como decía el doctor Ransome, querían dejar a sus prisioneros sin tiempo. Durante esos tres días Jim había medido el tiempo que le llevaba hacer cada cosa.

La mayor parte de los pacientes sufrían de malaria, disentería o infecciones cardíacas provocadas por la nutrición insuficiente. Los enfermos que más angustiaban a Jim eran los de beriberi, de piernas hinchadas y con los pulmones impregnados de agua, y mentes tan confusas que creían agonizar en Inglaterra. En las últimas horas se les concedía un privilegio especial, el único mosquitero del hospital, y en ese temporal sepulcro esperaban a que los remitieran al cementerio próximo junto al jardín de la cocina.

Mientras el sargento Nagata se acercaba al hospital, acompañado por dos soldados, Jim miró la sala de hombres. Desde hacía días el señor Barraclough, el secretario del Shanghai Country Club, estaba a punto de morir, y Jim había reparado en su anillo de sello de oro. Quizá no fuera oro —nada que le hubiera dado a Basie lo era— pero podía tener cierto valor. Jim no

tenía escrúpulos en robar a los muertos. Los únicos pacientes bastante tontos para venir al hospital eran los que carecían de parientes o amigos dispuestos a atenderlos en los dormitorios o los barracones. Aparte de que no había medicamentos —la pequeña provisión entregada por los japoneses se había terminado el primer año—, el hospital rara vez curaba a nadie. Los japoneses, suponiendo acertadamente que todos los que entraban en el hospital morirían pronto, reducían en seguida las raciones a la mitad. Aun así, pensaba Jim, podía pasar mucho tiempo antes de que el doctor Ransome y el doctor Bowen los declararan oficialmente muertos. Jim sabía que una gran parte de las patatas extra que había comido eran raciones de muertos. El doctor Ransome trabajaba duro en el hospital, y Jim lamentaba que en los últimos tiempos pareciera haber perdido las esperanzas.

—Aquí están —dijo el doctor Ransome—. Jim, posición de firmes. Hoy no discutas con el sargento Nagata. Y no le hables del ataque aéreo.

Advirtió que Jim tenía la vista clavada en el anillo de sello y volvió la cabeza para enfrentar al sargento Nagata, que subía los escalones de bambú. El doctor Ransome desaprobaba el saqueo de tumbas, aunque no ignoraba que Jim cambiaba por comida las hebillas de los cinturones y los tirantes. Sin embargo, como Jim pensaba secretamente, el doctor Ransome tenía su propia fuente de provisiones. Al contrario que la mayoría de los prisioneros de Lunghua, a quienes se había permitido preparar una maleta antes de la internación, el doctor Ransome había entrado en el campo sin otra cosa que la camisa, los pantalones cortos y las sandalias de cuero. Sin embargo, su cubículo del Bloque D contenía un impresionante inventario de posesiones: una muda completa, un gramófono portátil y varios discos, una raqueta de tenis, una pelota de rugby, y un estante de libros de texto que habían contribuido a la educación de Jim. El doctor Ransome los había obtenido, así como todas las ropas que había usado Jim en el campo y los magníficos zapatos de golf que habían atraído instantáneamente la mirada del sargento Nagata, del río de pacientes que visitaban su cubículo del Bloque D todas las noches. Muchos no tenían nada que ofrecer, pero las esposas jóvenes siempre traían algún modesto regalo a cambio de los misteriosos servicios que el doctor Ransome pudiera proporcionar. Richard Pearce había reconocido una vez que Jim usaba una de sus camisas viejas, aunque demasiado tarde.

El sargento Nagata se detuvo frente a los prisioneros. Era evidente que la escala del ataque americano lo había sorprendido. Apretaba las mandíbulas mientras soplaba sobre los labios unas gotas de saliva. Las cerdas que le rodeaban la boca temblaban como antenas en miniatura, sintonizando una furia próxima. Necesitaba obligarse a esa furia, pero las brillantes punteras de los zapatos de Jim lo distrajeron. Como todos los soldados japoneses, llevaba unas botas deshechas, y los dedos grandes le sobresalían como enormes pulgares.

—Chico... —Se detuvo delante de Jim y le golpeó la cabeza con los papeles de la lista, levantando una nube de polvo blanco. Sabía por el soldado Kimura que Jim participaba en todas las actividades ilícitas del campo de prisioneros, pero jamás había logrado sorprenderlo. Sacudió el polvo, y con un esfuerzo pronunció las únicas dos palabras consecutivas en inglés que habían enseñado sus años en Lunghua—: Chico difícil...

Jim esperó que prosiguiera, fascinado por la saliva en los labios de Nagata. ¿No le gustaría oír al sargento un informe de primera mano del ataque aéreo?

Pero Nagata pasó a la sala de hombres, gritando a los médicos en japonés. Miró a los agonizantes, por quienes jamás había demostrado el menor interés; Jim tuvo la jubilosa idea repentina de que el doctor Ransome ocultaba a un piloto americano herido. Quería tocar al piloto antes de que los japoneses lo mataran, tocarle el casco y el traje de vuelo, pasar el dedo por el polvo y el petróleo de las antiparras...

—¡Jim! ¡Deja de pensar! —La señora Philips, una de las misioneras viudas, lo sostuvo mientras Jim se inclinaba hacia adelante, a punto de desvanecerse ante la imagen de esa figura arcangélica que había caído entre los arrozales. Jim se enderezó, fingiendo que se sentía débil de hambre, y tratando de evitar la mirada suspicaz del japonés que montaba guardia en la puerta del dispensario. Esperaba que terminara la revista y reflexionaba en el

Librodot

probable botín que acompañaría a un piloto americano muerto. Muy pronto algún americano sería derribado en el campo de Lunghua. Jim trató de decidir en cuál de los edificios en ruinas se podría esconder mejor el cuerpo. El equipo y la mochila, bien administrados, se los podría cambiar a Basie por patatas dulces para meses enteros, y quizá incluso por un abrigo de invierno. Habría patatas dulces para el doctor Ransome, a quien Jim estaba resuelto a mantener con vida.

Se meció sobre los talones y escuchó a una anciana que lloraba en la sala próxima. Del otro lado de la ventana estaba la pagoda del aeródromo de Lunghua. Ya la batería antiaérea se veía a una nueva luz.

Durante toda la hora siguiente Jim estuvo en fila con las misioneras viudas, bajo la mirada del centinela. El doctor Ransome y el doctor Bowen habían ido con el sargento Nagata al despacho del comandante, quizá para ser interrogados. Los guardias se movían por el campo silencioso con sus papeles, contando una y otra vez. La guerra estaba a punto de terminar, y sin embargo los japoneses parecían obsesionados por saber exactamente cuántos prisioneros tenían.

Jim cerró los ojos tratando de serenarse, pero el centinela le ladró, sospechando que Jim estaba a punto de iniciar algún juego privado que el sargento Nagata desaprobaría. Jim estaba excitado por el recuerdo del ataque aéreo. Los Mustang todavía cruzaban el campo para atacar la torre antiaérea. Jim se imaginó ante los mandos de un caza, cayendo a tierra cuando el avión estallaba, renaciendo como uno de los pilotos kamikaze de aspecto infantil que daban vivas al emperador ante de lanzar sus Zeros contra los portaaviones americanos de Okinawa. Un día Jim sería un piloto herido que caía entre los túmulos sepulcrales y las pagodas artilladas. Pedazos del paracaídas y del traje de aviador, quizá aun de su propio cuerpo, se dispersarían sobre los arrozales, alimentando a los prisioneros detrás de la alambrada y a los chinos que morían de hambre ante las puertas...

—Jim! —silbó la señora Philips—. Practica el latín...

Obligándose a no parpadear, para irritación del centinela japonés, Jim miró el sol por la ventana del dispensario. El paisaje silencioso parecía inundado de llamas: el halo nacido del cuerpo ardiente del piloto americano. La luz tocaba el herrumbrado alambre de la cerca y el follaje polvoriento de la caña de azúcar silvestre, blanqueaba las alas de los aviones abatidos y los huesos de los campesinos en los túmulos sepulcrales. Jim anhelaba el próximo ataque aéreo, soñando con esa luz violenta, casi sin aliento a causa del hambre que el doctor Ransome había reconocido pero que nunca podía satisfacer.

25

El jardín del cementerio

Cuando la revista concluyó Jim se quedó en los escalones del hospital. El doctor Ransome y el doctor Bowen regresaron del despacho del comandante y se encerraron en el dispensario con las cuatro misioneras viudas. El doctor Ransome parecía tan nervioso como los japoneses. La vieja cicatriz debajo del ojo estaba colorada de sangre. ¿Acaso el sargento Nagata lo había abofeteado por protestar ante un nuevo recorte de la ración de alimentos?

Con las manos en los bolsillos, Jim echó a andar ociosamente por el sendero de ceniza detrás del hospital. Examinó los sembrados de tomates, guisantes y melones del jardín de la cocina. La modesta cosecha se destinaba a complementar la dieta de los pacientes, aunque muchas hortalizas lograban llegar hasta los marinos americanos del Bloque E. A Jim le gustaba ocuparse de las plantas. Conocía personalmente a cada una y podía saber con una mirada si los niños habían robado un solo tomate. Por fortuna, las largas hileras de tumbas del cementerio adyacente los mantenían a distancia. Aparte de los beneficios nutritivos, la botánica era un tema intrigante. En el dispensario, el doctor Ransome cortaba y teñía diminutas rebanadas de tallos y raíces, las montaba en cristales, las ponía en el microscopio del doctor Bowen, y hacía dibujar a Jim los cientos de células y canales nutricios. La clasificación de las plantas era un universo completo de palabras; cada hierba del campo tenía su nombre. Los nombres lo rodeaban todo; en todos los vallados y zanjones había enciclopedias invisibles.

La tarde anterior Jim había cavado dos surcos para fertilizar una nueva siembra de plantas de tomate. Entre el jardín y el cementerio había una hilera de barriles de doscientos litros que el doctor Ransome y él habían enterrado, llenos de desechos humanos de la desbordada fosa séptica del Bloque G. Un grupo de prisioneros del bloque había transportado la mayor parte a una de las lagunas secas, pero Jim y el doctor Ransome solían hacer viajes con un carro, cubos y sogas para recuperarlos. Como decía el doctor Ransome, no tenía sentido desperdiciar nada que pudiera mantenerlos con vida siquiera unos días más. Los brillantes tomates y los rechonchos melones demostraban que había tenido razón.

Jim abrió la tapa de madera de uno de los barriles. Esperó a que los millares de moscas tuvieran la primera oportunidad y luego hundió un cucharón de madera con largo mango de bambú y empezó a verter el abono en los surcos. Trabajaba con el ritmo lento pero medido de los campesinos chinos a quienes había visto fertilizar sus sembrados antes de la guerra.

Una hora más tarde, después de cubrir el abono con una capa de tierra, Jim se sentó a descansar en una de las tumbas del cementerio vecino. Varias personas visitaban el hospital: los jefes de bloque y sus delegados, un grupo de americanos del Bloque E, los representantes de los holandeses y los belgas. Pero Jim estaba demasiado cansado para acosarlos y enterarse de las últimas noticias. Se estaba bien en el jardín, con sus muros verdes de plantas de guisantes y tomates. Con frecuencia Jim se imaginaba instalado allí para siempre, aun después del fin de la guerra.

Empujó esa fantasía bucólica al fondo de su mente y escuchó el zumbido de un Zero que calentaba el motor en el extremo de la pista. Un avión kamikaze estaba a punto de despegar, era todo lo que podían hacer los japoneses en represalia por el ataque aéreo americano. El joven piloto, apenas mayor que Jim, llevaba las cintas ceremoniales, pero la guardia de honor consistía únicamente en un cabo y un soldado raso. Ambos se alejaron antes de que el aviador hubiera trepado a la cabina, y retornaron a las tareas de reparación en los hangares deriorados.

Jim vio que el avión se elevaba temblorosamente de la pista, ganaba altura sobre el campo de prisioneros, mientras el motor ronroneaba por el peso de la bomba. Luego giró hacia el río y se alejó hacia el Mar de la China. Jim ahuecó las manos ante los ojos y siguió el avión hasta que se desvaneció entre Ias nubes. Ninguno de los japoneses del aeródromo de Lunghua había concedido al avión la más breve mirada. Todavía ardía el fuego en los hangares, junto a la

Librodot

pagoda, y de los talleres bombardeados brotaban nubes de vapor. Pero ya la cuadrilla de coolies chinos estaban rellenando los cráteres de la pista y los vendedores de chatarra saqueaban los aviones caídos.

¿Todavía te interesan los aviones, Jim? —preguntó la señora Philips, que salía del hospital con la señora Gilmour—. Tendrás que enrolarte en la RAF.

—Me enrolaré en la fuerza aérea japonesa.

—Ah, ¿en la japonesa...? —respondieron las misioneras con una risita, sin saber a qué atenerse acerca del sentido del humor de Jim, y empujaron el carro de madera. Las ruedas de hierro repiqueteaban sobre las piedras del sendero, sacudiendo el cuerpo que las dos mujeres pronto iban a sepultar.

Jim sacó brillo a los tres tomates que había recogido. Ninguno era mucho mayor que una canica, pero Basie sabría apreciarlos. Jim los deslizó en el bolsillo de la camisa y miró a la señora Philips y a la señora Gilmour que cavaban la tumba. Fatigadas muy pronto, las dos mujeres se sentaron en el carro a descansar junto al cadáver.

Jim se acercó a ellas y tomó la pala de las gastadas manos de la señora Philips. El cuerpo era del señor Radik, el antiguo *chef* del Cathay Hotel. Jim había gozado de sus eruditas charlas sobre el buque de pasajeros *Berengaria*, y se alegraba de poder pagar la deuda. Hundió la pala en el suelo blando. En uno de sus raros momentos de previsión, cuando todavía tenían fuerzas, los prisioneros habían excavado en parte las estrechas tumbas. Pero ahora el esfuerzo de aumentar la profundidad en un palmo de suelo blando era excesivo para las misioneras. Se ponía a los muertos en el suelo, y luego se les echaba encima tierra suelta. Las lluvias de los meses del monzón alisaban las pequeñas elevaciones y marcaban el contorno de los cuerpos, como si ese diminuto cementerio junto al aeródromo militar hiciera todo lo posible para resucitar a unos pocos entre los millones que habían muerto en la guerra. Aquí y allí emergían de las tumbas un brazo o un pie, miembros de personas de sueño agitado que se movían debajo de los acolchados parduscos. Las ratas habían abierto profundas galerías en la tumba de la señora Hug, la holandesa que había llegado a Lunghua con Basie y el doctor Ransome, y los túneles recordaban a Jim la línea Maginot que había construido detrás del jardín de rocas de la Avenida Amherst para su ejército de soldados de plomo.

Siguió cavando, decidido a poner al señor Radik bien por debajo del nivel del suelo, para que el antiguo *chef* no se convirtiera en seguida en una comida para las ratas. La señora Gilmour y la señora Philips, sentadas en el carro junto al cadáver, miraban en silencio. Cuando se detenía a descansar le dedicaban dos sonrisas idénticas, tan desvaídas como las flores estampadas de sus remendados vestidos de algodón.

—¡Jim! ¡Deja eso y ven aquí! ¡Te necesito! —El doctor Ransome gritaba desde la ventana del dispensario. Siempre le había disgustado que Jim cavara tumbas.

Cientos de moscas revoloteaban alrededor del carro y se posaban en la cara del señor Radik. Recordando el *Berengaria*, Jim continuaba hundiendo la pala en el suelo.

—Jim, el doctor te llama...

—Está bien. Ya he terminado.

Las mujeres alzaron del carro al señor Radik. Aunque fatigadas por el esfuerzo, lo trataban con el mismo cuidado que cuando estaba vivo. ¿Estaba todavía vivo para esas dos viudas cristianas? A Jim siempre le habían impresionado las creencias religiosas firmes. Sus padres eran agnósticos, y Jim respetaba a los cristianos devotos así como respetaba a los miembros del Graf Zeppelin Club o a quienes hacían compras en las tiendas chinas: porque dominaban un ritual exótico. Además, las personas que más trabajaban por los demás, como la señora Philips y la señora Gilmour y el doctor Ransome, defendían a menudo opiniones que luego resultaban ciertas.

—Señora Philips —preguntó mientras depositaban en la tumba al señor Radik—, ¿cuándo se aparta el alma del cuerpo? ¿Antes de que lo entierren?

Librodot

—Sí, Jim. —La señora Philips se arrodilló en el suelo y empezó a cubrir con tierra el rostro del señor Radik—. El alma del señor Radik ya ha partido. El doctor te llama de nuevo. Espero que hayas estudiado tu lección de latín.

—Por supuesto. —Jim meditó acerca de todo esto mientras caminaba hacia el hospital. Muchas veces había mirado los ojos de los pacientes moribundos, tratando de sorprender algún destello luminoso en el momento en que el alma se escapaba. En una oportunidad había ayudado al doctor Ransome mientras él masajeaba el pecho desnudo de una joven belga consumida por la disentería. El doctor Bowen había dicho que estaba muerta; pero el doctor Ransome le apretó el corazón a través de las costillas y de pronto los ojos de la muchacha giraron y miraron a Jim. Al principio Jim pensó que el alma de ella había regresado, pero seguía muerta. La señora Philips y la señora Gilmour se la llevaron y la enterraron una hora más tarde. El doctor Ransome explicó que durante unos segundos la sangre bombeada había llegado al cerebro.

Jim entró en el dispensario y se sentó en la camilla metálica, frente al doctor Ransome. Le habría gustado hablar del alma del señor Radik, pero el doctor se mostraba curiosamente reacio a discutir con Jim asuntos religiosos, aunque él mismo asistía al oficio eclesiástico el domingo por la mañana. Exhibiendo la cicatriz todavía roja, trabajaba con la bandeja de cera fundida, lo que no auguraba nada bueno. Cada vez que estaba cansado, o enojado con Jim, el doctor Ransome fundía unas cuanta velas y sumergía rectángulos de trapos viejos en el líquido caliente; luego los ponía a secar. El invierno pasado había fabricado cientos de esos paneles de cera, que los prisioneros empleaban para reemplazar los cristales rotos de las ventanas. Aunque esas horas de trabajo habían servido para mantener a raya los vientos glaciales que soplaban desde el norte de China, pocos prisioneros habían dado las gracias al doctor Ransome. Por otra parte, como Jim había observado, al doctor Ransome no le interesaba la gratitud de los demás.

Jim metió un dedo en la cera caliente, pero el doctor Ransome lo apartó con brusquedad. Era obvio que la conversación con el comandante del campo lo había perturbado; se preparaba para el invierno como si quisiera convencerse de que todos estarían allí cuando llegase.

Jim se quitó los zapatos y empezó a pulir las punteras. Después de tres años de zuecos o desechos, le encantaba impresionar a todos con sus costosos zapatos de cuero.

—Jim, es admirable tu esmero, pero trata de no lustrarlos *todo* el tiempo. —El doctor Ransome miró con ira los rectángulos de cera—. Desconciertan al sargento Nagata.

—Me gusta que estén brillantes.

—Están demasiado brillantes. Hasta los pilotos americanos deben de haberlos visto. Probablemente pensaban que tenemos aquí un campo de golf y apuntaban las brújulas a tus punteras.

—¿Eso significa que estoy colaborando con el esfuerzo de guerra?

—Tal vez... —Antes de que Jim pudiera volver a calzarse, el doctor Ransome le aferró un tobillo. La mayor parte de las lastimaduras de las piernas de Jim estaban infectadas, y dada la escasa dieta jamás se curarían del todo; pero encima del talón derecho tenía una llaga purulenta del tamaño de un penique. El doctor Ransome apartó de la llama la bandeja de cera fundida. Hirvió una cucharada de agua en un recipiente metálico y luego drenó y limpió la llaga con un trozo de algodón.

Jim se sometió sin protestar. Era el único vínculo importante que había conseguido en Lunghua, aunque sabía que el médico lo desaprobaba en muchos aspectos. No podía tolerar que en Jim se revelara una verdad evidente: que la gente era demasiado capaz de adaptarse a la guerra. A veces sospechaba ncluso que a Jim le gustaba el latín por motivos equivocados. El doctor Ransome, hermano de un educador físico de una escuela inglesa privada (una de esas instituciones represivas, tan parecidas a Lunghua, a las que aparentemente Jim estaba destinado), había trabajado en el interior de la China, con los misioneros protestantes. Se parecía mucho a un prefecto escolar a cargo del rugby, aunque Jim no sabía con seguridad si

Librodot

esa actitud no era deliberada. Había observado que el doctor Ransome podía ser notablemente tortuoso cuando le convenía.

—Bueno, Jim, supongo que habrás aprendido tu lección. —El doctor Ransome abrió el manual de latín. Aunque distraído por los prisioneros que se reunían en el exterior de los barracones y los bloques de dormitorios, se concentró en el texto. Cientos de hombres y sus esposas, muchos con hijos, pasaban por el patio de revista. Empezó a interrogar a Jim, que seguía lustrando sus zapatos debajo de la mesa.

—¿Ellos eran amados?

—*Amabantur*.

—¿Yo seré amado?

—*Amabor*.

—¿Tú habrás sido amado?

—*Amatus eris*.

—Muy bien. Daré por sabido el resto. La señora Vincent te ayudará con el vocabulario. ¿Le molesta que le hagas preguntas?

—Ahora no. —Jim informó con precisión acerca de los cambios de ánimo de la señora Vincent. Sospechaba que el doctor Ransome le había prestado ayuda en algún problema femenino.

—Está bien. La gente necesita un poco de aliento. Aunque no pueda servirte de mucho en trigonometría.

—No necesito que me ayude. —A Jim le gustaba la trigonometría. Contrariamente al latín o al álgebra, esa rama de Ia geometría tenía relación directa con un tema de su predilección: la guerra aérea—. Doctor Ransome, los bombarderos americanos que venían con los Mustang volaban a quinientos quince kilómetros por hora; calculé el tiempo que tardaban en pasar las sombras por el campo con los latidos de mi corazón. Si querían que las bombas cayeran sobre el aeródromo de Lunghua, debían de soltarlas a unos mil metros de distancia.

—Jim, eres un hijo de la guerra. Supongo que los artilleros japoneses también lo sabrán.

Jim se echó atrás, reflexionando.

—Quizá no.

—Pero no podemos decírselo, ¿verdad? Sería injusto para los pilotos americanos. De todos modos, los japoneses consiguen derribar demasiados.

—Pero los derriban encima del aeródromo —explicó Jim— En ese momento, ya han soltado las bombas. Si quieren evitar que bombardeen la pista, tendrían que derribarlos cuando están a más de mil metros. —La perspectiva excitaba a Jim: aplicada a las bases japonesas en toda el área del Pacífico, la nueva táctica podía volver la guerra contra los americanos y salvar el campo de Lunghua. Jim tamborileó con los dedos sobre la mesa, imitando la forma en que había tocado el piano blanco en la casa desierta de la Avenida Amherst.

—Sí... —El doctor Ransome apretó con suavidad las manos de Jim contra la mesa, tratando de calmarlo. Sumergió otro rectángulo de tela en la bandeja de cera—. Tal vez dejemos de lado la trigonometría y pasemos al álgebra. Queremos que la guerra termine, Jim.

—Por supuesto, doctor Ransome.

—Y *tú*, ¿quieres que la guerra termine? —El doctor Ransome muchas veces parecía dudarlo—. Mucha gente de aquí no durará demasiado tiempo. ¿Quieres volver a ver a tus padres?

—Sí. Pienso en ellos todos los días.

—Muy bien. ¿Recuerdas cómo son?

—Sí... —Jim odiaba mentir al doctor Ransome, pero pensaba en la foto del hombre y la mujer desconocidos que había puesto en la pared del cubículo. Nunca había dicho al doctor Ransome que eran padres sustitutos. Jim sabía que era importante mantener vivo el recuerdo de sus padres, para seguir confiando en el futuro; pero sus rostros se habían desdibujado. Y quizá el doctor Ransome no aprobaba el modo en que él se engañaba a sí mismo.

—Me alegra que los recuerdes, Jim. Pueden haber cambiado.

—Lo sé. Tendrán hambre.

—Algo más que hambre, Jim. Cuando la guerra termine, todo será muy incierto.

—Entonces, ¿tendríamos que quedarnos en el campo? —Le gustaba a Jim cómo sonaba esto. Demasiados prisioneros hablaban de salir del campo sin ninguna idea real sobre lo que podría ocurrir fuera—. Mientras estemos en Lunghua, los japoneses se ocuparán de nosotros.

—No estoy muy seguro de que lo hagan. Nos hemos convertido en un estorbo para ellos. Ya no pueden alimentarnos, Jim...

De modo que a esto quería llegar el doctor Ransome. Jim sintió que una tranquila fatiga lo invadía. En las largas horas que había pasado transportando los cubos de abono, plantando y regando los sembrados del jardín del hospital, tirando del carro con el señor Maxted, había contribuido en parte a mantener el campo de prisioneros en marcha. Sin embargo, como había sabido siempre, la provisión de comida dependía del capricho de los japoneses. Sus propios sentimientos, la voluntad de sobrevivir, para nada contaban en definitiva. Esa actividad significaba tan poco como el movimiento de los ojos de la muchacha belga que aparentemente había retornado de entre los muertos.

—¿Habrá algo más de comida, doctor Ransome?

—Esperamos que algo llegue. Los japoneses ya no pueden alimentarse ellos mismos. Los submarinos americanos...

Jim clavó la mirada en las punteras pulidas de sus zapatos. Quería mostrárselos a sus padres antes de que ellos murieran. Se dominó, tratando de recuperar su vieja voluntad de sobrevivir. Deliberadamente pensó en el curioso placer que le daban los cadáveres del cementerio del hospital, la culpable excitación de estar vivo. Sabía por qué motivo al doctor Ransome no le agradaba que él cavara las tumbas.

El doctor Ransome señaló los ejercicios en el libro de álgebra y le dio dos tiras de vendas de papel de arroz para que pudiera resolver las ecuaciones simultáneas. Cuando se puso de pie, el doctor Ransome le quitó los tres tomates que tenía en el bolsillo. Los colocó junto a la bandeja de cera.

—¿Son del jardín del hospital?

—Sí. —Jim miró con franqueza al doctor Ransome. Hacia poco había empezado a verlo con ojos más adultos. Los largos años de prisión, las constantes disputas con los japoneses, hacían que el joven médico pareciera un hombre de mediana edad. Muchas veces el doctor Ransome no se sentía seguro de sí mismo, como tampoco del robo de Jim—. Tengo que darle algo a Basie cada vez que lo veo.

—Lo sé. Es bueno que seas amigo de Basie. Es un superviviente, aunque los supervivientes pueden ser peligrosos. Las guerras están hechas para personas como Basie. —El doctor Ransome puso los tomates en la mano de Jim—. Quiero que tú te los comas, Jim. Yo te daré algo para Basie.

—Doctor Ransome... —Jim buscaba alguna manera de tranquilizarlo—. Si le dijéramos al sargento Nagata eso de los mil metros... Los japoneses no derribarían más aviones, pero tal vez nos dieran algo de comida... ¿No es verdad?

El doctor Ransome sonrió por primera vez. Abrió el gabinete y de una caja de acero sacó dos preservativos de goma.

—Eres un pragmático, Jim. Se los darás a Basie, que tendrá algo para ti. Ahora come tus tomates y vete.

26

Las estudiantes de Lunghua

We're the Lunghua sophomores,
We're the girls every boy adores,
C.A.C. don't mean a thing to me,
For every Tuesday evening we go on a spree...[1]

Mientras atravesaba el patio de revista para ir al Bloque E, Jim se detuvo a mirar el ensayo de la próxima función de los Actores de Lunghua en las escaleras del Barracón 6. El director de la compañía era el señor Wentworth, gerente del Banco de Cathay, cuyas maneras exageradas y teatrales fascinaban a Jim. Le gustaba el teatro de aficionados, que todos los participantes estuvieran en el centro de la atención pública. Jim había hecho un papel en Henry V, con gran entusiasmo. El traje de pana morada que le había hecho para la ocasión la señora Wentworth era la única indumentaria decorosa que había llevado Jim en esos tres años. Se había ofrecido para usarlo en la siguiente producción de los Actores de Lunghua, *The Importance of Being Earnest*, pero el señor Wentworth no consideró necesaria su inclusión en el reparto.

...We've debates and lectures too,
And concerts just for you...[2]

El ensayo no era un éxito. Las cuatro chicas del coro con trajes de pierrot trataban de recordar el texto en el improvisado escenario de cajas de embalaje. Aturdidas por el ataque aéreo, no prestaban atención a la señora Wentworth y miraban al cielo. A pesar de la ardiente luz del sol, se frotaban los brazos para calentarse.

El auditorio de aburridos prisioneros se iba disgregando, y Jim decidió dejar a los actores librados a su tarea. Los Actores de Lunghua reclutaban a sus miembros entre las familias inglesas menos refinadas, y había algo absurdo en sus voces atipladas y tan afectadas como el partido de rugby que el doctor Ransome, en un poco frecuente desvío de su sentido común, había organizado el invierno anterior. Los equipos de hambrientos prisioneros (los maridos de las sophomores de Lunghua) se tambaleaban por el patio de revista en una grotesca parodia de rugby, demasiado cansados para pasar la pelota y entre las burlas de una multitud excluida del juego porque jamás habían aprendido las reglas.

En su rápida inspección del campo, Jim pasó por la guardia. Un grupo de prisioneros se había reunido junto a las puertas, esperando al camión militar que traía las raciones diarias desde Shanghai. No se había hecho ningún anuncio oficial de que se suprimiría la ración, pero la noticia ya había corrido por el campo.

Era significativo que hubiera pocos mendigos chinos fuera de las puertas. Una campesina muerta yacía sobre la hierba, pero los soldados títeres dispersos y los coolies de rickshaw sin trabajo habían desaparecido, dejando atrás un grupo de ancianos en cuclillas y unos pocos niños de rostros macilentos. Jim entró en el Bloque E, el edificio de dormitorios de hombres solos, y subió la escalera hasta el tercer piso.

Independientemente de la temperatura, los prisioneros ingleses y americanos del Bloque E se pasaban casi todo el tiempo echados en las literas. Unos pocos estaban demasido agotados por la malaria para moverse, y yacían en los colchones de paja empapados de orina y sudor. Pero

[1] Somos las estudiantes de Lunghua, / las chicas que adoran todos los muchachos, / C. A. C. nada significa para mí, / porque todos los martes por la noche nos vamos de juerga...

[2] También tenemos debates y conferencias / y conciertos sólo para ti...

otros bastante fuertes para estar en pie permanecían junto a ellos, examinándose las manos durante horas o con la vista fija en las paredes.

La visión de tantos hombres adultos que no deseaban afrontar la realidad del campo de prisioneros siempre asombraba a Jim, pero se reanimaba apenas llegaba al dormitorio americano. A Jim le gustaban los americanos, a quienes aprobaba en todos los aspectos. Cada vez que entraba en ese enclave de la ironía se sentía otra vez reanimado.

Dos de las antiguas aulas estaban ocupadas por marinos mercantes americanos. Los tabiques habían sido suprimidos, y en el salón de techo alto había unos sesenta hombres, cada uno en un improvisado cubículo. Jim miró el laberinto de cubículos. Los ingleses del Bloque E vivían en dormitorios comunes; pero cada marino americano se había construido un pequeño cubículo con los materiales a que había podido echar mano: sábanas deshilachadas, tablas de madera, esteras de paja o de caña. De vez en cuando un grupo de americanos salía a jugar un relajado partido de soft-ball, pero por lo común permanecían en sus cubículos. Allí recibían un flujo constante de chicas adolescentes, mujeres solas inglesas e incluso unas pocas mujeres casadas, atraídas por motivos no muy distintos de los de Jim.

Por algún mecanismo que Jim jamás había comprendido, la actividad sexual parecía generar una provisión incesante de los objetos que más fascinaban a Jim. Ese tesoro había llegado al campo de prisioneros con los marinos americanos y circulaba ahora como una especie de moneda: libros de historietas, ejemplares de *Life, Readers Digest* y *Saturday Evening Post*, plumas, lápices de labios, polveras, alfileres de corbata llamativos, encendedores, cinturones de celuloide, gemelos de camisa y hebillas del oeste salvaje; una colección de naderías que a los ojos de Jim tenía el estilo y la magia de los cazas Mustang.

—Hola, es Shanghai Jim.

—Muchacho, Basie está enojado contigo...

—¿Quieres jugar al ajedrez, hijo?

—Jim, necesito agua caliente y una afeitada.

—Jim, tráeme un destornillador para la mano izquierda y un cubo de vapor...

—¿Por qué se ha enojado Basie con Jim?

Jim cambiaba saludos con los americanos: Cohen, fanático del ajedrez y mago del soft-ball; Tiptree, un enorme y tierno fogonero que era el rey de los libros de historietas; Hintton, camarero y filósofo; Dainty, el telegrafista y primer fanfarrón de Lunghua, personas amables que bromeaban constantemente con Jim, para quien desempeñaban esos papeles. A la mayoría les agradaba Jim, que en retribución y por respeto a América hacía innumerables recados para ellos. Varios de los cubículos estaban cerrados porque los marinos tenían visitas, pero en los demás las cortinas alzadas permitían que los marinos pudieran observar la actividad del mundo desde las literas. Dos de los más viejos padecían de malaria, pero se quejaban rara vez. En conjunto, pensaba Jim, los americanos eran la mejor compañía en Lunghua; menos extraños y desafiantes que los japoneses, pero muy superiores a los sombríos y complicados británicos.

¿Por qué estaba Basie enojado con él? Jim recorrió el estrecho pasillo entre las sábanas colgadas. Una inglesa del Barracón 5 se quejaba de su marido; dos chicas belgas que vivían con su padre viudo reían ante algún objeto que les mostraban.

El cubículo de Basie se encontraba en el ángulo noreste de la habitación; tenía dos ventanas que le permitían ver claramente todo el campo. Como siempre, estaba echado en su litera, vigilando a los soldados japoneses, fuera de la guardia, mientras recibía el último informe de Demarest, vecino de cubículo y principal seguidor. La camisa de algodón y mangas largas de Basie estaba desteñida pero sin arrugas; una vez que Jim lavaba y secaba las camisas, Basie las plegaba de un modo peculiar, como un origami, y las colocaba debajo del colchón, de donde emergían tan planchadas como de una tienda. Como Basie rara vez se movía de su litera parecía aún más fresco y elegante que el señor Sakura; y en muchos sentidos los años de Lunghua habían sido menos tensos para Basie que para el comandante japonés. Tenía las manos y las mejillas todavía lisas y suaves, pálidas como las de una mujer de mala salud.

Moviéndose en el cubículo como en la antecocina del SS *Aurora*, miraba el campo de Lunghua como si fuera el mundo del barco, una serie de cabinas que era necesario mantener listas para una sucesión de pasajeros imprudentes.

—Vamos, muchacho. Deja de respirar así, fatigas a Basie.

—Demarest, anteriormente camarero de bar, hablaba sin mover los labios; o bien, como creía Jim, había sido ventrílocuo, o bien, como sostenía el señor Maxted, había pasado largos períodos en la cárcel.

—El chico está perfectamente... —Basie indicó a Jim que se sentara, mientras Demarest retornaba al cubículo—. Simplemente, no hay bastante aire para él en todo Lunghua. ¿No es así, Jim?

Jim intentó dominar su jadeo —insuficiencia de glóbulos rojos, según el doctor Ransome—; con frecuencia Basie y él se comprendían exactamente.

—Así es, Basie. Los Mustang se lo llevaron todo. ¿Viste el ataque aéreo?

—Lo oí, Jim... —Basie miró oscuramente a Jim, como si lo considerase responsable del ruido—. Esos pilotos filipinos deben de haber ido a la escuela de vuelo de Coney Island.

—¿Filipinos? —Jim finalmente logró dominar sus pulmones—. ¿Eran verdaderamente pilotos filipinos?

—-Algunos de ellos, Jim. Un par de escuadrillas que colaboraran con la gente de MacArthur. El resto son viejos Flying Tiger de Chungking. —Basie movió la cabeza mirando a Jim para asegurarse de que apreciaba su superior sabiduría.

—Chungking... —Jim estaba excitado. Ésa era la clase de información que él devoraba, aunque sabía que Basie bordaba los informes. En alguna parte del campo había una radio oculta que jamás había sido descubierta, no porque estuviera bien escondida, sino porque los informes equivocados de los prisioneros que deseaban colaborar habían confundido a los japoneses. A pesar de todos sus esfuerzos, Jim no había logrado rastrear la radio, que estaba inactiva durante largos períodos. De modo que Basie proporcionaba a Jim su propio noticiario, en el que describía una guerra paralela. Jim siempre fingía gran asombro, aunque rara vez podía separar el rumor de la ficción. Era una de las maneras importantes en que él y Basie se tenían unidos.

Además, Basie parecía interesado en ampliar el vocabulario de Jim.

—¿Has hecho tus tareas de hoy, Jim? ¿Has aprendido más palabras?

—Sí, Basie. Una cantidad de palabras en latín. —A Basie le intrigaba el conocimiento del latín de Jim, aunque lo aburría rápidamente, de modo que Jim decidió no recitar toda la voz pasiva de *amo*—. Y también en inglés. *Pragmático* —dijo, y Basie se mostró taciturno, y *superviviente*.

—¿*Superviviente*? —Basie sonrió—. Esa es una palabra útil. ¿Eres un superviviente, Jim?

—Bueno... —El doctor Ransome no entendía la palabra como un cumplimiento. Jim trató de recordar alguna otra palabra interesante. Basie nunca decía esas palabras, pero parecía que las atesoraba, las guardaba para un día mejor, como si se estuviera preparando para una vida de elaborada formalidad.

—¿Hay más noticias, Basie? ¿Cuándo van a desembarcar en Woosung los americanos?

Pero Basie estaba preocupado. Apoyó la cabeza en la almohada y miró el contenido del cubículo, como si le pesaran sus posesiones. Para Jim, el cubículo de Basie era la cueva de Aladino. A primera vista parecía estar lleno de trapos viejos y cestos de mimbre, pero en realidad contenía una tienda general completa. Había ollas y sartenes de aluminio, una variedad de bIusas y pantalones de mujer, un juego de mah-jong, varias raquetas de tenis, media docena de zapatos de un solo pie, y un rescate de rey de ejemplares viejos de *Readers Digest* y de *Popular Mechanics*. Todo esto había sido obtenido mediante el trueque, aunque Jim jamás había sabido qué daba a cambio Basie; como el doctor Ransome, había llegado al campo sin nada.

Por otra parte, no se le escapaba a Jim que gran parte de estas cosas eran inútiles. Nadie tenía bastante fuerza para jugar al tenis, los zapatos estaban llenos de agujeros y no había nada que

Librodot

cocinar en las ollas. El camarero, a pesar de toda su astucia, era el mismo hombre limitado que Jim había visto por vez primera en el astillero de Nantao, con la misma visión del mundo, clara pero diminuta. El talento de Basie se expandía hasta cubrir únicamente las posibilidades más modestas del robo en pequeña escala. A Jim le preocupaba lo que le ocurriría a Basie cuando terminara la guerra.

—Quehaceres, Jim —anunció Basie—. ¿Has puesto las trampas? ¿Hasta dónde has llegado? ¿Más allá del arroyo?

—Más allá del arroyo, Basie. Fui hasta el viejo gimnasio.

—Muy bien...

—No vi ningún faisán, Basie. No me parece que haya faisanes. Está demasiado cerca del aeródromo.

—Hay faisanes, Jim. Pero hay que llevar las trampas hasta el camino de Shanghai. —Miró fijamente a Jim—. Y necesitaríamos un señuelo.

—Podríamos poner un señuelo, Basie. —Jim calculaba que ya había un señuelo: él mismo. Todo el asunto de las trampas no tenía nada que ver con la captura de faisanes. Quizá uno de los americanos planeaba visitar Shanghai, y usaban a Jim para ensayar una fuga. Por otra parte, esos marinos aburridos podían estar jugando; quizá apostaban hasta dónde podía llevar Jim las trampas antes de que lo matara el centinela japonés de la torre de guardia. Aunque Jim les gustaba, eran perfectamente capaces de jugar con la vida de él. Humor americano de una clase muy especial.

Jim vaciló de cansancio, deseando echarse a los pies de la litera. Basie lo miraba con su habitual expresión de expectativa. Desde la ventana debía de haber visto a Jim cuando trabajaba en el jardín del hospital, y sin duda esperaba algunos guisantes o tomates. Basie siempre pedía esos refinamientos, aunque a veces se mostraba generoso a su manera. Cuando Jim, era más pequeño Basie se pasaba las horas haciendo para él juguetes de alambre de cobre y carretes de hilo, o cosiendo exquisitas moscas de pescador que colgaban de pequeñas boyas a la deriva. Cuando Jim cumplía años, sólo Basie le hacía regalos.

—He comprado algo para ti, Basie... —Jim sacó los dos condones del bolsillo. Basie tomó una herrumbrada lata de bizcochos que había debajo de la litera. Cuando quitó la tapa, Jim vio que contenía centenares de profilácticos, como los llamaban los americanos. Cuando se acabó la reserva original de cigarrillos, esas gomas sucias se convirtieron en la principal unidad de moneda del campo de prisioneros de Lunghua. La cantidad circulante apenas había disminuido en tres años, no porque hubiera poco intercambio sexual en Lunghua sino porque los contraceptivos eran demasiado valiosos como unidades de trueque para usarlos con finalidades triviales. Cuando jugaban al póquer, los marinos americanos usaban pilas de preservativos como fichas. Era doblemente irónico —había oído observar Jim al doctor Ransome— que su valor continuara ascendiendo ya que todos los prisioneros eran ahora impotentes o estériles.

Basie inspeccionó los preservativos, sospechando que no eran nuevos.

—¿Dónde los has encontrado, Jim?

—Son buenos, Basie. Los mejores.

—¿De veras? —Con frecuencia, Basie aceptaba el dictamen de Jim incluso en campos donde su experiencia parecía improbable—. ¿Has estado mirando el interior del gabinete del doctor Ransome?

—No había tomates, Basie. El ataque aéreo los echó a perder.

—Esos pilotos filipinos... No importa. Habíame del gabinete del doctor Ransome. Supongo que contiene medicamentos.

—Gran cantidad de medicamentos, Basie. Yodo, mercurocromo... —En realidad, el pequeño mueble metálico estaba vacío. Jim intentó recordar el botiquín del cuarto de baño de su padre, y los extraños nombres que resumían el mundo misterioso del cuerpo adulto—. Pesarios, linctus, supositorios...

Librodot

—¿Supositorios? Acuéstate, Jim. Estás cansado. —Basie rodeó con el brazo los hombros de Jim. Juntos miraron por la ventana la multitud de prisioneros que esperaban el retrasado camión de alimentos de Shanghai—. No te preocupes, Jim, pronto habrá comida suficiente. Olvida eso de que los japoneses van a suprimir nuestras raciones.

—Podrían hacerlo, Basie. Somos un estorbo para ellos.

—¿Un estorbo? El doctor Ransome te inquieta con tantas palabras. Créeme, Jim, se necesita algo más que nosotros para estorbar a los japoneses. —Buscó debajo de su almohada y sacó una pequeña patata dulce—. Te la comerás mientras yo organizo nuestros quehaceres. Cuando hayas terminado te daré un *Readers Digest* que podrás llevarte al Bloque G.

—¡Oh, gracias, Basie! —Jim devoró la patata. Le gustaba el cubículo de Basie. La abundancia de objetos era reconfortante, aunque fueran inútiles, como la abundancia de palabras que rodeaba al doctor Ransome. El vocabulario de latín y los términos algebraicos también eran inútiles, pero ayudaban a construir un mundo. La confianza de Basie en el futuro animaba aJim.

Y por supuesto, mientras se lamía de los dedos los últimos restos de pulpa, reservando la piel de la patata dulce para la noche, llegó de Shanghai el camión militar que traía las raciones para los prisioneros.

Librodot

27

La ejecución

Dos soldados japoneses con las bayonetas caladas venían detrás de la cabina del conductor, con las piernas perdidas entre los sacos de patatas y de trigo. Sin embargo, inclinándose sobre la ventana de Basie, Jim pudo ver que la ración había sido reducida a la mitad. Estaba contento de que hubiese llegado algo de alimento, pero al mismo tiempo se sentía casi decepcionado. Una multitud de varios cientos de prisioneros siguió al camión hasta las cocinas, las manos en los bolsillos de los pantalones andrajosos, haciendo sonar los zuecos. ¿Cómo se habrían conducido si el camión hubiese estado vacío? Ninguno de los prisioneros, ni siquiera el doctor Ransome, parecía capaz de recuperarse para afrontar las últimas etapas de la guerra. Jim casi aceptaba el hambre si podía volver a ver la curiosa luz que los Mustang habían traído consigo...

A su alrededor los americanos abandonaban los cubículos y se apretaban contra las ventanas. Demarest señaló las columnas de humo que subían desde los muelles del norte de Shanghai. Aunque estaban a más de quince kilómetros de distancia, Jim escuchaba un poderoso rumor a través de los desiertos arrozales, un trueno olvidado que reverberaba sobre las tierras mucho después de la explosión de las bombas. El ruido tamborileaba contra las ventanas: un vago ultimátum para los abúlicos prisioneros de Lunghua.

Jim escudriñó las nubes de humo buscando alguna señal de la aviación americana. Ninguno de los doce Zeros de Lunghua había despegado para interceptarla.

—¿B-29, Basie?

Eso es, Jim. Superfortalezas, lo que llamamos un arma de defensa hemisférica. Han venido desde Guam.

—Desde Guam, Basie... —Jim estaba impresionado por la idea de esos bombarderos de cuatro motores que hacían todo el Iargo viaje a través del Pacífico para atacar los muelles de Shanghai donde había pasado tantas horas felices jugando al escondite. Los B-29 maravillaban a Jim. Esos inmensos bombarderos de líneas puras resumían todo el poder y toda la gracia de América. Normalmente los B-29 volaban por encima del fuego antiaéreo japonés, pero dos días antes Jim había visto a una Superfortaleza aislada atravesando los arrozales al oeste de Lunghua, a sólo ciento cincuenta metros de altura. Dos de los motores estaban incenciados; pero la vista de ese enorme avión con timón de cola curvo y alto convenció a Jim de que los japoneses habían perdido la guerra. Jim había visto tripulaciones americanas capturadas retenidas durante unas horas en la guardia de Lunghua. Lo que más le había impresionado era que quienes volaban en esas complejas máquinas eran hombres como Cohen, Tiptree y Dainty. Así era América.

Jim pensó intensamente en los B-29. Hubiera querido abrazar los fuselajes plateados, acariciar los motores. El Mustang era un hermoso avión, pero la Superfortaleza pertenecía a un orden de belleza diferente...

—Tranquilo, muchacho... —Basie pasó el brazo por encima del pecho agitado de Jim—. Están lejos de Lunghua. Te vas a sofocar.

—Estoy bien, Basie. La guerra casi ha terminado, ¿verdad?

—Así es. Y no es demasiado pronto para ti, Jim. Dime, ¿alguna vez has visto a las Motos de Fuego en Shanghai?

—Por supuesto que sí, Basie. ¡Las vi pasar a través de una pared ardiendo!

—Está bien. Ahora calma, y ocupémonos de nosotros.

Durante la hora siguiente Jim se ocupó de las tareas que Basie le había asignado. Primero trajo agua de la laguna de detrás de la guardia. Después de llevar el cubo al Bloque E, buscó combustible para el hornillo. Basie insistía aún en hervir el agua, pero a veces era difícil encontrar combustible. Después de reunir unas pocas ramas y restos de colchones de paja,

Librodot

Jim buscó en los senderos que rodeaban el Bloque E fragmentos de carbón incrustados en el camino de ceniza. Incluso las cenizas podían dar un sorprendente calor.

Una vez encendido el hornillo, Jim sopló sobre las perezosas llamas. Colocó los trozos de carbón en el cuello del venturi de arcilla, donde, como le había explicado el doctor Ransome, el aire se movía con más velocidad. Apenas el agua hirvió, echó el líquido gris en el jarro, que llevó arriba y dejó en el antepecho de la ventana de Basie para que se enfriara. Recogió las ropas de Basie y lavó las camisas sucias en el resto del agua caliente. Podía dejarlas allí, mientras hacía cola para recibir la ración de Basie. Los prisioneros varones del Bloque E eran los últimos en recibir la comida, y los hombres hacían cola. A Jim siempre le agradaba la larga espera de la ración de trigo y patatas dulces de Basie; se sentía un hombre en cierne en compañía de hombres adultos. La cola de prisioneros sudorosos, cubiertos de llagas y picaduras de mosquitos, exhalaba un violento olor a agresión, y Jim podía comprender que los guardias japoneses les temieran. No comprendía gran parte de su sucio lenguaje, la cruda brutalidad con que se referían a los cuerpos de las mujeres y a las partes privadas, como si esos machos enflaquecidos trataran de provocarse a sí mismos describiendo lo que ya no eran capaces de hacer. Pero siempre había frases que valía la pena catalogar y saborear mientras descansaba en el cubículo.

Cuando retornó al Bloque E con la ración y las camisas de Basie, se sintió con derecho de apartar a Demarest y sentarse al pie de la litera. Miró a Basie mientras comía el trigo, moviendo de un lado a otro los gorgojos como un tendero chino con su ábaco.

—Hoy hemos trabajado duro, Jim. Tu padre estaría orgulloso de ti. ¿En qué campo has dicho que estaba?

—Soochow Central. Mi madre también. Pronto los conocerás. —Jim quería que Basie estuviera presente cuando se reunieran, para que el camarero lo identificara si sus padres no conseguían reconocerlo.

—Me gustaría verlos, Jim. Si no los trasladan al interior del país...

Jim advirtió la extraña inflexión en la voz de Basie.

—Bueno, es posible, Jim. Quizá los japoneses trasladen a la gente de los campos próximos a Shanghai.

—Y entonces, ¿estaremos fuera de la guerra?

—Sí, estaremos fuera de la guerra. —Basie escondió la patata dulce entre las ollas que había debajo de la cama. Buscó entre los zapatos y las raquetas de tenis y extrajo un ejemplar del *Readers Digest*. Hojeó las páginas sucias, leídas una docena de veces por cada residente del Bloque E. Capas de grasienta tela adhesiva, manchada de pus y sangre seca, sujetaban la cubierta al lomo pegado.

—¿Aún te agrada leer el *Digest*, Jim? Este es de agosto del 41, tiene algunas cosas buenas...

Basie apreciaba cada instante de la excitación de Jim. Esas elaboradas bromas eran parte del ritual. Jim aguardó con paciencia, perfectamente consciente de que Basie lo explotaba, obligándolo a trabajar todos los días a cambio de las viejas revistas. Esos aburridos marinos mercantes podían ver que a Jim le obsesionaba todo lo americano, y lo mantenían sin maldad en suspenso, racionando los viejos ejemplares de *Life* y *Colliers* que Jim necesitaba tanto como las patatas dulces. Las revistas alimentaban una imaginación desesperada.

Ese desparejo trueque, quehaceres por revistas, era también parte del esfuerzo consciente de Jim para mantener el campo en marcha, cualquiera fuese el coste. Esa actividad le protegía la mente del miedo, que intentaba reprimir, de que los años en Lunghua llegaran a su fin y él volviera a encontrarse reparando la pista del aeródromo. La luz que brotaba del cuerpo ardiente del piloto del Mustang había sido una advertencia. Mientras hiciera recados para Basie y Demarest y Cohen, mientras fuera y viniera de las cocinas, trajera agua y jugara al ajedrez, Jim podía mantener la ilusión de que la guerra duraría eternamente.

Librodot

Con el *Readers Digest* en la mano, Jim se sentó en los escalones del Bloque E. Miraba de soslayo la luz del sol, obligándose a no leer las páginas de reojo. Los prisioneros se agrupaban después de comer. La sombra entre los pilares se reservaba a los enfermos, que se reunían como las familias de mendigos en la entrada de los edificios de oficinas detrás del Shanghai Bund. Junto a Jim estaba un joven que había sido jefe de sección en la tienda de la Sincere Company, y que ahora sufría las últimas etapas de la malaria. Con el cuerpo sacudido por la fiebre, desnudo, sentado en los escalones de cemento, miraba el ensayo del concierto de los Actores de Lunghua. Los labios blancos, mucho antes habían perdido todo el hierro, repetían una frase inaudible.

Jim se preguntó cómo era posible ayudar a esa figura esquelética. Le ofreció el *Readers Digest*, gesto que lamentó inmediatamente. El hombre apretó la revista en sus manos y arrugó las páginas, como si las palabras impresas inflamaran su memoria. Empezó a cantar, en voz áspera pero apenas audible:

We're the girls each boy adores,
C.A.C. don't mean a thing to me...

Un reguero de orina incolora le bajó por las piernas y corrió escalones abajo. El hombre arrojó la revista, que Jim recogió rápidamente para que no se mojase. Mientras Jim se enderezaba, oyó la sirena antiaérea de la guardia. Unos segundos después, antes de que los prisioneros pudieran ponerse a cubierto, cesó de repente. Todos miraron al cielo vacío, esperando que los Mustang pasaran rugiendo sobre los arrozales.

Sin embargo, el toque de sirena anunciaba un espectáculo completamente diferente. Cuatro soldados japoneses, entre ellos el soldado Kimura, salieron de la guardia. Rodeaban al coolie chino que había traído en su rickshaw a un oficial desde Shanghai. Todavía exhausto por el largo viaje, el coolie arrastraba pesadamente las sandalias de paja sobre la tierra desnuda del patio. Tiraba de las varas con la cabeza baja y sonreía de esa manera tensa de los chinos asustados.

Los soldados japoneses se situaron vivamente a ambos lados del coolie. No estaban armados, pero llevaban estacas de madera con que golpearon las ruedas del rickshaw y los hombros del coolie. El soldado Kimura pasó detrás del rickshaw y pateó el asiento de madera, arrojando el vehículo contra las piernas del chino. En el centro del patio de revista, Kimura y otro soldado aferraron el rickshaw y lo empujaron hacia adelante, derribando al coolie.

Los soldados rodearon el rickshaw volcado. El soldado Kimura pateó las ruedas, rompiendo los rayos. Los demás pisoteaban la madera y quebraban las varas. Juntos, dieron la vuelta al vehículo esparciendo los cojines.

El coolie reía entre dientes, arrodillado en el suelo. En el silencio Jim oyó la extraña melopea que emiten los chinos cuando saben que van a morir. Los cientos de prisioneros, alrededor del patio de revista, miraban sin moverse. Los hombres y las mujeres permanecían en improvisadas sillas fuera de los barracones o de pie en las escaleras de los bloques de dormitorios. Los Actores de Lunghua interrumpieron el ensayo. Nadie habló mientras los soldados japoneses se movían en torno del rickshaw convirtiéndolo en astillas. De la caja de debajo del asiento cayeron un lío de trapos, una olla, un saco de tela de algodón lleno de arroz y un periódico chino, todas las posesiones mundanas de ese inculto coolie. Entre los granos de arroz dispersos en el suelo, empezó a cantar una nota más aguda, elevando el rostro al cielo.

Jim alisó las páginas del *Readers Digest*, preguntándose si leería un artículo acerca de Winston Churchill. Le hubiera gustado alejarse, pero a su alrededor todos los prisioneros estaban inmóviles, mirando el patio de revista. Los japoneses se volvieron hacia el coolie. Alzando las estacas, cada uno de ellos le descargó un golpe en la cabeza, y luego se apartaron, como absortos en una profunda meditación. Ya sin aliento, el coolie canturreó en

voz baja mientras la sangre le corría por la espalda y se extendía en un charco alrededor de sus rodillas.

Los soldados japoneses, Jim lo sabía, se tomarían diez minutos para rematar al coolie. Aunque los había perturbado el bombardeo y la perspectiva del inminente fin de la guerra, ahora estaban serenos. Toda exhibición, como la carencia de armas, estaba destinada a demostrar a los prisioneros británicos que los japoneses los despreciaban, primero por ser prisioneros, y luego por no atreverse a dar un paso para salvar a ese coolie chino.

Jim comprendió que los japoneses estaban en lo cierto. Ninguno de los prisioneros británicos alzaría un dedo aunque todos los coolies de China fueran golpeados hasta la muerte ante ellos. Jim escuchó los golpes de las estacas y los gritos ahogados mientras el coolie se sofocaba con su propia sangre. El doctor Ransome probablemente habría intentado detener a los japoneses. Pero el doctor Ransome tenía buen cuidado de no acercarse nunca al patio de revistas.

Jim pensó en su lección de álgebra, de la que ya había hecho mentalmente una parte. Diez minutos más tarde, cuando los japoneses volvieron a la guardia, los cientos de prisioneros se alejaron del patio. Los Actores de Lunghua continuaron ensayando. Deslizando el *Readers Digest* dentro de su camisa, Jim regresó al Bloque G por otro camino.

Esa noche, más tarde, después de terminar de comer la piel de la patata de Basie, se tendió en la litera y abrió finalmente la revista. No había anuncios en el *Readers Digest*, lo que era una vergüenza, pero Jim miró la reconfortante imagen del coche Packard en la pared del cubículo. Oyó hablar en voz baja a los Vincent, y la tos convulsiva del niño. Al volver del Bloque E lo había encontrado jugando en el suelo con la tortuga. Había habido un breve enfrentamiento entre Jim y el señor Vincent, que había intentado impedir que volviera a poner la tortuga en la caja de madera, debajo de la cama. Pero Jim se había mantenido firme, confiando en que el señor Vincent no trataría de pelear con él. La señora Vincent miraba sin expresión a su marido sentado en la cama, que contemplaba con aire desesperado los puños alzados de Jim.

Librodot

28

Una huida

—¿Ha terminado de nuevo la guerra, señor Maxted?

Alrededor de Jim, mientras esperaba junto a la entrada de la cocina, los prisioneros empujaban a un lado los carros de la comida, gritaban y señalaban las puertas. La sirena sonaba en el campo, el gemido de un pájaro roto que intentaba esconderse del bombardeo americano. Con los brazos sobre los hombros de sus compañeros, los prisioneros miraban cómo los soldados japoneses abandonaban el edificio. Cada uno de los treinta hombres llevaba su rifle con la bayoneta calada, y un saco de lona con sus pertenencias. Entre los colchones de paja y las armaduras de kendo había dos palos de béisbol, pares de zapatillas unidas por los cordones, y un gramófono portátil, esto último obtenido de los prisioneros a cambio de cigarrillos, comida y noticias de sus conocidos de otros campos.

—Parece que tus pequeños amigos se marchan, Jim. —El señor Maxted se pasó los dedos mugrientos entre las costillas, buscando pliegues sueltos de piel. Los miró de soslayo bajo el sol de agosto, como si temiera esparcir partes de él mismo por el campo—. Te guardaré el sitio si quieres saludar al soldado Kimura.

—Ya conoce mi dirección, señor Maxted. No me gusta decir adiós. Probablemente regresen esta tarde cuando descubran que no hay ningún lugar adonde ir.

Nada dispuesto a arriesgar su sitio al principio de la cola, donde él y el señor Maxted aguardaban desde el alba, Jim trepó al carro de la comida. Por encima de los prisioneros que tenía delante, miró la columna japonesa que trasponía las puertas del campo. Se alineaban en el camino, de espaldas al fuselaje ennegrecido de un avión japonés que yacía en un arrozal. El bimotor había sido derribado dos días antes mientras despegaba del aeródromo de Lunghua, herido por las ametralladoras de los cazas Lightning que brotaron sin aviso previo de los campos desiertos.

Mientras se balanceaba sobre el carro metálico, Jim vio que el soldado Kimura escudriñaba inquieto el horizonte oriental, de donde surgían los terribles aviones americanos como pedazos de sol. Aun a la cálida luz de agosto el rostro de Kimura tenía la textura inerte de la cera fría. Se lamió los dedos y se limpió la cara con saliva, temeroso de abandonar el mundo seguro del campo de Lunghua. Ante él, sobre la hierba, estaban los campesinos chinos. Miraban las puertas que durante tantos meses los habían rechazado, ahora desguarnecidas. Jim estaba seguro de que esos chinos hambrientos, que se arrastraban por un universo de muerte, eran incapaces de comprender el significado de una puerta abierta.

Jim contempló el espacio vacío entre los postes. También él encontraba difícil aceptar que pronto podría pasar por esas puertas hacia la libertad. El soldado de la torre descendió la escalera hasta el techo de la guardia, con la metralleta prendida al correaje del hombro. El sargento Nagata emergió de la guardia y se unió a otros hombres. Desde la desaparición del comandante y dada la confusión de la semana anterior, el sargento era la principal autoridad japonesa del campo.

—Señor Maxted, el sargento Nagata se va... ¡La guerra ha concluido!

—¿Otra vez, Jim? No creo que podamos soportarlo...

Durante la semana pasada, cuando los rumores del fin de la guerra sacudían el campo a cada hora, el entusiasmo de Jim le había parecido al señor Maxted cada vez más agotador. Mientras cumplía sus recados por los senderos, Jim gritaba a todos los que pasaban, saludaba agitando los brazos a los prisioneros que descansaban en el exterior de los barrancos, saltaba excitado entre las tumbas en el cementerio del hospital cuando los aviones americanos volaban sobre el campo; todo para no pensar en las inseguridades del mundo futuro, más allá de Lunghua. El doctor Ransome lo había abofeteado en dos ocasiones.

Sin embargo, ahora que la guerra había terminado se sentía sorprendentemente sereno. Pronto vería a sus padres, volvería a la casa de la Avenida Amherst, ese reino olvidado de los

Librodot

criados, el Packard y el parqué lustroso. Al mismo tiempo, Jim pensaba que los prisioneros tendrían que celebrarlo, arrojar los zuecos al aire, apoderarse de la sirena antiaérea y saludar con ella a los aviones americanos. Pero muchos de ellos, como el señor Maxted, miraban en silencio a los japoneses. Parecían temerosos y cariacontecidos, los hombres con pantalones cortos en jirones, las mujeres con raídos y remendados vestidos, incapaces de afrontar el resplandor de la libertad, los ojos afectados por la malaria. Expuestos a la luz que parecía inundar el campo a través de las puertas abiertas, los cuerpos de los prisioneros parecían aún más oscuros y deteriorados: por primera vez daban la impresión de que eran culpables de algún crimen.

Los rumores y el desconcierto habían agotado a todo el mundo en Lunghua. Durante julio, los ataques aéreos americanos habían sido casi continuos. Olas de Mustang y Lightning venían desde las bases de Okinawa a arrasar los aeródromos próximos a Shanghai y a ametrallar a las fuerzas japonesas concentradas en la desembocadura del Yangtsé. Desde la galería de la sala de reuniones en ruinas, Jim vio la destrucción de la máquina militar japonesa como si contemplara una película épica desde la platea del cine Cathay. Cientos de columnas de humo que se elevaban de los camiones y transportes de municiones incendiados ocultaban las casas de apartamentos de la Concesión Francesa. Temerosos de los Mustang, los convoyes japoneses sólo se movían después del anochecer, y el ruido de los motores mantenía en vela a todo el mundo noche tras noche. El sargento Nagata y sus guardias habían dejado de patrullar el perímetro del campo por miedo a los disparos de la policía militar que custodiaba los convoyes.

A fines de julio, la resistencia japonesa a los bombardeos americanos casi había cesado por completo. Sólo una ametralladora antiaérea instalada en el terreno superior de la pagoda de Lunghua continuaba haciendo fuego contra los aviones atacantes, pero las baterías que rodeaban la pista habían sido trasladadas para defender los muelles de Shanghai. En esos últimos días de la guerra Jim pasaba horas en la galería de la vieja sala de reuniones, aguardando a las Superfortalezas que volaban a gran altura y en cuyas alas y fuselajes plateados había invertido una parte muy grande de su imaginación. Contrariamente a los Mustang y a los Lightning, que pasaban rozando los arrozales como coches de carrera, los B-29 aparecían sin aviso previo en lo alto del cielo, como conjurados por el hambriento cerebro de Jim. El estruendo rodante avanzaba por el campo desde los muelles de Nantao. Un transporte japonés de tropas, escorado sobre los bancos de lodo, fue bombardeado una y otra vez hasta que Jim pudo ver la luz del día a través de la obra muerta.

No obstante, la pista de cemento del aeródromo de Lunghua se conservaba intacta. Los pontoneros japoneses se esforzaban en rellenar los cráteres después de cada incursión, como si esperaran la llegada de una flotilla de rescate desde las islas niponas. La blancura de la pista excitaba a Jim, la superficie calcinada por el sol y mezclada con los huesos de los chinos muertos, e incluso quizá con sus propios huesos en la muerte que podía haber sido. Jim esperaba con impaciencia a que los japoneses se defendieran una última vez.

Esta confusión de lealtades, el temor de lo que ocurriría en el campo cuando los japoneses fueran derrotados, afectaba a todos los prisioneros. Aturdidos, agazapados junto a los barracones, con frecuencia aplaudían cuando algún B-29 herido se apartaba de la escuadrilla. El doctor Ransome había acertado al predecir que el suministro de comida a Lunghua sería interrumpido muy pronto. Una vez por semana venía desde Shanghai un solo camión con unos pocos sacos de patatas fermentadas y barreduras de grano para las aves mezcladas con gorgojos y excrementos de rata. Había peleas entre los prisioneros que hacían cola para recibir una pequeña ración. Irritados por Jim, que había esperado todo el día ante la puerta de la cocina, un grupo de ingleses del Bloque E lo hizo a un lado y volcó el carro de hierro. A partir de ese momento, Jim pidió ayuda al señor Maxted, fastidiando al arquitecto hasta que lo sacó vacilante de la litera.

Durante la última semana de julio atisbaron juntos el camino de Shanghai, esperando que el camión de las raciones no hubiese sido atacado por un Mustang volando a ras del suelo.

Librodot

Durante esos días de hambre, Jim descubrió que la mayor parte de los prisioneros del Bloque G había estado juntando secretamente una pequeña reserva de patatas dulces, y que él y el señor Maxted, que se habían ofrecido voluntariamente para buscar la ración diaria, estaban entre los pocos que no habían hecho planes para el futuro.

Jim, sentado en la litera, con un plato vacío en la mano, miraba a los Vincent que compartían una patata rancia. Mordisqueaban la pulpa con dientes amarillentos. Por último la señora Vincent le dio un trocito de piel. ¿Temía que Jim atacara a su marido? Afortunadamente, Jim se mantenía gracias a la modesta reserva que el doctor Ransome había obtenido de sus pacientes agonizantes.

Pero el primero de agosto aun esa provisión se había terminado. Jim y el señor Maxted vagaban por el campo como si aguardaran que un envío de arroz y de trigo se materializara bajo los postes de la torre de guardia, o entre las tumbas del cementerio. En una ocasión, el señor Maxted había sorprendido a Jim mirando los huesos de la muñeca de la señora Hug que habían emergido de la tumba, tan blancos como la pista del aeródromo de Lunghua.

Jim pensaba que un curioso vacío rodeaba el campo. El tiempo había dejado de transcurrir en Lunghua, y muchos prisioneros estaban convencidos de que la guerra ya había terminado. El 2 de agosto, cuando corrió el rumor de que los rusos habían entrado en guerra contra el Japón, el sargento Nagata y sus soldados se retiraron a la guardia y dejaron de patrullar la cerca, abandonando el campo a los prisioneros. Grupos de británicos atravesaron la alambrada y recorrieron los arrozales vecinos. Los padres señalaban a sus hijos, desde los túmulos sepulcrales, la torre de guardia y los bloques de dormitorios como si vieran el campo por vez primera. Un grupo de hombres dirigido por el señor Tulloch, el jefe de mecánicos de la agencia Packard de Shanghai, echó a andar por el campo, proyectando llegar a Shanghai. Otros se reunían junto al edificio de la guardia, burlándose de los soldados japoneses que los miraban por las ventanas.

Durante todo el día Jim se sintió desconcertado por el evidente derrumbe del orden en el campo. No quería creer que la guerra hubiese concluido. Pasó la cerca, se quedó unos minutos entre las trampas para faisanes, regresó al campo, y se instaló en la galería de la sala de reuniones. Por fin se recobró y fue a buscar a Basie. Pero los marinos americanos ya no recibían visitas femeninas, y habían protegido con una barricada la puerta del dormitorio. Desde la ventana Basie llamó a Jim, advirtiéndole que no abandonara el campo.

Y por supuesto, el fin de la guerra duró poco. Al anochecer una columna motorizada de tropas japonesas pasó junto al campo en camino a Hangchow. La policía militar devolvió a la guardia a los seis ingleses que habían intentado caminar hasta Shanghai. Severamente golpeados, estuvieron tres horas inconscientes en las escaleras de la guardia. Cuando el sargento Nagata permitió que los llevaran a sus literas, los hombres describieron la confusa situación al sur y al oeste de Shanghai, los millares de desesperados campesinos obligados a retornar a la ciudad por las tropas japonesas que se retiraban, las pandillas de bandidos y soldados hambrientos de los ejércitos títeres, dispuestas a defenderse como pudieran.

A pesar de todos estos peligros, al día siguiente Basie, Cohen y Demarest huyeron de Lunghua.

Los prisioneros avanzaban hacia la guardia abandonada, haciendo sonar los zuecos sobre el sendero de cenizas. Empujado por los hombres casi desnudos, Jim sostenía con firmeza las varas del carro de hierro. Los demás prisioneros habían dejado sus carros, pero Jim estaba resuelto a no quedar excluido si llegaba el camión de las raciones. No había comido desde la tarde anterior. Aunque los hombres estaban a punto de tomar el despacho de guardia, él no podía pensar en nada que no fuera comida.

Un grupo de mujeres inglesas y belgas gritaba desde las puertas, a través de la cerca de alambre, a la columna de soldados japoneses del camino. Cargados con armas y sacos de dormir, vacilaban bajo el sol de agosto. El soldado Kimura miraba sin interés los desolados arrozales, como si deseara retornar al mundo seguro del campo.

Librodot

Gotas de saliva brillaban en el polvo cerca de las gastadas botas de los soldados. Devolviendo la furia de años a sus antiguos guardias, las mujeres escupían a través del alambre de espino, gritando y burlándose. Una belga empezó a chillar en japonés mientras se arrancaba trozos de tela raída de la manga de su vestido de algodón y los arrojaba a los pies de los soldados. Jim se aferraba a su carro y lo sacudía cuando el señor Maxted, fatigado, intentaba sentarse en las varas. Se sentía distante de las mujeres que escupían y de sus excitados maridos. ¿Dónde estaba Basie? ¿Por qué había escapado? A pesar de los rumores de que la guerra había terminado, a Jim le sorprendía que Basie se marchara de Lunghua y se expusiera a todos los peligros de los alrededores. El antiguo camarero era demasiado cauteloso, nunca se adelantaba a intentar algo nuevo o a arriesgar su modesta seguridad. Jim suponía que había oído algún mensaje de advertencia por la radio secreta. Había abandonado el cubículo con todo el tesoro penosamente reunido a lo largo de los años, los zapatos, las raquetas de tenis y los centenares de preservativos.

Jim recordó que Basie había hablado del traslado al norte de los prisioneros de los campos próximos a Shanghai. ¿Había querido advertir a Jim que era hora de partir antes de que Ios japoneses echaran a correr enloquecidos, como habían hecho en Nankín en 1937? Los japoneses siempre mataban a sus prisioneros antes de proceder a la defensa final. Pero Basie se había equivocado; probablemente en este momento estaba muerto en una zanja, asesinado por los bandidos.

Por el camino de Shanghai venían unas luces. Las mujeres se apartaron del alambre de espino, secándose el mentón. Unos collares de saliva les brillaban sobre los pechos. Se acercaba un coche con oficiales japoneses, seguido por un convoy de camiones militares atestados de soldados armados. Uno de los camiones ya se había detenido, y un pelotón de soldados, después de saltar al camino, echó a correr por el arrozal reseco del oeste del campo. Con las bayonetas caladas, tomaron posiciones frente al cerco.

Ahora en silencio, los prisioneros se volvieron para mirarlos. Un segundo pelotón de la policía de la fuerza aérea vadeaba el canal que separaba el aeródromo de Lunghua del campo. Al este, la larga curva del río Whangpoo completaba el círculo con su laberinto de arroyos y zanjas de riego.

El convoy llegó al campo; los focos se reflejaban en los escupitajos entre el polvo. Soldados armados saltaron a tierra, con las bayonetas caladas en los rifles. Jim vio los uniformes y equipos nuevos y supo que esas tropas de seguridad eran una unidad especial. Entraron rápidamente por las puertas y tomaron posiciones alrededor de la guardia.

Los prisioneros retrocedieron, chocando unos con otros como un rebaño de ovejas. Sorprendido por la retirada, Jim cayó del carro. Un cabo japonés, bajo pero robusto, cuya enfundada pistola Máuser le pendía de la cintura como un garrote, se apoderó de las varas del carro y lo empujó contra las puertas. Jim estaba a punto de adelantarse a la carrera y arrebatarle las varas al japonés, pero el señor Maxted le aferró los brazos.

—Jim, por Dios..., ¡déjalo!

—¡Pero es el carro del Bloque G! ¿Van a matarnos, señor Maxted?

—Jim... Busquemos al doctor Ransome.

—¿Y el camión de las raciones? ¿Dónde está? —Jim hizo a un lado al señor Maxted, cansado de ayudar a aquella enfermiza figura.

—Más tarde, Jim. Quizá llegue más tarde.

—No creo que venga el camión de las raciones. —Mientras la línea de soldados japoneses empujaba a los prisioneros a través del patio de revista, Jim miró a los guardias que patrullaban el cerco. Ver de nuevo a los japoneses había restaurado su confianza. La perspectiva de que lo mataran lo excitaba de veras; tras las incertidumbres de la semana pasada estaba dispuesto a aceptar cualquier final. Durante unos pocos momentos, como el coolie del rickshaw que cantaba para sí mismo, todos serían plenamente conscientes. Pasara lo que pasara, él sobreviviría. Sentía que el alma ya lo había abandonado, y no necesitaba más los huesos finos y las llagas abiertas para durar. Pensó en la señora Philips y en la señora

Gilmour y en sus consideraciones sobre el momento exacto en que el alma abandonaba el cuerpo de los que se morían. El alma de él ya se había ido. Estaba muerto, como el doctor Ransome y el señor Maxted. Todo el mundo en Lunghua estaba muerto. Era absurdo que no hubieran conseguido comprenderlo.

Estaban en la hierba, detrás de la multitud de prisioneros que llenaba ahora el patio de revista. Jim se echó a reír, conteniéndose feliz por haber comprendido el verdadero significado de la guerra.

—No necesitan matarnos, señor Maxted...

—Por supuesto que no, Jim.

—Señor Maxted, no hay ninguna necesidad de que lo hagan porque...

—¡Jim! —El señor Maxted dio un golpe a Jim, y luego tomó la cabeza del muchacho y la apretó contra el pecho enjuto—. Recuerda que eres inglés.

Jim, circunspecto, dejó de sonreír.

Se calmó y luego eludió el abrazo del señor Maxted. El momento del humor había pasado; pero la comprensión de la situación perduraba, lo mismo que la sensación de estar separado de sí mismo. Preocupado por el señor Maxted, que dejaba caer una aceitosa saliva entre los pies descalzos, Jim le pasó el brazo por la cintura huesuda. El viejo arquitecto le daba pena; recordaba las correrías en el Studebaker por los clubes nocturnos de Shanghai, y le entristecía que estuviese desmoralizado. Tanto que sólo se le ocurría, para consolar a Jim, recordarle que era inglés.

Fuera de la guardia, en la que se había instalado el comandante de la unidad de gendarmería, los cuatro jefes de bloque hablaban con un sargento japonés. Junto a ellos estaban el doctor Ransome, con el rostro desvaído, el sombrero de coolie en la mano, los hombros encorvados dentro de la camisa de algodón. La señora Pearce entró en la guardia alisándose el pelo y las mejillas; ya estaba dando órdenes a un soldado en un rápido japonés.

Los prisioneros que estaban en primera línea se volvieron y corrieron a través del patio de revista, gritando a los demás.

—¡Una maleta! ¡Todo el mundo ha de estar aquí dentro de una hora!

—¡Nos vamos a Nantao!

—¡Todo el mundo afuera! ¡Todos en fila junto a la puerta!

—Retienen nuestras raciones en Nantao.

—¡Una sola maleta!

Las parejas de misioneros ya estaban de pie en los escalones del Bloque G, con los bolsos en la mano, como si de algún modo hubiesen presentido el paso próximo. Cuando los vio, Jim se consoló: el campo era trasladado, no cerrado.

—Venga, señor Maxted... ¡Volvemos a Shanghai!

Ayudó al hombre debilitado a ponerse en pie, y lo guió entre los centenares de prisioneros que corrían. Cuando Jim llegó a la habitación descubrió que la señora Vincent ya había preparado el equipaje. Su hijo dormía en la litera y ella estaba junto a la ventana, esperando a que su marido regresara del patio de revista. Jim advirtió que la señora Vincent había empezado a deshacerse de todo recuerdo del campo.

—Nos vamos, señora Vincent. Vamos a Nantao.

—Entonces tendrás que recoger tus cosas. —Esperaba que él se marchara, para poder estar sola en la habitación durante unos minutos finales.

—Está bien. Yo he estado en Nantao, señora Vincent.

—También yo. No comprendo por qué quieren los japoneses que volvamos allá.

—Nuestras raciones están allí. —Jim empezaba a preguntarse si llevaría la maleta de la señora Vincent. Era necesario forjar nuevas alianzas, y el cuerpo delgado pero de anchas caderas de la señora Vincent bien podía contener más energía que el del señor Maxted. En cuanto al doctor Ransome, estaría ocupado con los enfermos, que en su mayoría empezarían a

Librodot

morir muy pronto. Jim se había apartado del doctor Ransome, sintiéndose demasiado fatigado para cavar más tumbas.

—Pronto veré a mis padres, señora Vincent.

—Me alegro. —Con la más delicada ironía, ella pregunto—: ¿Crees que me darán una recompensa?

Confundido, Jim bajó la cabeza. En el tiempo en que había estado enfermo, había tratado erróneamente de tentar a la señora Vincent con la promesa de una recompensa, pero le intrigaba que ella advirtiese el humor de su propia negativa a alzar un dedo para ayudarlo. Jim vaciló antes de salir. Había pasado casi tres años con la señora Vincent, y aún ahora encontraba que le gustaba. La señora Vincent era una de las pocas personas del campo de Lunghua que apreciaban el humor de toda la situación.

Tratando de estar a la altura de ella respondió: —¿Una recompensa? Señora Vincent, recuerde que es inglesa.

Librodot

29

La marcha a Nantao

La marcha desde el campo de Lunghua hasta los muelles de Nantao —la migración de un lastimoso circo de pueblo— empezó dos horas más tarde. Exhausto por la larga espera antes de partir, Jim miró desde la cabeza de la columna a los prisioneros que se congregaban. Bajo la mirada aburrida de la gendarmería japonesa, los prisioneros salieron cautelosamente por las puertas, los hombres cargados de maletas y sacos de dormir, las mujeres con líos de ropas harapientas en cestos de paja. Los padres cargaban los niños enfermos y las madres llevaban de la mano a los más pequeños. Sorprendió a Jim, mientras aguardaba detrás del coche oficial japonés que encabezaría la marcha, ver tal cantidad de posesiones que habían permanecido debajo de las literas durante los años de Lunghua. Evidentemente, los deportes fueron importantes en la lista de prioridades de los prisioneros en el momento de preparar el equipaje. Como habían pasado los años de paz en los campos de tenis y de cricket del Lejano Oriente, suponían confiadamente que pasarían del mismo modo los años de la guerra. De las asas de las maletas colgaban docenas de raquetas de tenis, bats de cricket y cañas de pescar y hasta había un juego de palos de golf colgado de los trajes de pierrot que llevaban el señor y la señora Wentworth. Andrajosos y desnutridos, los prisioneros movían los pies calzados con zuecos de madera sobre la carretera y formaban una procesión de unos trescientos metros de largo. Ya empezaban a notar el esfuerzo de cargar con el equipaje, y una campesina china sentada fuera de las puertas tenía aferrada una blanca raqueta de tenis.

Los soldados y suboficiales de la gendarmería, apoyados contra los vehículos, miraban en silencio. Bien alimentados y equipados, esos soldados tan temidos por los chinos eran los hombres más fuertes que había visto Jim durante la guerra. No parecían, curiosamente, tener prisa. Fumaban sus cigarrillos al sol cálido, miraban los escasos aviones americanos de reconocimiento y no intentaban apresurar o insultar a los prisioneros. Dos camiones atravesaron las puertas y recorrieron el campo recogiendo a los pacientes del hospital y a los prisioneros demasiado débiles para moverse.

Jim, sentado en su caja de madera, trataba de ajustar los ojos y la mente a las perspectivas abiertas del mundo exterior. El acto de salir sin trabas por las puertas había sido una extraña experiencia, y Jim había sentido bastante miedo como para deslizarse de vuelta en el campo con el pretexto de atarse los cordones de los zapatos. Al fin se recuperó y acarició la caja de madera que contenía sus posesiones: el manual de latín, la chaqueta de la escuela, el anuncio del Packard y la pequeña foto de la revista. Como estaba a punto de ver a sus verdaderos padres, pensó en romper la foto de la pareja desconocida frente al Palacio de Buckingham, sus padres sustitutos de tantos años. En el último instante, como medida de precaución, dejó caer la foto en la caja.

Jim escuchó los llantos de los niños cansados. La gente empezaba ya a sentarse en el camino, tratando de protegerse de las nubes de moscas que abandonaban el campo y se trasladaban a los cuerpos sudorosos del otro lado de la cerca. Jim contempló Lunghua. Los arrozales y canales que rodeaban el campo de prisioneros, y el camino de retorno a Shanghai, que habían sido tan reales vistos a través de alambres de espino, parecían ahora misteriosos, excesivamente iluminados, partes de un paisaje de alucinación.

Jim apretó los dientes doloridos, decidido a volver la espalda al campo. Recordó la provisión de alimentos que los esperaba en un depósito abandonado de Nantao. Era importante mantenerse a la cabeza de la procesión, y si era posible, congraciarse con los soldados japoneses que rodeaban el coche oficial. Jim meditaba en esto cuando una figura casi desnuda, con pantalones andrajosos y zuecos de madera se acercó a él.

—Jim... Pensé que te encontraría aquí. —El señor Maxted alzó al sol el rostro enjuto. El leve sudor de la malaria le cubría las mejillas y la frente. Limpió la suciedad de los espacios libres

Librodot

entre las costillas, como para exponer la piel color de cera a la luz curativa—. De modo que esto es lo que estábamos esperando...

—No ha traído su equipaje, señor Maxted.

—No, Jim. No creo que necesite ningún equipaje. Te parecerá extraño estar aquí.

—Ya no. —Jim escudriñó cautelosamente los campos abiertos, una perspectiva interrumpida sólo por los túmulos sepulcrales y los canales secretos. Era como si esos aburridos soldados japoneses hubieran detenido los relojes—. ¿Cree que Shanghai habrá cambiado, señor Maxted?

Una desvaída sonrisa, encendida por el recuerdo de días más felices, alegró un instante el rostro del señor Maxted.

—Shanghai no cambiará nunca, Jim. No te preocupes, reconocerás a tus padres.

—Estaba pensando en eso —admitió Jim. Su otro problema era el señor Maxted. Jim se había colocado a la cabeza de la columna en parte para estar primero en la cola de las raciones cuando llegaran a Nantao, pero también para liberarse de todas las obligaciones que el campo le había impuesto. Por estar solo se había visto obligado a hacer demasiadas tareas, a cambio de favores que sólo rara vez se habían materializado. Era obvio que el señor Maxted necesitaba ayuda, y que esperaba encontrar apoyo en Jim.

Negándose obstinadamente a cooperar, Jim se sentó en la caja de madera, pensando en el señor Maxted mientras el arquitecto vacilaba. Las manos pálidas, casi inútiles después de tirar del carro de la comida tantos meses, le colgaban a los lados como banderas blancas. Poco más que el recuerdo de los bares y las piscinas de un yo más joven le sostenía los huesos. El señor Maxted se moría de hambre, como muchos de los hombres y mujeres que integraban la procesión. Pero el señor Maxted le recordaba a Jim al soldado inglés agonizante del cine al aire libre.

En el zanjón, junto al borde de hierba del camino, estaba el cilindro gris de uno de los tanques de combustible de un Mustang. Buscando algún modo de abandonar al señor Maxted, Jim estaba a punto de cruzar el camino cuando del escape del coche japonés brotó un chorro de humo caliente. El sargento japonés, de pie en el asiento trasero, ordenó que todo el mundo se adelantase. Los soldados armados se movían a ambos lados de la columna, gritando a los prisioneros.

Hubo un repique de zuecos, como si se mezclasen y repartiesen cientos de naipes de madera. Jim, en primer término, dio un paso adelante, con la caja en la mano y los zapatos brillantes al cálido sol del Yangtsé. Saludó con el brazo al sargento japonés y echó a andar deliberadamente por el camino de tierra, con la mirada clavada en las fachadas amarillas de la Concesión Francesa, que se elevaban como un espejismo sobre los canales y los campos de arroz.

Guiados por el enjambre de moscas que danzaba encima de ellos, los prisioneros avanzaron por el camino rural a Nantao. Desde más allá de los túmulos sepulcrales y las viejas trincheras, desde los muelles y depósitos del norte de Shanghai, llegaba el ruido de los bombardeos. El estruendo resonaba en la superficie de los arrozales inundados. El fuego antiaéreo centelleaba en las ventanas de los edificios de oficinas del Bund y encendía los muertos letreros de neón —Shell, Caltex, Socony Vacuum, Philco—, fantasmas de las grandes compañías internacionales que habían dormido durante toda la guerra y ahora despertaban. A un kilómetro hacia el oeste se encontraba el camino principal a Shanghai, todavía atestado de convoyes de camiones japoneses y artillería de campo que se movía hacia la ciudad. El esforzado ruido de los motores como un dolor sobre la tierra estoica.

Jim caminaba al frente de la procesión, escuchando a los hombres y las mujeres que lo seguían. Sólo se les oía respirar, como si la experiencia de la libertad hubiese dejado a todos sin habla. Jim trató de olvidar sus propios fatigados jadeos. A pesar de lo que había trabajado en Lunghua, jamás había emprendido algo como esa marcha, con la carga de la caja de madera. Durante la primera hora estuvo demasiado preocupado por el agotamiento del señor Maxted para reparar en el propio. Pero poco después de llegar a la línea férrea Shanghai-

Librodot

Hangchow, el señor Maxted tuvo que detenerse, derrotado por la leve pendiente que llevaba hasta el paso a nivel.

—Vamos subiendo, Jim... Es como las colinas de Shanghai.

—Deberíamos continuar, señor Maxted.

—Sí, Jim... Eres como tu padre.

Jim se quedó con el señor Maxted, fastidiado con él pero incapaz de ayudar. El señor Maxted permanecía en el centro del camino, con las manos apoyadas en las salientes de la pelvis, asintiendo ante la gente que pasaba. Dio una palmada a Jim en el hombro y le indicó que continuase. —Sigue tú, Jim. Ponte a la cabeza de la columna.

—Le guardaré su lugar, señor Maxted.

Para ese momento, varios cientos de personas habían pasado a Jim, y le llevó media hora volver a ponerse al frente. Pocos minutos después se quedó atrás; le dolían los pulmones mientras aspiraba el aire húmedo. Sólo una larga parada ante un puesto de guardia en un canal lo salvó de tener que reunirse con el señor Maxted.

Habían llegado a un canal industrial que corría desde el río hasta Soochow, en el oeste. Dos jóvenes soldados japoneses, que la guerra había olvidado, custodiaban el emplazamiento de sacos de arena junto al puente de madera. Tenían los rostros tan consumidos como los de los prisioneros que arrastraban los zuecos sobre los desgastados tablones.

Mientras los camiones atravesaban lentamente los maderos podridos, los mil ochocientos prisioneros se echaron en la costa de hierbas altas ocupando casi quinientos metros. Dejaron caer las maletas, las raquetas de tenis y los palos de cricket. Como soñolientos espectadores de una carrera de botes, contemplaban el agua espesa de algas. La corriente pasaba junto al casco ennegrecido de un junco blindado amarrado a la costa opuesta.

Jim se alegró de echarse a descansar. Se sentía soñoliento de un modo febril, con el cerebro irritado por el calor del sol y por la dura luz que reflejaba la hierba amarillenta. Vio al doctor Ransome en el último de los tres camiones; se movía vacilando entre los pacientes tendidos en camillas. Jim pensó en sus lecciones de latín, atrasadas en una semana, pero el doctor Ransome estaba a cien metros.

Vigilados por los soldados japoneses desde el camino, muchos hombres descendieron hasta el nivel del agua. Llenaron los jarros y bebieron juntos en la ribera. Jim miraba el agua con temor; recordaba los negros arroyos de Nantao y los miles de litros que había hervido para Basie. ¿No habría una tripulación de cadáveres en el junco blindado? Quizá en la torrecilla de hierro que bañaban ahora las aguas verdes del canal estaba el capitán de esa nave títere china. Jim casi podía ver la sangre muerta que manaba en el canal, saciando la sed de los prisioneros británicos antes de nutrir las raíces de las cosechas de arroz cultivadas para otra generación de quislings chinos.

Jim abrió la caja de madera y sacó el jarro. Descendió a la costa entre las mujeres que descansaban y sus hijos agotados. Agachado en la playa estrecha, llenó cuidadosamente el jarro con agua de la superficie, esperando que las algas lo alimentaran. Bebió el líquido tibio, mientras miraba cómo las huellas de los zapatos de golf se desvanecían en la arena fina.

Jim llenó otra vez el jarro y subió hasta la caja. A la derecha estaba la esposa de un ingeniero de la Shell del Bloque D. Yacía sobre la hierba alta, con hojas enhiestas que le atravesaban los desgarrones del vestido. El ingeniero hundía los dedos en el jarro y humedecía con el agua verde los grandes dientes cariados de la mujer.

A la izquierda de Jim estaba echada la señora Philips, la misionera viuda que trabajaba en el hospital. Le irritó que ella lo hubiera visto beber en la costa y hubiera decidido acompañarlo. Sin duda tenía algún pequeño encargo para él y le hablaría de nuevo de la lección de latín. Aunque habían dejado el campo, Jim se sentía aún prisionero de Lunghua. Todos aquellos a quienes alguna vez había ayudado continuaban aferrándose a él. Casi esperaba que Basie apareciera en la torre del junco blindado y le dijera: —Los quehaceres, Jim...

Pero no parecía que la señora Philips quisiera imponerle alguna tarea. La marcha desde Lunghua la había extenuado. Estaba echada sobre la hierba brillante junto a la maleta de

mimbre, todo lo que conservaba de las décadas pasadas en el interior de China. El rostro de ella tenía ahora el tono del nácar más claro, como si se hubiese ahogado y luego la hubieran sacado del agua en esa costa tranquila. La mirada estaba fija en algún punto remoto del cielo. Jim le tocó las mejillas; quizá estaba muerta.

—Señora Philips... Le he traído un poco de agua.

Ella sonrió y bebió un sorbo; los puños menudos aferraban las asas de la maleta como un par de ratas blancas.

—Gracias, Jim. ¿Tienes mucha hambre?

—Tenía esta mañana. —Jim trató de pensar en una broma que diera ánimos a la señora Philips—. Lo que me falta después de tanto caminar es aire, no comida.

—Sí, Jim. —La señora Philips abrió la maleta. Buscó algo en el interior y sacó una patata pequeña—. Aquí tienes. No olvides rezar por todos nosotros.

—Oh, lo haré. —Jim mordió la patata antes de que ella tuviera tiempo de cambiar de idea—. Se la devolveré cuando lleguemos a Nantao. Todas nuestras raciones están allí.

—Ya me la has devuelto, Jim. Muchas veces. —La señora PhiIips continuó escrutando el cielo—. ¿Te la has comido ya?

—Estaba muy buena. —Cuando Jim terminó de comer advirtió que los ojos de la mujer se movían apenas—. Señora Philips, ¿está buscando a Dios?

—Oh... —Jim estaba impresionado. Deseaba retribuir la generosidad de la señora Philips, aunque sólo fuera con una modesta conversación teológica. Siguió la dirección de la mirada de la anciana—. ¿Quiere decir que Dios está directamente encima de nosotros?

—Por supuesto, Jim.

—¿Sobre el paralelo 31? Señora Philips, ¿no tendría que estar Dios sobre el polo magnético? Entonces habría que buscarlo en el suelo, debajo de Shanghai. —Embriagado por la patata fermentada, Jim rió de la idea de la deidad atrapada en las entrañas de la tierra debajo de Shanghai, quizá en los sótanos de la tienda de la Sincere Company.

La señora Philips le apretó la mano, tratando de consolarlo. Sin dejar de mirar el cielo, murmuró: —Nantao... Entonces, nos llevan al interior...

—No... Nuestras raciones... —Jim se volvió hacia los guardias japoneses. Los tres camiones habían cruzado el puente; el doctor Ransome se movía entre los pacientes con un niño pequeño en brazos. Los gritos del doctor resonaban bajo el sol deslumbrante. Los centenares de prisioneros parecían a esa luz febril las figuras de las vívidas pinturas que anunciaban las películas chinas. Los japoneses, junto a los camiones, comían la pasta de arroz cocido que llevaban en las mochilas. No hicieron el menor intento de compartir la comida con los jóvenes soldados que defendían el puente.

¿Al interior? Había muelles en Nantao, pero ¿para qué desearían los japoneses llevarse a los prisioneros fuera de Shanghai? Jim miró a la señora Vincent, que tocaba el agua a cincuenta metros. Cuando encontró una parte de la corriente que le pareció satisfactoria, llenó un jarro para el marido y el hijo. El doctor Ransome había reclutado entre los que estaban sentados en la costa, debajo de los camiones, una cadena humana que transportaba ollas de agua para los enfermos.

Jim movió la cabeza, asombrado por todo ese esfuerzo. Era evidente que los llevaban al interior para que los japoneses pudieran matarlos sin ser vistos por los pilotos americanos. Jim oyó que la mujer del hombre de Shell lloraba en la hierba. La luz del sol cargaba el aire sobre el canal, un intenso resplandor de hambre le lastimaba los ojos y le recordaba el halo de la explosión del Mustang. El cuerpo ardiente del piloto americano había fertilizado la tierra muerta. Sería lo mejor que todos muriesen; eso los llevaría al fin que había sido inevitable desde que el *Idzumo* hundiera al *Petrel* y los ingleses se rindieran sin lucha en Singapur.

¿Quizá ya estaban muertos? Jim se acostó sobre el suelo y trató de contar las motas de polvo iluminado. Los chinos sabían esa sencilla verdad desde el primer día de vida. Una vez que los prisioneros británicos la aceptaran, ya no tendrían miedo de viajar al sitio de la masacre...

—Señora Philips... He estado pensando en la guerra. —Jim rodó sobre la hierba. Iba a explicarle a la señora Philips que ella estaba muerta, pero la anciana misionera dormía. Jim estudió los ojos descoloridos, la boca abierta que mostraba una pieza dental rota.— Señora Philips, ya no tenemos que preocuparnos...

Las luces de un vehículo brillaron a través del polvo. El coche de la gendarmería se movió en el camino. Los soldados japoneses bajaron a la costa agitando los rifles y ordenaron los prisioneros que se pusieran de pie. Los camiones, al final de la columna, tenían los motores en marcha. Hombres y mujeres trepaban hasta el camino, con los niños y las maletas en las manos. Algunos se quedaron en la hierba pisoteada, reacios a abandonar ese plácido canal.

Jim se tendió de lado, usando el brazo como almohada. Se sentía soñoliento después de la patata de la señora Philips; el ruido del bombardeo y las voces de las esposas inglesas parecían remotos. Miró las hojas de hierba, tratando de establecer la rapidez a la que crecían las hojas, ¿tres milímetros por día, medio millonésimo de kilómetro por hora?

Advirtió entonces que había un soldado japonés en la hierba a su lado. Todos los prisioneros, excepto un centenar, habían subido la pendiente y se reunían ahora en procesión detrás del coche oficial. Había unas pocas personas tranquilamente echadas alrededor de Jim. La señora Philips mantenía aferrada la maleta, y la mujer del Bloque D gimoteaba mientras el marido la tomaba de los hombros.

Granos de arroz se adherían a la barba rala del soldado japonés. Se movían como parásitos mientras reflexionaba sobre el estado de Jim. Jim había visto antes una expresión semejante: en el centro de detención de Shanghai. Pero por primera vez se sentía indiferente. Se quedaría aquí, junto a la corriente lenta, y ayudaría a la señora Philips a buscar a Dios.

—¡Ven, Jim! ¡Te estamos esperando!

Una figura descarnada descendió tambaleante. El señor Maxted se inclinó y sonrió al soldado japonés, como si se alegrara de reconocerlo. Se derrumbó en la hierba y tironeó del hombro de Jim.

—Eres un chico valiente, Jim. Partimos hacia Nantao.

—Nos llevan al interior, señor Maxted. Podría quedarme aquí con la señora Philips.

—Me parece que la señora Philips quiere descansar. Nos guardan las raciones en Nantao. Te necesitamos para que vayas al frente.

Sosteniéndose con una mano los pantalones cortos, el señor Maxted volvió a inclinarse ante el soldado y ayudó a Jim a incorporarse.

La columna se puso en marcha, siguiendo al coche oficial. Jim miró al centenar aproximado de prisioneros que dejaron atrás en la costa. Mientras el soldado lamía los granos de arroz que tenía alrededor de la boca, la señora Philips estaba debajo sobre la hierba amarillenta, cerca de la mujer del Bloque D con el marido arrodillado. Otros soldados se movían por la costa, con los rifles terciados, y pasaban entre los prisiones echados en la hierba. ¿Ayudarían luego a la señora Philips y a los demás a seguir viaje a Nantao?

Jim lo dudaba. Apartó de la mente a la señora Philips, aferró la caja de madera y puso el pie en la polvorienta huella dejada por el hombre que cojeaba ante él. El señor Maxted ya se había rezagado. El breve descanso en la costa había fatigado a todos. A un kilómetro del puente, junto al chamuscado caparazón de un camión de municiones, el camino de Nantao giraba en ángulo recto con el canal y corría entre dos arrozales. La procesión hizo un alto. Contemplados por los japoneses, que no intentaban darles prisa, los prisioneros aguardaban al sol. Jim escuchó su respiración fatigada. Luego hubo un arrastrar de zuecos, y la procesión siguió avanzando.

Jim miró el camión de municiones. Le asombró ver cientos de maletas en el camino vacío. Agotados por el esfuerzo de llevar sus pertenencias, los prisioneros las habían abandonado sin decir una palabra. Las maletas, los cestos de mimbre, las raquetas de tenis, los palos de cricket, los trajes de pierrot, quedaron abandonados al sol, como el equipaje de un conjunto de turistas que se hubieran desvanecido en el cielo.

Librodot

Aferrando fuertemente la caja, Jim apretó el paso. Después de tantos años en que no había tenido nada, no pensaba dejarla ahora. Pensó en la señora Philips y en la conversación junto al soleado canal, tanto más agradable que el cementerio del campo en que usualmente le había hecho preguntas sobre la vida y la muerte. Había sido bondadosa la señora Philips al darle su última patata, y Jim recordó la soñolienta impresión de haberse muerto. Pero no había muerto. Jim pisó el polvo con fuerza, sorprendido por su propia debilidad. La muerte de piel nacarada casi lo había seducido con una patata dulce.

Librodot

30

El estadio olímpico

Toda la tarde avanzaron hacia el norte a través de la llanura del río Whangpoo, entre el laberinto de arroyos y canales que separaba los arrozales. El aeropuerto de Lunghua quedó atrás, y las casas de apartamentos de la Concesión Francesa se alzaban como vallas de anuncios a la luz de agosto. El río estaba a pocos cientos de metros a la izquierda, rota la parda superficie por los restos de lanchas patrulleras y juncos motorizados en las aguas bajas.

Allí, en toda la vecindad del distrito de Nantao, se veía la devastación causada por los bombardeos americanos. Cráteres como piscinas circulares cubrían los arrozales donde flotaban huesos de búfalos. Pasaron junto a los restos de un convoy atacado por los cazas Mustang y Lightning. Bajo los árboles, la columna de coches oficiales y camiones militares parecía haber sido desmontada en un taller al aire libre. Ruedas, ejes y puertas estaban diseminados alrededor de los vehículos, cuyos guardabarros y paneles laterales habían sido arrancados por las descargas.

Nubes de moscas se elevaron de los parabrisas ensangrentados cuando los prisioneros se detuvieron. Pocos pasos detrás de Jim, el señor Maxted salió de la procesión y se sentó en el estribo de un camión de municiones. Siempre con la caja, Jim se acercó.

—Ya llegamos, señor Maxted. Siento el olor de los muelles.

—No temas, Jim. No dejo de velar por nosotros.

—Nuestras raciones...

El señor Maxted extendió la mano y apretó la muñeca de Jim. Carcomido por la malaria y la desnutrición, el cuerpo de Jim estaba a punto de fundirse con el vehículo destrozado. Los tres camiones avanzaron: los neumáticos aplastaron los cristales rotos que cubrían el suelo. Los pacientes del hospital yacían unos encima de otros como alfombras enrolladas. El doctor Ransome estaba en el tercer camión, de espaldas a la cabina del conductor, los pies ocultos por los cuerpos empaquetados. Al ver a Jim, aferró la barra lateral del camión.

—¡Maxted! ¡Ven, Jim! ¡Deja tu caja!

—¡La guerra ha terminado, doctor Ransome!

Jim miró a los treinta soldados japoneses que venían a retaguardia. Los rifles terciados al hombro, marchaban con una lentitud reflexiva. Recordaban a Jim los amigos de su padre que volvían de una partida de caza en Hungjao antes de la guerra. Nubes de polvo blanco envolvieron los camiones, escondiendo al doctor Ransome. Pasó al lado de Jim el primero de los soldados, hombres corpulentos con la mirada fija en el suelo y las ventanas de la nariz estremecidas por el olor a orina. Cuando pasaron a través del polvo, una fina capa les cubrió los uniformes y correajes: Jim recordó la pista del aeropuerto de Lunghua.

—Bueno, Jim... —El señor Maxted se incorporó; Jim advirtió el olor a excremento que le salía de los pantalones cortos—. Te llevaré a Nantao.

Tomando a Jim por el hombro, cojeó con sus zuecos sobre los cristales en añicos. Incapaces de adelantarse a los camiones, se escurrían entre nubes de talco, junto a los pocos rezagados que iban en la cola. Unos pocos prisioneros había abandonado la procesión y permanecían con sus hijos en lo estribos de los coches bombardeados: gitanos a punto de iniciar una nueva vida entre esos vehículos, desmantelados en parte. Pero Jim miró el fino polvo que le cubría las piernas y los zapatos, semejante al talco que los sepultureros soplaban sobre los huesos de los chinos antes de volver a enterrar el esqueleto, y supo que era hora de moverse.

Al final de la tarde, esa capa de talco de las piernas y los brazos de Jim empezó a brillar. El sol caía sobre las colinas de Shanghai, y los arrozales inundados eran un líquido tablero de ajedrez de casillas iluminadas, una mesa de guerra con aviones abatidos y tanques abandonados. A la luz del poniente, los prisioneros estaban en el terraplén de la vía férrea que llegaba a los depósitos de Nantao como un conjunto de extras de cine bajo los focos de un

Librodot

estudio. Alrededor, las lagunas y arroyos estaban llenos de agua de azafrán, como conductos de una fábrica de perfume obstruidos por las mulas y búfalos ahogados en la esencia fragante.

Los camiones saltaron sobre los durmientes de madera. Jim, manteniéndose en equilibrio sobre el carril de acero, miró los depósitos de ladrillo hacia el poniente. Un silo de cemento se extendía a lo largo del río hasta un faro abandonado. Un grupo de soldados japoneses examinaba con binoculares el humeante casco metálico de un barco carbonero tocado por los bombarderos americanos y varado en un banco de arena en mitad del río. Abrasado por las explosiones, el puente era ahora tan negro como los mástiles y las bodegas.

Dos kilómetros río abajo estaban la base de la aviación naval y los muelles funerarios donde Jim se había refugiado con Basie. Preguntándose si el camarero habría regresado a su viejo escondite, Jim guió al señor Maxted entre los carriles mientras los prisioneros avanzaban por la vía férrea hasta el andén de la ribera. Al oeste de los muelles, en las aguas bajas de una laguna, estaba el caparazón quemado de un B-29: la cola se alzaba en el crepúsculo como un cartel plateado anunciando la insignia del escuadrón.

Jim contempló ese enorme avión abatido mientras avanzaba con el señor Maxted entre los cuerpos apretujados. El hambre lo entumecía. Se chupó los nudillos, disfrutando incluso el sabor del pus; luego arrancó tallos de hierba de la costa y masticó las hojas ácidas. Un cabo japonés escoltaba al doctor Ransome y a la señora Pearce hacia los muelles. Los depósitos y barracones que desde lejos parecían intactos, habían sido bombardeados y casi reducidos a escombros. La marea creciente mecía los cascos herrumbrados de dos lanchas torpederas amarradas junto al silo y los cadáveres de varios marinos japoneses entre los juncos a cincuenta metros de donde estaba agazapado Jim. Sin inmutarse, varios prisioneros británicos descendieron a beber en la orilla. Una mujer exhausta sostenía a su hijo por debajo de las rodillas, como una madre china, mientras él evacuaba el vientre sobre el fango manchado de petróleo; luego se puso en cuclillas y defecó ella misma. Otras la siguieron; y cuando Jim bajó a beber, el aire del atardecer estaba impregnado por el hedor de los excrementos.

Jim se detuvo junto al río, la caja de madera a sus pies. El agua limpió el polvo blanco de sus zapatos. En el jarro, el agua brillaba por el petróleo de los buques hundidos en el puerto de Shanghai. Manchas superpuestas cubrían la superficie del Whangpoo, como si quisieran sofocar toda la vida del río.

Jim bebió con cuidado y luego miró el agua que lamía la caja. Había traído esa caja de madera todo el camino desde Lunghua, aferrando con fuerza las pocas posesiones que había reunido con esfuerzo. Había tratado de mantener viva la guerra, y con ella la seguridad que había conocido en el campo. Ahora era el momento de librarse de Lunghua y de enfrentarse directamente al presente por incierto que fuese, la única norma que lo había sustentado durante los años de la guerra.

Jim empujó la caja a la superficie aceitosa. En esos últimos momentos del ocaso, el agua muerta revivía en flores iridiscentes. Mientras la caja se alejaba, unas manchas circulares la rodearon despertando unos temblorosos reflejos en el río.

Jim se unió a los prisioneros y se sentó junto al señor Maxted. Le pasó el jarro de agua y se limpió la arena de los zapatos.

—¿Estás bien, Jim?

—La guerra tiene que terminar, señor Maxted.

—Terminará, Jim. —El señor Maxted había revivido por un instante—. Esta noche regresaremos a Shanghai.

—¿A Shanghai? —Jim no estaba seguro de que el señor Maxted no delirara, soñando con Shanghai como los prisioneros agonizantes de Lunghua cuando balbuceaban acerca del retorno a Inglaterra—. ¿No nos llevarán al interior?

—Ahora no. —El señor Maxted señaló el buque carbonero que ardía junto al silo.

Jim miró el humo que salía del puente y la obra muerta del barco; de todas partes menos de la chimenea. El fuego se había extendido al cuarto de máquinas, y la proa fulguraba como las

Librodot

brasas de un horno. Ese era el barco que hubiera tenido que llevarlos al interior, a los campos de exterminio más allá de Soochow. A pesar de su alivio, Jim se sintió decepcionado.

—¿Y nuestras raciones, señor Maxted?

—Nos esperan en Shanghai. Como en los viejos tiempos, Jim.

Jim miró al señor Maxted mientras se volvía a hundir entre los extenuados prisioneros. Había hecho un último esfuerzo para incorporarse y tratar de convencer a Jim de que todo estaba bien, de que la buena suerte y la puntería de algún desconocido artillero americano, que había impedido que embarcasen en el barco carbonero, continuarían velando por ellos.

—Señor Maxted, ¿quiere que la guerra se acabe? Tiene que acabar pronto.

—Ya casi ha terminado. Piensa en tus padres, Jim. La guerra ha terminado.

—¿Y cuándo empezará la próxima, señor Maxted?

Los soldados japoneses caminaban por la línea férrea, seguidos por el doctor Ransome y por la señora Pearce. Los cabos se gritaban unos a otros; las voces resonaban a lo largo de las vías. Cayó una llovizna, y los guardias que esperaban junto a los camiones se pusieron las capas. De los rieles ardientes se elevó el vapor, mientras los prisioneros se incorporaban y afrraban a sus hijos pequeños. Las voces murmuraban en la oscuridad, y las esposas apretaban las manos de sus maridos.

—Digby... Digby...

—Scotty...

—Jake...

—Bunty...

Una mujer con un niño dormido tomó a Jim por el brazo, pero él se apartó y trató de sostener al señor Maxted. La oscuridad y la maloliente agua del río los habían mareado, y en cualquier momento podían caer entre los rieles. Siguiendo a los tres camiones, los prisioneros se reunieron en el muelle, junto a los depósitos en ruinas. Un centenar se había quedado en el andén, demasiado fatigados para continuar y resignados a cualquier futuro que los japoneses les reservasen. Estaban bajo la lluvia, vigilados por los soldados con sus capas mojadas.

Cuando la columna se puso en marcha, Jim advirtió que una cuarta parte de los prisioneros que habían salido de Lunghua, habían quedado atrás. Varios prisioneros abandonaron la marcha aun antes de llegar al muelle. Un anciano escocés del Bloque E, un contable jubilado de la compañía eléctrica de Shanghai, con quien Jim solía jugar al ajedrez, se apartó súbitamente de la columna. Como si hubiera olvidado dónde había estado todos los años de la guerra, vagó por el muelle de piedra y luego retornó bajo la lluvia al terraplén del ferrocarril.

Una hora después del anochecer llegaron a un estadio de fútbol en las afueras de Nantao. Ese estadio de cemento había sido construido por orden de Madame Chiang Kai Shek con la esperanza de que China albergara los juegos olímpicos de 1940. Ocupado por los japoneses durante la invasión de 1937, se había convertido en el cuartel militar del sur de Shanghai.

La columna de prisioneros atravesó el silencioso parque de automóviles. Docenas de cráteres horadaban la superficie de asfalto, pero aún se veían las líneas blancas en la oscuridad. Había ordenadas hileras de vehículos deteriorados: camiones militares y de combustible destrozados por las granadas, tanques sin orugas y piezas móviles de artillería. Jim contempló la fachada picada de viruela del estadio. Fragmentos de bombas habían desprendido trozos de estuco blanco, y los originales caracteres chinos que proclamaban el poder del Kuomintang habían vuelto a aparecer, y unos lemas amenazantes que colgaban sobre la oscuridad como los carteles de los cines chinos en el Sanghai de la preguerra.

Entraron en un túnel de cemento que conducía al oscuro centro del estadio. Las gradas circulares recordaron a Jim el centro de detención de Shanghai, con todos sus peligros centuplicados por la guerra. Los soldados japoneses formaban un cordón alrededor de la pista. La lluvia les chorreaba por las capas y brillaba en las bayonetas y los cañones de los fusiles. Los primeros prisioneros empezaban a sentarse en la hierba mojada. El señor Maxted se dejó

Librodot

caer al suelo a los pies de Jim, como si se librara de un arnés. Jim se puso en cuclillas a su lado, apartando los mosquitos que los seguían.

Los tres camiones emergieron del túnel y se detuvieron a un lado. El doctor Ransome pasó por encima de sus pacientes y descendió. La señora Pearce bajó de la cabina del segundo camión, dejando a su marido y a su hijo con el conductor japonés. A través de la lluvia Jim escuchó las protestas del doctor Ransome. Escondido en su capa, el sargento principal de gendarmería miró inexpresivamente al doctor, luego encendió un cigarrillo y fue hacia las gradas y se sentó en la primera fila como si esperara una exhibición nocturna de acrobacia.

Jim se alegró cuando la señora Pearce regresó a la cabina del camión. La voz quejumbrosa del doctor Ransome, en el tono que tantas veces había usado para reprender a Jim por sus juegos en el cementerio, estaba fuera de lugar en el estadio de Nantao. Pocos minutos después de la llegada, un silencio completo cayó sobre los mil doscientos prisioneros. Estaban apretujados en la hierba, vigilados por los guardias, desde las gradas. El doctor Ransome se movía entre las mujeres y los niños, tratando aún de continuar con sus inspecciones de Lunghua. Jim lo miró hasta que el médico tropezó en la oscuridad, despertando las sordas quejas de un grupo de hombres.

La lluvia caía sobre el estadio, y Jim se echó en el suelo y dejó que le resbalase por la cara, entibiándole las heladas mejillas. A pesar de la lluvia, miles de moscas rodeaban a los prisioneros. Jim las apartó de la boca del señor Maxted y trató de lavarse la cara con la lluvia, pero las moscas se le cebaban en los labios y en las encías.

Jim observó la suave respiración del señor Maxted. Se preguntó qué podía hacer por él, y lamentó haberse desprendido de la caja. Empujar la caja de madera al agua había sido un gesto sentimental pero inútil, su primer acto adulto. Podía haber vendido sus posesiones para obtener un poco de comida para el señor Maxted. Unos pocos soldados japoneses eran católicos, y seguían la misa en latín. Quizá alguno de esos guardias con capas empapadas hubiera apreciado el manual de latín de Kennedy, o Jim podría haberle dado lecciones...

Pero el señor Maxted dormía tranquilamente. Un vaho gris escapaba entre las moscas de la boca de él y de las bocas de los prisioneros vecinos. Una hora más tarde, cuando la lluvia terminó, el fuego de un ataque aéreo americano iluminó el estadio como los relámpagos de la estación de los monzones. En su infancia, en la seguridad del dormitorio de la Avenida Amherst, Jim había mirado los bruscos fogonazos que sorprendían a las ratas en mitad del campo de tenis o al borde de la piscina. Dios, aseguraba Vera, tomaba fotos de las maldades de Shanghai. Los silenciosos destellos de la incursión aérea contra alguna base naval japonesa en la desembocadura del Yang-tsé ponían un resplandor húmedo en los brazos y piernas de Jim, un nuevo recuerdo del fino polvo que había observado por vez primera mientras ayudaba a construir la pista del aeródromo de Lunghua. Jim sabía que estaba al mismo tiempo despierto y dormido, soñando con la guerra y soñado por la guerra.

Apoyó su cabeza contra el pecho del señor Maxted. Los veloces relámpagos de los ataques aéreos llenaban el estadio y vestían a los prisioneros dormidos. ¿Habían de participar todos en la construcción de una pista gigantesca? En la mente de Jim el estruendo de los aviones americanos evocaba vigorosas premoniciones de muerte. Conjugando los verbos latinos, lo que más se acercaba a una plegaria, se durmió junto al señor Maxted, y soñó con pistas de aterrizaje.

31

El Imperio del Sol

El húmedo sol de la mañana inundaba el estadio, se reflejaba en las charcas que cubrían las pistas de atletismo y en los radiadores cromados de los coches americanos estacionados detrás de los arcos del campo de fútbol. Apoyado en el hombro del señor Maxted, Jim examinó los cientos de hombres y mujeres echados en la hierba tibia. Había unos pocos prisioneros en cuclillas; las caras quemadas por el sol, pero pálidas, parecían de cuero desteñido. Miraban los coches detrás de los arcos con ojos suspicaces, como los campesinos de Hungjao cuando echaban desde los sembrados de arroz una mirada temerosa al Packard paterno.

Jim apartó las moscas de la boca y los ojos del señor Maxted. El arquitecto no se movía; las blancas costillas le apretaban el corazón, pero Jim lo oía respirar.

—Ahora se siente mejor, señor Maxted... Le traeré un poco de agua. —Jim espió las hileras de coches. Aun el mínimo esfuerzo de enfocar la vista lo fatigaba. Tratando de mantener la cabeza en alto, Jim sintió que el suelo se movía ondulándose, como si él y los cientos de prisioneros estuviesen a punte de ser arrojados al aire con una sacudida—. Señor Maxted, me parece que la guerra tiene que haber acabado...

El señor Maxted se volvió hacia Jim, que señalaba los coches. Había más de cincuenta: Buick, Lincoln Zephyr, dos Cadillac blancos juntos. ¿Habían venido a recoger a los dueños ahora que la guerra había concluido? Jim frotó las mejillas del señor Maxted; luego buscó el hueco debajo de las costillas e intentó masajearle el corazón. Sería una pena que el señor Maxted se muriera justamente ahora que llegaba su Studebaker para llevarlo de nuevo a los bares de Shanghai.

Sin embargo, los soldados japoneses, sentados en las gradas de cemento cerca del túnel de entrada, bebían té calentado en un brasero de carbón. El humo ascendía entre los camiones de enfermos. Dos jóvenes soldados pasaban ollas de agua al fatigado doctor Ransome, pero las tropas de seguridad no demostraban más interés por los prisioneros de Lunghua que ocupaban el campo de fútbol que durante la marcha del día anterior.

Con las piernas temblorosas, Jim miró los coches buscando el Packard de sus padres. ¿Dónde estaban los chóferes? Hubieran tenido que aguardar junto a los coches, como hacían siempre fuera del Country Club. En ese momento una pequeña nube de lluvia cubrió el sol y una luz mortecina invadió el estadio. Mirando los cromos herrumbrados, Jim comprendió que esos coches americanos habían estado allí mucho tiempo. Los parabrisas tenían una apelmazada mugre invernal; los neumáticos estaban achatados; eran parte del botín obtenido por los japoneses.

Jim estudió las graderías del norte y el oeste del estadio. Habían retirado los cojines, y se usaban en parte como un depósito al aire libre. Docenas de muebles lacados y mesas de caoba barnizadas y cientos de sillas de comedor se amontonaban en las graderías como en el desván de un depósito de muebles. Guardarropas y camas, frigoríficos y aparatos de aire acondicionado se elevaban hacia el cielo como una colina. El enorme palco presidencial, desde donde Madame Chiang y el generalísimo hubieran podido saludar una vez a los atletas del mundo, estaba ahora repleto de mesas de ruleta, barras de bar, y una horda de ninfas de yeso dorado que sostenían sobre las cabezas unas lámparas espantosas. Había también en las gradas rollos de alfombras persas y turcas, apresuradamente envueltas en lonas, que rezumaban agua como cañerías podridas. A los ojos de Jim, esos lamentables trofeos traídos de las casas y bares de Shanghai tenían un brillo de escaparate, como las galerías atestadas de muebles por donde se paseaban él y su madre en la tienda de la Sincere Company. Miró las gradas, esperando casi ver aparecer a su madre con un vestido de seda, pasando la mano enguantada por esas terrazas escalonadas de laca oscura.

Jim volvió a sentarse y se protegió los ojos del resplandor. Masajeó las mejillas del señor Maxted con el índice y el pulgar, estirando los labios para sacarle las moscas atrapadas dentro

Librodot

de la boca. A su alrededor, los prisioneros del campo de Lunghua echados en la hierba húmeda contemplaban esa exhibición de sus anteriores propiedades, un espejismo que el duro sol de agosto hacía más vívido.

Sin embargo, el espejismo se desvaneció rápidamente. Jim se secó las manos en los pantalones del señor Maxted. Los japoneses habían usado con frecuencia el estadio como una etapa transitoria, y la pisoteada hierba estaba cubierta de harapos sucios y cenizas de pequeños fuegos, tiras de lona de tienda y pedazos de cajones. Y también inconfundibles desechos humanos, manchas de sangre y excremento cubiertas por millares de moscas.

El motor de uno de los camiones de enfermos se puso en marcha ruidosamente. Los soldados japoneses bajaron de las gradas y formaron una columna. Parejas de guardias treparon a los camiones con mascarillas de algodón en el rostro. Ayudado por tres prisioneros ingleses, el doctor Ransome sacó de los camiones a los pacientes muertos o demasiado enfermos para continuar el viaje. Quedaron allí, en las huellas de neumáticos que marcaban la hierba, como si quisieran envolverse en la tierra blanda.

Jim, junto al señor Maxted, le apretaba reiteradamente el diafragma como si fuera un fuelle. Había visto al doctor Ransome arrancando a sus pacientes de la muerte, y era importante que el señor Maxted estuviera suficientemente bien como para unirse a la marcha. Alrededor los prisioneros se incorporaban, y unos pocos estaban ya de pie junto a sus mujeres e hijos. Varios de los prisioneros más ancianos habían muerto durante la noche: a tres metros, en su gastado vestido de algodón, mirando al cielo, yacía la señora Wentworth, que había representado el papel de Lady Bracknell. Otros estaban caídos en charcas de agua, formadas por la presión de los cuerpos sobre la hierba.

A Jim le dolían los brazos por el esfuerzo de bombear el diafragma del señor Maxted. Esperaba que el doctor Ransome saltara del camión hospital y atendiera al señor Maxted. Pero los tres camiones salían ya del estadio. El doctor Ransome agachó la cabeza pelirroja cuando el camión entraba en el túnel. Jim sintió la tentación de correr tras él, pero sabía que ya había decidido quedarse con el señor Maxted. Había aprendido que tener alguien a quien cuidar era lo mismo que ser cuidado por alguien.

Oyó a los camiones mientras atravesaban el parque de automóviles, con las cajas de engranajes gimiendo mientras ganaban velocidad. Finalmente, el campo de Lunghua se desintegraba. Ante el túnel se formó una columna de marcha. Un sargento de la gendarmería inspeccionaba a los trescientos prisioneros ingleses más jóvenes, con sus mujeres e hijos, alineados en la pista de carreras. Los prisioneros demasiado exhaustos para ponerse de pie e incluso sentarse estaban en el campo de fútbol. Yacían en la hierba como bajas de un combate. Los soldados japoneses pasaban entre ellos, como si buscaran una pelota perdida, sin el menor interés por esos súbditos británicos que habían caído en el callejón sin salida de la guerra.

Una hora más tarde la columna se puso en marcha; los prisioneros avanzaron por el túnel sin mirar hacia atrás. Seis soldados japoneses los siguieron, y el resto continuó patrullando al azar los muebles de madera lacada y los refrigeradores. Los suboficiales principales, junto al túnel, miraban los aviones americanos de reconocimiento que volaban encima, sin preocuparse por mover a los prisioneros del estadio. Sin embargo, quince minutos más tarde empezó a formarse un segundo grupo, y los japoneses se acercaron para inspeccionarlo.

Jim se limpió las manos en la hierba húmeda y puso los dedos en la boca del señor Maxted. Los labios del arquitecto temblaban sobre los nudillos de Jim. Pero ya el sol de agosto secaba la humedad de la hierba. Jim se volvió hacia un charco que la lluvia había dejado en el camino. Esperó a que pasara el centinela, y luego caminó por la hierba, ahuecó las manos, y bebió. El agua le corrió por la garganta como mercurio helado, una corriente eléctrica que casi le paró el corazón. Antes de que los japoneses pudieran ordenarle que se alejara del camino, Jim recogió rápidamente un poco más de agua y se la llevó al señor Maxted.

Mientras dejaba caer el agua en la boca del señor Maxted, las moscas huyeron de las encías. A un lado estaba la vieja figura del mayor Griffin, un oficial retirado del ejército de la India

Librodot

que había dado una conferencia en Lunghua acerca de las armas de infantería de la primera guerra mundial. Demasiado débil para incorporarse, señaló las manos de Jim.

Jim pellizcó los labios del señor Maxted, y se sintió aliviado cuando la lengua se movió espasmódicamente. Tratando de alentar al arquitecto, le dijo: —Señor Maxted, nuestras raciones llegarán pronto.

—Jamie, buen chico... Valor...

El mayor Griffin lo llamó.

—Jim...

—Ya voy, mayor Griffin. —Jim volvió al charco y regresó con más agua en las manos. Mientras se agachaba junto al mayor advirtió que la señora Vincent estaba en la hierba a pocos metros. Había dejado a su marido y a su hijo con un grupo de prisioneros en el centro del campo de fútbol. Demasiado agotada para hacer un nuevo movimiento, miraba a Jim con la misma mirada de desesperación con que lo había observado mientras comía los gorgojos. La lluvia de la noche se había llevado el último tinte del vestido de algodón; su rostro tenía la palidez cenicienta de los trabajadores chinos de Lunghua. La señora Vincent, pensó Jim, haría una extraña pista de aterrizaje.

—Jamie...

Ella lo llamaba con el nombre de su infancia, que el señor Maxted, inadvertidamente, había extraído de algún recuerdo de preguerra. La señora Vincent quería que volviera a ser un niño, a hacer los infinitos recados que lo habían mantenido con vida en Lunghua.

Mientras recogía agua fría de la charca, recordó cómo se había negado la señora Vincent a atenderlo cuando estaba enfermo. Sin embargo, ver comer a la señora Vincent había sido siempre para él un espectáculo inquietante. Ahora bebía de las manos de Jim.

Cuando terminó, Jim la ayudó a incorporarse.

—Señora Vincent, la guerra ha terminado.

Con una mueca, ella se apartó, pero a Jim ya no le importaba. La miró mientras caminaba con vacilación entre los prisioneros sentados en la hierba. Jim se puso en cuclillas al lado del señor Maxted, apartándole las moscas de la cara. Todavía podía sentir en los dedos la lengua de la señora Vincent.

—Jamie...

Alguien más lo llamaba, como si él fuera un coolie chino listo para correr a la llamada de los amos europeos. Demasiado mareado para sentarse, Jim se dejó caer junto al señor Maxted. Era hora de terminar los recados. Tenía las manos heladas por el agua de la charca. La guerra había durado demasiado. En el centro de detención y en Lunghua había hecho todo lo posible por seguir con vida, pero ahora una parte de él quería morir. No había para él otro modo de terminar la guerra.

Jim contempló los centenares de prisioneros en la hierba. Hubiera querido que todos muriesen, entre los muebles y las literas podridas. Muchos de ellos, como le agradaba comprobar, ya lo habían hecho. Jim se sintió irritado ante los prisioneros todavía capaces de caminar que formaban ahora una segunda columna. Imaginó que los obligarían a marchar hasta la muerte por el campo; pero él habría preferido que permanecieran en el estadio y murieran a la vista de los Cadillac blancos.

Vivamente, Jim apartó las moscas del rostro del señor Maxted. Burlándose de la señora Vincent, empezó a mecerse sobre las rodillas, como hacía cuando era niño, repitiendo mientras golpeaba rítmicamente el suelo: —Jamie... Jamie...

Un soldado japonés que patrullaba el camino de entrada se acercó y cruzó la hierba, mirando a Jim. Fastidiado por la cantinela, estaba a punto de darle un puntapié con la bota gastada. Un resplandor inundó entonces el estadio, fulgurando sobre las graderías del sudoeste como si una inmensa bomba americana hubiese estallado en alguna parte, al noroeste de Shanghai. El centinela vaciló, mirando por encima del hombro cuando la luz se hizo más intensa. Pocos segundos más tarde se desvaneció, pero una pálida claridad cubría ahora todo el estadio, los

Librodot

muebles robados, los coches detrás del arco, los prisioneros sobre la hierba. Estaban en el interior de un horno calentado por un segundo sol.

Jim se miró las manos y rodillas blancas, y observó el rostro flaco del soldado japonés, que parecía desconcertado por la luz. Ambos aguardaban el estruendo que seguía al relámpago de las explosiones, pero un silencio ininterrumpido cayó sobre el estadio y sobre la tierra circundante, como si el sol hubiese parpadeado, desanimado durante unos pocos segundos. Jim sonrió al soldado japonés; sintió el deseo de decirle que aquella luz era una premonición de la muerte, la visión de un alma pequeña que se unía a la gran alma del mundo agonizante.

Estos juegos y alucinaciones continuaron hasta el fin de la tarde, cuando una incursión aérea contra Hongkew volvió a iluminar el estadio. Jim, en la estela del sueño, sintió temblar la tierra debajo de él como el salón de baile del Shanghai Country Club. Los resplandores pasaban de una parte de las graderías a otra, y transformaban el mobiliario en una serie de cuadros iluminados que ilustraban las vidas de los ingleses coloniales.

Al ocaso el último grupo se reunió ante el túnel. Jim, junto al señor Maxted, miró a los cincuenta prisioneros encolumnados. ¿Adónde iban? Muchos hombres y mujeres apenas podían tenerse en pie, y Jim dudaba que pudieran llegar hasta el parque de automóviles fuera del estadio.

Por primera vez desde la salida de Lunghua, los japoneses estaban impacientes. Ansiosos de librarse de los últimos prisioneros capaces de caminar, los soldados se movían por el campo de fútbol. Sacudían a los prisioneros, tomándolos por los hombros. Un cabo con mascarilla de algodón alumbraba con su linterna los rostros de los muertos, y luego los ponía de espaldas.

Un civil eurasiático de camisa blanca seguía a los japoneses, listo para ayudar a quienes se unían a la marcha, como el guía de una eficiente compañía de turismo. Los guardias japoneses empezaban ya a desnudar los cuerpos de los muertos, a quienes arrancaban zapatos y cinturones.

—Señor Maxted... —En un último instante de lucidez, Jim se incorporó: sabía que era el momento de abandonar al arquitecto agonizante y unirse a la columna que partía hacia la noche—. Tengo que irme ahora, señor Maxted. Ya es hora de que la guerra termine...

Intentaba ponerse de pie cuando sintió que el señor Maxted le aferraba la muñeca.

—No vayas con ellos, Jim... Quédate.

Jim esperaba que el señor Maxted muriese. Pero el arquitecto apretaba contra la hierba la muñeca de Jim, como si intentara retenerlo clavado a la tierra. Jim vio que los prisioneros entraban en el túnel arrastrando los pies. Un hombre, incapaz de dar más de tres pasos, cayó y quedó a un lado del camino. Jim escuchó las voces de los japoneses que se aproximaban, sofocadas por las mascarillas de algodón, y oyó que el sargento escupía con asco en el aire fétido.

Un soldado se arrodilló al lado de Jim; respiraba áspera y fatigosamente detrás de la mascarilla. Unas manos fuertes recorrieron el pecho y las caderas de Jim, palpándole los bolsillos Bruscamente, le quitaron los zapatos de los pies y los arrojaron al camino. Jim permaneció inmóvil mientras el resplandor de los depósitos de gasolina incendiados fluctuaba sobre las gradas, iluminando las puertas de los refrigeradores robados, las parrillas cromadas de los Cadillac blancos y las lámparas que sostenían las ninfas de yeso en el palco del generalísimo.

Librodot

III

El eurasiático

Un sol sosegado entibiaba el estadio. Del cielo sin nubes cayó un chubasco de granizo, una nevisca de vapor helado arrancada de las alas de un avión americano a cinco kilómetros de altura sobre el valle del Yangtsé. Iluminados por el sol, los cristales se precipitaron sobre el campo de fútbol como una lluvia de adornos de árbol de Navidad.

Jim se incorporó y tocó los trochos de granizo, pepitas de oro blanco esparcidas sobre la hierba. A su lado, el cuerpo del señor Maxted parecía vestido con un traje de luces, y el rostro ceniciento estaba moteado de arcos iris en miniatura. Pero pocos segundos después el granizo se había fundido en el suelo. Jim trató de oír el ruido del avión, esperando una nueva cascada de granizo, pero el cielo estaba desierto de un extremo a otro. Algunos prisioneros del estadio se habían arrodillado: masticaban piedrecillas de granizo y conversaban por encima de los cuerpos de los compañeros muertos.

Los japoneses se habían marchado. Los suboficiales y soldados de la gendarmería habían recogido los equipos y se habían desvanecido durante la noche. Jim, con los pies descalzos sobre la hierba helada, miró el túnel. La luz del sol, todavía bajo, iluminaba la pared de cemento del parque de automóviles vacíos. Uno de los prisioneros cojeaba ya por el túnel arrastrando unos zuecos gastados, seguido por su mujer con un vestido en jirones y las manos apretadas contra la cara.

Jim esperó que un disparo de fusil arrojara al hombre a los pies de su mujer, pero la pareja llegó al parque de estacionamiento y miró las hileras de vehículos deteriorados por los bombardeos. Jim abandonó al señor Maxted y echó a andar por el camino, con la intención de seguirlos, pero luego decidió prudentemente subir a una de las graderías.

Los escalones de cemento parecían ascender más allá del cielo. Jim se detuvo a descansar entre las terrazas escalonadas de muebles robados. Se sentó en una silla de respaldo recto junto a una mesa de comedor y bebió la tibia agua de lluvia de la superficie de laca negra. Más abajo, unos treinta prisioneros se incorporaban en el campo de fútbol, como emergiendo de un picnic desordenado. Las mujeres se peinaban tranquilamente sentadas en la hierba entre los cuerpos de quienes fueran sus amigos, mientras algunos maridos miraban a través de las polvorientas ventanillas los paneles de instrumentos de los coches.

Había más de cien prisioneros muertos, dispersos en el campo como si hubieran caído del cielo de la noche. Jim les volvió la espalda y subió entre los charcos hasta la grada más alta.

Ahora que había dejado al señor Maxted se sentía culpable de que hubiese muerto, una culpa relacionada de algún modo con los zapatos perdidos. Miró las huellas húmedas de sus pies y se dijo que hubiera tenido que vender esos zapatos a los japoneses por un poco de arroz o por una patata dulce. Pero en realidad, al fingirse muerto, había perdido al señor Maxted y también sus zapatos.

Sin embargo, los muertos habían protegido a Jim y lo habían salvado de la marcha nocturna. Echado junto a los cadáveres durante las horas oscuras, dormido o despierto, se había sentido más cerca de ellos que de los vivos. El señor Maxted se había enfriado una hora antes del amanecer. Sin embargo, Jim había seguido masajeándole las mejillas y apartando las moscas hasta que estuvo seguro de que el alma del señor Maxted había partido. Durante los días siguientes se había mantenido al lado del señor Maxted a pesar de las moscas y del olor del cuerpo del arquitecto muerto. Los prisioneros que estaban en el centro del campo ahuyentaban a Jim cuando él se acercaba. Bebiendo el agua que goteaba de los muebles, había sobrevivido con una patata que encontrara en el bolsillo del pantalón deI señor Wentworth y el arroz rancio que le habían arrojado los soldados japoneses.

Jim se apoyó en la barandilla de metal y miró el parque de automóviles. La pareja inglesa miraba las filas de vehículos abandonados, sola en un mundo silencioso. Jim se rió de ellos, una aspera tos que le arrojó de la boca una bolita de pus amarillo. Hubiese querido gritarles:

¡El mundo se ha marchado! ¡Anoche toda la gente se metió en las tumbas y se cubrió de tierra! Que les aproveche... Jim contempló la tierra moribunda, los inundados cráteres de las bombas en los arrozales, los cañones antiaéreos de la pagoda de Lunghua, los cargueros amarrados a las costas del río. Detrás de él, a no más de cinco kilómetros, estaba la ciudad silenciosa. Las casas de apartamentos de la Concesión Francesa y los edificios de oficinas del Bund eran como una imagen amplificada de esa distante perspectiva que durante tantos años lo había sustentado.

Si los japoneses se habían marchado, eso significaba que la guerra había concluido. Enfriado por el río, un viento fresco atravesaba el estadio; y por un instante esa extraña luz del noroeste que había visto sobre las graderías retornó y oscureció el sol. Jim se miró las manos pálidas. Sabía que estaba vivo, pero al mismo tiempo se sentía tan muerto como el señor Maxted. ¿Quizá su propia alma, en lugar de abandonar el cuerpo se le había muerto dentro de la cabeza?

Sediento otra vez, Jim descendió los escalones de cemento, recogiendo con la mano agua de las mesas y las cómodas. Si la guerra había terminado, era hora de buscar a sus padres. No obstante, sin la protección de los japoneses, era sin duda peligroso para los ingleses ir a pie a Shanghai.

Detrás del arco, un prisionero inglés había logrado alzar la cubierta del motor de un Cadillac blanco. Observado por los demás, se inclinó y tocó los cilindros. Jim, reanimado, corrió escaleras abajo, decidido a ser el oficial de ruta del conductor. Aún recordaba todas las calles y callejuelas de Shanghai.

Mientras cruzaba el área de atletismo advirtió que tres hombres acababan de entrar en el estadio. Dos eran coolies chinos, con el pecho desnudo y los pantalones negros de algodón atados en los tobillos sobre las sandalias de paja. El tercero era el eurasiático de camisa blanca que Jim había visto en compañía de las tropas japonesas. Estaban junto al túnel, mientras el eurasiático inspeccionaba el estadio. Miraba a los prisioneros echados en la hierba, pero era obvio que le interesaban mucho más los muebles de las gradas.

El eurasiático llevaba una pesada pistola automática metida en la cintura; sonrió a Jim como para congraciarse con él, como si fueran viejos amigos separados por las desventuras de la guerra.

—Hola, muchacho... ¿Estás bien? —Examinó la camisa y los andrajosos pantalones de Jim, las piernas y los pies descalzos cubiertos de llagas y suciedad—. ¿Lunghua C.A.C.? Tiene que haber sido duro...

Jim miró inexpresivamente al eurasiático. A pesar de la sonrisa, en los ojos del hombre no había ninguna simpatía. Hablaba con un acento americano fuerte, pero recientemente adquirido; Jim supuso que lo había aprendido interrogando a aviadores americanos capturados. Usaba un reloj con pulsera de metal cromado, y la pistola Colt de la cintura se parecía a aquellas que los guardias de Lunghua quitaban a los pilotos de las Superfortalezas derribadas. Las flojas ventanas de la nariz se le estremecían por el hedor que emanaba del campo de fútbol y que lo distraía del escrutinio de la gradería. Se apartó de dos prisioneros británicos que avanzaban con dificultad por el túnel.

—Qué escena —reflexionó—. ¿Tu mamá y tu papá están aquí? Parece que no te vendrían mal un par de sacos de arroz. Pregunta a la gente si no tienen algún brazalete, un anillo de bodas, una alhaja. Podríamos hacer un arreglo.

—¿Ha terminado la guerra?

El eurasiático bajó la vista; una sombra pasajera le pasó por los ojos. Se compuso y sonrió vivamente.

—Por supuesto. En cualquier momento tendremos amarrada en el Bund a toda la marina de los Estados Unidos. —Como Jim no parecía convencido, el eurasiático explicó—: Han tirado bombas atómicas, muchacho. El Tío Sam ha dejado caer un pedazo de sol en Hiroshima y Nagasaki, matando a un millón de personas. Un relámpago inmenso...

—Lo vi.

Librodot

—¿De veras? ¿Y encendía todo el cielo? Puede ser. —El eurasiático parecía poco convencido, pero apartó la mirada del botín de guerra de las graderías y examinó atentamente a Jim. A pesar de Ia calma que aparentaba no estaba seguro de sí mismo, como si pensara que quizá la marina de los Estados Unidos no lo aceptaría tan fácilmente como proamericano. Miró el cielo con preocupación—. Bombas atómicas... Malo para los japoneses, pero afortunado para ti, muchacho. Y para tus padres.

Jim meditó en esto mientras el eurasiático se acercaba al cubo de desechos de cemento junto a la entrada del túnel y empezaba a husmear el interior.

—¿La guerra ha terminado realmente?

—Sí, ha terminado, somos todos amigos. El emperador acaba de anunciar la rendición.

—¿Dónde están los americanos?

—Ya vienen, muchacho, se acercan con sus bombas atómicas.

—¿Una luz blanca?

—Así es, muchacho. La bomba atómica, la superarma de los Estados Unidos. Quizá hayas visto la bomba de Nagasaki.

—Sí, he visto la bomba atómica. ¿Qué le ha ocurrido al doctor Ransome? —Como el eurasiático parecía desconcertado, Jim agregó—: ¿Y la gente que salió de aquí?

—Es terrible, muchacho. —El eurasiático movió la cabeza, como si lamentara un pequeño descuido—. Los bombardeos americanos, las enfermedades. Quizá tu amigo logre salvarse...

Jim estaba a punto de alejarse cuando el eurasiático se apartó del basurero. Sostenía en una mano un par de zuecos gastados que arrojó al camino. En la otra tenía los zapatos de golf de Jim, con los cordones unidos. Estaba a punto de decir algo a los coolies que aguardaban, cuando Jim se adelantó.

—Son míos. El doctor Ransome me los dio —dijo directamente mientras tomaba los zapatos de la mano del eurasiático. Jim esperaba que sacara el arma o llamara a los coolies para que lo derribaran a golpes. Aunque exhausto por el hambre y por el esfuerzo de trepar a la gradería, Jim tenía concienc¡a de que una vez más estaba afirmando la autoridad del europeo. Si la guerra verdaderamente había terminado...

—Está bien, muchacho. —El eurasiático parecía auténticamente apesadumbrado—. Yo los guardaba por si aparecías. Díselo a tus papás.

Jim pasó entre los coolies y entró en el túnel lleno de luz. Había grupos de hombres y mujeres ingleses vagando entre los tanques y camiones incendiados del parque de automóviles. Seguían las antiguas líneas de demarcación, sin saber adonde iban, como si hubieran sobrevivido a la guerra sólo para morir en ese triste laberinto. Fuera del estadio, el completo silencio de los canales y arrozales hacía aún más intensa la luz de agosto. Un blanco resplandor cubría las tierras abandonadas. ¿Habría arrasado los campos el estallido de la bomba atómica que había descrito el eurasiático? Jim recordó el cuerpo ardiente del piloto del Mustang y la luz muda que había inundado el estadio y parecía envolver en una mortaja a los muertos y a los vivos. Pero si el sol había cedido ante la bomba atómica, esa bomba ¿para qué futuro estaba preparándolos?

Librodot

33

El piloto kamikaze

Protegido por sus zapatos, Jim estaba junto a la fortificación de cemento que custodiaba los vehículos del parque de automóviles. El camino a Shanghai pasaba ante la puerta y se alejaba hacia los suburbios del sur de la ciudad. Nada se movía en los campos circundantes, pero a trescientos metros había un pelotón de soldados títeres chinos en un zanjón antitanque al borde del camino. Todavía con los uniformes verde y naranja, rodeaban en cuclillas un brasero de carbón, con los rifles entre las piernas. Un suboficial subió del zanjón que entraba en el camino y esperó con las manos en las caderas. Si se acercaba, los soldados lo matarían por los zapatos. Jim sabía que estaba demasiado débil para caminar hasta Shanghai, y aún más para desafiar los peligros de un camino abierto. Escondido detrás de la fortificación, echó a andar hacia la seguridad del aeródromo de Lunghua. El extremo oeste estaba apenas a un kilómetro por un terreno de ortigas y de caña de azúcar silvestre, cubierto de barriles de combustible y fuselajes de aviones abandonados. Entre los herrumbrados timones Jim veía la pista de cemento: la blanca superficie casi se evaporaba al calor.

El estadio quedó atrás. El camino era un meridiano vacío que rodeaba un planeta descartado por la guerra. Jim iba por el borde, entre los zuecos rotos y los jirones de ropa dejados por los prisioneros ingleses durante los últimos metros de la marcha hacia el estadio. A ambos lados se veían fortificaciones y trincheras bombardeadas, un mundo de barro. En el talud de una trampa para tanques llena de agua, entre neumáticos y cajas de munición, yacía el cuerpo de un soldado chino; las nalgas y los hombros hinchados le habían desgarrado el uniforme naranja; brillaba con una luz oleosa como una lata de pintura reventada. Junto al camino había un caballo de tiro con la piel colgando de las costillas. Jim miró la gran caja torácica, casi esperando ver una rata encerrada dentro.

Salió del camino cuando giraba hacia el este, hacia los muelles de Nantao. Atravesó los arrozales inundados, siguiendo el terraplén de una acequia. Aún allí, a un kilómetro al oeste del río, el petróleo de los cargueros amarrados fluía por arroyos y canales cubriendo los arrozales con un brillo siniestro Jim descansó al borde del aeródromo, y luego cruzó la cerca de alambre y se acercó al más próximo de los aviones abandonados. Lejos, del otro lado del aeródromo, bajo la sólida torre de la pagoda de Lunghua, estaban los hangares y talleres bombardeados. Entre las ruinas había grupos diseminados de mecánicos japoneses. Pero los mercaderes chinos de chatarra aún no habían llegado, evidentemente intimidados por esa zona de silencio. Jim escuchó ruido de sierras o herramientas de corte, pero el aire estaba vacío, como si la furia de los bombardeos se hubiese llevado de allí todo sonido, por muchos años.

Jim se detuvo bajo la cola de un caza Zero. La caña de azúcar silvestre crecía a través de las alas. La metralla había arrancado de las cuadernas la piel metálica quemada, pero los restos oxidados conservaban aún la magia de aquellas máquinas que Jim había mirado desde la galería del salón de reuniones, cuando despegaban de la pista que él había ayudado a construir. Jim tocó las aguzadas aletas del motor radial y pasó la mano por el flanco curvado de la hélice. El refrigerador de aceite había perdido glicol, que cubría el avión con una red rosada. Apoyó un pie donde el ala se unía al fuselaje y miró la cabina, con el tablero de instrumentos y el volante de inclinación intactos. Un inmenso pathos envolvía el acelerador y la palanca del tren de aterrizaje, los bulones colocados por alguna japonesa desconocida en la línea de montaje de Mitsubishi.

Jim vagó entre los aviones heridos, que parecían flotar sobre verdes bancos de ortigas, y los echó a volar una vez más dentro de su cabeza. Mareado por aquella belleza olvidada, se sentó a descansar en la cola de un caza Hayate. Miró el cielo sobre Shanghai, esperando que los americanos llegaran al aeródromo de Lunghua. Aunque no había comido nada durante dos días, tenía la mente clara.

—Aah... Aah...

Librodot

El sonido, un profundo suspiro de ira y resignación, provenía del borde del campo de aterrizaje. Antes de que Jim pudiera esconderse, hubo un movimiento en las ortigas, detrás del Zero. Un aviador japonés estaba a unos pocos metros. Llevaba el amplio traje de vuelo de los pilotos, con las insignias de un grupo especial de ataque cosidas en las mangas. Estaba desarmado, pero traía una estaca de pino que había arrancado de la cerca de alambre. Golpeaba las ortigas y miraba con irritación el avión herrumbrado, aspirando con fuerza como si quisiera transmitirle la capacidad de volar. Jim se agachó, de rodillas, esperó que el desvaído camuflaje del Hayate lo escondiera. Observó que ese oficial japonés no había cumplido aún los veinte años, y tenía un rostro aún tierno, de huesos poco firmes en el mentón y la nariz. La piel pálida y las prominentes muñecas decían a Jim que ese estudiante piloto estaba tan hambriento como él mismo. Sólo aquellos suspiros guturales eran de hombre mayor, como si al unirse al grupo kamikaze le hubiesen asignado la garganta y los pulmones de un piloto adulto.

—Uh... —Vio a Jim y durante unos segundos lo miró a través de las ortigas. Luego se volvió y continuó su malhumorada ronda por el aeródromo.

Jim lo miró sacudir la caña de azúcar silvestre, quizá tratando de despejar espacio para que aterrizara un helicóptero. ¿Habrían creado los japoneses un arma secreta para responder a la bomba atómica, un cazacohete de alta velocidad que requiriera una pista más larga que la de Lunghua? Jim esperaba que el piloto saludara a los guardias que había al pie de la pagoda. Pero no hacía otra cosa que examinar los aviones destruidos. Se detuvo y movió la cabeza, y Jim recordó otra vez que era muy joven. Sin duda, al principio de la guerra, e incluso pocos meses antes, había sido un escolar, reclutado directamemte en el aula para la academia de aviación.

Jim se puso de pie y caminó entre las ortigas hasta la hierba amarillenta al borde del aeródromo. Empezó a seguir al japonés a cincuenta metros de distancia y se detuvo cuando el piloto hizo una pausa para probar los alerones de un Zero. Aguardó a que el japonés continuara moviéndose, y luego lo siguió sin hacer el menor esfuerzo para esconderse, y pisando con cuidado las huellas del piloto.

Durante la hora siguiente ambos avanzaron por el sur del aeródromo, el joven piloto y el chico a rastras. Los barracones y bloques dormitorio del campo de prisioneros de Lunghua surgieron del calor. Lejos, del otro lado del aeródromo, el personal japonés de tierra descansaba al sol junto a los hangares incendiados. Aunque sabía que Jim estaba siguiéndolo, el piloto no lo llamó. Sólo cuando estuvieron a la vista de dos soldados que custodiaban un nido de ametralladoras, el japonés se detuvo y le hizo señas de que se acercara.

Estaban junto a un avión herrumbrado. Los mercaderes de chatarra le habían quitado las alas. El piloto aspiró con fuerza, conmovido por la expresión paciente de Jim, como un estudiante mayor obligado a reconocer a un admirador de los cursos inferiores. A pesar de su juventud, parecía obligarse deliberadamente a una desesperación adulta. Nubes de moscas se elevaron del cuerpo en descomposición de un coolie chino entre la caña de azúcar silvestre, los tanques de combustible y los motores abandonados. Jim recordó las moscas que cubrían el rostro del señor Maxted. ¿Sabían que ese piloto adolescente tendría que haber muerto durante el ataque de los portaaviones americanos a Okinawa? Cualquiera fuese el motivo, el japonés no hizo nada por apartarlas. Sin duda sabía que su propia vida había concluido, que las fuerzas del Kuomintang que se preparaban para ocupar nuevamente Shanghi no tardarían en acabar con él.

El piloto alzó la estaca de madera, como un hombre que desierta de un sueño, y la arrojó a las ortigas. Jim se apartó; el piloto metió la mano en el bolsillo de su traje de vuelo y sacó un mango.

Jim tomó la pequeña fruta amarilla de la mano callosa del piloto. El mango todavía conservaba el calor de su cuerpo. Tratando de mostrar que él también sabía dominarse, Jim se obligó a no comer. Esperó mientras el piloto contemplaba la pista de cemento.

Librodot

Con un último grito de disgusto, el piloto se adelantó y dio a Jim un manotazo en la cabeza, señalando la cerca de alambre como si le advirtiera que se apartara de una zona contaminada.

Librodot

34

La nevera del cielo

El dulce mango se deslizó en la boca de Jim, como la lengua de la señora Vincent en sus manos. A tres metros de la cerca, Jim se sentó en el tanque de un Mustang caído en la hierba junto a un arrozal inundado. Tragó la suave pulpa y mordisqueó el hueso para arrancar hasta la última hebra. Si podía unirse a ese joven piloto japonés, hacer recados para él y serle útil, quizá hubiera más mangos. En pocos días estaría suficientemente fuerte para caminar hasta Shanghai. En ese entonces, los americanos ya habrían llegado, y Jim podría presentar como su amigo al piloto kamikaze. Los americanos, hombres de corazón generoso, olvidarían el pequeño inconveniente de los ataques suicidas contra sus portaaviones en Okinawa. Y cuando la paz retornara, el japonés podría enseñarle a volar...

Casi ebrio por el zumo lechoso del mango, Jim se deslizó al suelo, con la espalda apoyada en el tanque. Miró la superficie nivelada del arrozal inundado y decidió ser honesto consigo mismo. Primero: ¿podía estar seguro de que la guerra realmente hubiese concluido? El eurasiático de camisa blanca lo había dicho de un modo sospechosamente casual, pero lo único que le importaba era robar los muebles y coches del estadio. Y quizá, un piloto kamikaze no fuera el instructor de vuelo ideal...

Un zumbido familiar atravesó el cielo de agosto, una amenaza mecánica. Jim se puso de pie, ahogándose casi con el hueso del mango. Directamente al frente, a unos doscientos cincuenta metros sobre los arrozales desiertos, había un bombardero americano. Era una Superfortaleza de cuatro motores; volaba más lentamente que cualquier otro avión americano que hubiera visto Jim durante toda la guerra. ¿Estaba a punto de aterrizar en el aeródromo de Lunghua? Jim saludó agitando los brazos al piloto en el domo de cristal de la cabina. Cuando la Superfortaleza pasó por encima, el estruendo de los motores sacudió el suelo y los aviones abandonados al borde de la pista empezaron a temblar todos juntos.

Se abrieron las puertas del depósito de bombas, revelando los cilindros plateados listos para desprenderse de los soportes. La Superfortaleza pasaba como un trueno y el tono más agudo de uno de los motores de estribor cortaba el aire. Demasiado débil para moverse, Jim esperaba que las bombas estallasen en torno cuando el cielo se llenó de paracaídas de color. Docenas de parasoles flotaban alegremente en el aire, como si gozaran del sol de agosto. Los vívidos paracaídas recordaron a Jim los globos de aire caliente que los equilibristas chinos lanzaban sobre los jardines de la Avenida Amherst al final de las fiestas infantiles. ¿Acaso los tripulantes del B-29 trataban de entretenerlo, de darle ánimos hasta que ellos pudieran aterrizar?

Los paracaídas descendieron flotando hacia el campo de prisioneros de Lunghua. Jim, desconcertado, miró los parasoles de color. Dos de ellos chocaron y las cuerdas se enredaron unas con otras. Un cilindro plateado arrastró el paracaídas y cayó pesadamente a doscientos metros sobre el terraplén de un canal.

En un último esfuerzo, antes de tenderse por última vez en medio de los aviones, Jim avanzó entre la caña de azúcar y entró en el arrozal inundado. Atravesó la charca hasta el cráter sumergido de una bomba en el centro del terreno y luego siguió por un costado hacia el canal.

Cuando trepó al terraplén, el último paracaídas había caído al oeste del campo de prisioneros. El murmullo de los motores del B-29 se desvaneció sobre el Yangtsé. Jim se acercó al parasol rojo, bastante grande para cubrir una casa, extendido sobre el terraplén. Miró el material brillante, más lujoso que cualquier otra tela que hubiera visto antes, las inmaculadas costuras, las cuerdas blancas que flotaban en el canal debajo del terraplén.

El cilindro había estallado con el impacto. Jim se dejó caer pendiente abajo en la tierra cocida por el sol y se agachó junto a la boca abierta del cilindro. Alrededor había un tesoro de comida en lata y paquetes de cigarrillos. El cilindro estaba repleto de cajas de cartón: una se había roto al caer, desparramando el contenido por el suelo. Jim se arrastró entre las latas,

Librodot

frotándose los ojos para poder leer las etiquetas. Había latas de Spam, Klim y Nescafé, barras de chocolate y paquetes de cigarrillos Lucky Strike y Chesterfield envueltos en celofán, atados de revistas, *Reader Digest, Life, Time y Saturday Evening Post.*

La vista de tanta comida confundía a Jim, exigiéndole que eligiera, algo que no había sentido durante años. Las latas y paquetes estaban helados, como si acabaran de salir de un refrigerador americano. Llenó la caja rota de latas de carne, leche en polvo, barras de chocolate y un paquete de *Readers Digest*. Luego, pensando en el futuro y por primera vez en muchos días, añadió un cartón de cigarrillos Chesterfield.

Cuando subió al terraplén, la tela roja del paracaídas ondulaba suavemente en la brisa que se movía a lo largo del canal. Sosteniendo contra el pecho el helado tesoro, Jim salió del terraplén y vadeó el arrozal. Siguió el borde del cráter hacia el límite de la pista cuando oyó el sereno rumor de los motores de un B-29. Jim se detuvo y buscó el avión, preguntándose ya cómo podría utilizar todo ese tesoro que caía del cielo.

Casi inmediatamente sonó un disparo de fusil. A cien metros, separado de Jim por el arrozal, un soldado japonés corría hacia el canal. Descalzo, con el uniforme destrozado, pasó a la carrera junto al paracaídas, saltó por la pendiente de hierba y siguió por el arrozal. Entre la espuma que levantaban sus frenéticos talones, desapareció entre los túmulos sepulcrales y las matas de caña de azúcar silvestre.

Jim, agazapado al borde del cráter, se ocultó entre el ralo follaje del arroz silvestre. Apareció un segundo soldado japonés. Estaba desarmado, pero aún llevaba las correas de municiones. Corría a lo largo del terraplén del canal; se detuvo para recobrar el aliento junto al rojo parasol del paracaídas. Se volvió a mirar por encima del hombro, y Jim reconoció el rostro tuberculoso del soldado Kimura.

Un grupo de europeos lo perseguía, con garrotes de bambú en las manos. Uno de los hombres blandía un fusil, pero Kimura no le prestó atención y enderezó el correaje sobre su uniforme en jirones. Lanzó al agua con un puntapié una de las botas deshechas y luego descendió la pendiente y entró en el arrozal. Había dado diez pasos cuando sonó un segundo disparo.

El soldado Kimura estaba caído boca abajo en el agua. Jim esperó entre el arroz silvestre mientras los cuatro europeos se acercaban al paracaídas. Escuchó la nerviosa discusión. Todos eran antiguos prisioneros británicos, descalzos y con andrajosos pantalones cortos, aunque ninguno había estado internado en Lunghua. El jefe era un inglés joven e inquieto que tenía los puños envueltos en vendas mugrientas. Jim supuso que había estado prisionero durante años en un calabozo subterráneo. La piel blanca se estremecía a la luz como la carne expuesta de un caracol. Sacudía las vendas en el aire, gallardetes sangrientos, señales de alguna clase especial de furia que él se enviaba a sí mismo.

Los cuatro hombres empezaron a enrollar la tela del paracaídas. A pesar del hambre de los últimos meses, trabajaban rápidamente y en seguida sacaron del canal el cilindro metálico. Metieron dentro las latas dispersas, cerraron el cono de la nariz, y arrastraron el pesado cilindro por el terraplén.

Jim los vio alejarse entre los túmulos sepulcrales hacia el campo de prisioneros de Lunghua. Tuvo la tentación de correr a unirse con ellos, pero la prudencia aprendida en los últimos años le aconsejó que no se expusiera. El soldado Kimura yacía en el agua a cincuenta metros; de la espalda le brotaba una nube roja, desplegada como la tela de un paracaídas ahogado.

Quince minutos más tarde, cuando estaba seguro de que nadie lo espiaba desde los arrozales vecinos, Jim salió de las matas de arroz silvestre y regresó a los aviones abandonados.

Rápidamente, sin molestarse en lavarse las manos en el agua del arrozal, Jim arrancó la llave de la lata de Spam y enrolló la tira metálica. Un vivo olor se elevó de la masa rosada de carne, que parecía una herida al sol. Jim hundió los dedos en la carne y se llevó un trozo a los labios. Un sabor extraño y potente le llenó la boca, el sabor de las grasas animales. Después de años de arroz cocido y patatas dulces, sentía la boca como un océano de especias exóticas.

Librodot

Masticando cuidadosamente, como le había enseñado el doctor Ransome, extrayendo hasta el último gramo de alimento de cada bocado, Jim terminó la carne.

Sediento por la sal, abrió la lata de Klim y sólo encontró un polvo blanco. Se metió un poco de polvo grueso en la boca, avanzó entre la hierba hasta el arrozal y se llevó a los labios un puñado de agua tibia. La espuma casi lo ahogó, y vomitó el blanco torrente en el arrozal. Contempló con sorpresa la fuente de nieve, preguntándose si moriría de hambre por haber olvidado cómo se comía. Sensatamente, leyó las instrucciones y tuvo entre sus manos un poco de leche tan cremosa que la grasa flotaba al sol como el petróleo en los arroyos y canales.

Deslumhrado por la comida, Jim se echó entre la hierba caliente y chupó con satisfacción una barra de duro chocolate dulce. Había devorado la comida más abundante de su vida, y el estómago se le había hinchado como una pelota de fútbol debajo de sus costillas. Junto a él, en la superficie del arrozal, una nube de moscas se había congregado sobre el vómito blanco. Jim limpió el barro de la segunda lata de Spam con la esperanza de que el piloto japonés reapareciera, y poder retribuirle el regalo del mango.

Cinco kilómetros al oeste, cerca de los campos de prisioneros de Hungjao y Siccawei, docenas de paracaídas de color caían de un B-29 que surcaba el cielo de agosto. Rodeado por esas visiones de la abundancia de América que descendían del aire, Jim rió satisfecho. Empezó su segunda comida, casi la más importante, y devoró los seis ejemplares del *Readers Digest*. Volvía las tersas páginas blancas de las revistas, tan diferentes de los grasientos ejemplares que había leído hasta la muerte en Lunghua. Estaban llenas de titulares y leyendas destacadas que se referían a un mundo desconocido, y de un ejército de hombres inimaginables: Patton, Eisenhower, Himmler, Belsen, jeep, GI, playa de Utah, Von Runstedt, el Bolsón, y otras mil referencias a la guerra europea. Describían una heroica aventura en otro planeta, con escenas de estoicismo y sacrificio y proezas incontables, a un universo de distancia de la guerra que había conocido Jim en el estuario del Yangtsé, ese vasto río apenas capaz de arrastrar hacia el océano a todos los muertos de China. Alimentándose de esas revistas, Jim se adormeció entre las moscas y el vómito. Tratando de no dejarse superar por el *Readers Digest*, recordó la luz blanca de la bomba atómica de Nagasaki, cuyo estallido había visto reflejado a través del Mar de la China. El halo perduraba aún sobre los campos silenciosos, aunque no era nada comparado con Bastogne y el Día D. Era evidente que en Europa, por contraposición a la guerra en la China, todo el mundo sabía con claridad de qué lado estaba, un problema que Jim realmente nunca había resuelto. A pesar de todos los nuevos nombres, ¿no se estaba recargando otra vez la guerra allí, junto a los grandes ríos del Asia oriental, para ser disputada eternamente en ese lenguaje mucho más ambiguo que Jim había empezado a aprender?

Librodot

35

El teniente Price

¿Terminaría la guerra alguna vez?

Al principio de la tarde, Jim ya había descansado lo suficiente como para olvidar la pregunta y volver a comer. El Spam ya no helado por el vuelo a gran altura en los depósitos de bombas de un B-29, se le deslizó entre los dedos. Jim recobró el bloque de carne que parecía jalea, le quitó la suciedad y las moscas y se lo comió con el resto de la leche en polvo.

Mientras masticaba la barra de chocolate y meditaba en la ofensiva de las Ardenas, Jim vio un B-29 que se elevaba sobre el campo abierto a tres kilómetros al sudoeste. Un caza Mustang acompañaba al bombardero, describiendo amplios círculos a trescientos metros de altura sobre la Superfortaleza, como si su piloto estuviera aburrido de escoltar al avión de socorro. Una bandada de paracaídas volaba hacia el suelo, quizá destinada a algún grupo de agotados prisioneros de Lunghua abandonados por los japoneses durante la marcha desde el estadio de Nantao.

Jim se volvió hacia el horizonte de Shanghai. ¿Tendría fuerzas para caminar unos pocos peligrosos kilómetros hasta los suburbios del oeste? Quizá sus padres ya habían regresado a la casa de la Avenida Amherst. Quizá tuvieran hambre después del viaje desde Soochow y se alegraran al ver la última lata de Spam y el cartón de Chesterfield. Sonriendo para sus adentros, Jim pensó en su madre: ya no podía recordar qué cara tenía, pero sí imaginar con todo detalle su respuesta al Spam y como una delicia extra, tendría abundantes revistas que leer... Jim se puso de pie, ansioso por iniciar el retorno a Shanghai. Se acarició el estómago hinchado, preguntándose si no habría una nueva enfermedad americana provocada por comer demasiado. En ese momento, vio rostros que lo miraban a través de las ramas de los árboles. Seis soldados chinos pasaban junto a los aviones abatidos, siguiendo el camino de cintura. Eran chinos del norte, hombres altos y de sólidos huesos que llevaban mochilas repletas y uniformes azules acolchados. En las gorras blandas tenían estrellas rojas de cinco puntas, y el jefe cargaba una metralleta de diseño extranjero, con el cañón enfriado por aire y un cargador circular. Usaba gafas y era más joven y delgado que los otros hombres, con la mirada fija de un contable o un estudiante.

A paso firme, como si ya hubieran cubierto una inmensa distancia, los seis soldados avanzaron entre los aviones. Pasaron a cinco metros de Jim, que ocultó detrás de él el Spam y el cartón de Chesterfield. Supuso que esos hombres eran comunistas chinos. Por todo lo que sabía, odiaban a los americanos. Quizá, si veían los cigarrillos, lo matarían antes de que pudiera explicarles que también él había pensado una vez seriamente hacerse comunista.

Pero los soldados miraron a Jim sin interés, con los rostros libres de esa desconcertante mezcla de odio y deferencia con que los chinos habían mirado siempre a los europeos y a los americanos. Continuaron marchando rápidamente y pronto se desvanecieron entre los árboles. Jim atravesó el cerco de alambre de espino, buscando al piloto japonés. Quería advertirle de la presencia de esos soldados comunistas que lo matarían apenas lo vieran.

Jim había decidido ya no ir solo a Shanghai. Los distritos de Lunghua y Nantao estaban infestados de hombres armados. Primero regresaría al campo de prisioneros y se uniría a los ingleses que habían matado al soldado Kimura. Apenas se recuperaran, todos ellos querrían ir en busca de los bares y clubes nocturnos de Shanghai. Jim, con la experiencia adquirida en el Studebaker del señor Maxted, haría de guía.

Aunque las puertas del campo de Lunghua estaban a poco más de un kilómetro y medio, Jim empleó dos horas para cruzar el terreno desierto. Evitando al soldado Kimura, vadeó e| arrozal y luego siguió el terraplén del canal hasta el camino a Shanghai. Los costados estaban sembrados de huellas de los ataques aéreos. En las zanjas había camiones y carros de provisiones incendiados, rodeados de cuerpos de soldados títeres muertos y carroñas de

Librodot

caballos y búfalos. De los millares de cápsulas de balas brotaba un resplandor dorado, como si esos soldados muertos hubiesen saqueado un tesoro en los instantes previos a la muerte.

Jim avanzó por el camino silencioso observando un caza americano que apareció por el oeste. El piloto miró a Jim desde la cabina abierta y giró, y el motor de la máquina plateada murmuró en el aire. Jim advirtió entonces que tenía las ametralladoras preparadas y se le ocurrió que quizá el piloto lo mataría por mera diversión. Alzó el cartón de Chesterfield y los *Readers Digest*, como un pasaporte. El piloto saludó con un brazo e inclinó las alas poniendo rumbo a Shanghai.

La presencia de ese aviador americano alegró a Jim. Con confianza, recorrió los últimos cien metros hasta el campo de Lunghua. El escenario de edificios familiares, la torre de agua y la alambrada de espino lo reanimaron y tranquilizaron. Regresaba a su verdadero hogar. Si Shanghai era demasiado peligroso, ¿no dejarían sus padres la Avenida Amherst y vendrían a vivir con él a Lunghua? En cierto sentido práctico, era una pena que no estuvieran allí los soldados japoneses para protegerlos...

Cuando Jim llegó al campamento le sorprendió comprobar que los campesinos y desertores chinos habían regresado a sentarse ante las puertas. A la luz del sol, miraban pacientemente a un inglés de pecho desnudo que estaba de pie dentro de la cerca de alambre, con un arma en la pistolera sujeta a las caderas huesudas. Jim reconoció en él al señor Tulloch, el mecánico jefe de la agencia Packard de Shanghai. Había pasado toda la guerra jugando a las cartas en el Bloque D, deteniéndose tan sólo una vez para mantener una viva discusión con el doctor Ransome, por negarse a colaborar con el grupo que limpiaba las cloacas. Jim lo había visto por última vez tendido junto a la guardia después del intento frustrado de ir a pie a Shanghai.

Ahora estaba apoyado contra un poste, tocándose una herida infectada en el labio y mirando la actividad que se desarrollaba en el patio de revista. Dos ingleses arrastraban un cilindro metálico y el paracaídas por la puerta de la guardia. En el techo había un tercer hombre que examinaba los alrededores con unos binoculares japoneses.

—Señor Tulloch... —Jim tironeó de las puertas, haciendo sonar la pesada cadena con candado—. Señor Tulloch, ha cerrado las puertas.

Tulloch miró con disgusto a Jim; era obvio que no reconocía a ese chico harapiento de catorce años, y que desconfiaba de los cigarrillos.

—¿De dónde diablos vienes? ¿Eres inglés, muchacho?

—Yo estaba en Lunghua, señor Tulloch. He vivido allí tres años. —Cuando Tulloch empezó a alejarse, Jim gritó—: ¡Trabajaba en el hospital con el doctor Ransome!

—¿El doctor Ransome? —Tulloch regresó a las puertas. Miró escépticamente a Jim—. ¿El médico que removía mierda?

—Así es, señor Tulloch. Yo removía mierda para el doctor Ransome. ¿Ha terminado la guerra? He de ir a Shanghai a buscar a mis padres. Teníamos un Packard, señor Tulloch.

—Pues ahora ha removido la última... —Tulloch sacó de la pistolera el llavero del sargento Nagata. Todavía no estaba seguro de admitir a Jim en el campo—. ¿Un Packard? Buen coche...

Abrió las puertas e indicó a Jim que entrara. Al oír el ruido de las cadenas, el inglés de manos vendadas que había matado al soldado Kimura salió de la guardia. Aunque demacrado, tenía un cuerpo fuerte y nervioso; los nudillos ensangrentados lo hacían parecer todavía más pálido. Jim había visto esa misma piel como de tiza y esos ojos insanos en los prisioneros puestos en libertad después de pasar meses en las celdas subterráneas del cuartel de policía de Bridgehouse. Tenía el pecho y los hombros cubiertos de cicatrices de quemaduras de cigarrillo, como si alguien le hubiese pinchado el cuerpo con un atizador al rojo tratando de que ardiera.

—¡Cierre esas puertas! —Señaló a Jim con una mano ensangrentada—. ¡Arrójalo fuera!

—Conozco al muchacho, Price. Su familia tenía un Packard.

—¡Fuera! Aquí todo el mundo tenía un Packard.

—Bien, teniente. Vete, muchacho. Y pronto.

Librodot

Jim intentó mantener la puerta abierta con uno de los zapatos de golf, y el teniente Price lo golpeó en el pecho con el puño vendado. Sin aliento, Jim cayó pesadamente junto a los chinos. Aferraba el Spam y el cartón de cigarrillos, pero los seis *Readers Digest* que llevaba dentro de la camisa cayeron a la hierba y fueron inmediatamente recogidos por las campesinas. Las pequeñas mujeres hambrientas de pantalones negros se sentaron alrededor de Jim con una revista cada una, como si estuvieran a punto de participar en un debate sobre la guerra europea.

Price les cerró las puertas en las caras. Todo lo que había alrededor, el campo de Lunghua, los arrozales desiertos, hasta el mismo sol, parecía molestarle. Movió la cabeza, y advirtió entonces la lata de Spam en la mano de Jim.

—¿De dónde la has sacado? ¡Lo que arrojan sobre Lunghua es todo nuestro! —gritó en chino a las campesinas, a quienes sospechaba cómplices de ese robo—. ¡Tulloch! ¡Nos roban el Spam!

Abrió las puertas e intentó despojar a Jim de la lata cuando hubo un grito en la torre. El hombre de los binoculares descendió por la escalera, señalando los campos situados más allá del camino a Shanghai.

Aparecieron dos B-29 desde el oeste; los motores resonaban sobre las tierras desiertas. Al avistar el campo, se separaron.

Un avión se dirigió a Lunghua, abriendo el compartimiento de las bombas. El otro cambió de rumbo y apuntó al distrito de Pootung, al este de Shanghai.

Mientras las Superfortalezas pasaban atronando el aire, Jim se agazapó junto a los campesinos chinos. Armados con el rifle y estacas de bambú, Price y los tres ingleses salieron y echaron a andar hacia el campo próximo. El cielo estaba ya lleno de paracaídas; los parasoles rojos y azules descendían a los arrozales a unos centenares de metros del campo de Lunghua.

El ruido del motor del B-29 se convirtió en un rumor sofocado. Jim tuvo la tentación de seguir a Price y a sus hombres, y de ofrecerles ayuda. Los paracaídas habían caído detrás de un viejo sistema de trincheras. Perdiendo la cabeza, los ingleses corrían en todas direcciones. Price trepó al parapeto de un reducto de tierra y agitó el rifle con furia. Uno de los hombres cayó a un canal poco profundo y se movió en círculos entre las hierbas acuáticas, mientras los otros corrían por los muros de tierra entre los arrozales.

Mientras Tulloch los miraba con desánimo, Jim se puso de pie y pasó por las puertas hasta más allá de él. El mecánico de Packard dejó caer la pesada pistola en la funda. La vista de los paracaídas que descendían lo había excitado, y los músculos correosos de los brazos y hombros le temblaban como una red agitada.

—Señor Tulloch, ¿ha terminado la guerra? —preguntó Jim—. ¡Verdaderamente ha terminado?

—¿La guerra...? —Tulloch no parecía recordar que había habido una—. Convendría que hubiera terminado, muchacho... En cualquier momento va a empezar la próxima.

—He visto soldados comunistas, señor Tulloch.

—Están por todas partes. Espera a que el teniente Price se ocupe. Te instalaré en la guardia, muchacho. No lo molestes.

Jim siguió a Tulloch a través del patio de revista y entraron juntos en la guardia. El antes inmaculado suelo de la habitación, pulido por los prisioneros chinos entre un castigo y otro, estaba cubierto de polvo y desechos. Había calendarios y documentos japoneses entre los cartones vacíos de Lucky Strike, cintas de municiones usadas y restos de viejas botas de infantería. Contra el muro de la oficina del comandante había apiladas docenas de cajas de alimentos. En un taburete de bambú que separaba las latas de carne del café y los cigarrillos estaba sentado un inglés desnudo de casi sesenta años, que había sido anteriormente barman del Shanghai Country Club. Ordenaba las tabletas de chocolate sobre el escritorio del comandante; hizo bruscamente a un lado los paquetes de *Readers Digest y Saturday Evening Post*. Todo el suelo del despacho estaba cubierto de revistas tiradas.

Librodot

Al lado, un joven soldado inglés con los harapos del uniforme de los Seaforth Highlanders cortaba las cuerdas de nailon de los paracaídas. Hacía con ellas ordenadas madejas y luego plegaba con habilidad las telas azules y rojas.

Tulloch miró esa cueva de Aladino, claramente asombrado por la fortuna que habían amasado él y sus compañeros. Apartó a Jim de la puerta, temiendo que la vista de tanto chocolate enloqueciera al muchacho.

—No mires más, hijo. Come allí tu Spam.

Pero Jim miraba las revistas arrojadas al suelo. Hubiese querido ordenarlas y guardarlas para la próxima guerra.

—Señor Tulloch, yo tendría que regresar a Shanghai.

—¿A Shanghai? Allí no hay nada, aparte de seis millones de coolies hambrientos. Te cortarán el prepucio antes de que puedas decir «Calle del Pozo Burbujeante».

—Señor Tulloch, mis padres...

—En Shanghai no pueden estar los padres de nadie, muchacho. Demasiados dólares estadounidenses por cien sacos de arroz. Aquí todo cae del cielo.

Sonó un disparo a través de los arrozales, seguido por otros dos en rápida sucesión. Tulloch y el Seaforth Highlander dejaron al barman desnudo a cargo del tesoro, salieron corriendo y treparon a la torre.

Jim empezó a recoger las revistas del suelo del despacho del comandante, pero el barman le ordenó con un grito y un ademán que se retirara. Librado a sí mismo, Jim pasó a las celdas que había detrás de la sala de guardia. Con la lata caliente de Spam en la mano, miró las celdas vacías, la sangre negra y los excrementos secos que manchaban los muros de cemento.

En la última celda, oculto por una estera de paja que colgaba de los barrotes, estaba el cuerpo de un soldado japonés muerto. Tendido sobre el banco de cemento que era el único mobiliario de la celda, tenía los hombros atados a los restos de una silla de madera. Le habían golpeado la cabeza hasta convertírsela en una pulpa parecida a una sandía aplastada, con las negras semillas de centenares de moscas.

Jim miró al soldado a través de los barrotes, sorprendido de que uno de los japoneses que lo había custodiado durante tantos años hubiese sido encerrado y luego muerto a golpes en una de sus propias celdas. Jim había aceptado la muerte del soldado Kimura en el anonimato del arrozal inundado; pero esa inversión de todas las normas que habían gobernado su vida en el campo de prisioneros terminó por convencer a Jim de que la guerra había concluido.

Jim regresó a la sala de guardia. Se sentó ante el escritorio del sargento Nagata, un lujo que jamás se le había permitido, y empezó a leer ejemplares abandonados de *Life* y del *Saturday Evening Post*. Por una vez, los generosos anuncios, los titulares y frases publicitarias —«Cuando haya mejores coches, será Buick quien los construya»— no lo emocionaron. A pesar de la comida, se sentía abrumado por la tarea de encontrar un modo de ir a Shanghai, y por las confusiones de esa paz arbitraria impuesta al paisaje establecido y seguro de la guerra. La paz había llegado, pero no ajustaba bien.

Por las ventanas rotas Jim vio un B-29 que cruzaba el río a tres kilómetros, buscando grupos de prisioneros aliados entre los depósitos de Pootung. Los campesinos que hacían guardia ante las puertas de Lunghua no prestaron atención al avión. Jim había observado que los chinos jamás miraban a los aviones. Aunque eran súbditos de una de las potencias aliadas en guerra contra el Japón, no compartirían esas provisiones de ayuda.

Oyó las voces iracundas de los ingleses que regresaban de la expedición a los arrozales. Sólo habían recogido dos paracaídas. Mientras el teniente Price montaba guardia junto a las puertas, con el rifle temblando en las manos, los otros arrastraron los cilindros metálicos al campo de Lunghua. El sudor le resbalaba por los cuerpos y humedecía la seda roja. Los demás paracaídas se habían desvanecido en el paisaje, robados bajo la nariz de Price por los ocupantes secretos de los túmulos sepulcrales.

Los cilindros, grandes como bombas, quedaron en el suelo del despacho del comandante. El barman desnudo se sentó a horcajadas sobre uno y el sudor de sus nalgas empañó el metal

Librodot

plateado mientras el Seaforth Highlander desprendía la nariz cónica con la culata del rifle. Los hombres abrieron las cajas y cargaron en los brazos flacos latas de carne y café, paquetes de chocolate y cigarrillos. El teniente Price se movía entre ellos; los huesos de los hombros se le agitaban como castañuelas. Estaba excitado y exhausto al mismo tiempo, dispuesto a mostrarse otra vez irritado y a emplear a fondo la violencia que había encontrado en sí mismo mientras golpeaba al japonés hasta la muerte.

Vio a Jim que leía tranquilamente las revistas detrás del escritorio del sargento Nagata.

—¡Tulloch! ¡Aquí está de nuevo! ¡El chico del Packard!

—Estaba en el campo de prisioneros, teniente. Trabajaba con uno de los médicos.

—¡Merodea por todas partes! ¡Enciérralo en una celda!

—No es de los que hablan de más, teniente. —Tulloch sostenía del brazo a Jim, llevándolo de mala gana hacia las celdas—-Ha caminado todo el camino desde el estadio de Nantao.

—¿Nantao...? ¿El gran estadio? —Price se volvió hacia Jim con interés, mirándolo con la perfecta carencia de astucia de los fanáticos—. ¿Cuánto tiempo has estado allí, muchacho?

—Tres días —respondió Jim—. Creo que fueron seis. Hasta que terminó la guerra.

—No puede contarlos.

—Debe de haber visto muchas cosas, teniente.

—Sin duda que ha visto. Merodeando todo el tiempo. ¿Qué has visto en el estadio? —Price dedicó a Jim una mueca de complicidad—. ¿Rifles? ¿Provisiones?

—Sobre todo coches —explicó Jim—. Por lo menos cinco Buick, dos Cadillac y un Lincoln Zephyr.

—Olvídate de los coches. ¿Has nacido en un garaje? ¿Qué más viste?

—Un montón de muebles y alfombras.

—¿Abrigos de piel? —interrumpió Tulloch—. Allí no había parque militar, teniente. ¿Y whisky escocés, hijo?

Price arrancó el ejemplar de *Life* de las manos de Jim.

—Por Dios, te estropearás la vista. Escucha al señor Tulloch. ¿Has visto whisky escocés?

Jim retrocedió, poniendo los cilindros plateados entre ese hombre inestable y él. Como si le excitara el botín del estadio de Nantao, las manos del teniente sangraban a través de las vendas. Jim sabía que al teniente Price le hubiera agradado ocuparse de él a solas y golpearlo hasta la muerte; no porque fuera cruel, sino porque sólo viendo el dolor de Jim podría quitarse todo el dolor que él mismo había sufrido.

—Tal vez hubiera whisky escocés —respondió con tacto—. Había muchos muebles de bar.

—¿De bar? —Price se adelantó entre los cartones de Chesterfield, dispuesto a abofetear a Jim—. Ya te daré bares...

—Muebles de bar, con vitrinas para las bebidas, por lo menos veinte. Quizá allí hubiera whisky.

—Eso parece un hotel. ¿Cómo fue la guerra allí, Tulloch? Bueno, muchacho, ¿qué más viste?

—Vi la bomba atómica que cayó en Nagasaki —dijo Jim. Hablaba en voz clara—. Vi el resplandor blanco. ¿Ha terminado ya la guerra?

Los hombres sudorosos depositaron las latas y cajas en el suelo. El teniente Price miró a Jim sorprendido por esa afirmación, pero no incrédulo. Encendió un cigarrillo mientras un avión americano pasaba sobre el campo, un Mustang que regresaba a su base de Okinawa.

Jim gritó a través del ruido: —¡Vi la *bomba atómica*!

—Sí... Debes de haberla visto. —El teniente Price se ajustó las vendas alrededor de los puños sangrantes. Chupó ávidamente el cigarrillo. Mirando con hambre a Jim, recogió el ejemplar de *Life* y salió del despacho del comandante. Mientras el ruido del motor del Mustang se desvanecía sobre los arrozales todos oyeron al teniente Price que caminaba de un lado a otro entre las celdas, golpeando las puertas con la revista enrollada.

Librodot

36

Las moscas

¿Acaso creía el teniente Price que él estaba contaminado por la bomba atómica? Jim atravesó el patio de revista, mirando los vacíos barracones y bloques. Las ventanas estaban abiertas al sol, como si los ocupantes hubieran huido ante él. La mención del ataque a Nagasaki y las confusas noticias acerca del botín que aguardaba a Price en el estadio de Nantao habían calmado al viejo miembro de la policía de Nankín. Durante una hora, Jim ayudó a los hombres a desempaquetar los cilindros de los paracaídas y Price no se opuso cuando Tulloch dio al joven recluta una tableta de chocolate americano. Las imágenes del hambre y la violencia se confundían en la mente de Price, como había ocurrido durante los años en que había sido prisionero de los kempetai.

Con la lata de Spam y un paquete de revistas *Life*, Jim subió los escalones hasta la entrada del Bloque D. Se detuvo ante el tablón de anuncios con los viejos boletines de los prisioneros y las órdenes del comandante. Luego recorrió las filas de literas de los dormitorios. Los improvisados armarios habían sido saqueados por los japoneses después de la partida de los prisioneros, como si pudiera haber algo de valor entre ese mobiliario de cajas de embalaje y esteras manchadas de orina.

Sin embargo el campo de prisioneros, aunque vacío, parecía listo para ser ocupado. En el exterior del Bloque G, Jim miró la tierra calcinada y los surcos dejados durante años por las ruedas de hierro del carro, señalando el camino a las cocinas. Se detuvo en la puerta de su habitación, vagamente sorprendido por los amarillentos recortes de revistas clavados a la pared encima de su litera. En los últimos momentos antes de unirse a la marcha, la señora Vincent había arrancado la cortina del cubículo para satisfacer así la necesidad, largamente contenida, de ocupar toda la habitación. Cuidadosamente plegada la cortina estaba debajo de la litera de Jim, que sintió la tentación de volver a colocarla.

En la habitación había un olor fuerte que jamás había advertido durante los años de la guerra, a la vez seductor y ambiguo. Jim comprendió que era el olor del cuerpo de la señora Vincent, y por un instante imaginó que ella había retornado al campo de prisioneros. Jim se extendió en la litera de la señora Vincent, balanceando la lata de Spam sobre la frente. Examinó la habitación desde ese ángulo poco familiar, un privilegio que jamás se le había otorgado durante la guerra. El cubículo, metido detrás de la puerta, parecía una de esas destartaladas chozas que los mendigos de Shanghai construían alrededor de ellos mismos con periódicos y esteras de paja. Muchas veces, él tenía que haberle parecido a la señora Vincent una bestia en su cubil. No era extraño, reflexionó Jim mientras hojeaba un ejemplar de *Life*, que su presencia hubiese irritado constantemente a la señora Vincent, ni que ella hubiera querido que se marchara hasta el punto de desearle la muerte.

Jim, sobre el colchón de paja de la señora Vincent, aspiraba la fragancia de su cuerpo y acomodaba los hombros y las caderas en el pequeño molde que ella había dejado. Mirados desde el ventajoso punto de vista de la señora Vincent, los tres años pasados parecían sutilmente diferentes: incluso unos pocos pasos a través de una habitación diminuta generaban una guerra separada y una ordalía distinta para esa mujer con un marido agotado y un hijo enfermo.

Pensando con afecto en la señora Vincent, Jim deseó que aún estuviesen juntos. Extrañaba al doctor Ransome y a la señora Pearce, y a los hombres sentados en los escalones de la entrada. Se le ocurrió que quizá también ellos extrañarían el campo de Lunghua. ¿Quizá algún día todos regresarían?

Jim salió de la habitación y fue por el pasillo hasta la puerta trasera, donde antes jugaban los niños. Las marcas de sus juegos —la rayuela, las canicas, las peonzas de combate— eran aún visibles. Jim pateó una piedrecilla a las marcas de la rayuela, y la empujó diestramente de un

Librodot

rectángulo a otro, y luego partió a pasearse por el campo desierto. Ya podía sentir que Lunghua estaba reconstruyéndose a su alrededor.

Al acercarse al hospital esperó que allí estuviera el doctor Ransome. Ante la entrada del Barracón 6 había un traje de pierrot de las *sophomores* de Lunghua, caído en el fango de una charca. Jim se detuvo a limpiar la lata de Spam. Frotó la etiqueta con el ruedo del traje, recordando las advertencias del doctor Ransome acerca de la higiene.

Las cortinas de bambú cubrían las ventanas del hospital, como si el doctor Ransome quisiera que los pacientes durmieran toda la tarde. Jim subió los escalones, creyendo oír un leve murmullo en el interior. Cuando empujó la puerta, le envolvió una nube de moscas. Enloquecidas por la luz, llenaron el angosto pasillo de entrada, como si intentaran sacudirse el hedor adherido a las alas.

Quitándose las moscas de la boca, Jim caminó hasta la sala de hombres. El aire estancado descendía por las paredes de madera laminada, bañando a las moscas que se alimentaban de los cuerpos apilados en las literas. Docenas de antiguos prisioneros de Lunghua, de pantalones cortos y vestidos floreados, con zuecos incrustados en los pies, yacían en las literas como reses en un matadero clausurado. Un líquido mucilaginoso les brillaba en los hombros y espaldas, y las bocas distendidas entre las mejillas hinchadas se abrían como si esos hombres y mujeres abotagados hubiesen sido arrebatados de un banquete cuando tenían un hambre voraz.

Jim recorrió la sala oscura, apretando estrechamente contra el pecho la lata de Spam y respirando a través de las revistas con que se cubría la boca. A pesar de los rostros caricaturescos, Jim reconoció a varios prisioneros. Buscó entre ellos al doctor Ransome y a la señora Vincent, suponiendo que esos cuerpos pertenecían a los prisioneros de Lunghua que se habían rezagado durante la marcha. Las moscas cubrían los cuerpos, sabiendo de alguna manera que la guerra había terminado y decididas a conservar todo pedazo de carne para la próxima hambre de la paz.

Jim descendió los escalones del hospital, mirando el campo de prisioneros desierto y las tierras silenciosas más allá de la cerca de alambre. Las moscas lo abandonaron rápidamente y regresaron a la sala. Jim salió al jardín de la cocina. Caminó entre las plantas marchitas, preguntándose si tendría que regarlas, y arrancó los dos últimos tomates. Se los llevó a la boca, pero se contuvo. Recordó el temor de que su alma hubiese muerto en el estadio de Nantao, aunque el cuerpo hubiera sobrevivido. Si su alma no había logrado escapar, y había muerto dentro de él, ¿alimentar el cuerpo no lo hincharía como esos cadáveres del hospital?

Pensando en su última noche en el estadio de Nantao, Jim se instaló en la galería del salón de reuniones. Al final de la tarde un mercader chino llegó a las puertas del campo de prisioneros, acompañado por tres coolies. Traían vino de arroz en tinajas de barro colgadas de los yugos de bambú que cargaban sobre los hombros. Jim miró el trueque de mercancías que se desarrollaba ante la guardia. Prudentemente, el teniente Price había cerrado la puerta del despacho del comandante, ocultando sus tesoros. A cambio de las tinajas de vino se entregaron unos cartones de Lucky Strike y la tela de un solo paracaídas. Cuando el mercader se marchó, seguido por sus coolies, que llevaban la gran pieza de seda roja, los ingleses se emborracharon rápidamente. Jim decidió no volver esa noche a la guardia. En el ocaso acechaba el cuerpo del teniente Price, con las quemaduras de cigarrillo del pecho inflamadas por el vino.

Desde la galería, Jim contempló el aeródromo de Lunghua. Abrió con cuidado la lata de Spam. Era una lástima que el doctor Ransome no pudiera compartirla con él. Mientras se llevaba la carne tibia a la boca, pensó en los cuerpos del hospital. No era la vista de los prisioneros muertos lo que le inquietaba. En realidad, siempre había sabido que quienes se quedaran atrás en la marcha desde Lunghua serían asesinados o abandonados allí donde cayeran. Pero asociaba la jalea de carne troceada con esos cadáveres hinchados. Estaban envueltos en el mismo mucílago. Los vivientes que comieran o bebieran con demasiada

Librodot

avidez, como Tulloch y el teniente de policía de manos ensangrentadas, pronto se unirían a los muertos demasiado alimentados. La comida alimentaba a la muerte, la voraz y esperanzada muerte de los cuerpos.

Jim oyó los ebrios gritos de la guardia, y una serie de disparos de fusil lanzados por Price sobre las cabezas de los chinos de las puertas. Con su palidez de calabozo y sus manos vendadas, la figura de ese albino asustaba a Jim, el primer muerto que se levantaba de la tumba, listo para comenzar la próxima guerra mundial.

Jim reposó los ojos en la reconfortante geometría de la pista de aterrizaje. A cuatrocientos metros, el joven piloto japonés caminaba entre los aviones abatidos. Con el bambú en la mano, golpeaba las ortigas. El abombado traje de vuelo, iluminado por el aire de poniente, recordó a Jim otro piloto del anochecer que tres años antes lo había salvado y le había abierto las puertas de Lunghua.

Librodot

37

La habitación reservada

Poco después del amanecer, los primeros vuelos de reconocimiento de los cazas americanos despertaron a Jim. Había pasado la noche durmiendo en la litera de la señora Vincent, y por las ventanas del Bloque G miró las parejas de Mustang que giraban alrededor de la pagoda de Lunghua. Una hora más tarde comenzó el aprovisionamiento aéreo a los campos de prisioneros de guerra próximos a Shanghai. Los escuadrones de Superfortalezas emergieron de la bruma luminosa sobre el Yangtsé y navegaron sobre los arrozales con los compartimientos de las bombas abiertos, una flota de lujosas limusinas de alquiler.

Ahora que la guerra había acabado, los bombarderos americanos parecían reacios a concentrarse en los blancos, o quizá estaban demasiado aburridos. Para fastidio de Tulloch y el teniente Price, lanzaron su carga sobre los campos abiertos de alrededor, inclinaron las alas y se marcharon sosegadamente a casa una vez cumplida la tarea del día.

¿Cuándo llegarían a Shanghai el ejército y la flota americanos? Desde el techo del Bloque G, Jim examinó la tranquila superficie del río a cinco kilómetros hacia el norte. Sin duda, los americanos no se apresuraban a remontar el Yangtsé porque temían que los comandantes de los submarinos japoneses hubieran decidido no rendirse. Pero mientras tanto era demasiado peligroso para Jim partir en busca de sus padres. Toda Shanghai y sus alrededores eran una zona donde no había guerra ni paz, un vacío que pronto llenarían todos los señores de la guerra y los generales sediciosos de China.

Después de esperar a que Price y sus hombres salieran del campo de prisioneros en busca de los cilindros metálicos de jos paracaídas, Jim se encaminó a la guardia. Los gases de los motores de las Superfortalezas habían disipado el olor a carne podrida del hospital, un vaho que cubría horas enteras el campo de prisioneros. Pero Tulloch no parecía advertirlo. Apenas el teniente Price se retiró, un espectro persiguiendo a otros espectros entre los túmulos sepulcrales, Tulloch no tuvo inconveniente en admitir a Jim en el despacho del comandante. Jim se sirvió él mismo de las latas apiladas contra la pared. Tomó una rápida comida de Spam y leche en polvo y luego se sentó ante el escritorio del sargento Nagata mordisqueando una barra de chocolate mientras ordenaba los ejemplares de las revistas americanas.

Más tarde, cuando Tulloch salió a insultar a la creciente multitud de chinos muertos de hambre fuera de las puertas, Jim subió la escalera de la torre. Vio a Price y a sus hombres registrando los arroyos al oeste del campo de Lunghua. Se habían unido a un grupo de prisioneros aliados de Hungjao, y los hombres armados corrían por los terraplenes de los zanjones antitanque disparando hacia los arrozales inundados.

Ya era evidente que los antiguos prisioneros británicos no eran los únicos merodeadores de la región. Los campesinos chinos regresaban a los pueblos que habían abandonado en las semanas anteriores al fin de la guerra. Pandillas de coolies rondaban por la zona, arrancando neumáticos y paneles de carrocería de los vehículos japoneses incendiados. Soldados renegados del Kuomintang que se habían pasado a los ejércitos títeres chinos vagaban por los caminos, conscientes de su destino en caso de caer en manos nacionalistas, pero atraídos a Shanghai por la ayuda aérea americana. Mientras Jim se encontraba en su puesto de observación de la torre, una compañía de esas tropas desmoralizadas pasó ante las puertas de Lunghua. Todavía completamente armados, en uniformes andrajosos de los que habían arrancado las insignias, estaban a pocos metros del solitario mecánico de Packard que custodiaba su tesoro de tabletas de chocolate y ejemplares del *Saturday Evening Post*. A mediodía, cuando apareció el teniente Price, vestido como un cadáver, en el dosel escarlata del paracaídas que los hombres venían arrastrando, Jim juntó las revistas y volvió al Bloque G. Pasó una hora ordenándolas y luego salió a recorrer el campo de prisioneros. Evitó el hospital, pasó la cerca y exploró el terreno cubierto de vegetación que había entre el campo y

Librodot

el aeródromo de Lunghua, con la esperanza de encontrar la tortuga que había puesto en libertad en las últimas semanas de la guerra.

Pero el canal junto a la cerca sólo contenía el cuerpo de un aviador japonés muerto. Una brigada avanzada de tropas nacionalistas ocupaba ahora sectores del aeródromo de Lunghua: la pagoda, los barracones y la torre de control. Por motivos que sólo ellos conocían, los aviadores y el personal de tierra japoneses no habían intentado escapar y continuaban viviendo en los hangares y talleres destrozados. Cada día, los soldados nacionalistas tomaban a unos pocos japoneses y los mataban en los baldíos del sur y el oeste del aeródromo.

La vista de ese aviador japonés muerto, flotando boca abajo en el canal entre los tanques de los Mustang, disgustó a Jim tanto como los cadáveres de ingleses en el hospital del campo de prisioneros. A partir de ese momento, resolvió mantenerse dentro de la seguridad del campo. Dormía por las noches en la cama de la señora Vincent, y pasaba los días probando distintas comidas americanas en lata y clasificando su colección de revistas. Ya había reunido una considerable biblioteca que acomodó ordenadamente en las literas libres de la habitación. Los ejemplares de *Time*, *Life* y el *Readers Digest* cubrían todos los aspectos concebibles de la guerra, un mundo a la vez familiar y totalmente alejado de sus propias experiencias en Shanghai y Lunghua. Por momentos, mientras estudiaba los dramáticos relatos de batallas de tanques y de cabeceras de puente, se preguntaba si él había estado verdaderamente en la guerra.

Continuaba recogiendo revistas del suelo del despacho del comandante, entre las cuales ocultaba a veces algunas pocas latas extra de Spam y de leche en polvo, parte de una reserva a largo plazo que sensatamente había empezado a acumular, era ya evidente para Jim que las provisiones que arrojaban los aviones americanos eran menos frecuentes y que tarde o temprano se acabarían. Ahora que había recobrado sus fuerzas, Jim se dedicaba aplicadamente a registrar el campo de prisioneros, y nunca se sintió más satisfecho que cuando descubrió, debajo de una litera del Bloque D, una raqueta de tenis y una caja de pelotas.

La tercera mañana, mientras Price y sus hombres observaban con binoculares desde el techo de la guardia, aguardando impacientemente los aviones de socorro americanos, un viejo camión Opel llegó a las puertas del campo de prisioneros. Dos ingleses de pecho desnudo, antiguos prisioneros de Lunghua, estaban en la cabina del conductor y en la parte posterior venían sus esposas chinas y sus hijos. Jim había visto por última vez a los hombres, supervisores de los muelles de la Moller Line, en el estadio de Nantao, levantando la cubierta del motor de los Cadillac blancos la mañana en que la guerra había concluido. De algún modo habían logrado llegar a Shanghai y reunirse con sus familiares, que no habían sido internados por los japoneses. Privados de todo en esa ciudad hostil, habían decidido retornar a Lunghua.

Ya habían cobrado su primer botín. En el suelo del camión traían el cilindro plateado de un paracaídas, como una bomba, que hacía más pequeños a los niños de ojos negros con túnicas chinas. Jim miraba desde la ventana de Basie en el Bloque E, sonriendo satisfecho, mientras Tulloch y el teniente Price descendían del techo de la guardia. Se acercaron a las puertas pero no hicieron el menor intento de abrirlas. Luego hubo una acalorada discusión entre Price y los antiguos prisioneros de Lunghua, que señalaban con furia el Bloque E, abandonado ahora por todos menos el chico de catorce años que reía para sus adentros en la ventana del último piso.

Jim golpeó con los puños el antepecho de cemento y saludó con los brazos a los hombres y a las irritadas esposas chinas. Después de intentar escapar del campo durante tres años ahora estaban nuevamente ante él, listos para ocupar sus puestos en la tercera guerra mundial. Por fin habían comenzado a comprender la sencilla verdad que Jim siempre había sabido: dentro de Lunghua eran libres.

Las puertas se abrieron; se había llegado a un acuerdo. El teniente Price se había enamorado del Opel. Un minuto después, los dos ingleses y sus familias atravesaban el patio de revista hacia el Bloque D, seguidos por los primeros Mustang de la mañana. Mientras pasaban por

encima del campo el escape de los motores levantó un viento sucio entre los edificios vacíos, un dejo de carroña transportado por una plaga de millares de moscas glotonas.

Los mendigos chinos sentados ante las puertas se cubrieron las caras. Pero Jim inhaló el aire hediondo, tratando de no pensar en el hospital y los aviadores japoneses muertos en el canal de más allá de la cerca. Había llegado la hora de olvidar a los muertos. A su modo, el campo de prisioneros volvía a la vida. Los días de leche en polvo y chocolate le habían devuelto las fuerzas, pero no lo bastante para la larga caminata a Shanghai. Otras personas retornarían al campo, y quizá sus padres se reunirían allí con él. Incluso con la reducción del socorro americano habría una provisión constante de alimento. Jim miró las cocinas silenciosas detrás de la guardia, y el herrumbrado conjunto de carros metálicos. Ya estaba pensando en una patata dulce...

Los zapatos de Jim repicaron en los corredores vacíos y en los escalones de piedra. Mientras corría, oyó el motor palpitante del Opel. Tulloch y el Seaforth Highlander estaban cargando telas de paracaídas y cajas de carne enlatada.

—Jim! ¡Espera! —lo llamó Tulloch—. ¿Adonde piensas ir?

—Al Bloque G, señor Tulloch... —Sin aliento, Jim se apoyó en el tembloroso parachoques del Opel. En la puerta de la guardia, el teniente Price cargaba el peine del fusil, el ritual de un hombre que contaba su oro secreto—. Quiero preparar una habitación para mis padres... Quizá vengan a Lunghua. Prepararé otra para usted, señor Tulloch.

—Jim... Jim... —Tulloch puso la mano sobre la cabeza de Jim, tratando de serenar al chico sobreexcitado—. Ya es hora de que encuentres a tu padre, muchacho. La guerra ha terminado, Jim.

—¿Y la próxima, señor Tulloch? Usted ha dicho que empeora pronto.

El mecánico de Packard ayudó a Jim a subir al camión.

—Jim, hay que terminar la última antes de empezar otra. Te llevamos con nosotros... ¡Vuelves a Shanghai!

Librodot

38

El camino a Shanghai

El camión rodaba de un lado al otro del camino, empujando a Jim contra el agitado bulto de seda de los paracaídas. Aferrado a las cajas de raciones apiladas alrededor, escuchaba a Tulloch y al teniente Price, que se gritaban por encima del rugido del fuelle del motor.

Por la ventanilla posterior, a través del desteñido camuflaje, Jim veía las manos vendadas del policía, deliberadamente apartadas del volante mientras permitía que el camión se alejara velozmente del centro del camino. Los neumáticos salieron de la calzada, levantando una tempestad de polvo y hojas. Tulloch, en el asiento del acompañante, al lado de la tinaja de vino de arroz, sostenía el rifle que asomaba por la ventanilla abierta. Golpeó con el puño el techo abollado cuando los edificios de apartamentos de la Concesión Francesa aparecieron entre los árboles desgarrados por las bombas.

Aunque Price era en ese momento un conductor peligroso, Jim se alegraba de que los dos hombres tuvieran tan buen ánimo. Durante los primeros dos kilómetros, el teniente no había logrado encontrar la segunda marcha, y habían avanzado ruidosamente a paso de hombre, con el riesgo de que el agua del radiador se vaporizase. Más tarde, en Hungjao, un regalo aéreo había devuelto a Price la capacidad de conducir. Había entrado en los senderos rurales y los terraplenes de los canales siguiendo a los paracaídas, exaltado por la perspectiva de más mercaderías americanas para vender en el mercado negro de Shanghai.

Sin embargo, otros habían llegado antes al tesoro. Durante media hora erraron entre los arrozales desiertos sin poder encontrar un solo cilindro metálico. Price agitaba el rifle, amenazando a todo un mundo de canales silenciosos.

Por fortuna, la ira de Price se apagó pronto. Después de regresar al camino de Shanghai, el teniente lanzó el camión contra el cuerpo de un correo japonés muerto junto a su motocicleta. La cabeza del muerto estalló en un surtidor de gusanos ensangrentados y tejido cerebral que regó los árboles a los lados del camino. Esta hazaña al volante puso a Price de excelente humor; Jim abrigaba la esperanza de que durara lo suficiente para llegar a Shanghai, donde saltaría del camión en el primer semáforo en rojo.

Jim miró atrás los distantes techados del campo de prisioneros. Era extraño marcharse de Lunghua, pero comprendió que una vez más había sido prisionero del campo, como durante la guerra. Ante una sola palabra de Tulloch, el mundo aparentemente seguro que había empezado a reconstruir con una pequeña habitación y unas cuantas latas de Spam había caído hecho añicos.

Pasaron por la pagoda de Lunghua en el extremo norte del aeródromo; los cañones de la artillería antiaérea señalaban todavía el cielo. Jim buscó entre los hangares en ruinas la figura del joven piloto kamikaze, lamentando no haber podido recompensarle por el mango. Hacia el este, a un kilómetro y medio, se encontraba el estadio olímpico de Nantao. Los caracteres chinos de la fachada que celebraban la generosidad del generalísimo Chiang se veían más vividamente sobre el parque de automóviles, como si el pasado feudal de China hubiera retornado en el momento adecuado.

El camión giró, deslizándose por la curva. Con una súbita inspiración, el teniente Price se había lanzado a un sendero de barro que conducía al estadio. Jim oyó protestar a Tulloch, pero luego la tinaja de vino cambió de mano sobre el volante. Corrieron entre los primeros bunkers de tierra y las trincheras que protegían el antiguo cuartel general japonés. Hileras de desmoronadas trampas para tanques atravesaban los campos y los terraplenes sembrados de cajas y cintas de munición.

Jim se acostó sobre la seda de los paracaídas. Siempre había sabido que volver al estadio olímpico sería una tentación excesiva. Desde que llegara al campo de Lunghua, el grupo de ingleses lo había interrogado una y otra vez sobre el botín de muebles de las graderías. Jim se había visto obligado a adornar sus recuerdos para no poner en peligro la provisión de revistas

Librodot

y alimentos en lata del despacho del comandante. Ahora, estas fantasías habían prendido en la imaginación de Price y era demasiado tarde para volverse atrás.

A cien metros del parque de automóviles se detuvieron sobre una alcantarilla, entre dos terraplenes antitanque. Price y Tulloch, embriagados ambos de vino de arroz, descendieron de la cabina. Encendieron cigarrillos mientras miraban con astucia el estadio.

Price golpeó con el rifle el costado del camión. En voz burlona dijo: —Shanghai Jim...

—Es sólo un momento, Jim —aseguró Tulloch con voz de ebrio—. Recogeremos una caja de whisky y unos cuantos abrigos de piel para las chicas de la Calle Nankín.

—No he visto abrigos de piel, señor Tulloch, ni whisky. Montones de sillas y mesas de comedor.

El teniente Price apartó a Tulloch.

—¿Mesas de comedor? ¿Piensas que hemos venido aquí a comer? —Contempló la fachada del estadio, como si la blancura sucia desafiara su propia palidez.

Jim se apartó del rifle que apuntaba a su cabeza.

—Había armarios y guardarropas.

—¿Guardarropas? —Tulloch se interpuso entre ambos—. Eso podría servir, teniente.

—Está bien... —Price se calmó. Se tocó las quemaduras de cigarrillo del pecho, un código secreto de recuerdos y dolores—-Ya te dije que el chico tenía los ojos abiertos.

Los dos hombres atravesaron el camino y entraron en el parque de automóviles. Price se apoyó contra un tanque sin orugas y escupió la flema de las prisiones por la escotilla abierta. Jim se quedó atrás entre las hileras de camiones, pensando en el señor Maxted. ¿Aún estaría echado sobre la hierba manchada de sangre? Después de haber comido tanto, Jim se sintió culpable y recordó que hubiera tenido que vender los zapatos. A pesar de todos los muebles de bar que había dentro, el estadio olímpico parecía sombrío y amenazante, un sitio de malos presagios. Allí Jim había visto el resplandor de la explosión atómica de Nagasaki. La luminosidad blanca aún perduraba sobre todo el trayecto de la marcha de la muerte hasta Lunghua, la misma luz mortecina que se veía en la fachada de tiza del estadio y en la piel de pozo de cal del teniente Price.

Apartando las moscas con un ejemplar de *Life*, Jim se sentó en el estribo de un camión. Miró una foto de infantes de marina americanos que plantaban la bandera en la cima del monte Suribachi, después del combate de Iwo Jima. Los americanos de esas revistas habían participado en una guerra heroica, más parecida a las historietas que había leído Jim en su infancia. Aun en los muertos había cierto encanto, la idea que de los muertos tenían los vivos...

Dos cazas Mustang pasaron por encima escoltando a una Superfortaleza que se acercaba pesadamente desde el oeste, con el compartimiento de las bombas abierto, listo para diseminar Spam y *Readers Digest* sobre los campos vacíos. Los motores estremecieron el suelo bajo los pies de Jim y las hileras de vehículos abandonados.

Jim bajó la revista y advirtió que hombres armados salían corriendo por el túnel de entrada al estadio, sofocadas las voces por el ruido del avión. La Superfortaleza volaba serenamente, pero los hombres se alejaron aterrorizados del túnel, como si esperaran que el estadio fuera bombardeado. Un europeo de barba con la chaqueta de cuero de un piloto americano atravesó a la carrera el parque de automóviles, seguido por otros dos hombres con escopetas. Un chino de pecho desnudo que llevaba una pistolera sobre los pantalones negros se deslizaba agazapado, al frente de un grupo de coolies con estacas de bambú.

Un pelotón de soldados nacionalistas, con los rifles alzados al sol, los perseguía por el túnel. Se detuvieron para hacer fuego contra los fugitivos y lanzaron una descarga desordenada. Jim abrió la puerta del camión y trepó a la cabina. Tulloch yacía en el polvo blanco que había caído de la fachada del estadio, a quince metros del túnel de acceso. El teniente Price pasó junto a él, corriendo hacia la hilera de camiones, la cara como una linterna examinando el suelo. Se despojó de las vendas, saltó el muro del parque de automóviles, y se lanzó al arrozal inundado, más allá del camino.

Librodot

El oficial chino disparó un último balazo a la figura que chapoteaba y luego se arrodilló en la entrada. Con los rifles en alto, los hombres se acercaron a los vehículos herrumbrados. Hicieron la pantomima de buscar a los heridos del grupo invasor, y se retiraron a la seguridad del estadio. Tulloch estaba muerto al sol; la sangre rezumaba sobre el polvo seco.

Paracaídas rojos y azules caían sobre Hungjao. Jim se deslizó en el asiento, abrió la puerta del lado opuesto de la cabina y descendió sin ruido. Al amparo de los cañones ligeros y las furgonetas de municiones, corrió hacia el muro.

El teniente Price había abandonado el Opel y la carga de seda y raciones K. Cuando Jim llegó a la alcantarilla sólo vio el camión entre los terraplenes. En el suelo, junto a la portezuela, se alzaba aún el humo del último Lucky Strike de Tulloch.

Jim miró el tablero de instrumentos por la ventanilla. ¿Podría conducir el vehículo hasta Shanghai? Era demasiado peligroso entregarse a los soldados nacionalistas del estadio: lo matarían en seguida, dando por sentado que él era uno de los incursores.

Pensando en Tulloch, que había muerto antes de ver los Cadillac blancos de Nantao, Jim resolvió caminar hasta Shanghai. Trepó a la parte trasera del Opel, dispuesto a elegir varias latas de comida y ejemplares del *Readers Digest*, y oyó pasos detrás del camión. Antes de que pudiera volverse, alguien lo aferró por los hombros. Unos puños duros le golpearon la cabeza y lo arrojaron al suelo del camión.

Entre los cartones de cigarrillos, Jim sintió que la sangre le manaba de la boca y la nariz, goteando a través de sus dedos sobre la seda de los paracaídas. Miró al chino con el cinturón y la pistola bajo el pecho desnudo que había corrido desde el estadio: contemplaba a Jim con la mirada inexpresiva que él había visto con frecuencia en el rostro del cocinero de la Avenida Amherst antes de matar una gallina. Detrás de él, impaciente por echar mano a la carga del camión, había un coolie chino con una estaca de bambú.

Hombres armados descendían la pendiente a ambos lados de la alcantarilla, encabezados por el europeo de barba y chaqueta de aviador. La mitad de los miembros de la banda eran chinos, algunos coolies con estacas, otros de uniforme, nacionalista y de los ejércitos títeres, con rifles y correajes. Los demás eran europeos o americanos: llevaban diversas ropas, correas de municiones, pistoleras, y bolsos de la policía de Shanghai sobre túnicas chinas. Jim vio los cuerpos enflaquecidos y supuso que en su mayoría eran antiguos prisioneros.

Cuando el coolie alzó la estaca de bambú, Jim tragó la sangre y la flema caliente.

—Voy al campo de Lunghua... Soy un prisionero inglés. —Señaló el sudoeste. A través de la nariz hinchada la voz le sonaba muy grave, como si su cuerpo estuviera envejeciendo en los escasos momentos de vida que le quedaban—. El campo de prisioneros de Lunghua...

Haciendo caso omiso de él, los hombres armados se sentaron en la pendiente y encendieron cigarrillos. El europeo de la chaqueta de aviador caminaba alrededor del camión. Un coolie recogió la colilla del cigarrillo de Tulloch y aspiró el humo. Todos miraban el cielo y el camino desierto que pasaba junto al estadio. Habían traído consigo el tiempo lento y vacío de los campos de prisioneros. Los rostros eran tensos e incoloros, y todos parecían haber salido de una profunda madriguera subterránea.

—Lunghua...—repitió Jim. El coolie de la estaca no dejaba de mirar a Jim. Ante el más mínimo gesto, Jim lo sabía, el coolie daría un paso adelante y le aplastaría el cráneo. El chino de pecho desnudo que lo había golpeado examinaba el camión y estudiaba los neumáticos traseros. Esperando llamar la atención de los europeos de algún modo, Jim señaló el estadio—. Lincoln Zephyr, en Nantao. Buick. Cadillac blancos...

—¿Qué es esa charla acerca de Cadillac? —Un hombre pequeño de pelo plateado y voz americana y afeminada se acercó al camión, el rifle terciado al hombro. Nadie lo escuchó, y él encendió un cigarrillo para disimular la falta de respuesta. La llama tembló junto a las mejillas empolvadas, exponiendo unos familiares ojos temerosos, que enfocaban aguda pero modestamente la realidad.

—¡Basie! —Jim limpió la sangre de su nariz—. ¡Soy yo, Ba-sie! Jim! ¡Shanghai Jim!

Librodot

El antiguo camarero miró a Jim. Después de un instante de reflexión sacudió la cabeza de un modo casi formal, como si reconociera a ese chico de catorce años pero ya no le interesara. Miró las cajas de raciones y tocó la seda de los paracaídas. Se apartó para que el coolie pudiese balancear la estaca.

—¡Basie! —Jim recogió las revistas dispersas y limpió con los dedos la sangre de las cubiertas. Alzó los ejemplares ante la mirada furiosa del chino de pecho desnudo con la pistola—¡*Life*, Basie, *Readers Digest!* Te he guardado los últimos... Basie, he aprendido cientos de palabras nuevas... Belsen, Von Rundstedt, GI Joe...

Librodot

39

Los bandidos

El coche corría por la costa de un lago de petróleo, junto al casco herrumbrado de una lancha torpedera varada. Comprimido entre Basie y el francés barbado en el asiento trasero, Jim miraba la espuma que saltaba de las ruedas del Buick. Brillantes arcos iris se abrían como la cola de un pavo real, transformando los distantes edificios de oficinas de Shanghai en las torres de una ciudad de caja de pinturas. La misma luz chillona velaba la lancha torpedera y cubría los cuerpos de los japoneses muertos en las aguas bajas.

Jim trató de mirar por encima del hombro el horizonte cada vez más lejano de Shanghai, pero las magulladuras del cuello le hacían difícil volver la cabeza.

—Eh, muchacho... —El francés golpeó el brazo de Jim con la carabina que sostenía entre las rodillas—. Quédate quieto. ¿Quieres que vuelva a sangrarte la nariz?

—Jim, aquí no hay lugar para pelear. Nos quedaremos quietos y aprenderemos nuestras palabras. —Basie rodeó a Jim con el brazo—. Mira ese *Digest* para mantenerte despierto.

—Está bien, Basie. Me quedaré despierto.

No dormirse era lo más importante, como Jim sabía. Apoyó los pies contra las cajas de municiones que había en el suelo, y luego se pellizcó los labios lastimados hasta que le brillaron los ojos. Junto al francés, contra la portezuela derecha, se sentaba el coolie de la estaca de bambú que había estado a punto de matar a Jim antes de que Basie interviniera. En el asiento delantero, junto al conductor chino, había dos australianos del campo de Siccawei.

Los siete estaban apretujados en ese Buick manchado de barro. Las insignias y tiras de papel de arroz del general títere chino a quien había pertenecido durante toda la guerra todavía adornaban las ventanillas. Vómitos secos, y sangre de hombres heridos y de la nariz de Jim, manchaban los asientos. Además de armas y estacas, el coche estaba repleto de cajas de munición, cigarrillos americanos, tinajas de vino de arroz y botellas de cerveza en que los hombres orinaban mientras se encaminaban por caminos rurales hacia el sudoeste de Shanghai.

Se detuvieron, y el agua aceitosa del lago se abrió bajo las ruedas del Buick. Frente a ellos estaba el camión japonés que llevaba a una docena de miembros de la banda. El pesado vehículo ascendía una angosta rampa de ladrillos grises que conducía desde la playa hasta el camino. Estaba cargado de cilindros de paracaídas, provisiones japonesas recogidas esa mañana en los depósitos militares de Nantao, y una cantidad de sacos de dormir, bicicletas y máquinas de coser robadas en los pueblos rurales al sur de Lunghua.

El Buick subió la rampa de ladrillos rotos y siguió al camión entre la nube de polvo. El camino iba desde el lago hacia el interior y se perdía en una maraña de canales y arrozales. Jim se preguntó si la banda, esa venenosa lanzadera que se movía de un lado a otro del paisaje acolchado, sabía adonde iba. Sin embargo, a unos ochocientos metros por un camino paralelo, un segundo camión atravesaba los arrozales abandonados. El vetusto Opel capturado en el estadio olímpico transportaba a los cinco miembros que restaban del grupo. Habían salido de la base aeronaval de Nantao poco después del alba, pero de algún modo habían logrado llegar a la cita a pocos minutos del próximo objetivo.

Como ambos caminos convergían, Jim vio pronto la figura de pecho desnudo del pistolero chino con los pantalones negros y la pistola. Estaba detrás de la cabina, gritando órdenes al coolie que conducía. Jim tenía miedo de ese antiguo oficial del ejército títere chino, cuyos nudillos de hierro sentía aún en los huesos doloridos de la nuca. Sólo la presencia de Basie lo había salvado, pero ese respiro podía ser breve. El capitán Soong no hacía mucho caso a Basie ni a los demás miembros europeos de la pandilla, y miraba a Jim como a un perro que se podía utilizar hasta la muerte si era preciso. Una hora después de que lo capturaran, Jim estaba arrastrándose entre los túmulos sepulcrales que dominaban un pueblo cerca de Hungjao, enviado a reconocer el terreno y atraer cualquier posible disparo inesperado.

Librodot

Todavía medio aturdido, con la sangre de la nariz goteando sobre el *Readers Digest* que llevaba en la mano, aguardó entre los podridos ataúdes hasta que el tiroteo amainó y los bandidos regresaron del pueblo con su botín de bicicletas, sacos de dormir y arroz. Jim reconoció que el capitán Soong era el verdadero jefe de esa pandilla de bandidos y trató de mostrarse útil. Pero el capitán Soong no quería que Jim hiciese recados para él. La guerra había cambiado a los chinos: los aldeanos, los coolies errantes, los soldados títeres extraviados miraban a los europeos de un modo que Jim no había visto nunca antes de la guerra. Como si ya no existieran, aunque los ingleses habían ayudado a los americanos a derrotar a los japoneses.

Los camiones se detuvieron en una encrucijada. El capitán Soong bajó del Opel y fue hacia el Buick. Sin pensarlo, Basie tomó a Jim por el brazo. Basie estaba preparado para ver morir a Jim, y sólo la exagerada descripción del botín que aguardaba a los bandidos en el estadio de Nantao, hacía que Basie le mostrara aún cierto interés.

Un tornado de polvo rodeó a los tres vehículos cuando dieron la marcha atrás y siguieron a lo largo de un canal agotado. Un kilómetro más adelante se detuvieron en un puente de piedra junto a una aldea abandonada. El capitán Soong y dos de los hombres desmontaron del camión, así como el francés del Buick y el coolie de la estaca. Los australianos se quedaron en el asiento delantero, bebiendo vino de arroz, y no prestaron atención a las destartaladas casuchas. En cualquier otro caso, el capitán Soong habría enviado a Jim a explorarlas, pero evidentemente la aldea había sido abandonada, y luego saqueada una y otra vez por los grupos de bandidos de la región.

—¿Volveremos a Shanghai, Basie? —preguntó Jim.

—Pronto, Jim. Primero tenemos que encontrar cierto equipo.

—¿Equipo escondido en los pueblos? ¿Para el esfuerzo de guerra?

—Así es, Jim. Equipo que ha dejado aquí el O.S.S. mientras yo trabajaba clandestinamente para el Kuomintang. Tú no querrías que los comunistas se apoderaran de él, ¿verdad, Jim?

Ambos mantenían esa ficción. Jim contempló la aldea abandonada, con una única calle de barro cortada por una cloaca abierta.

—Aquí tiene que haber un montón de comunistas. ¿Ha terminado la guerra, Basie?

—Sí, Jim. Digamos que efectivamente ha terminado.

—Basie... —Jim tuvo una idea familiar—. ¿Ha empezado ya efectivamente la próxima guerra?

—Por así decirlo, Jim. Me alegro de haberte ayudado con tus palabras.

—Todavía hay una cantidad de palabras que no he aprendido, Basie. Me gustaría volver a Shanghai. Si tengo buena suerte hoy podré ver a mis padres.

—¿A Shanghai? Es una ciudad peligrosa, Jim. Allí necesitarás algo más que buena suerte. Esperaremos hasta que veamos a la flota de los Estados Unidos amarrada al Bund.

—¿Llegará pronto el Tío Sam, Basie? ¿Con todos los marinos y el Gl Joe?

—Llegará. Con todos los GI Joe del área del Pacífico...

Basie no parecía muy entusiasmado por la perspectiva de reunirse con sus compatriotas. Jim le había preguntado acerca de la fuga de Lunghua, pero Basie se había mostrado evasivo. Como siempre, lo que hubiese ocurrido después de la fuga había perdido todo interés para él. No había dejado de ser el mismo hombre pequeño y prolijo que se cuidaba las manos y pasaba por alto todo lo que no fuera una ventaja inmediata. No tenía más fuerza que la de no permitirse soñar, pues nunca podía dar nada por sentado, en tanto que el doctor Ransome todo lo daba por sentado. Sin embargo, el doctor Ransome quizá había muerto en la marcha de la muerte desde Lunghua, y Basie había sobrevivido. Y con todo, ahora, por primera vez, la idea de un tesoro en el estadio olímpico había hecho saltar la cerradura de la prudencia de Basie. Jim alimentaba asiduamente al camarero con visiones de riquezas, suficientes para un lujoso retorno a los Estados Unidos. Jim suponía que Basie se había enterado por la radio del campo de la inminente marcha a los campos de exterminio y que había sobornado a un centinela nocturno para que le permitiera esconderse en algún depósito de Nantao.

Librodot

Sentado al lado de Basie mientras éste se limpiaba las uñas, Jim comprendió que la experiencia de la guerra apenas había tocado al camarero. Para él, todas las muertes, todo el hambre, eran partes de un confuso drama visto a la vera del camino desde la ventanilla de un Buick, un espectáculo cruel, como los estrangulamientos públicos de Shanghai que los marinos americanos e ingleses iban a contemplar durante sus permisos en tierra. No había aprendido nada de la guerra porque nada esperaba, como los campesinos chinos a quienes ahora saqueaba y daba muerte. Como decía el doctor Ransome, la gente que nada esperaba era peligrosa. De algún modo, era necesario enseñar a mil millones de chinos a esperarlo todo.

Jim se acarició la nariz lastimada, mientras los hombres armados se sentaban en el puente con sus tinajas de vino de arroz. A pesar de los años de hambre en los campos, pocos de los antiguos prisioneros se tomaban la molestia de probar la carne en lata apilada en los camiones. Bebían aislados al sol y se hablaban rara vez. Jim casi no conocía el nombre de ninguno. Al atardecer, cuando retornaban a la base aeronaval de Nantao, la mayoría se dispersaba con su parte del botín del día hacia sus escondites en los edificios de la Ciudad Vieja, para reunirse otra vez a la mañana siguiente como obreros de una fábrica. Jim dormía en el Buick, en la rampa de cemento que descendía hasta el agua, entre los cascos de los hidroaviones incendiados, mientras Basie y el francés de barba pasaban la noche bebiendo en el casino de pilotos.

El francés volvió del pueblo y se inclinó sobre la ventanilla de Basie.

—Nada. Ni un poco de mierda.

—Al menos nos podrían haber dejado eso —dijo Basie, disgustado—. ¿Por qué los chinos no vuelven a sus pueblos? —¿Sabrán que la guerra ha terminado? —preguntó Jim—. Tendrías que hablar con ellos, Basie.

—Quizá... No podemos esperar para siempre, Jim. Hay grandes cañones en marcha hacia Shanghai, unos seis ejércitos del Kuomintang.

—Y entonces, ¿puede ser difícil recoger ese equipo?

—Así es. Ahora iremos a ese pueblo comunista. Después te llevaré junto a tu padre. Podrás decirle que te he cuidado durante toda la guerra, y te he enseñado todas las palabras.

—Me has cuidado, Basie.

—En efecto... —Basie miró pensativamente a Jim—. Te quedarás con nosotros. Sería terrible que te secuestraran.

—¿Hay muchos secuestradores por aquí, Basie?

—Secuestradores y comunistas. Gente que no quiere enterarse de que la guerra ha terminado. Recuérdalo, Jim.

—Está bien. —Tratando de distraer al camarero con un tema algo más alegre, Jim preguntó—: Basie, ¿has visto la bomba atómica? Yo vi la explosión de Nagasaki desde el estadio de Nantao.

—¿De veras, muchacho? —Basie miró a Jim, sorprendido por la serena voz de ese chico de nariz ensangrentada. Con un trozo de estopa para fusiles que encontró junto a la luneta posterior, limpió la nariz de Jim—. ¿Has visto la bomba atómica?

—Durante un minuto entero, Basie. Una luz blanca, más fuerte que el sol, cubrió Shanghai. Supongo que Dios quería ver todo.

—Sin duda lo consiguió. Esa luz blanca, Jim... Quizá pueda hacer que tu foto aparezca en la revista *Life*.

—¿De veras, Basie?

La idea de aparecer en *Life* excitó a Jim. Se limpió la sangre de la boca y trató de enderezarse la camisa harapienta, por si llegaba de pronto algún fotógrafo. A una señal del capitán Soong, los bandidos regresaron a sus vehículos. Mientras salían de la aldea y marchaban hacia el río, Jim imaginó su foto entre las de los tanques Tiger y los infantes de marina americanos. Había pasado ya cuatro días con el grupo de bandidos de Basie, y pensó entonces que quizá sus padres creyeran que había muerto durante la marcha de la muerte.

Librodot

Quizá estarían junto a la piscina de la Avenida Amherst hojeando el último ejemplar de *Life*, y de pronto reconocerían el rostro de su hijo entre los almirantes y generales...

Pasaron por el lado este del aeródromo de Lunghua. Jim se inclinó por encima de Basie y se asomó a la ventanilla. Examinó los arroyos y los arrozales buscando cuerpos de aviadores japoneses. Las unidades del Kuomintang que se habían apoderado parcialmente del aeródromo continuaban matando grupos de japoneses.

—¿Te gustan esos aviones, Jim?

—Algún día seré piloto, Basie. Llevaré a mis padres a Java. He pensado mucho en eso.

—Un bonito sueño... —Basie apartó a Jim y señaló un avión abandonado entre los árboles—. Allí hay un piloto japonés. Nadie lo ha visto aún.

Basie corrió el cerrojo del rifle. Jim se agachó junto a la ventanilla, escudriñando la hilera de árboles. Junto al timón de cola de un Zero vio la cara pálida de un joven piloto, escondido entre las alas y el fuselaje inclinados.

—Es un *hashi-crashi* —dijo rápidamente Jim—. Un chiflado suicida. ¿Quieres que te hable del estadio, Basie? Tal vez haya abrigos de piel, creo que el señor Tulloch los vio antes de que lo mataran, y cientos de cajas de whisky escocés...

Afortunadamente, Basie empezó a subir el cristal de la ventanilla. Un polvo acre llenaba el Buick. Se levantaba de la superficie de tiza del camino, uniéndose a la bruma polvorienta que subía desde los campos blancos, los terraplenes y los túmulos sepulcrales: la misma luz que Jim había visto desde el estadio olímpico, anunciando el fin de una guerra y el comienzo de la próxima.

Poco antes del ocaso llegaron al pueblo comunista, sobre el río, a tres kilómetros al sur de Lunghua. Las casas bajas y míseras se apretujaban contra los muros de una fábrica de cerámica, como las moradas medievales que Jim había visto en las enciclopedias al pie de una catedral gótica. Los hornos abovedados y las chimeneas de ladrillo recogían el último sol del día, como si proclamaran el calor y los beneficios que el gobierno comunista había traído a esa colección de chozas.

—Ahora no te preocupes por las palabras, Jim. Tienes que ir al pueblo.

Antes de que Jim pudiera recoger el *Readers Digest*, el capitán Soong había abierto la puerta. El oficial de pecho desnudo arrancó a Jim del Buick. Empujando a Jim como un porquero que incita a un cerdo a buscar trufas, lo encaminó con una serie de gritos y gruñidos y clavándole en la espalda la pistola automática. Los dos camiones y el Buick se habían detenido junto a la línea férrea Shanghai-Hangchow. A trescientos metros, un ramal describía un arco amplio hacia la fábrica de cerámica, ocultando a los bandidos. Los hombres armados descendieron al arrozal seco que había del otro lado de las vías. Algunos abrieron las cartucheras y prepararon los rifles. Otros fumaban cigarrillos y bebían el vino de las tinajas de tierra cocida que habían colocado sobre la cubierta del Buick. Cada uno librado a sí mismo, permanecían en silencio mientras la luz disminuía.

Cuando las exclamaciones y silbidos del capitán Soong se apagaron detrás de él, Jim trotó por la dura superficie del arrozal. Se pellizcó la nariz con la esperanza de detener la hemorragia, y luego dejó que el viento le manchara de sangre las mejillas. Con suerte, un centinela comunista apostado en el terraplén pensaría que él ya estaba herido y concentraría el fuego en los hombres armados que venían más atrás.

Jim llegó al pie del terraplén y se agazapó entre las matas de arroz silvestre. Limpió la sangre de las hojas y se chupó los dedos. Ya había cumplido su misión. A cincuenta metros, el capitán Soong, que había atravesado el arrozal, se deslizaba por el suelo blando del terraplén. Los coolies armados con estacas venían detrás, acompañados por Basie y el francés. Dos grupos de hombres armados se movían por el arrozal vecino. Los australianos y un desertor del Kuomintang bebían vino sentados en el estribo del Buick.

Jim trepó la pendiente de polvo fino como el talco. La lluvia había desmoronado parte del terraplén y Jim se deslizó por debajo de los rieles herrumbrados y de los durmientes podridos.

Librodot

Alguien había reemplazado hacía poco varios rieles; quizá las tropas comunistas que se habían establecido en el pueblo. El muelle de la fábrica de cerámica, la línea férrea y la reserva de ladrillos de los viejos hornos y chimeneas, así como la proximidad del aeródromo de Lunghua, tenían que haber atraído a la guarnición comunista a ese sitio apartado. Sin embargo, según Basie se habían marchado dos días antes para continuar hacia Shanghai, dejando indefensos a los pocos cientos de habitantes del pueblo. Aparte de los bienes de los aldeanos, quizá encontrasen allí depósitos de armas comunistas, y colaboradores de los japoneses que podrían negociar a cambio de la buena voluntad de los generales del Kuomintang que se aproximaban a Shanghai. Escondido detrás de los durmientes, Jim estaba agazapado en la parte superior del terraplén. Debajo había una llanura con arrozales incultos, separados por un canal navegable del damero de huertos que rodeaban el pueblo. Las calles angostas estaban desiertas, pero de varias chimeneas se elevaban leves columnas de humo.

Del otro lado del río un cañón naval disparó una andanada resonante. En mitad de la corriente había fondeadas dos cañoneras chinas nacionalistas. La granada cayó en el patio de la fábrica de cerámica, levantando una nube de polvo rojo. En el sur, en las costas del río, donde una compañía de soldados del Kuomintang desembarcaba de una barcaza de madera, se oían detonaciones de armas pequeñas.

Un junco blindado remontaba el canal; los motores diesel resonaban acompasadamente. En el puente se veían oficiales chinos con pulcros uniformes americanos y cascos de acero, inspeccionando con binoculares el pueblo y los huertos vecinos. La más próxima de las dos cañoneras disparó otra granada, que estalló entre los techados de tejas grises, lanzando una lluvia de escombros. Inmediatamente hubo un excitado movimiento. Como hormigas fugitivas de un jarrón quebrado, centenares de chinos corrieron desde las angostas calles hacia los campos circundantes. Llevaban sobre la cabeza líos de ropa y esteras. Corrían por los senderos entre los huertos. Una anciana de chaqueta y pantalones negros vadeaba un arroyo con el agua hasta la cintura, gritando a sus familiares que descendían a la costa.

El junco de motor se acercaba por el canal, con los motores como puños golpeando el casco. Jim vio claramente los cuidadosos pliegues de los uniformes de los oficiales chinos de rango más elevado, y sus elegantes botas americanas de combate. Incluso los pelotones de soldados rasos de la cubierta estaban abundantemente equipados de armamento y aparatos de radio. En mitad del junco había un coche oficial, un Chrysler negro con la insigna de un general del Kuomintang en el mástil de cromo.

En la proa había un cañón automático. Sin previo aviso, los artilleros abrieron fuego contra el pueblo. Las trazadoras pasaron por encima de las cabezas de los pobladores en fuga y cayeron sobre los techos de las casas. A una señal desde el puente, los artilleros hicieron girar el cañón y apuntaron a una pequeña aldea, a unos cientos de metros al oeste del pueblo. Las primeras granadas caían ya sobre el camino de tierra junto a [as casas bajas. Los soldados nacionalistas que habían descendido de la barcaza de madera corrían ahora sobre los arrozales, persiguiendo a la gente que escapaba.

En ese instante, la primera granada de la siguiente salva desencadenó una enorme explosión. Las casas de ladrillos desaparecieron, aspiradas por la nube hirviente de sus propios escombros. El depósito de explosivos continuó eruptando torres de humo al cielo. En el camino próximo se veían docenas de personas con sus paquetes y esteras, como si los habitantes del pueblo hubiesen decidido pasar la noche en el campo.

Jim se puso las manos sobre la boca y la nariz, para no gritar. Contempló la llanura de fuego que había abajo, los campos cubiertos de humo e iluminados por los relámpagos de los cañones navales y por las casas incendiadas junto a la fábrica de cerámica. Los hornos y chimeneas ardían en el ocaso como si los viejos fuegos se hubieran encendido otra vez, alimentados por los cuerpos de los pobladores echados en los huertos. Jim oyó los motores del junco que se desplazaba por el canal, un corazón horrible que llevaba a través de China el latido de la muerte, mientras los inmaculados generales se enmascaraban los ojos con los binoculares, estudiando la astronomía de los cañones.

Librodot

—Basie... —Los bandidos se retiraban. El capitán Soong y sus coolies descendían del terraplén y retornaban a los camiones—. Basie, ¿podemos volver a Lunghua?

—¿Al campo de prisioneros? —El camarero parpadeaba ante el polvo que caía del aire. Atontado por la onda de choque de la explosión del depósito de municiones, contemplaba el paisaje como si despertara de un sueño—. ¿Quieres volver al campo de Lunghua, Jim?

—Tendríamos que prepararnos, Basie. ¿Cuándo llegarán los americanos?

Por primera vez, pareció que Basie no encontraba una respuesta. Se estiró entre los durmientes de madera, señaló el norte y dio un silbido de triunfo. A quince kilómetros de distancia, del otro lado de la sombría superficie del río, los mástiles y la obra muerta de un crucero americano se habían instalado entre los edificios de oficinas y los hoteles del Bund de Shanghai.

Librodot

40

Los aviadores caídos

Durante toda la mañana el ruido del fuego de artillería había atravesado el río desde Pootung. Una columna de humo, más ancha que el grupo de depósitos en llamas, se inclinaba sobre el agua y ensombrecía la costa de Nantao. Desde el asiento delantero del Buick detenido en el fango, Jim miraba los fogonazos de los cañones a través del polvoriento parabrisas. Las piezas de artillería americana traídas por los nacionalistas producían un ruido áspero y húmedo, como si los cañones estuvieran llenos de agua. Un aire sombrío, escondido del sol, pesaba sobre la perezosa marea que crecía contra la playa. El cañón ardiente del howitzer del Kuomintang emplazado detrás del muelle de Pootung brillaba entre los nudillos de Jim, que aferraba el volante del Buick, e iluminaba la torre del submarino fondeado a cien metros.

Jim vio que un avión de reconocimiento emergía de la nube de humo, desprendiéndose de las plumas de vapor negro que fluían de sus alas. Una escuadrilla de tres bombarderos americanos se acercaba desde el sudoeste. Los cañones callaron y una lancha torpedera protegida con sacos de arena empezó a cruzar el río, lista para recoger los cilindros de los paracaídas.

Los B-29 dejaron caer una docena de paracaídas que descendieron rápidamente. Los cilindros no estaban cargados con Spam, Klim y *Readers Digest*, sino con explosivos y municiones para las tropas del Kuomintang. Un batallón, con el apoyo de la artillería, barría las últimas unidades comunistas que aún se sostenían entre las ruinas de los depósitos de Pootung. En el muelle había cadáveres de soldados comunistas apilados como cerillas.

En el silencio, cuando pasaron los bombarderos, Jim oyó el doloroso estruendo de las baterías empleadas en Hungjao y en campo abierto al oeste de Shanghai. Por lo menos tres ejércitos nacionalistas se acercaban a Shanghai, compitiendo por el control de los aeródromos, muelles y líneas férreas y sobre todo por los depósitos de armas y municiones abandonados por los japoneses. Los restos de los ejércitos títeres, grupos de renegados del Kuomintang rechazados hacia la costa, y fuerzas de milicias reclutadas por los señores locales de la guerra que habían retornado a Shanghai, colaboraban con los nacionalistas, aunque algunas veces combatían contra ellos.

Barridos por estos ejércitos rivales, como polvo entre dos bandos de escobas en conflicto, había decenas de miles de campesinos chinos. Las columnas de refugiados erraban por las zonas rurales, tratando de encontrar refugio en los campos y en los pueblos saqueados, constantemente rechazados de las puertas de Shanghai por las unidades avanzadas nacionalistas.

Jim temía más que a nadie a esos refugiados, grupos de coo-lies muertos de hambre armados con cuchillos y azadas. Evitándolos como fuera, Basie y sus bandidos se mantenían cerca de todos los combates. En las márgenes orientales de Nantao, entre los muelles y la base de hidroaviones, había una tierra de nadie de depósitos y barracones desiertos que para las milicias del Kuomintang y los campesinos refugiados estaban demasiado cerca de la batalla que se libraba en Pootung sobre el río. Basie y los seis miembros restantes de la pandilla acampaban allí en los bunkers y las fortificaciones de cemento, sin haber conservado otra posesión que el Buick de antes de la guerra y la vaga esperanza de venderse a un general nacionalista.

Ahora, hasta el coche parecía un blanco demasiado visible para los artilleros del Kuomintang.

—Siéntate detrás del volante, Jim —le dijo Basie cuando los bandidos dejaron el Buick en la costa—. Finge que conduces este espléndido coche.

—¿De veras puedo, Basie...? —Jim aferró el volante mientras los hombres preparaban sus armas en la playa negra junto al coche. Apartaban el rostro ante el ruido de las explosiones que atravesaba el río—. ¿Irás al estadio, Basie?

Librodot

—Así es, Jim. Recuerda los años de Lunghua: tenemos que proteger esa inversión. Los nacionalistas quieren apoderarse de Shanghai y expulsar a todos los intereses comerciales extranjeros.

—¿Eso se refiere a nosotros, Basie?

—A ti, Jim. Tú formas parte de la comunidad comercial extranjera. Cuando regresemos, tendrás un abrigo de piel y una caja de whisky escocés para tu padre.

Basie miró los depósitos en ruinas y los cadáveres apilados en el muelle, como si los imaginara cargados con todos los tesoros del oriente rumbo a Frisco. Jim estaba apenado por Basie, y sintió la tentación de advertirle que probablemente el estadio estaría vacío, despojado por las tropas del Kuomintang de los pocos objetos de valor que hubieran sobrevivido al sol y a la lluvia. Pero Basie había tragado el cebo y mordía ávidamente el anzuelo. Si tenía suerte, si sobrevivía a los ataques del estadio, arrojaría a un lado el rifle y volvería a pie a Shanghai. Pocos días después sería el camarero de los vinos en el Cathay Hotel y serviría con un floreo a todos los oficiales americanos que bajaran a tierra del crucero amarrado en el Bund...

Cuando Basie y los hombres se marcharon y desaparecieron entre los depósitos en ruinas, Jim estudió las revistas que había en el asiento. Ahora estaba seguro de que la segunda guerra mundial había terminado, pero ¿había comenzado la tercera guerra mundial? Mientras miraba las fotos del desembarco del Día D, el cruce del Rin y la captura de Berlín, sentía que eso era parte de una guerra más pequeña, el ensayo del verdadero conflicto que había comenzado allí, en el Lejano Oriente, con las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Jim recordó la luz que cubría las tierras, la sombra de otro sol. Allí, en la desembocadura de los grandes ríos de Asia, se libraría la final para decidir el futuro del planeta.

Jim limpió la sangre del volante, mientras en la costa de Pootung se reiniciaba el cañoneo. La nariz le había sangrado a ratos durante dos semanas. Tragó la sangre y miró el camino que iba desde los muelles hacia el estadio distante. A cien metros del Buick, dos milicianos chinos habían subido a la proa del submarino fondeado. Con los rifles terciados a la espalda, sin prestar atención a la batalla del río, avanzaron por la cubierta hasta la torre.

Jim abrió la portezuela. Era hora de marcharse, antes de que los milicianos repararan en el Buick. Del montón de latas, cartones de cigarrillos y cintas de municiones del suelo del coche eligió una tableta de chocolate, una lata de Spam y un ejemplar de *Life*. Cuando los dos chinos estaban detrás de la torre, descendió a la costa. Corrió agazapado hasta la rampa de piedra del muelle de la policía fluvial de Shanghai. Poco más de tres kilómetros al norte se encontraban los depósitos y edificios de la Ciudad Vieja, y más allá los edificios de oficinas de Shanghai, pero Jim los ignoró y echó a andar nuevamente hacia el aeródromo de Lunghua.

Del estadio olímpico subía humo, un fino penacho blanco alimentado por una sola llama, como si Basie y su pandilla hubiesen encendido una hoguera con los muebles de las graderías. Las baterías de Pootung y Hungjao habían enmudecido, y Jim podía oír breves estallidos de fusilería en el estadio.

Buscando amparo, Jim salió del expuesto camino rural. Avanzó a través de la caña de azúcar silvestre que cubría los baldíos del norte del aeródromo de Lunghua. Una cortina de árboles y herrumbrados tanques de combustible lo separaba de la llanura abierta del campo de aterrizaje, los hangares destruidos y la pagoda. Cápsulas de balas se extendían en hileras por el sendero angosto, como fichas puestas sobre una baranda de bronce. Jim siguió la cerca de alambre, evitando las nubes de moscas que se apeñuscaban sobre las minúsculas glorietas entre las ortigas.

A ambos lados del sendero yacían los cuerpos de los japoneses caídos por las balas o las bayonetas. Jim se detuvo junto a una pequeña acequia donde había un soldado de la fuerza aérea con las manos atadas a la espalda. Centenares de moscas le devoraban el rostro, que cubrían con una máscara rumorosa. Jim continuó andando entre la caña de azúcar silvestre mientras desenvolvía el chocolate y apartaba las moscas con la revista. Entre las ortigas había

Librodot

docenas de japoneses muertos como si hubiesen caído del cielo, miembros de una armada juvenil derribados mientras intentaban volar a sus aeródromos del Japón.

Jim pasó por encima de un sector caído de la cerca, y caminó entre los aviones abatidos que había entre los árboles. Los fuselajes habían llorado ríos de óxido con las lluvias del verano. Las moscas zumbaban a la luz de la mañana, una vasta cólera sin motivo. Dejándolas atrás, Jim empezó a cruzar la zona de hierba. Un grupo de japoneses escuchaba el fuego de fusilería del estadio desde un hangar en ruinas, pero no prestaron atención a Jim mientras caminaba por el campo.

Jim miró la pista de cemento. Sorprendido, descubrió que la superficie estaba muy agrietada y manchada de aceite, con marcas de neumáticos y de ruedas rotas. Pero ahora que había comenzado la tercera guerra mundial, se construiría pronto una nueva pista. Jim llegó al borde de la franja de cemento y continuó por la hierba hacia el sur del aeródromo. El suelo ascendía hacia las colinas verdes y luego descendía hasta el valle donde antes los camiones japoneses descargaban tejas y escombro para las construcciones.

A pesar de las altas ortigas y del cálido sol de septiembre, el valle parecía cubierto por el mismo polvo. Las costas del canal estaban tan blancas como el conducto de una corriente funeraria en la que se lavan los cadáveres. La cubierta rota de una bomba que no había estallado sobresalía del agua, como una gran tortuga que se hubiese dormido mientras intentaba esconder la cabeza en el fango.

Sabiendo que la vibración de un Mustang que volara a baja altura podía activar el detonador, Jim se apresuró, apartando las ortigas con la revista. Arrojó al aire la lata de Spam y la recogió con una mano, pero a la segunda vez la perdió entre las plantas. Buscándola entre la hierba tupida, la encontró finalmente junto al borde del agua y decidió comer la carne troceada antes de que se le deslizara para siempre de las manos.

Sentado en la ribera del canal, limpió la suciedad de la tapa. Una gota de sangre le cayó de la nariz al agua, y fue instantáneamente atacada por miríadas de peces diminutos, no más grandes que cabezas de cerillas. Cuando una segunda gota tocó la superficie, hubo una furiosa lucha que parecía involucrar naciones enteras de pequeños peces. Giraban en el agua, ignorando la superficie iluminada por el sol, y se atacaban mutuamente con ferocidad. Jim carraspeó, se inclinó y dejó caer una bola de pus de las encías infectadas. Cayó entre los peces como una carga de profundidad, y desencadenó un frenesí de pánico. Un segundo después, sólo quedaba en el agua la bola de pus que se disolvía.

Jim perdió el interés por los peces, se extendió entre los juncos y estudió los anuncios de *Life*. Oía el sonido profundo del fuego de artillería. Los cañones de Siccawei y Hungjao parecían más sonoros mientras los ejércitos nacionalistas rivales cerraban las garras sobre Shanghai. Comería su Spam y luego haría un último esfuerzo para volver a Shanghai. Estaba seguro de que Basie y la pandilla de bandidos no pensaban regresar al Buick y sólo habían dejado a Jim allí para que distrajera a los soldados chinos que pudieran haberlos seguido hasta el río.

Entre la hierba, muy cerca, una cabeza asintió dos veces, aprobando esa estrategia. Jim se mantuvo inmóvil, con el último trozo de chocolate atrapado en la garganta, sorprendido por esa íntima aparición. Alguien estaba echado entre los juncos a muy pocos metros, con las rodillas casi rozando el agua. Como si tratara de reconfortar a Jim, la cabeza volvió a asentir. Jim extendió una mano y apartó las hierbas, examinando cuidadosamente el rostro de la figura. Las mejillas redondeadas y la nariz suave, enflaquecidas por las privaciones de una infancia en tiempos de guerra, eran las de un adolescente asiático, el hijo de un aldeano que había venido a pescar. El muchacho yacía de espaldas, rodeado por un muro de hierba y de juncos, como si compartiera una gran cama con Jim y escuchara en silencio sus pensamientos.

Jim se incorporó, con la revista enrollada alzada por encima de la cabeza. A través del zumbido de las moscas espiaba algún posible ruido de pasos. Pero el valle estaba vacío; las

Librodot

moscas devoraban el aire brillante. La figura se movió apenas, aplastando la hierba. Demasiado perezoso para detenerse, el muchacho se deslizaba desde la costa al agua.

Con toda la prudencia aprendida durante los largos años de la guerra, Jim se puso de rodillas, luego de pie, y avanzó entre los juncos. Calmándose, miró la figura dormida.

Ante él, con un traje de vuelo manchado de sangre y las insignias de un grupo especial de ataque, estaba el cuerpo del joven piloto japonés.

Librodot

41

Misión de rescate

Desalentado, Jim alisó la hierba con las manos y se preparó un sitio al lado del japonés. El piloto, con su traje manchado de sangre, tenía un brazo detrás de la espalda. Había sido manchado cuesta abajo hacia el canal, y las piernas le habían quedado aprisionadas debajo del cuerpo. La rodilla izquierda tocaba el agua, que empezaba a impregnar la tela sobre el muslo. Encima de su cabeza Jim veía la huella de hierba aplastada que había trazado al caer; los tallos se enderezaban al sol.

Lo miró, contento por una vez de la nube de moscas que se interponía entre él y el cadáver. El rostro del japonés era más infantil de lo que recordaba, como si en la muerte hubiese regresado a su verdadera edad, la primera adolescencia en una ciudad japonesa de provincias. Tenía los labios entreabiertos sobre los dientes desparejos, como si esperara que su madre le pusiese entre ellos con los palillos un trocito de pescado.

Paralizado por el espectáculo del piloto muerto, Jim miró las rodillas que se deslizaban hacia el agua. Sentado en la pendiente, volvió las páginas de *Life* e intentó concentrarse en las fotos de Churchill y Eisenhower. Durante mucho tiempo había puesto todas sus esperanzas en ese joven piloto, en el sueño fútil de que volarían juntos, dejando atrás para siempre Lunghua, Shanghai y la guerra. Para sobrevivir a la guerra había necesitado a ese piloto, un hermano gemelo imaginario, una réplica de sí mismo que él observaba a través del alambre de espino. Si el japonés estaba muerto, una parte de él mismo estaba muerta. No había logrado aceptar la verdad que millones de chinos conocían desde el nacimiento: todos éramos como muertos, al fin y al cabo, y creer otra cosa era engañarse.

Jim escuchó las baterías de cañones de Hungjao y Siccawei, y el zumbido circular de un avión de reconocimiento nacionalista. Detonaciones de fusilería llegaban del otro lado del aeródromo, mientras Basie y los bandidos intentaban penetrar en el estadio. Los muertos jugaban sus juegos peligrosos.

Resolvió no prestarles atención y continuó leyendo la revista, pero las nubes de moscas que se afanaban con los cadáveres más alejados descubrieron pronto el cuerpo del joven piloto. Jim se puso de pie y aferró al japonés por los hombros. Sosteniéndolo por las axilas, le sacó las piernas del agua y luego lo llevó hasta una estrecha franja de costa.

A pesar del rostro regordete, el piloto casi no pesaba. El cuerpo consumido era tan liviano como los niños de Lunghua con que Jim había luchado cuando era menor. La cintura y los pantalones del traje de vuelo estaban empapados de sangre. Lo había herido una bayoneta en la espalda, y luego en las nalgas y los muslos, y luego arrojado a la costa con los demás aviadores.

En cuclillas junto al cuerpo, Jim arrancó la llave de la lata de Spam y empezó a quitar la tapa. Después de comer utilizaría la lata para cavar una tumba. Luego enterraría al piloto e iría a pie hasta Shanghai, sin prestar atención a esos juegos de los muertos. Si veía a sus padres les diría que la tercera guerra mundial había comenzado y que tenían que regresar al campo de prisioneros de Soochow.

El mucílago de grasa fundida envolvía la caliente jalea de carne. Jim se lavó las manos en el canal y cortó con la tapa una modesta rebanada. Se llevó la carne a la boca, pero escupió el bocado en el canal. La carne grasosa vivía aún, como cortada de un animal que aún respiraba. El hígado y los pulmones latían, impulsados todavía por un corazón. Jim cortó una segunda rebanada y se la puso en la boca. Sintió el latido entre los labios, y el miedo de la criatura antes de la matanza.

Alejó la rebanada de los labios y miró la carne oleosa. La carne viva no estaba destinada a alimentar a los muertos. Ese alimento devoraría a quienes intentaran comerlo. Jim escupió el último bocado en la hierba junto al japonés. Inclinado sobre el cadáver, tocó los labios blanquecinos con el índice, pensando en meterle en la boca un trozo de carne.

Librodot

Los dientes afilados se cerraron sobre el dedo, cortando la piel. Jim apartó vivamente la mano, comprendiendo que el cadáver del japonés estaba a punto de incorporarse y devorarlo. Sin pensarlo, golpeó la cara del piloto, luego se írguió y retrocedió y le gritó a través del enjambre de moscas.

La boca del japonés se abrió con una mueca silenciosa. Los ojos desenfocados estaban fijos en el cielo caliente, pero un párpado se estremeció cuando una mosca bebió de la pupila. Una de las heridas de bayoneta de la espalda le había traspasado el cuerpo, y la sangre brotó ahora de la entrepierna del pantalón. Los hombros estrechos se movieron sobre la hierba aplastada, intentando animar los brazos inútiles.

Jim miró al joven piloto, tratando de entender el milagro que había ocurrido. Al tocar al japonés lo había vuelto a la vida; al separarle los dientes había abierto un pequeño espacio en su muerte, permitiendo que el alma retornara.

Jim separó los pies en la pendiente húmeda y se secó las manos en los andrajosos pantalones. Las moscas revoloteaban alrededor y le picaban los labios, pero Jim las ignoró. Recordó cómo había interrogado a la señora Philips y a la señora Gilmour acerca de la resurrección de Lázaro, y cómo habían insistido ellas en que no era ninguna maravilla, sino el más ordinario de los acontecimientos. El doctor Ransome traía todos los días a alguien de entre los muertos masajeándole el corazón.

Jim se miró las manos, negándose a que lo perturbaran demasiado. Alzó las palmas a la luz y dejó que el sol se las calentara. ¿Quizá el fulgor de la bomba de Nagasaki les había dado un nuevo poder? Por primera vez desde el comienzo de la guerra sintió una oleada de esperanza. Si podía levantar a ese piloto japonés muerto podría levantarse él mismo, y levantar también a los millones de chinos que habían muerto durante la guerra y aún morían en la batalla por Shanghai por un botín tan ilusorio como el tesoro del estadio olímpico. Resucitaría a Basie cuando lo mataran los guardias del Kuomintang que defendían el estadio, pero no a los demás miembros de la pandilla, y por supuesto menos aún al teniente Price o al capitán Soong. Resucitaría a su madre y a su padre, al doctor Ransome y a la señora Vincent, y a los prisioneros británicos del hospital de Lunghua. Resucitaría a los aviadores japoneses que yacían en los zanjones alrededor del aeródromo, y al personal de tierra necesario para reconstruir una escuadrilla...

El piloto japonés abrió apenas la boca. Sus ojos se inclinaron, como si trataran de revolverse, igual que en los pacientes revividos por el doctor Ransome. Meramente rozaba la vida, pero Jim sabía que tendría que dejarlo junto al canal. Las manos y los hombros de Jim temblaban, electrificados por la descarga que había pasado por ellos, la misma energía que impulsaba al sol y a la bomba de Nagasaki que él había visto. Jim imaginaba ya a la señora Philips y a la señora Gilmour levantándose delicadamente de entre los muertos, mientras a su modo interesado pero sorprendido escuchaban a Jim que les explicaba cómo se había salvado. Imaginaba al doctor Ransome sacudiéndose la tierra de los hombros y a la señora Vincent mirando su propia tumba con desaprobación...

Jim aspiró y tragó la sangre y el pus de sus dientes. Resbaló en la hierba húmeda y casi cayó a las aguas del canal. Se afirmó en el suelo y se lavó la cara. Quería tener el mejor aspecto posible cuando la señora Vicent abriera los ojos y volviera a verlo. Se secó las manos en las mejillas del piloto. Tendría que dejarlo; como el doctor Ransome, sólo disponía de unos pocos segundos para cada uno de los muertos impacientes.

Mientras corría por el valle hacia el campo de prisioneros, Jim advirtió que los cañones de Pootung y de Hungjao habían callado. Una columna de camiones que atravesaba el aeródromo se había detenido ante los hangares, y unos hombres con cascos americanos trepaban por la escalera de la torre de control. Escuadrillas de Mustang giraban en torno de Lunghua en apretada formación; los motores rugían a la hierba agotada. Saludándolos con los brazos, Jim corrió hasta la cerca. Sabía que los aviones americanos se aprestaban a aterrizar, listos para llevarse a las personas que él había resucitado. Junto a los túmulos sepulcrales, al

Librodot

oeste del campo, había tres chinos con azadas entre los ataúdes carcomidos; las primeras víctimas de la guerra le daban la bienvenida. Jim gritó a dos europeos en traje de fajina que salían de un arroyo arrastrando una red improvisada. Miraron a Jim y lo llamaron, como si les sorprendiera verse nuevamente vivos sosteniendo ese modesto implemento.

Jim trepó a la cerca y corrió por el sendero de cenizas hasta el hospital. En el cementerio había hombres con palas, protegiendo los ojos de la insólita luz del día. ¿Se habrían desenterrado ellos mismos de sus tumbas? Mientras se aproximaba a los escalones del hospital, Jim trató de dominar su temblor. Las puertas de bambú se abrieron y una nube de moscas huyó por el aire: los festines habían terminado. Un hombre pelirrojo, con un uniforme americano nuevo, se las apartaba de la cara en la que llevaba una máscara verde de cirujano. Traía en la mano una bomba de insecticida.

—¡Doctor Ransome! —Jim escupió la sangre que tenía en la boca y subió corriendo los escalones podridos—. ¡Ha vuelto, doctor Ransome! ¡Todo está bien, todos vuelven! ¡Voy a buscar a la señora Vincent!

Pasó junto al doctor Ransome hacia la oscuridad, pero las manos del médico lo aferraron por los hombros.

—Un momento, Jim... Pensé que estarías aquí, —Se quitó la mascarilla y apretó contra el pecho la cabeza, de Jim, mientras le examinaba las encías sin preocuparse por la sangre que le manchaba la camisa almidonada del ejército americano—-Tus padres te están esperando, Jim. Pobre chico, nunca creerás que la guerra ha terminado.

Librodot

IV

42

La ciudad terrible

Dos meses más tarde, la víspera de la partida hacia Inglaterra, Jim recordó las palabras del doctor Ransome mientras bajaba la planchada del SS *Arrawa* y pisaba por última vez el suelo chino. Vestido con un traje gris de franela de la Sincere Company, camisa de seda y corbata, esperó cortésmente a que una pareja inglesa de mediana edad descendiera por la rampa de madera. Abajo estaba el Bund de Shanghai, y todo el clamor de la estrepitosa noche. Miles de chinos pululaban entre los coches y los tranvías, los jeeps y camiones de los militares americanos, y una horda de rickshaws y taxis triciclos. Todos observaban al personal militar inglés y americano que rondaba los hoteles del Bund. En un muelle junto al *Arrawa*, ocultos bajo la proa y el timón, unos marinos americanos bajaban a tierra desde el crucero fondeado en mitad del río. Cuando desembarcaron de la barcaza, los chinos se adelantaron: pandillas de rateros y conductores de taxis triciclos, prostitutas, vendedores de Johnny Walker hecho en casa, mercaderes de oro y de opio, toda la ciudadanía nocturna de Shanghai con toda su seda negra, sus pieles de zorro y sus ostentosos destellos.

Los jóvenes marinos americanos empujaron a los hombres de los sampanes y llamaron a los policías militares. Trataban de mantenerse unidos y de rechazar a esa muchedumbre ansiosa de darles la bienvenida a China. Pero antes de que pudieran llegar a los carriles del tranvía del centro del Bund, se encontraron dentro de un convoy de triciclos, abrazando a las prostitutas que gritaban obscenidades a los delgados chulos chinos en coches Packard de preguerra resucitados en los garajes de detrás de la Calle Nankín.

Dominaban este panorama de la noche de Shanghai tres pantallas cinematográficas puestas sobre unos andamios a lo largo del Bund. En colaboración con la marina de Estados Unidos, el general nacionalista que era el gobernador militar de la ciudad había dispuesto la proyección continua de noticiarios sobre los combates en Europa y el Pacífico, para dar a la población de Shanghai una imagen de la guerra mundial que acababa de concluir.

Jim traspuso el último peldaño de la vacilante planchada, y miró las imágenes temblorosas, apenas capaces de competir con los anuncios de neón y la iluminación de las fachadas de los hoteles y los clubes nocturnos. Fragmentos de las bandas de sonido resonaban como cañonazos sobre el rugido del tránsito. Había comenzado la guerra mirando los noticiarios en la cripta de la catedral de Shanghai y la terminaba ante las mismas imágenes repetitivas: soldados rusos avanzaban con ametralladoras entre las ruinas de Stalingrado; infantes de marina de Estados Unidos volvían los lanzallamas contra los defensores japoneses de una isla del Pacífico; aviadores de la RAF bombardeaban un tren de municiones en un puesto ferroviario alemán. A intervalos de diez minutos, los caracteres chinos llenaban la pantalla y vastos ejércitos del Kuomintang saludaban al generalísimo Chiang que pasaba revista en Nankín. Las únicas fuerzas que no recibían elogios eran los comunistas chinos, que habían sido rechazados de Shanghai y las ciudades costeras. Cualquiera fuese la contribución de estas tropas a la victoria aliada, ya había sido eliminada, perdida bajo las capas sucesivas de noticiarios que imponían a la guerra su propia verdad.

Durante dos meses, luego de retornar a la Avenida Amherst, Jim había visitado con frecuencia los cines reabiertos en Shanghai. Sus padres se recobraban muy lentamente de los años de prisión en el campo de Soochow, y Jim tenía abundante tiempo para recorrer Shanghai. Después de ver al dentista ruso blanco de la Concesión Francesa, ordenaba a Yang que lo llevara en el Lincoln Zephyr al Grand o al Cathay, esos vastos y fríos palacios donde se sentaba en primera fila y veía una vez más *Bataan* o *La dama combatiente*.

A Yang le asombraba que Jim quisiera ver tantas veces esas películas. Jim, a su vez, se preguntaba cómo había pasado Yang los años de la guerra: ¿había sido el ayudante de algún

Librodot

general títere chino, un intérprete de los japoneses, o un agente del Kuomintang que trabajaba aparte para los comunistas? El día de la llegada de sus padres, Yang había aparecido con ese coche: se lo había vendido al padre de Jim y había sido contratado nuevamente como chófer. Yang estaba haciendo ya pequeños papeles en las producciones de los renacidos estudios cinematográficos de Shanghai. Jim sospechaba que mientras él veía un programa doble en el cine Cathay, Yang alquilaba el coche como un elemento cinematográfico de decoración.

Las películas de Hollywood, como los noticiarios proyectados a las multitudes del Bund, fascinaban incansablemente a Jim. Cuando el dentista terminó de arreglarle la mandíbula, y se curó la herida del paladar, empezó a aumentar de peso. Sentado a solas a la mesa del comedor devoraba grandes platos durante el día, y por la noche dormía tranquilamente en su dormitorio del último piso de la casi irreal Avenida Amherst, que había sido antes su hogar pero ahora parecía tan ilusoria como los escenarios de los estudios cinematográficos de Shanghai.

Durante los días de la Avenida Amherst solía pensar en su cubículo de la habitación de los Vincent en el campo de Lunghua. A fines de octubre, ordenó al poco entusiasmado Yang que lo llevara a Lunghua. Salieron por los suburbios del oeste de Shanghai y pronto llegaron al primer punto de control fortificado de los que custodiaban las entradas a la ciudad. Los soldados nacionalistas, en tanques americanos, desalentaban a centenares de campesinos sin arroz ni tierras que cultivar y que intentaban encontrar refugio en Shanghai. Villorrios de casas de barro, con muros reforzados con neumáticos y barriles de combustible, cubrían las tierras vecinas al incendiado estadio olímpico de Nantao. De las graderías se elevaba todavía humo que utilizaban como referencia los pilotos americanos que cruzaban el Mar de la China hacia las bases del Japón y Okinawa.

Mientras se acercaban al camino de cintura, Jim contempló el aeródromo de Lunghua: era ahora un sueño de vuelo. Docenas de aviones de la marina y la fuerza aérea de Estados Unidos aguardaban sobre la hierba, cazas recién salidos de la fábrica y aviones cromados de transporte que parecían esperar que los llevaran al salón de exhibición en la Calle Nankín.

Jim creía que el campo de Lunghua estaría desierto, pero la antigua prisión estaba nuevamente activa, y habían puesto alambre de espino nuevo en la cerca. Aunque la guerra había terminado casi tres meses antes, más de cien británicos vivían aún en el recinto celosamente custodiado. Familias enteras ocupaban los viejos dormitorios del Bloque E, donde habían construido apartamentos entre los muros de raciones americanas, cilindros metálicos de paracaídas y paquetes de *Readers Digest* sin abrir. Cuando Jim, que buscaba el cubículo de Basie, intentó sacar una revista de la improvisada pared, se le ordenó bruscamente que se retirara.

Dejando a los residentes con su tesoro, Jim indicó a Yang que lo condujera al Bloque G. La habitación de los Vincent era ahora la casa de un ama china que trabajaba para la pareja inglesa del otro lado del pasillo. Se negó a permitir el paso a Jim, y también a abrir la puerta más que una rendija, y él regresó al Lincoln y pidió a Yang que hiciera un último recorrido por el campo.

El hospital y el cementerio se habían desvanecido, y en su sitio había ahora un espacio abierto con suelo de cenizas de donde emergían algunos maderos quemados. Las tumbas habían sido cuidadosamente niveladas, como si se pensara construir una serie de pistas de tenis. Jim caminó entre los vacíos barriles de petróleo que alimentaban el fuego. Miró el aeródromo y la pista de cemento que señalaba la pagoda de Lunghua, a través del alambre de espino. Una densa vegetación cubría los restos náufragos de los aviones japoneses. Mientras Jim estaba junto a la cerca, siguiendo con la vista el curso del canal a través del valle angosto, un bombardero americano pasó por encima del campo. Una pálida luz, reflejada por la cara inferior de las alas, corrió como un espectro entre las ortigas y los achaparrados sauces.

Mientras Yang conducía hacia la Avenida Amherst, de algún modo molesto por la visita a Lunghua, Jim pensó en las últimas semanas de la guerra. Hacia el final, todo se había confundido un poco. Quizá el hambre lo había enloquecido levemente. Sin embargo, sabía

Librodot

que había visto el relámpago de la bomba atómica de Nagasaki a través de los seiscientos kilómetros del Mar de la China. Y lo que era más importante, había visto el comienzo de la tercera guerra mundial, y había comprendido que se desarrollaba alrededor de él. Las multitudes que contemplaban los noticiarios en el Bund no lograban comprender que ésos eran los avances de una guerra que ya había comenzado. Un día no habría más noticiarios.

En las semanas que transcurrieron antes de que él y su madre embarcaran en el *Arrawa*, Jim pensó muchas veces en el joven piloto japonés que había creído resucitar. No estaba seguro de que fuera el mismo que le había dado el mango. Probablemente, los movimientos de Jim en la costa habían despertado al joven agonizante. Pero ciertos hechos habían ocurrido; y con más tiempo, quizá otros hubieran retornado a la vida. La señora Vincent y su marido habían muerto en la marcha iniciada en el estadio, lejos de Shanghai, en un pequeño pueblo del sudoeste. Pero Jim podría haber ayudado a los prisioneros enfermos. ¿Habría muerto Basie durante el ataque al estadio, a la vista de las ninfas doradas del palco presidencial? ¿O seguía merodeando por la zona del Yangtsé con el teniente Price en el Buick del general títere, esperando que una tercera guerra les devolviera su verdadero carácter?

Jim nada había contado a sus padres de todo esto. Y tampoco había confiado en el doctor Ransome, quien evidentemente sospechaba que Jim había decidido quedarse en Lunghua después del armisticio, dedicado a sus juegos de guerra y de muerte. Jim recordó el regreso a la casa de la Avenida Amherst; la madre y el padre sonreían débilmente en el jardín. Junto a la piscina seca la hierba descuidada le llegaba a los hombros, e hizo que se acordase de las glorietas de ortigas donde yacían los aviadores japoneses muertos. Ante la presencia formal del doctor Ransome con su uniforme americano, Jim había querido explicar a sus padres todo lo que él y el doctor habían hecho juntos, pero sus padres habían vivido su propia guerra. A pesar del afecto que le tenían, parecían envejecidos y remotos.

Jim bajó del *Arrawa* y caminó por el muelle, mirando los noticiarios proyectados por encima de la multitud nocturna. La segunda pantalla, frente al Palace Hotel, estaba en blanco; y en vez de las imágenes de batallas de tanques y de ejércitos que saludaban, había un rectángulo de luz plateada suspendido en el aire de la noche, una ventana a otro universo.

Mientras los técnicos del ejército reparaban el proyector en lo alto de la estructura, Jim atravesó los carriles del tranvía y se acercó a la pantalla. Los chinos, que lo advertían por primera vez, se detuvieron y alzaron la vista al rectángulo en blanco. Jim se sacudió la manga de la chaqueta cuando el coolie de un rickshaw tropezó con él: llevaba a dos prostitutas con abrigos de pieles. El extraño reflejo de la pantalla les iluminaba las caras empolvadas como máscaras.

Sin embargo, las cabezas de los chinos se volvían hacia otro espectáculo. Ante los escalones del Shanghai Club se había congregado una muchedumbre. Un grupo de marinos ingleses y americanos habían emergido de las puertas giratorias y discutían borrachos en lo alto de la escalinata, señalando al crucero fondeado ante el Bund. Los chinos miraron mientras los marinos se alineaban como en un coro. Excitados por ese público curioso pero callado, los marinos empezaron a burlarse de los chinos. A una señal del marino de mayor edad, los hombres se desabotonaron los pantalones acampanados y orinaron en la escalinata.

Los chinos contemplaban sin comentarios, quince metros más abajo, los arcos de orina que descendían en una espumosa corriente hacia la calle. Cuando llegó al pavimento, los chinos retrocedieron con rostros inexpresivos. Jim miró la gente de alrededor, los empleados, los coolies, las campesinas, sabiendo lo que pensaban. Un día la China castigaría al resto del mundo y se tomaría una venganza espantosa.

Los técnicos del ejército habían rebobinado la película, y una batalla aérea se inició sobre las cabezas de la muchedumbre. Mientras los marinos partían en una caravana de rickshaws, Jim regresó al *Arrawa*. Sus padres estaban en el salón de la cubierta superior, y Jim quería pasar la última noche con su padre antes de partir con su madre a Inglaterra al día siguiente.

Librodot

Subió a la planchada, sabiendo que probablemente se marchaba para siempre de Shanghai, en camino a un país pequeño y extraño del otro lado del mundo que él jamás había visitado pero que era normalmente «el hogar». Sin embargo, sólo una parte de su mente abandonaría Shanghai. El resto quedaría allí para siempre, regresando con las mareas como los ataúdes arrojados desde los muelles funerarios de Nantao.

Bajo la proa del *Arrawa* el ataúd de un niño se movió en el agua nocturna. La estela de una barcaza de desembarco que traía a los americanos del crucero, desprendió del ataúd las flores de papel. Las flores formaron una ondulante guirnalda alrededor del ataúd cuando iniciaba el largo viaje hasta el estuario del Yangtsé, sólo para que la marea alta lo trajera de regreso a los muelles y los bancos de fango, impulsado una vez más a las costas de esa ciudad terrible.

*** * ***

Librodot